

Paulina Crusat

# Aprendiz de persona



Lectulandia

En esta novela, la capacidad de observación y evocación de Paulina Crusat es fabulosa. Con una infinita delicadeza, muy femenina, va iluminando para el lector un mundo de detalles que cautivan e impresionan hasta construir todo un relato de intensos valores psicológicos y admirable calidad literaria. En pocas ocasiones el lector encontrará un libro de esta tónica que logre prender tan profundamente y que le hunda de pleno en su líquida ternura y en su aire de sueño realizado.

Lectulandia

Paulina Crusat

# Aprendiz de persona

Historia de un viaje - 1

ePub r1.0

Titivillus 28.10.15

Paulina Crusat, 1956

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A María Teresa y José Luis Cano que lo leerán por cariño a Teresita y  
Margarita.

## PRÓLOGO

LA viajera se detuvo frente a la verja. Por la cara le corrían lágrimas, pero no lo sabía.

—Parece —se dijo casi en voz alta— que nos hubiésemos muerto todos hace medio siglo.

La fachada —atrancada puerta y ventanas— estaba muda. El surtidor, a través del grifo cerrado, dejaba escapar un silbido de pájaro indiferente. La hiedra había crecido y tapizaba toda la pared del fondo. La viajera notó que los cantos de la fachada y las losas del patio, que habían sido de piedra rubia, ahora estaban grises.

Les volvió la espalda y miró el jardín sin flores que crecía, no dentro, sino enfrente de la verja. Todo él era una procesión de cedros, los jardines de convento son menos severos. El único árbol de hoja caduca —fronda llena de recuerdos— había muerto y tuvo que ser derribado; ella ya lo sabía. También los cedros parecían haber encanecido; tal vez esas esencias exóticas se daban mal en la tierra y se desmejoraban con el tiempo; tal vez era la hora.

Gris, gris, todo gris: era la hora gris del crepúsculo. El sol se escurría detrás de los montes y, si alguna mancha brillante había dejado en el cielo, desde allí no se veía. La montaña, que había conocido reluciente de vida, de inocencia y reflejos, doblaba la frente cenicienta ante el cielo aún más lívido y miraba como si también ella hubiese vivido y estuviese cansada y casi arrepentida. La viajera se volvió hacia otra parte — la casa estaba en alto y dominaba dos vertientes. No recordaba que de aquel otro lado la vista fuese tan triste. El paisaje tenía una fisionomía de destino. Las primeras colinas —roble bajo— eran negras como pesares, las siguientes se agrisaban y se esfumaban indecisas y, entre ellas, el valle y el camino descendían con una gracia complicada de jardín o de río, trazando un dibujo de preocupación y ensueño. El tajo de las Guillerías se abría más allá como una opción. Y por encima —ángeles al acecho— asomaban las nieves del Pirineo.

*Léonard de Vinci, miroir profond et sombre ou des anges charmants, avec un doux souris...*

pensó la viajera (tantos alejandrinos volaban en torno al tejado de aquella casa). El jardín olía tan fuerte a cedros que parecía un cofre de recuerdos que se abriera. Extraño olor que era realmente el olor de un pasado. La viajera cortó algunas ramillas y arrancó hojas del acebo alto de la cerca. Para un último saludo, volvió a colocarse frente a la verja y notó entonces qué cuidado y limpio estaba el patio. Y que en la esquina, junto a la yedra, florecía (azul y rosa y pulcra como un cuadro místico) una

maceta de hortensias. Lo mismo que antes. La habían sacado porque al día siguiente se esperaba a alguien. Pero no era ella a quien esperaban. La viajera soltó los hierros y se marchó sin mirar atrás como si la persiguieran. Iba llorando, pero no lo sabía.

Bajar por el árido y encajonado camino de carros le hubiera sido en aquel momento insoportable, y tomó el atajo del bosque. En el rincón más oscuro corría la fuente y dibujaba en el suelo una poza límpida antes de seguir, casi invisible, su camino. La viajera se dejó caer junto a la poza, rozando con los labios la menta amarga. La envolvió el espesor blando, la intensa humedad que olía a amparo y a terrible añoranza. Apoyada en el codo miró dentro del agua. Vió su imagen desvaída (fantasma o esencia más que retrato) y de algún modo le pareció que, en lugar de estarse ella mirando, alguien se miraba en ella.

—Alma —dijo la viajera—; Alma, ¿qué te han hecho? ¿Dónde has estado?

No sabía si lo preguntaba ella o si se lo estaban preguntando. La fuente le sonaba en el oído, inexorable y tierna, como un mandato espiritual. Y con el agua —alivio y lágrimas— corría ella. ¿Qué corría? ¿Desde cuándo?

# PRIMERA PARTE

## I

EL grito —ese grito animal que apiada, pero que sobrecoge y encoge al hombre civilizado, cesó. Desde el cuarto vecino, el que aguardaba nervioso aguzó el oído. Y luego despacio, como con precaución, respiró. Más y más. ¿Estará terminando? ¿Puedes respirar? Luego el otro grito. Aquel maullido angustiado, aquella protesta. Aquella voz esperada meses, y luego horas, y con todo increíble. La voz del ser humano que antes no existía y que dice: “Muy a pesar mío, ahora estoy aquí”.

Y entonces otra voz, indiferente, vulgar, triunfante, grita:

—¡Vaya! ¡Es una niña!

El padre, aunque inclinado al pudor y al respeto, era un hombre que desdeñaba la superstición de la etiqueta. No aguardó a que se la pusieran en brazos, prensada en fajas y anulada entre mucho ropaje. La vió por primera vez en el baño, montoncito de arrugas congestionadas, con la boca de pez abierta para aullar. Para como suelen ser esos pequeños monstruos, no le pareció muy fea, y tenía en la cabeza cierta abundancia de mechones largos, casi rizados. La miró con emoción, pero no embobado; no era el primer niño que nacía en la casa. Ni hay en la criatura recién nacida con qué embobar el alma masculina. El padre era un hombre reflexivo; su estado de ánimo, entre reverente e irónico, le empujaba a la metafísica. ¿De dónde?, pensó el padre. ¿Es esto un ser humano? ¿Sentirá? ¿Y qué siente?

Sí, ¿qué siente? Si siente algo, sus sensaciones son en el universo un fenómeno de lujo, suscitan respecto a la existencia los mismos problemas que los paisajes de un mundo sin luz ni testigos. Porque esos sentimientos —o esas sensaciones— se deshacen en el aire como burbujas a medida que van naciendo, y de ellos nada se salvará. El padre cree que la criatura posee un alma inmortal. Pero es inútil que el alma de la niña perdure por siempre jamás en el cielo o en el infierno. Esta vida de ahora no se salva. La hora de nacer es una hora que no existe.

Si la niña no se malogra, otros muchos instantes, una infinidad de instantes de su vida caerán, como éstos, en una nada de olvido. Su memoria será como un traje del que, con los muchos lavados, se fuera borrando el dibujo, dejando solamente, cada vez más escasos, algunos trozos de color resistente; como un traje en el que, al mismo



tiempo, se fueran reimprimiendo constantemente dibujos nuevos, en general de tinte menos sólido. Sin embargo, los trozos salvados permitirán hasta cierto punto reconstituir el dibujo perdido, y del color que tuvo quedará siempre un viso en el alma. Cada recuerdo, además, valdrá por resumen y símbolo de miles que perecieron pero en él sobreviven —como el estilo o el argumento de una gran obra perdida se salva en los versos de un imitador.

Pero esto no, esto se va sin remedio. —“Está aquí y la tocamos, piensa el padre. Pero ¿puede decirse que ha nacido? ¿No ha nacido aún?, y ¿cuándo nacerá? ¿Cómo?”

¿Cómo? ¿Cuándo? La niña, que va a ser más inclinada a la reflexión aún que su padre, se lo preguntará sorprendentemente pronto. Con diez o doce años, ante el crío que mama o se arrastra a cuatro piés, se dirá ya desconsolada: “¿Cómo era yo entonces? ¿Por qué no me acuerdo?” La niña, por condición especial de su genio que le costará mucho vencer, tiene un instinto muy fuerte de agarrarse al pasado. Cada uno de nosotros nace bajo un signo, sufre la influencia de un astro. El de la niña se llama: Recuperar.

A los doce años, esa humanidad anterior, indefensa, manoseada, sin derechos ni barreras materiales para su intimidad —pero con su centro encastillado en las murallas de la ignorancia y la incomprensión ajenas—, esa humanidad está aún muy cerca. Se toca con la mano, en algunos de los estados actuales casi perdura. ¡Pero hay un límite! Hay un límite que no se puede pasar; más allá empiezan las aguas. Tomando aliento, la niña se hunde cuanto puede en el abismo y bucea. Extrae algunas cosas. Lo que ahora saque a flote durará en su alma, se ha salvado del naufragio. No solo la memoria de los primeros meses, toda la de la primera infancia se irá a pique y el agua la cubrirá. Pero las reliquias pescadas se contemplarán una y otra vez, los años se las irán pasando de mano en mano como joyas de familia. Quedarán esos momentos, no porque a los dos años alguien los viviera sino porque alguien, a los doce años, los recordó.

¿Qué son esos recuerdos? Muy difícil saberlo. El recuerdo puro quizá sea un cuerpo que en la naturaleza no se dá. Seguramente, nos llegan todos más o menos mezclados con partículas de invención. Y la infancia tiene más imaginación que otra edad cualquiera. Tiene, en cambio, afinidad con la edad perdida, quizá con algo anterior a todas las edades. Y, en sus creaciones, un poder de intuición que el poeta más grande perderá al ir creciendo. Verdad o poesía, las reliquias aquí están:

Un telón, un envoltorio, un velo; un esplendor de manchas luminosas, como cuando se mira al sol. Y, descendiendo hasta uno de esa confusión, cierto placer extático, un bienestar que no es enteramente corporal. Pero de repente algo se separa del telón y se acerca, tapándolo en parte. Una cosa (sí: hay noción de “cosa”) se agita informe, y quizá no informe del todo. Y uno llora. No de miedo, sino de inquietud. Llora por el éxtasis. Por el saber suficiente, o el no saber, quebrado. Llora como ante

una tarea.

Y hay también aquel chupar. El sabor azucarado en la boca. En el cuerpo un fluir dichoso, un abandono tibio un poco semejante al que la niña conocerá en la vida cuando alguna vez le suministren morfina a buena dosis. Pero este bienestar no es artificial. Está unido al exterior y a la vida por algo entrañable. La morfina es reconciliación con la distancia, y Dios mismo nunca estará tan cerca. Descansan ahora a la par en su verdad el cuerpo y el alma minúsculos. De mayor, volverá uno a soñar con dormir así, con esa confianza sin orillas, esa certidumbre satisfecha sobre el pecho de alguien. Pero nunca ocurrirá y sospechará uno que, con tantos gestos y palabras de que disponen los seres humanos para disentir, la cosa no debe ser posible. Esa satisfacción honda del niño en el pecho, ¿se refiere a un estado anterior recuperado? o ¿es anuncio benigno del anhelo que ha de llenar la vida, y que a su vez, en sus mil avatares, quizá sea también anuncio de un equilibrio que sólo más allá de la vida (pero: ¿sin ti, cuerpo cariñoso?) se cumplirá? La niña no pregunta; sólo recuerda.

¿No es extraño que, de ese bucear, no se extraiga ningún recuerdo de dolor? Se supone que a los niños siempre les duele algo. Quizá tenga esto que ver con la constitución de la niña que en la vida no ha de estar muy sujeta a dolores corporales. Y no olvidemos que quizá este recordar sea pura imaginación.

Ésta es la prehistoria. Vienen luego los primeros recuerdos de una edad intermedia que, fragmentariamente, es ya casi histórica. Objetos de museo. Páginas sueltas de relatos mutilados y un poco fabulosos. ¿Ha pensado alguien en qué conoce uno que la imagen inconexa que sube de pronto de nuestro fondo desconocido es un recuerdo? El primero de los recuerdos de esos tiempos es así:

Empuja uno la puerta del comedor, que entonces aún está en la parte de atrás, dando a la galería, y es aún una habitación de muebles oscuros, un poco destartada. Abre uno la puerta de repente, recibe uno en la cara la luz y se queda un poco espantado. Vé la chimenea de adorno, el espejo grande encima y, sentado a la mesa, frente al tapete verde, al tío Miguel. Está hablando con varias figuras borrosas, quizá tía Carlota, su mujer, quizá Papá. Está hablando, él a uno no le vé; mueve con animación la barbita cana. Pero de repente se hace muy simpático, inexplicablemente querido. Si le cogiera a uno en brazos no lloraría uno ni diría nada.

El tío no tiende los brazos. Eso significa (en el recuerdo) que no es el primer encuentro. Se ha sabido luego que pasaba entonces unos días en casa. Un encuentro entre muchos. Pero en aquel momento lo vé uno de otro modo. Un instante de afecto casi enamorado, y al mismo tiempo está uno asustado. El recuerdo no dice por qué: es un recuerdo que cubre solo segundos. Quizá fuese solo la luz en la cara. Durante unos segundos estuvo uno asustado sin que al parecer hubiera motivo: eso es lo más notable del recuerdo. Eso y otra cosa. Aquellos muebles negros del comedor cuya

forma ha olvidado —si es que alguna vez la apresó la niña, que debía tener por aquel tiempo unos dos años— los recuerda distintamente como desagradables. Los muebles negros y el tapete verde pertenecen ya entonces a un orden de cosas que se soporta, que quizá sea necesario, pero que es siempre un poco enemigo, que en cierto sentido no debiera existir —el de lo feo.

Y olvidábamos. El tío Miguel llevaba en la cabeza un gorro colorado, un gorro de casa anticuado con una borla; turco. Cuando a los nueve años la niña diga un día: “Yo me acuerdo del tío Miguel” (que se acaba de morir), la familia se sonreirá. Pero añadirá: “Llevaba un gorro colorado”, y los mayores se mirarán desazonados como cuando se cumple un sueño; porque del gorro encarnado nadie había vuelto a hablar. Así una inscripción, un objeto encontrado en la arena avisarán que Melkhart existió en la carne, que aquí estuvo Ur. Por los gorros turcos con una borla, la niña conservará ternura largo tiempo.

Hay, como éste, unos cuantos cuadros de aquel tiempo remoto. Entre otras, una imagen (visual, en lo que se extiende a las rodillas y al delantalito rosa) de la propia persona sentada en una sillita en la galería y mirando a Rosi leer su lección. La leyenda dice que la niña aprendió a leer mirando, como el gato Mur.

Pero, por debajo de esas imágenes inútiles, ¿no hay nada más? ¿Ningún recuerdo general del sentimiento de la vida como entonces era? Sí: algo hay. La vida entonces era un orden o, si se quiere, un rito. La hora en que le sacan a uno de la cama y le vuelven a meter, la esponja y el peine con sus tirones de pelo, el paseo, el delantal limpio, comida y merienda y visita a Mamá Ignacia, todo se sucede con regularidad astronómica. La esponja, el delantal y los tirones de pelo se reconstituyen a base de datos procedentes de una época posterior: de aquel tiempo apenas se conserva la sensación nebulosa del cuerpo menudo en pié junto a la mesilla de noche o el lavabo grande —casi una torre— mientras María le hace a uno algo. Pero se recuerda la impresión de orden —orden profundo. ¿Agradable? ¿Molesto? Al parecer ni una cosa ni otra. Seguramente, goce espiritual o aburrimiento no son aún nociones claras. Seguramente no sería uno nada sin aquel orden que le va a uno haciendo. No tiene uno, como el hombre activo, el hombre metódico, una vida que en la regla busque contrafuerte o cimiento. Vive uno para la regla, como una monja de orden contemplativa que para la contemplación no estuviese muy bien dotada. Y, ¿quién sabe? De un modo confuso, torpe, quizá empieza uno ya a contemplar.

Cuando María tira del pelo (nunca en la vida perdonó un solo “nudo”), hace daño y, a la edad en que se empieza a adquirir personalidad, le larga uno a veces rabiosa, si se ha excedido, un sopapito en la mano (que ella devuelve en el acto). Y un dulce, —un sabor más sobresaliente que la leche y la ensaimada de la merienda—, dá gusto, naturalmente. Pero, ya entonces, el fondo de la vida no está en tales cosas. Y, como el fondo está vacío, parece que esos años tempranos hayan transcurrido sin alegría, sin pena también, puesto que aún no le hacían a uno responsable de nada. Sin pena ni

gloria: no sin interés. O, si interés es palabra demasiado fuerte, no sin atención. Un poco más tarde, con la idea de obligación y culpa, aparecen los disgustos y la atención se torna absorta: puede ya llamarse interés profundo en gran número de ocasiones de la vida (mientras que, proporcionalmente, de otras, la imaginación, por propia voluntad, empieza a desviarse). Pero, fuera del éxtasis de la mañana de Reyes, alegría propiamente dicha, y aún diversión —la descansada y despreocupada actitud del adulto que dedica una tarde a “divertirse”— parecen haber estado ausentes. El juego con compañeros (en la vida de la niña, poco frecuente) tiene mucho de lucha, respira en él algo temible. El juego a solas o con la hermanita que es como uno mismo se asemeja a una preocupada creación artística. Llena el alma, pero no la hace reír. Se recuerda, como habiendo sido fuente de placer claro y distinto, el juego con agua. Ranitas y peces y patos de celuloide en un barreño lleno hasta arriba. Era un obsequio especial de algunos de los días del verano; había que ponerse un delantal de hule. Se hundían los brazos en aquel universo de frescor. Una mezcla de actividad mental, más dichosa y libre que de costumbre, y de gozo corporal. Como un primer contacto con la naturaleza.

Curioso. La familia ha dicho siempre que la niña tenía buen genio, una expresión graciosa. La leyenda refiere como fué una vez, en la playa, con sonrisa muda y deliciosa, a poner la manita ante un inglés que comía bizcochos, y conquistó, además de todos los bizcochos, el corazón del inglés. Debía tener esos gestos decididos y cómicos que enternecen en los niños, esa sonrisa sin residuos ante la persona simpática o el objeto agradable. Hacía reír. Ella también, convertida en persona mayor, se reirá más tarde de esos seres diminutos que le circulan a uno entre las piernas, afanados en tareas inútiles y urgentes: colocando en un edificio la última china con gestos en que parece que se haya hecho carne el optimismo del mundo, alzando la voz de pájaro para decir cosas en las que se abre paso el humor de Dios. Sonreirá, les hablará con esa ternura guasona que no toma en serio a lo que quiere. E inmediatamente pensará: “¿Por qué?” Si mira hacia atrás, recuerda que la vida fué desde su comienzo desesperadamente seria. Los problemas del alma han sido siempre problemas de adulto.

Toda regla es un rito; donde hay rito hay dioses. Mamá y María son las divinidades que presiden la vida monástica de los primeros tiempos y de ellas descende, desde el principio del principio, sustento para el ánimo y cierta difusa felicidad. Felicidad y sustento más actuales que los que recibe de su Dios el creyente vulgar que va a su negocio; pero no tan vivos ni tan nutritivos como los que de su propia divinidad recibe el perro. Con todo, Mamá y María, sus relaciones, sus contrastes, son asuntos de tal importancia que los dejaremos para más tarde, para una época en que el embrión de conciencia se haya desarrollado un poco más.

## II

LE queda a uno, de esos primeros años, una impresión general de haber sentido que estar vivo fuese ya una ocupación y una tarea. Estar vivo y mantener limpio, peinado y bien alimentado, según precepto, ese conglomerado pequeño de materia que se mueve cuando uno lo ordena y que de mil modos le han hecho a uno intuir que es un objeto precioso y un depósito del que uno en parte (pero no sólo uno) responde. Limpio y bien alimentado de seso y manzanas cocidas, e incontaminado del contacto de cientos de cosas de que el mundo está lleno, pero a las que, como los indios de buena casta, no se debe uno acercarse.

Pese a lo que hemos dicho del limbo de la primera infancia, el recuerdo que inmediatamente sigue, el que queda del paso entre esa edad brumosa y una personalidad más definida, es un recuerdo de goce, asociado con una idea clara y dolorosa de culpa. Es un recuerdo que, mientras guarde el alma alguna afinidad con su forma infantil la afligirá como un pecado. Después ya no entenderá y será, si acaso, el pecado de otra.

Sensación de placer hay ya al entrar en la Gran Vía y encontrar el suelo lleno de hojas. Se vuelve del paseo aburrido. Una hora entera le han tenido a uno paseo arriba y paseo abajo. ¿Qué edad puede uno tener? ¿A qué edad las hojas que caen de un árbol de talla mediterránea le llegan a uno a la rodilla? Cuatro o cinco años, quizá no tanto. Pero eran otros tiempos. Una criatura de cuatro años que no es torpe sabe, en aquellos tiempos, leer. Leer los letreros de las tiendas es el alivio a los trabajos forzados del paseo; desgraciadamente, los sabe uno ya de memoria. Al entrar en la Gran Vía hay la dulzura de acercarse a casa, oler la cuadra. Y, al mismo tiempo, la de sumirse hasta la rodilla en el crujiente aleteo color de caramelo. Sumirse con amor. Harán falta quince años transcurridos y Versalles para volver a hallar esas alturas de hojarasca. Simpatía, afinidad por lo vegetal. Y entonces el niño. A este recuerdo está unido el del niño. A éste con preferencia, porque, en rigor, puede uno ir a buscarlo también al paseo mismo, a uno de los bancos del paseo dónde María condesciende en descansar a veces (por complacer a una amiga menos sensible a lo que se debe uno a sí mismo) junto a las amas rubicundas que llevan prendido en el cuello y las orejas, bajo forma de bolas de filigrana, la señal de la esclavitud. María, pulcritud y finura en todos sus rasgos, traje de chaqueta negro, impalpable velo de tul, jamás ha empañado su independencia zaragozana con un delantal. Pero a veces, a instancia ajena, cede a la tentación gregaria, y, si las amas son despreciables, los niños son de muy buena casa e inspiran consideración.

El niño vuelve pues con uno a casa por la Gran Vía en su cochecito o en brazos; debe vivir también en la derecha del ensanche. No es posible saber si fué siempre enteramente el mismo: el recuerdo pertenece sin duda a una de esas épocas de frecuentaciones fáciles de las que María emerge de repente, como un joven de buenas

costumbres de una caída hacia en mujeres y cabaret. La niña debe tener unos cuatro años; el niño objeto de su atención no sabe aún andar; solo estar en pié. Es gordo y redondito, liso y sonrosado por todas partes. No es del todo un personaje anónimo: aunque de modo tan inferior, forma parte del grupo de criaturas que juegan alrededor del banco en esa época gregaria de María. Quizá ha oído uno ensalzar con exageración antipática su pelito suave y su piel de seda. En el sentir de la niña, hay algo insolente en la perfección de aquella redondez, hay en la fisionomía una satisfacción estúpida enteramente inadmisibles. Pero a ella le gustaría tener a ese niño. Le gustaría que fuera suyo como una muñeca, no para mecerlo y vestirlo sino para pellizcarlo y hacerle daño.

Lo detesta y lo codicia y, como no se lo han de dar, no ha podido resistir la tentación de tirarle alguna vez de las greñitas. E inmediatamente se espanta, y la idea del niño queda grabada en la memoria, unida a una amarga sensación de mancha. Odio, antipatía, deseo de infligir daño, ya sabe uno a los cuatro años que son malos sentimientos. Pero, aunque nadie lo haya dicho, sabe también que este episodio del niño es más inconfesable que los limpios cachetes de la venganza.

Pasan pronto el niño y la época sociable de María, y el recuerdo y la mala tentación que el niño deja tras sí y que a veces, en soledad o ante otros críos de facha semejante, recurren. Se camina hacia otra edad más clara que dista, según la medida infantil, Dios sabe cuantos eones de tiempo, pero que, según la medida del adulto, está ahí mismo, se está ya tocando. Una edad en la que se será ya muy persona. Es extraño (y Dios sabe que no queremos generalizar, ni acordarnos de esos ojos tan tristes de los gorilas) que los recuerdos que devuelve a la playa la edad intermedia tengan tan a menudo un tinte de angustia. ¿Fue una época sombría? Cuesta trabajo creerlo. Irradiadas por virtudes de María, la mayor parte de las horas fueron, probablemente, de seguridad. Pero el sedimento de terror que en todo corazón humano duerme debió acumularse entonces.

Recuerdo de angustia benigna es el del disfraz. A partir de los tres años, durante dos o tres Carnavales se pone uno el traje de gato. A los cuatro años se tiene ya una idea bastante clara de que en las casas reina la economía. Si tira uno un trozo de pan, María lo recoge y lo besa y recuerda que hay pobrecitos que no tienen tanto. Si se mancha uno de fruta, le dicen: “¿Te figuras que tu Mamá tiene dinero para comprarte cada día un delantal?” Y siente uno cierto temor (aunque hay Providencia) de quedarse algún día desnudo. Sabe uno también que las pieles son cosa preciosa y cara que a los niños se les deja tocar con respeto con la punta de un dedo y que hasta a las gargantas adultas, que es dónde se pueden admirar, se les escatiman. Es pues uno de los misterios del mundo y de los númenes que lo rigen que de repente y con la prodigalidad que representa (uno lo entiende) lo que sólo se usa unos días, le sea ofrecida a la humilde niñez esa inmensa cantidad de pellejo blanco. Y si fuera una

capita, seguramente a uno le gustaría; pero en esta forma no se agradece. El traje es incómodo. Es grotesco. Acusa y exagera las redondeces infantiles que los frunces de los vestiditos abrigaban con tanta gracia, revela a los ojos del público ese misterio de la manera que tienen las piernas de unirse al tronco que siempre ha sido sagrado y que, si alguna vez en la embriaguez y locura del juego se ha visto en peligro, ha hecho acudir en su defensa a María, convertida en Isaías, Jeremías y el piadoso Jafet todo en una pieza. Y es difícil apartar de la conciencia esos secretos anatómicos, cuando se encuentra uno embutido en una piel tan gorda que impide juntar las piernas. Anda uno torpe, y eso es ridículo. El rabo larguísimo es ridículo también, pero al mismo tiempo, sin saber como, es simpático; y es curioso y agradable ir palpando con él los muebles y hasta los seres animados. Es un consuelo, pero insuficiente. Lllaman a Papá y, con mucho primor, mediante un papelito pringoso, le pega a uno el bigote. Y no sabe uno, del bigote, qué humilla más, si su esencia animal o su esencia masculina. A la vuelta del paseo, alza uno la carita y Papá le arranca el bigote haciéndole daño, sin que amansen su crueldad la docilidad del gesto ni la mansedumbre de los ojos (porque no deja uno de saber que nada de todo aquello es necesario). Se mira uno al espejo y se da miedo. Se mira uno las manos inhabilitadas y ve aquellas garras rosadas y curvas, órgano de una fuerza que no siente, pero que a lo mejor le estará entrando, está ahora ya dentro, y con el movimiento quizá puede estallar: “¡Dios mío, si es un gato!”, dicen las tías besando a plena baba. “¡Se ha vuelto gato! Misi, Misi, ven, ven...”

“Ten, Minino”, dice Marta la cocinera cogiéndola de la mano. Y le mete en la boca un pedazo de azúcar y otro de bizcocho.

Y además la calle. Las calles, los confetti que ciegan y se incrustan, envolviendo en una nube abominable de papel y polvo. Las máscaras aullantes, horribles aunque se sepa que son inofensivas. Un enemigo —¿por qué tiene enemigos?— hiere con una serpentina dura. Alrededor de uno bulle un gran infierno sin motivo, bulle todo lo que no se comprende (si las máscaras inofensivas se entusiasmaran un poco más, quizá podrían divertirse en llevársele a uno; aunque, seguramente, no del todo); bulle la fealdad, el enemigo que a la niña, de nacimiento, le ha producido siempre tan gran tristeza. “Adiós Minino”, dice un dominó que pasa. Y le tira del rabo.

Instintivamente, la niña mira dentro de sí, intenta mirar, porque mucho no sabe. Y no encuentra apoyo: no tiene aún forma ni memoria a qué agarrarse. Lo poco de persona que en ella había está ahora contaminado y disperso. Al tercer día (los hechizos se vencen siempre a la tercera) le quitan el traje definitivamente. Pero durante largo tiempo (¿minutos, horas, días?) el tótem se niega a desasirse y la niña se mueve despacio, poseída por la esencia ajena —no muy segura de no ser un poco gato.

Recuerdos de angustia grave: dos de ellos los hallará la niña de mayor referidos en Rilke —extraña prueba de lo poco que posee en propiedad cada alma, aún entre lo que parece más individual. El primero es el de las telas con que se disfrazó uno para

jugar y que, de repente, no quieren desatarse. Esposan las manos, aprietan, ahogan. Terrible angustia que cabe dentro de un instante y termina con él (aunque enseña a ser prudente). El otro episodio, el de la mano, es mucho más imponente y de tan larga huella que la versión particular que tuvo en la vida de la niña ha de figurar aquí:

La niña está sola en un cuarto; la pantalla recoge la luz sobre la mesa. Rueda un objeto debajo del sofá más apartado y ella se baja sin prisa a recogerlo. Y en el fondo de la cueva que forma el sofá, saliendo del punto en que el suelo y el zócalo de la pared se juntan, ve otra mano que, como la suya palpa y busca. Una mano nada más: rastrea pero no avanza mucho puesto que nunca enseña el brazo. Las uñas no son largas, pero se curvan como garras. El pavor que hiela a la niña no es el mismo que sentiría ante un ladrón o una mala bruja; es un pavor como de pecado. Tiene ella de algún modo, lo sabe, la culpa de que esa mano esté ahí. Todos los recuerdos vergonzosos que caben en su vida corta, y en especial aquel mal deseo de atormentar al niño, están allí presentes, concentrados en esa mano que rasca. Pero lo más horrible es que esa mano no le es desconocida. Es la mano de Mamá Ignacia.

Mamá Ignacia es la abuela impedida, la abuela por línea materna. Vive en el piso de abajo, en un ambiente de abundancia patriarcal, de estoica incomodidad y de desorden. La familia materna es andaluza. El contraste es inmenso con el piso de arriba, dónde la sangre extranjera de Mamá Rosa se manifiesta en extenso alfombrado, calefacción y fieltros en las puertas. Pero, por mucho apego que le tenga uno al confort y al orgullo de casta, en el abandono del “piso de abajo”, en sus criadas desocupadas y sus cajones llenos de mantecados encuentra uno también afinidad y encantos. Allí nada está prohibido, no importa echar manchas. Ya a los cuatro años es muy agradable soltar la carga del hombre blanco y al final del día, sumirse un par de horas (más no) en la barbarie.

Hasta la fealdad es, en casa de Mamá Ignacia, menos enemiga: Ella todo lo baña de inocencia. Y esa mano inocente —más inocente que uno mismo— que hace trampas con la sota, que se equivoca a favor propio al contar los confites que ha perdido, es la que se arrastra por el suelo, intentando agarrar el alma de Monsi. Es ella inconfundiblemente, con su piel oscura y como cuscurreante sobre las grasitas de debajo, con su sortija de láminas de esmeralda. Pero al mismo tiempo es la mano del demonio.

La niña se levanta como envejecida por la mortal angustia, desleída el alma en esa confusión espantosa de lo querido con lo más odioso, de lo de este mundo y lo del otro. Es como si cada cosa tuviera una segunda esencia secreta: contuviese con trabajo un horror dispuesto a explotar. Y luego olvida uno, olvida. Mamá Ignacia es aún Mamá Ignacia. Pero cuando la mano, sobre el tapete siempre mugriento de la camilla recoge las cartas, palpando, en su torpeza, como a ciegas, la niña mira la sortija y se estremece. Su abuela se la regalará el día que se case, y aún entonces le costará trabajo acostumbrarse a llevarla.



Lo más curioso de este episodio de la mano es que se repite. Veinte veces, cien veces, al descuido o con temor, se bajará uno a perseguir objetos fugados y no ocurrirá nada. Pero luego, un día, otra vez, la mano estará allí, debajo de la mesa, de la cama, con el mismo gesto cobarde. Porque la mano también tiene miedo. Aparecerá hasta en una habitación llena de gente, al recoger la pelota mientras los amigos que han venido a jugar charlan a la espalda. A veces le preguntarán al verla lívida: “¿Qué te pasa?” Pero ella no confesará nada.

Porque este temor no es de los que se desvanecen al confesarlos, y además es una vergüenza. Pariente de otras cosas que ya a los cinco años se han oído en la calle o se han visto de refilón en los kioscos y, aunque no se hayan entendido, se sabe que tienen encima una mancha de sombra y que de ellas no se habla.

Como una pena o un dolor corporal que vuelve cuando ya creía uno estar curado, la mano reaparece todavía alguna vez en épocas más claras, que hubieran debido dejar atrás la confusión de esos hechizos. La viajera está segura de haberla visto una vez debajo de la cama del cuarto de la parte de atrás, —el cuarto blanco de persona mayor a dónde le trasladaron a uno cuando tenía cerca de ocho años. Tembló uno al bajarse y levantar la colcha, la vió en imaginación —en imaginación solamente, no de veras— en épocas aún más cuerdas y más lúcidas.

A los doce, a los quince años, cuando la infancia se muere pero a la espalda aún amenaza, quisiera uno creer que ese desvarío fué sólo un sueño: una pesadilla nocturna tenaz que llegó a imponerse como un hecho real. Pero no puede. Cabrá la duda, si acaso, más tarde, cuando haya crecido la distancia. Hubo una edad en que sabía uno muy claro que vió la mano estando despierta.

No confesará a nadie su secreto; lo olvidará durante las horas más inexpugnablemente razonables del día. Más tarde en la vida, se admirará de la fortaleza de la madurez, de la frivolidad de la vejez, al darse cuenta de que sabe sonreír, y hasta desligarse y vivir de veras con el dolor o el pavor clavados hondo en el alma. Si se admira, mucho habrá tenido que olvidar.

Al lado de eso, ¿qué son los blancos fantasmas que desprende la luz opalina de la mariposa, los bultos que acechan en las esquinas al caer la noche, las voces de bruja o de asesino que cuchichean detrás de las puertas de los cuartos cerrados? Cosas de ficticio, aunque tiránico poder, que hasta de noche sabe uno que son mentira. La niña ha de acostumbrarse muy tarde, solo después de casada, a dormir a oscuras; pero no por miedo a aparecidos, sino por angustia de que la luz que se extingue no se vuelva a hacer. La ausencia de luz la asfixia. En brujas o fantasmas no tiene más fé que los mayores, en la audacia de los criminales —de los de hoy— apenas. Si sus terrores son vivos, es porque falta aún a su ser no sé qué firme espina dorsal de resistencia que le impida bambolearse a todos los vientos de la emoción. Por eso, por eso únicamente es tan duro cruzar, a la hora en que el gas aún no está encendido, el

corredor largo y saber que se agitan en oscura transformación, detrás de la puerta, los bultos del cuarto de trastos (los baúles informes, la cómoda informe, cargada de paquetes como de carne, los haces informes de montantes, la cama en que durmió la muerte, el maniquí destripado tocado con fieltro y cola de ave). Por eso, en algunas ocasiones, antes de dormirse, hay media hora cruel. Pero otros días, cuando los fantasmas, justamente, son más benignos, se da cuenta de que, escondido tras ellos, ronda otro temor —manso, pero más ancho y más triste. Siente respirar el mar color de tinta de todo lo que no se entiende y nunca se entenderá, husmea la inmensidad tramposa que rodea su pequeña barca. No diremos que le parezca absurda, pero sabe que no es amiga. Adivina que zarandea casi siempre y que no lleva a puerto. Tiene cinco años y cuando toca el fondo del silencio sabe que toda seguridad es ilusión.

¿Qué son, más inofensivos aún —bichos raros que aletean un momento y caen en la mano para ser disecados— los sustos diurnos de vida efímera? Aquél (el retrato lo fijó para siempre), cuando se halló uno encaramado en un sillón demasiado alto y el magnesio le cegó la vista. ¿O el estallido del órgano en el momento en que, por primera vez en su vida, se internaba en la caverna de un cine, sin más protección contra desconfianza y melancolía que la mano de un abuelo con quien nunca se tuvo amistad? Ese susto fué, como los otros, pasajero, pero en la memoria dejó huellas amargas. La niña sufrió las vergonzosas consecuencias físicas del pavor y el episodio fué referido varias veces por la familia en voz alta.

Pudor. Hay vergüenzas que uno, espontáneamente, no tendría y que, contra su voluntad, le enseñan. Hay que aprender a desvestirse así, sin dejar al aire ningún pedazo de persona que de día no se vea —cuando sería tan sencillo soltarlo todo en dos puntapiés. Pero otras vergüenzas las aprendió uno solo, en pugna con el ambiente. A los cuatro años, quiere la ley ajena que no se tenga derecho a la más elemental soledad, que no haya inconfesable y degradante rincón de la vida que esté vedado a la vista del público. Al abuelo del cine se le concederá entrada en la habitación hallándose la niña en posturas y ocupaciones que hasta para los ojos de ese otro yo que es María parecen demasiado íntimas. O, si se quiere, el abuelo se tomará, sin llamar, puerta franca. La niña, al verle entrar, no se moverá. Sufrirá en silencio la ignominia que va unida a esa condición de ser pequeño que es la suya y que no sabe aún que haya de dejar de ser suya alguna vez. Sabe, en cambio, a los cinco años, que ella es algo mejor que ese juguete de carne de cuya vida animal la gente sonrío. Humillada y prisionera, soportará su suerte con sufrido orgullo, como el sabio que durante una revolución o una guerra aguanta la mofa de las turbas y tal vez se ve expuesto a vejámenes de la misma especie. A los cinco años conoce uno el estoicismo.

Sí. Pensándolo un poco, la sombra que ha dejado en la memoria esa primera infancia (infancia feliz, infancia privilegiada, cuántas veces lo ha oído uno repetir) es una impresión de angustia. La niña, no cabe duda, debió venir al mundo muy

cobarde. Hay una enormidad de cosas que le dan miedo; otras, a montones, la sobresaltan, la inquietan o la apenan. Pero, ¿quién no tiene miedo cuando no conoce nada? La opresión que, en el recuerdo, cuelga como una nube sobre esa edad temprana no es tanto impresión de debilidad ante el ingente movimiento del mundo como la soledad de quien anda a tientas.

De la ansiedad del instinto que quiere ser inteligencia, hay un reflejo en la mirada de todos los retratos que se le hicieron a la niña en aquel tiempo (bebé sano, sin duda posible; mejillas redondas, boca de flor). Pero luego ya no. En los retratos que siguen, hay una sonrisa buena, ojos confiados —a menudo pícaros. Infancia feliz, infancia privilegiada, dicen los retratos. Esta cara está hecha con horas de sol. Y, en efecto, recuerda uno muchas: El mantel blanco y rojo del desayuno; violetas y mimosas saludando detrás de puertas entreabiertas cuando vuelve uno a casa; cuchicheos y alborotos con María y las hermanas. Y más adelante (después del golfo) hay revistas francesas que le dejan a uno hojear, bromas en la mesa que avisan que el mundo no es terrible puesto que los mayores se burlan de él; horas a la luz de la lámpara. Y otras más señaladas: días de santo con regalos para uno, regalos y flores para el santo de los demás. Y, más tarde aún, horas de estudio. Muchas horas de sol y, a su lado, muchas otras, anodinas, de paz. Y, sin embargo, no hay medio de ignorar que, hasta cierto punto, esa cara nueva también miente. Hubo muchos días en que el tiempo del corazón amaneció despejado; pocos transcurrieron sin nubes. Y eran preocupaciones duras: vergüenza, remordimiento, escrúpulos, temor. Dudas de toda especie, y; detrás de cada una, un misterio. Y siempre seriedad, atención profunda... La apretada faena de aprender continúa, menos angustiosa y quizá más consciente. En un claro de la selva, que los pánicos terrores acechan a mayor distancia. Pero la tarea de cada día siempre aguarda por delante. Cada día hay que hacerle frente. Retrato, ¿es el héroe joven eso que en ti nos mira a través de los ojos serenos? Pero la niña es tan cobarde.

Se adentra uno, con todo, en una edad en que para cada cosa hay un concepto, para cada situación un sentimiento provisional (que a veces la vida, con leve capirotazo, desbarata). La rutina no es sólo observada, es conocida desde fuera y prevista. Ha tomado cuerpo y casi se la venera como a una entidad viviente; pero, como alguno de sus fundamentos empieza a ser inteligible, el momento de la máxima devoción coincide —como en otros cultos— con el imperceptible nacimiento de la ironía.

Las caras aún no tienen facciones; se las valora según la expresión y el propio apego; pero han dejado de ser sombras. Los seres tienen difuso el contorno, pero la calidad visible. Las calidades se diversifican al infinito, mil veces más despiertas y asimilables de lo que han de volver a ser nunca en la vida, pero en proporción inefables. Relucen esencias en todos los ojos. Esencias (de las cosas) llaman gozosas por todas partes, o a veces saludan tristemente al paso. Algunas despiden un aliento

frío y fétido.

De algunos seres, aparte de ese conocimiento inmediato e inútil, empieza uno a tener un saber de experiencia, muy estrecho y enteramente irrazonado. No ignora uno ya como reaccionarán Mamá o Marta la cocinera ante ciertos hechos, pero desconoce uno por completo sus motivos. Se han observado diversos fenómenos, pero la ley no está formulada. Solo en María, de algún modo, cuelgan los actos de la esencia armoniosamente, como la fruta del árbol. Pero María está tan llena de luces (chiquitinas) que no parece un manzano, sino más bien un árbol de Pascua que sigue velando, encendido, sobre todo el resto del año.

Empieza a cavarse una escisión entre dos mundos: el interior de libertad y refugio y el exterior, inmovible y no siempre hospitalario. Los dos son informes. La complicación exterior es casi toda caos. Dentro, es el reino de las calidades y de los reflejos. Los cuentos se desprenden de uno apenas oídos, por la mente circulan pocas historias y corrientes organizadas. Pero ponen en el centro de la mesa la fuente de fresas y la vida huele a presentimiento de bosque. De la brizna de leña que flota en un charco, florece un gran paisaje lacustre de pérfida serenidad y miradas metálicas. Y aquel jarro pequeño para flores, tiernamente panzudo, quisiera uno tenerlo entre las manos como un animalito y palparlo —como al niño pequeño del paseo pero sin maldad, dulcemente. Vacío sobre la mesa, propaga la buena mesa de su contento recogido y sensual.

Y no hay mucho más. La niña acaba de cumplir los seis años.

Pero entre los seres cuya calidad se revela, cuyo contorno borroso aparece y cuyas reacciones enseña la experiencia, está uno mismo. Una edad más clara. Ya no se es sólo aquello que siente, aquel soporte anónimo de lo que acontece. Modestamente, se ha empezado a ser una persona. A partir de cierto momento (impreciso), ya nadie podría volverle a uno gato. El mundo se ha desprendido de uno, como caen los pedazos de arcilla a medida que se perfila la estatua.

¿Qué es? Al despertarse por la mañana se encuentra uno preparado, como los zapatos que dejó al pie de la cama: Un haz pequeño de esperanzas y aprensiones. No siempre las mismas, pero parientes unas de otras. Es uno territorio acotado, en el que no caben ya muchas sorpresas. Es uno ese ser que vacila ante un salto de tres palmos y se consuela de una pena ante una estampa en colores; que se nubla con tristeza de sabor siempre idéntico ante reproches por culpas que no entiende (o que entiende después de señaladas y le abruma, pero que resbalaron sin sentir, al ser cometidas, entre los actos inocentes). Es uno esa pequeña fuerza consagrada desde por la mañana temprano a diversas tareas que no tendrían sentido si su sentido no fuera precisamente el de ser la tarea de uno. Es quizás alguna otra cosa. Tal vez, como los demás, sea una calidad, un cierto tañido íntimo y, por encima de eso, un contacto familiar que se acaricia a sí mismo. Es una calidad sin chispas, distinta de cualquier otra conocida, un poquito tupida y oscura: es la de una persona vista por dentro.

Y, socialmente, también se es un algo que empieza a ser conocido. Socialmente, se dispone de una personalidad bastante complicada (o que sería complicada si no le fuese a uno tan natural). Se es un ser sometido, ínfimo, impotente, con frecuencia ofendido y vilipendiado. Y, al mismo tiempo, un ser sagrado que ni en la punta de una uña rosada puede ser lesionado sin que hasta las paredes de la casa tiemblen y, entre un coro de lamentaciones, seis o siete personas entren en conmoción. Merece uno que vengan cuatro o cinco testigos a mirar como se relame comiéndose un dulce —y eso está en consonancia con cierta noción que, acallada por la disciplina, dentro de uno tiende siempre a alzar la voz y dice que el mundo está ahí justamente para que uno lo pruebe y se relama. Pero el mundo, a todas horas, contesta, alzando aún más la voz —sus miles de voces— que es uno una pajita y, si no hubiera tanta gente actuando de baluarte, en un segundo haría de uno un bocado. Existen otras nociones sociales que no se refieren a la propia persona como individuo, sino a la familia como conglomerado. No parece posible precisar qué miradas, qué comentarios muy poco entendidos, qué cuchicheos de doméstica adulación han imbuído por ósmosis dentro de esa piel tierna la seguridad de que pertenece a una estirpe superior, a una raza escogida. No se sabe en qué consiste la superioridad, ni importa saberlo ni se piensa en eso. No se es duque ni conde, ni cosa de ese estilo. Lo era la condesa de Fuentes, a quien sirvió María en un pasado antiquísimo. Por causa de los cuentos de hadas, la niña tiene una idea bastante clara de lo que es la aristocracia de sangre. Hoy, al parecer, la raza ya no abunda tanto (aunque no se ha extinguido del todo como los dragones). Esa clase de superioridad no es precisa, probablemente no se estila. La familia propia es superior. La viajera, mirando hacia atrás, no hallaría medio de discernir si esa idea, que del rudimentario pensamiento casi siempre estaba ausente, ya se infiltró en el tono general de la vida como invisible elemento de satisfacción. La niña no ha nacido muy orgullosa. De esa indefinible nobleza ve sobre todo lo que obliga; es una exigencia más colgando en el aire y una tarea, que consiste en no desmerecer de lo que la familia tiene derecho a esperar.

Y por último, se tiene de uno mismo otro saber que, aunque no puede llamarse social exactamente, sin embargo ha venido del prójimo y no tiene nada que ver con lo que el uno mismo dice. De boca ajena sabe que es una niña gordita y alta con color en la cara y el pelo lacio; porque, aunque en el cuarto de la niña hay un lavabo grande de luna, la época en que empezó a verse en el espejo habría que colocarla hacia los 13 años. También por referencia, por contacto con el prójimo y comentarios, sabe uno que es menos atrevida que las demás niñas, que tiene buen genio y bonitos modales, que aprende con facilidad y con la aguja es muy torpe. Y que es “distraída”, esa condición extraña que los demás le reprochan como un no pensar y que a uno le parece que consiste en pensar en lo que piensa. Si; Papá, en esta época en que los teatros de zarzuela dan “Los Hijos del Capitán Grant” (María lo ha ido a ver y lo cuenta), la llama Doctor Paganel cuando entra a comer con el libro debajo del brazo.

Pero tiene otro nombre: Ese haz de deseos, esa conciencia culpable, esa pajita, ese centro del mundo (que si quiere se sale de él y lo deja correr); ese testigo distraído, ese pelito lacio, soy yo: Monsi. O, si se hubiera perdido uno en la calle y le preguntara el guarda cómo se llama, Montserrat Sureda.

“¿Desde cuándo, Monsi?”, murmura la tristeza insidiosa de la fuente en el oído. “¿Cómo? ¿Desde cuándo?” podría ahora decir el padre. Si sobre cada mes de tu vida, Monsi, hubiésemos escrito mil páginas, ni aún así podríamos decir cómo naciste. Ese poco, ese mucho, que ya es humanidad y sale de la era del mito para pisar la edad histórica, nadie en el mundo, ni tú misma, ha sabido nunca cómo llegó a ser. ¿En qué momento le llamaste perro a todos los perros? ¿En qué otro, cuando oíste decir: “Carlitos tiene un perro” aleteó dentro de ti ese multihocicudo concepto de perro que ningún filósofo ni ningún pintor cubista ha logrado nunca saber bien en qué consiste? ¿Qué día se alzó ante ti como una cosa viva (pero distinta en sus gracias de todo lo vivo) lo que solamente estaba pintado en un papel? ¿Quién te enseñó a leer en una cara la compasión o la amenaza, y que ese pliegue de la boca que confundes aún con la belleza es el signo de la bondad? Aquel trocito de tafetán adornado con un bigote que Papá te arrancaba del labio con dolor, no sabías que se llamara un rectángulo, pero reconocías, como distingues una especie de animales o de objetos de uso, la simetría de su forma.

Y, antes de haber aprendido del mundo lo preciso siquiera para dar unos pasos fuera de casa sin perderte, ¿cuántas cosas llenaban ya tu cabeza que crecían por encima de él: flora de lujo que apenas hincaba en él sus raíces y quizá, como un mal parásito, lo carcomía? En las cosas del saber la niña se ha visto crecer menos que otra cualquiera. Penetraron las letras debajo de su cráneo cuando todavía no distinguía veinte caras. Ahora escribe sin vacilar en V o B todas las palabras que conoce, es capaz de poner escrito casi tanto como es capaz de poner en palabras, que, naturalmente, no es mucho. Y la imaginación está ya muy madura; para ella es casi como si hubiera nacido árbol frondoso o Minerva pequeñita cargada con todas sus armas. El primer aprendizaje, la verdadera infancia se ha perdido.

—Se ha perdido —dice la viajera acostando la mejilla en la hierba amarga—; se ha perdido y era lo único que importaba saber. Si supiese uno como se hizo, quizá supiera lo que es, aunque no sepa de donde vino. Se ha perdido, fuente, —lo mismo da. Quiere uno aprender, fuente, cuando es joven, para estar tranquilo. Pero detrás de cada saber hay otro saber, y van siendo cada uno más triste que el otro.

### III

**A**L principio de esa edad más despejada, al final de la obscura, en el tránsito de una a otra, hallamos el momento de hablar de las relaciones trascendentes con Mamá y María y del significado de esos dos númenes poderosos de la vida. Es el momento en que la diferencia entre ambas relaciones se aclara un poco en la conciencia, y en que aún no palidece como efecto de la importancia menor en que María y Mamá han de caer luego. María, desde la época más informe, fué siempre signo de luz. Y en el tiempo en que era poco más que un estímulo luminoso, era ya una estrella de la actividad. A su contacto el sueño de la mañana huía, los gestos se avivaban, la menuda energía hallaba fuerzas para soportar el agua fría y apetecer la vida incomprensible. Luego María ha sido mucho más. Es aún, ante todo, si se quiere, sol: El cuarto de los niños gorjea y pía bajo sus rayos como una jaula de canarios. Tiene sobre el alma los efectos de las horas tempranas o de los baños de mar (no los de entonces). La vida le chisporrotea entre los dedos. El tiempo vibra bajo su mando; pero “Ven, dice la vida, acércate, desmigájame entre los labios como pan. Tengo buen gusto y no hago daño.”

Presente María, no hay horas aburridas, salvo las del paseo (porque entonces María, obedeciendo a reglas esotéricas de dignidad, camina hierática y muda, mientras la niña, por costumbre, se distrae en leer los rótulos de las oficinas y las tiendas; y de repente se da cuenta de que ya no le distrae y siente como náuseas y quisiera aliviarse pudiendo devolver las sociedades anónimas y las lecherías modelo). María posee en menor grado que Mamá la virtud defensora de las personas mayores. El fantasma, naturalmente, vuelve a ser armario cuando María, pisando ligera sobre sus zapatillas de fieltro para no despertar, entra en el cuarto a buscar las tijeras. Los desastres sangrientos se convierten, cuando al fin uno la alcanza, en rasguños que se curan con árnica y tafetán. Fuera de casa, el asunto varía. Suelta en el ancho mundo, María no tiene el don de exorcizarlo de peligros —antes podría decirse que atrae los peligros y los crea. En las apreturas de una “bulla”, en la travesía dónde un caballo se encabrita, o avanza como un torbellino uno de esos monstruos (monstruos para María, la niña los ha visto siempre) que se mueven solos; ante los pavores de un paso a nivel libre y vacío, o el borracho, o el hombre que va rozando los paredes por una calle obscura, María tiembla y se agita, y con su vibración puebla el aire de visiones. Pero, al propio tiempo, aprieta tan firmemente la mano, alza la cabeza tan denodadamente, que reemplaza la idea de inocencia del mundo por la de combatividad ilimitada, ahuyentando al fin el peligro que ha suscitado ella misma.

María —otra delicia— es el primer carácter inteligible que tropieza uno por el mundo, María es como uno. No pertenece al mundo superior, pero abstracto, de las personas mayores, ni al mundo primitivo de las criadas, lleno de pasiones elementales y codicias oscuras. María, en su pueblo de Aragón, en casa campesina medio

acomodada, nació pulcra y señoril y, cuando la dignidad de aya aún estaba lejos y servía como doncella en casa de la Condesa de Fuentes, no usaba delantal fuera de casa, ni llevaba paquetes grandes. Salió una vez a la calle con una bandeja. Unos muchachos la siguieron, porque entonces María era mona, a pesar de las pecas, con su naricilla aragonesa pellizcada y respingona. Dos la piropearon; el tercero dijo, mirando la plata pulida: “Mejor me quedaría con la bandeja”. María, fina como un alambre y disparada como un muelle, giró sobre los talones, llamó al imprudente “grosero” (grosero, no animal) e intentó darle con la bandeja en la cabeza. De vuelta a casa, dejó el artefacto sobre el aparador y declaró que en la vida volvería a salir a la calle con un objeto humillante en la mano. La condesa tomó la declaración con paciencia, porque María planchaba y encañonaba mejor que nadie.

Ahora María sale a la calle con velo y hace falta el calor más pegajoso de fines de Junio para hacerla abandonar la compostura del traje de chaqueta. Pero cuando Mamá dispone que se vaya al teatro, se viste y viste a sus niñas vibrando de interés, y prodiga sin compasión los tirones de pelo para no llegar tarde. No escucha la función con condescendencia, sino brillándole los ojos. Se divierte lo mismo que uno, en general mucho más porque Monsi casi siempre en algún momento tiene miedo de algo o siente esa tristeza de plomo que no sabe aún que sea hija de la fealdad. Cuando termina uno de leer un libro que no está en francés, lo toma María que lo devora, y ha llegado a ser una biblioteca infantil viviente, porque no hay cuento ni detalle que se le caiga de la memoria. María le tiene como uno amor a los objetos, a cosas pequeñas o usadas que de sobras se sabe que en el universo oficial de los mayores no tienen valor. No atesora piedrecitas o ramitas de árbol, pero sí trocitos de tela bordados con lentejuelas, medallitas que no son de plata y estampas, botones de nácar, retales de terciopelo y de encaje. A veces, recoge hasta lo que desechó uno mismo: la muñeca de celuloide que perdió un brazo, la caja de porcelana que se rompió en siete pedazos. Lo recoge y lo acoge, y siente uno que es mitad ternura por lo que estuvo vivo y respeto por lo que fué bonito, mitad angustia de quien fué niña pobre ante lo que se desaprovecha. Tiene un cajón que es como un cementerio de cosas y lo abre alguna vez con reverencia; pero es una suerte que los muertos que allí descansan no tengan parientes que los vengan a llorar; porqué les sucedería como a esa gente que perdieron a sus deudos en tiempo de epidemia y, cuando al cabo de años hacen abrir la caja del marido o el hermano barbudo, encuentran dentro zarcillos y los restos de un traje de novia. Lo que María ha atesorado en su necrópolis, en ordenadas filas, rara vez es capaz de volverlo a encontrar.

María organiza una partida de milano o de gallina ciega, la gobierna, interviene en ella riendo avergonzada, se apasiona por el bando amigo. María se le parece a uno, pero no solo en lo que se parece se la entiende. Como todo el mundo, tiene su universo y su modo de ser, normas de dignidad o de etiqueta que uno no comparte y que para uno, seguramente, no serían adecuadas. Tiene añoranzas de un paisaje para



Monsi desconocido, susceptibilidades, suspicacias y tozudeces; afición a bordar a punto ruso; devoción por la Virgen del Pilar (como si la de Monserrat no existiera) y por la casa reinante, que sólo muy degradadas en fervor ha transmitido por contagio (y tiene una clara conciencia de haber sufrido contagio). María es intransigente, o sea lo más opuesto a esa esponja absorbente que es el alma de Monsi a los seis años. Tiene ideas políticas que, en la imaginación de la niña, han emparentado a Don Antonio Maura con los patriarcas de barba blanca y cayado.

No importa. Hasta en sus más intempestivos cambios de humor María se entiende. Es el primer caso de esa visión sintetizada del prójimo que permite resolver los distintos perfiles de su genio, como los de una silla, en una forma ideal que no es del todo una forma. Los ojos de María anuncian, como los de todo el mundo, su calidad inefable y única; pero sus gestos y palabras dicen otras muchas cosas. María es previsible, hasta en su respuesta a circunstancias imprevistas. Están trabados sus actos por una razón interna, como los miembros de las muñecas por alambres.

El conocimiento de María es inmediato. No se han tejido, alrededor de sus gestos, analogías y deducciones; la ausencia de experiencia no lo permite. Pero la intuición ha llegado a ser tan completa que el conocimiento casi se ha vuelto discursivo. Pasarán no cinco ni diez, sino muchos más años antes de que la niña sea capaz de analizar un carácter, pero el de María casi podría describirlo. Y si no puede no es el saber lo que le falta, sino ese vigor o ese arrojo de la inteligencia que permite asir lo que es y sacarlo a la superficie en forma de palabras.

María debió nacer ya pulcra, peinada y vestida. Nadie sabe a qué hora se acuesta ni a qué hora se levanta. Nunca se la ha visto más que de pie, preparada y compuesta como si su vida se compusiera de un único y eterno día que no conoce interrupción. Si alguna ocasión memorable exige tocado especial, estar a punto de sorprender en corsé y refajo a María (que había elegido para desnudarse la hora de la lección), es pecado que se expía, no sólo con improperios, sino cayendo en desgracia durante varios días. Cuando Mamá le da un traje usado, al cabo de un mes empieza a mirarlo con sorpresa y a encontrar que estaba demasiado bueno para regalar.

Y nadie la ve comer tampoco. No come en la cocina, como el resto del servicio, a la hora en que uno ha tenido a bien terminar. A mediodía se la sirve sola, en el cuarto de plancha, mientras sus niñas están en la mesa, y siempre es ella quien termina primero y tiene tiempo de venir a embutir las últimas patatas fritas y de hipnotizar los bocados de carne que andaban errantes y exangües por la boca sin encontrar camino, para que se enderecen al tobogán de la garganta. Por la noche, cena estando uno ya en cama, seguramente tarde. No se la ve comer, como no sea una manzana o un dulce que ha guardado para repartirlo con sus niñas (usando, naturalmente, un platito de té y un cuchillito muy limpio). Tampoco se la ve entrar o salir, así sea con discreción, de recatados lugares. Para asuntos materiales es en parte como un ser sobrenatural, en parte como una cosa. La niña se lo agradece: tiene muchos pudores y mucho amor a

los púdicos objetos inanimados. Y... con todas estas distancias, María es lo más próximo que existe. Es casi el contacto elemental con la vida, que apenas estaría ahí si María no estuviera.

Y María posee otro encanto enteramente delicioso. María, ese pilar de la vida, en algunos aspectos sobrenatural, ese ser revestido de autoridad, a quien le replica uno y le tira rabiosa del delantal (de costura), porque para algo tiene uno confianza, pero a quien al fin y al cabo hay que obedecer y, si algún día se decidiera a llevar a cabo la amenaza “Voy a buscar a Papá”, Dios sabe lo que pasaría, María le es a uno un poco inferior. De ahí esa nota en el afecto, enternecedora como un pollito y alegre como un cascabel. María, por ejemplo, el francés no lo entiende. Parte de la veneración que sus niñas le inspiran puede que sea un poco pariente de la admiración del portugués. No sabe las notas ni conoce en el piano dónde está el do. Monsi no se adentrará en el mar, ciertamente, sin recelos, pero se siente esforzada por comparación con María a quien no ha habido persuasión humana capaz de decidir a mojarse las pantorrillas. Y Monsi, a los seis años, se santigua desde luego al entrar en el tren, pero sin seriedad, y no pone cara de angustia. Los trenes son uno de los sitios más inocentes y en dónde menos cosas pasan. Algunas veces, la extraña “espantada” de María, —apretándole a uno la mano, apretando los labios, apretando el paso—, le ha erizado un poco el vello, si era de noche y la calle toda solares. Y, en la obscuridad, ya se sabe que todo es horror, aunque probablemente un horror que no tiene poder para hacerle daño más que al alma. Pero cuando, en pleno y claro mediodía, María se niega a llevar a las niñas a una “torre” de los barrios extremos, porque “se las podrían secuestrar”, Monsi sonrío. Sonríe porque sonrío Papá, sonrío Mamá y, a la luz del sol, Monsi puede permitirse el lujo de desdeñar los prejuicios que no son de su casta.

María es devota. A los seis años conoce uno ya los signos exteriores de la devoción. María lleva al cuello tres medallas, y prendidos en la camiseta, dos escapularios. Apenas oculta que el escapulario único de Monsi le parece insuficiente: carencia arriesgada que entraña un peligro que Monsi no sabe aún bien si amenaza a su cuerpo o a su alma. María preferiría ver a sus niñas enfermas que acostadas sin oración. Guarda en sus cajones un sin fin de relicarios de raso celeste bordado de cuentas con que las mantuvo abrigadas hasta que se le escaparon del coche. El libro de misa que tiene en su velador está repleto de estampas y de diversas novenas que se destinan a los casos graves. (Porque María no es como Mamá Ignacia que tiene siempre una novena en curso; y además sus devociones particulares son —como el resto de su vida íntima— secretas, muy al contrario de las de Mamá Ignacia que llama a todos para rezar: “Juana, majadera... deja ya... a ver si voy...” y nunca le parecen bastantes). Hace dos o tres años, cuando Monsi no iba aún a misa, tenía ya sin embargo conciencia de esa ceremonia que se producía los domingos, de ponerse el velo y salir todo el mundo con prisa. (Eso en el campo; en la ciudad, con los

sombreros, la misa pasaba más desapercibida.) Pero María no se ponía velo ni corría; a las ocho estaba ya ahí, cada pelo en su sitio, para despertarle a uno. Ahora que Mamá se lleva a las dos niñas a la Iglesia, María va a veces a misa más tarde, porque le gusta ver gente. Va a una iglesia de la vecindad, bien frecuentada; pero no a la de la señora, si ella no la invita. Los demás días sus devociones siguen siendo invisibles y, probablemente, no visita la iglesia mucho más de lo estrictamente prescrito. Tiene uno la impresión de que piensa que, con persona de tan alta condición como Dios, ella no debe permitirse confianza.

Monsi reza y va a misa y sabe que hay en el mundo (aunque lejos) una autoridad superior a la de Papá y más severa. Está enterada de que, en una noche estrellada, nació un niño en un pesebre; y esa es una idea simpática y graciosa. Religión significa por ahora confirmación oficial de que existen poderes ocultos (no hacía falta que se lo dijeran). Pero existe también ese instinto de venerar que, hoy por hoy, sólo se dirige a seres tangibles. Si fuera capaz de enlazarlo con la religión (al Niño solo le da ternura) podría decir que María tiene tres religiones.

María es receptáculo y sirviente de todo lo que ya no es. Su conversación reluce con los relatos de los tiempos gloriosos de casa de la Condesa de Fuentes; de otros honrosos también, pero más severos y oscuros, en que servía a los Jordi, banqueros, ahí cerca en la Gran Vía. Hasta cuando se calla se adivina que lleva esos recuerdos con unción dentro de sí, como un sacramento (y que a Mamá le molesta). En el caso de la Condesa de Fuentes, la antigüedad del recuerdo en sí se alarga y se ahonda con una antigüedad de cuadros y de tradiciones. Pero María, que se adapta con tanto amor a las diversas costumbres de elegancia que va encontrando en “sus casas”, no respeta únicamente la tradición noble. Nada es bueno, nada es santo hasta que pasó: esta es la doctrina que María enseña con sus relatos y sus reticencias. Los trocitos de bordado de lentejuelas que guarda en su cajón le son seguramente más sagrados que le pareció nunca el traje nuevo, cuando, intacto y centelleante, lo lució Mamá para ir al teatro. María, aunque lo disimule, quiere a Monsi —todo el mundo lo dice— más que a Rosi, que es más buena, porque a Rosi no la vió nacer. Pero los tiempos en que sólo existía Rosi eran mejores, porque son más viejos. María ha de reconocer, como todo el mundo, que el comedor nuevo es más bonito, es precioso; pero los tiempos del comedor negro que estaba en la parte de atrás eran mejores, y Monsi, que del comedor viejo sólo recuerda una emoción de luz y la revelación del afecto enamorado bajo un gorro turco, casi le da la razón.

Monsi no sabe aún historia (o únicamente, si acaso, que los fenicios y los cartagineses, cargados de armas y unos brazaletes feísimos que se ven en la primera plana del libro, desembarcaron, por capricho, en España). Sabía, por los cuentos, que las cosas maravillosas y sentimentalmente perfectas han de ocurrir en traje medieval. Era muy poca cosa. María le enseña el pasado, su peso, su calidad. (La ayuda en su

tarea el cuarto de trastos, esa otra fuente de tradición.) María no usará una prenda de ropa, no dará un paso, no aceptará una costumbre que no esté consagrada por un par de generaciones siquiera. Las acciones están divididas en “lo que se hace” y “lo que no se hace”; los mandamientos de un pueblo aragonés humilde perduran en su alma al lado de los que ha recogido de los abuelos de sus amos, burgueses o condes. Cuando alguien deja caer al suelo un pedazo de pan, María lo recoge y lo besa.

El pan, además de tradición, es vida. He aquí la tercera devoción de María: Lo que se hace es santo porque tiene detrás la tradición, pero es alegre porque se hace. Adivina uno muy bien que, también para María, el perro de juguete está vivo, cada objeto de uso tiene una cara y una palabra que decir, cada tarea un color, cada hora un sentido. Los colores de María serán otros, pero para cazarlos es más diestra que uno mismo. Para Monsi hay espacios de tiempo de desecho, cuelgan ramas secas y piltrafas de árbol de la vida. (Las dos vueltas reglamentarias al paseo, por la mañana, ¿quién podría hacerlas reverdecer?). La vida de María nunca se afloja, la brisa en su mar nunca se para; se convierte, si acaso, en tramontana en alguna hora infausta. Entonces tiembla María dentro de su propio viento, como una bandera y Monsi —que de Mamá en el mismo estado se asustaría tanto— se quita de en medio pero no lo toma en serio. Pronto vuelve María a ser brisa, brisa fina, y se hincha la vida de uno como una velita blanca.

Los ojos moteados y descoloridos de María están casi siempre llenos de centellas. No de luces quietas: son chispas que se escapan volando y van a prender en todos los rincones estrechos mundos recónditos de calidades alegres. Las que consienten en quedarse dentro, más hondo, además de aquella última nota inefable que solo dice: “María”, cantan una proclama que, aproximadamente, debe decir así:

“Mi gozo no es el de los que tienen, sino el de los que creen. No basta creer en Dios. Hay que creer en el pan de cada día y en el orden: en la plancha immaculada, en las macetas y en el encaje de bolillos.”

María es esto: Repique de campanas que dice “Abre los ojos y discurre. Mira y toca.” (“Discurre...” es un estribillo favorito de María). Mamá, al principio, porque después ha ido cambiando de sentido, fué exactamente lo contrario. Fué todo lo que dice: Duerme, olvida, suelta tu fardito pequeño que a nadie le importa nada. Fué una cosa semejante a la música y al incienso, quizás a la muerte. Cuando tenía uno... no se sabe, quizá tres años, Mamá le cogía mucho en brazos, sobre todo al final del día. Entraba uno en contacto con una amplitud honda y tibia. Esto sólo es un modo de hablar: ningún otro contacto amplio y caliente hubiera podido irradiar aquella seguridad sin nombre, aquella bienaventuranza oscura. Si la habían cogido para consolarle, el temor o la condena desaparecían en cuanto se entraba en aquel recinto; pero la paz que en él se hallaba no se hubiera podido llamar con justicia paz espiritual. No eran sólo las preocupaciones del espíritu, sino el espíritu también lo

que se desvanecía. El mundo yacía allí abajo y un instante lo miraba uno con rencor, y luego con desdén; y luego ya no miraba nada. Se volvía a aquello de que se guardaba un recuerdo confuso: los momentos en que se chupaban juntos bienestar y existencia —una existencia que no estaba opuesta al mundo porque mundo no había. Pero, ¿puede la niña conservar recuerdo semejante? Sólo le dieron el pecho pocas semanas. El resto lo ha hecho María —raro es el día que no lo repite— a mano, sin un tropiezo, con un biberón. ¿Existe de ciertas cosas instinto tan fuerte que sea capaz de fingir recuerdos?

No importa: A los tres años puede uno todavía, eso es lo único cierto, volver al seno de su madre. Puede uno olvidar ese asomo de persona que era ya capaz de juntar letras y sumirse en la existencia indiferenciada, en dónde la seguridad es absoluta porque no hay ofensa que a uno le alcance ni responsabilidad que le incumba. Tal vez nos equivocamos, no obstante, al decir que esa paz del regazo fuera abolición de la vida espiritual. Si una impresión difusa y rendida de agradecimiento es amor, la niña aprende el amor en las rodillas de su madre —la mitad del amor. Si la otra mitad es estar dispuesto a hacer y a servir, esa mitad se la enseña María.

María le besa a uno tres veces, decidida y un poco humorística, al embozarle en la cama. No conoce los refregones tiernos, marca entre los tres besos casta y sensata pausa. Solo le coge a uno en las piernas cuando hay que forcejear con un zapato o en momentos de gran desolación; y aún entonces no le reclina a uno contra su pecho. Para eso, es preciso que Monsi se haya mareado en un coche, o que de repente se haya puesto mala y haya que llevarla a la cama. Y, hasta en esa ocasión, María llevará con precaución a su niña, sin apretujones familiares, guardando todavía, en lo que cabe, distancia, cierta distancia que parece que María sienta que no debe franquearse nunca entre seres civilizados. Y, después de todo, hace bien. Porque, a pesar de la pulcra limpieza y de la calidad dignificante de la blusa de seda heredada, la proximidad del busto de María despide cierto tufillo muy leve que la gramática social instintiva tiene clasificado como voz inconfundible de la raza inferior. (Y eso complica las relaciones: Primer presentimiento, tan leve como el tufillo, de esa desorientación destructora para el alma —la degradación de lo que se ama).

A veces, en ocasión de un éxito o riesgo memorable, oye uno que alguien se sorprende de que María no haya exteriorizado su emoción con mayor efusión de besos y abrazos.

—Eso son zalamerías —dice María con desdén.

—Pero Mamá —replica Monsi— me ha dado más besos.

—Mamá es tu madre —contesta María irrefutable.

Mamá fué eso al principio. Su sentido ha variado un poco, ahora que con ella,

como con el resto del mundo, las relaciones espirituales y sociales crecen y se ramifican. Pero, cuando se sienta en la butaca verde y consiente en olvidar todo lo que no es consuelo, aún es la paz de la rada inexpugnable, el bautismo que borra todos los pecados. Y, en cualquier momento, el poder de Mamá para dejar inofensivo al mundo, es muy superior al de María. Mamá no defiende, no ha tenido nunca que defender. Nadie sabe como reaccionaría ante un peligro verdadero, un peligro para personas mayores. Es nerviosa. Quizá dejara ver tanto azaramiento como María y menos intrepidez. Defensa invencible, sólo la esperaría uno de Papá. Pero no deja uno de saber que la mayor parte de los peligros y tristezas: los misterios de aspecto feo y lúgubre, el riesgo de llegar a ver de veras el hombre detrás de la cortina, y hasta la mano, que se sabe que no es vana ilusión, y hasta los escrúpulos de conciencia, son cosas que sólo atacan a los inferiores y a los niños. (Los mayores, que no han de obedecer, cómo iban a sentirse culpables). Ese mundo que en la obscuridad hace muecas y no es posible estar seguro siempre de que no exista (y además, aunque no sea de veras, existe: es igual), sobre Mamá no tiene poder. Cuando después de un relato imprudentemente macabro, o de la aparición de la mano, han fracasado tres visitas de María en la faena de desembrujar el cuarto, una aparición breve de Mamá basta para limpiar el ambiente y traer un sueño tibio como un baño. Y María, con un poco de agua y de algodón, es capaz de convertir el caos de una rodilla toda barro y sangre en un trozo de piel arañada; pero si le dice uno que tiene un dolor raro o un bultito en el dedo, pone cara de pánico; para disolver en vulgaridad esos males más raros, la presencia de Mamá es necesaria. El mundo es como uno de esos canes que, ladrando de noche con ojos de llama, parecen un lobo. Y seguramente el bicho quiere de veras morder. Pero oye la voz del amo y menea el rabo y se acuesta a los pies hecho una rosca y es un perrito.

En el año de gracia de 1906, Mamá es otras muchas cosas. Es, ante todo, majestad. Majestad porque es autoridad —o tal vez autoridad porque es majestad. En su papel de Juno la ayudan la prestancia, la noble estatura y esa belleza que Monsi sólo distingue aún por el respeto que va sembrando. Mamá, cuando entra en la cocina vestida para ir de visita, infunde más pavor que cuando llega airada. Siente uno que, con el friso de madera del comedor nuevo, los pasillos esterados y la estufa grande del segundo recibidor, es una de las cosas que le dan lustre a la casa.

Todo, en último término, depende de Mamá en este mundo, y depende con notable contingencia. Mamá no es un carácter inteligible. No puede ser comprendida, y es más: tiene uno la impresión de que *no debe* ser comprendida. Entre las nubes de su remoto olimpo, —que hasta cuando se sienta a hacer punto en el cuarto de los niños la acompañan— transcurren acontecimientos invisibles, saltan chispas que descargan luego sobre los humanos en forma de rayo o chaparrón. Todo ello —tormenta o nubes rosadas— se mueve a celestial altura, por encima de la cabeza de Monsi. Pero de pronto, como las diosas (faltan un par de años para que Monsi pueda

formular, siquiera nebulosamente, esa comparación) Mamá sorprende con un rasgo, una debilidad, enteramente humanos. Es en esos instantes cuando podría uno tener miedo de pecar por comprensión. Pero no duran. Las debilidades de los dioses suelen terminar tempestuosamente, y, dejándole a uno deslumbrado con un destello de su bella ira, Mamá se remonta al Olimpo, en alas de un sopapo.

Aunque no cabe decir que Mamá cuide de su culto. O solo en ciertos aspectos, a ciertas horas. Cuando se viste para ir al teatro, toda la casa está admitida, y obligada, en cierto modo, a ir a adorar. Faltas de respeto no admite ninguna y su palabra ha de ser ley. Pero, en su existencia material y visible es accesible a todos. Por la mañana, se expone a los ojos de cualquiera en bata y zapatillas; sale de su cuarto con cualquier motivo, a medio peinar, y se presenta en el de los niños con el moño deshecho. Casi parece que Mamá no tenga conocimiento de su naturaleza distinta. Cuando está enferma, no se esconde como hizo María el único día que la jaqueca le dió tan fuerte que se tuvo que acostar. Se puede pasar a verla y unas veces está en cama y otras está en la chaise-longue. Los días de chaise-longue conviene dar un beso y marcharse en seguida. Lo probable es que Mamá no se encuentre bien; no se la debe cansar. Además, Mamá desmadejada y el cuarto sin hacer componen un espectáculo despistante y deprimente (impresión pariente de la del tufillo). Pero las enfermedades son cosa extraña. Cuando una persona está echada en la chaise-longue, suele encontrarse mal; pero si está en la cama, aunque eso quiere decir que está más enferma, es corriente que se encuentre bien. Si Mamá se ha acostado del todo y la enfermedad está organizada, las visitas de la mañana o de la primera tarde tienen mucho encanto. Por la mañana suele uno encontrarla descansada y de muy buen humor. Tiene cara de asueto y huele a colonia más que de costumbre. Una cama grande, recién hecha, casi vacía, es un lugar estupendo de esparcimiento. Está reñido con la etiqueta. Reina un aire íntimo, parece que esté uno haciendo amistad. La naranjada y las pastillas de menta de que Mamá dispone en esas ocasiones aumentan la sociabilidad. No habrá lección. La mesa, a mediodía, no está demasiado triste, si hay permiso para ir después de comer a enseñarle a Mamá el periódico ilustrado. Y María, esos días, suele estar piadosa; reina mayor anarquía respecto al pan que hay que comer y a acabarse lo que le han puesto a uno en el plato. Pero, al cabo, todas estas novedades se pagan, cuando, al caer la tarde, Papá, de regreso de una visita al último extremo del piso, le anuncia a María, antes de volver a encerrarse en el despacho, que Mamá “ha vuelto a cargarse”. El ambiente se carga también, casi no es preciso que le exijan a uno silencio. Todas las habitaciones de delante, que son el dominio de Mamá y de los mayores, se llenan de cavernosa soledad y un soplo triste, como el que precede la lluvia, llega hasta las habitaciones de la parte de atrás, hasta el cuarto de los niños por dónde Mamá, a estas horas, no aparece nunca. Después de haber entrado de puntillas a besar una fisionomía desconocida y congestionada que apenas le hace a uno caso, se cena lúgubrementemente y se duerme uno infeliz (y antes que

de costumbre, porque el mundo está tan pobre que no ofrece ni visiones con qué desvelarse).

Si María se pusiera mala —Dios no lo permita— sería muy distinto. Parecería que el sol se hubiese detenido en su carrera, que se trastocara el curso de los astros. Pero no habría miseria, no habría cavernas, porque Mamá daría de comer y vendría a acostar, y el mundo, que María no sabe dominar del todo, ella lo dejaría en orden con una sonrisa.

Confesémoslo: Aun las horas risueñas, las irregularidades agradables de los días de enfermedad de Mamá (que en momentos de optimismo podría uno pensar que compensan lo que tienen de tristeza), dan un sabor dudoso, como de dulce chafado con un poco de moho. Por su irregularidad misma, por ser una cosa suelta y desligada que ninguna regla y ninguna tradición justifica. Están como manchadas de anarquía Sí; en algunos aspectos, parece que Mamá ignore o desdeñe su propia esencia. Pero quizá sea todo lo contrario: quizá tenga tan clara conciencia del origen divino de su autoridad que no encuentre preciso reforzarla, como María, con signos externos. Está familiarizada, quien no lo ha de ver, con su propia grandeza... *Et Dieu parle bien de Dieu.*

Por mucho que descuide su majestad y su secreto, Mamá jamás llega a ser comprensible y jamás deja de ser superior. Ante los ojos de Mamá, el mundo está abierto: lo contempla hasta el fondo y no halla misterio en él. Nunca tiene que contestar como María: “—No sé”. Se le puede preguntar todo y las respuestas son de fe; no como las de María, que ya se ha enterado uno hace tiempo de que sobre muchas cosas tiene ideas inexactas. Y ella, en cambio, es misterio. No cabe sospechar siquiera en qué ocupa sus horas de retiro o de ausencia, de qué nutre su imaginación, si es que requiere alimento; o si encuentra pesada la carga de llevar sobre sus hombros el orden del mundo. No se sabe. De lo que hace, de lo que dice en presencia de uno, se presiente que está ausente en gran parte y que las exasperadas hojas de lirio-iris que borda, vigilando a las niñas, cuando María está de plancha, no se hallan mucho más cerca de su naturaleza que uno mismo. Quizá la fastidian tanto como a Monsi la fila interminable de los agujeros del cañamazo, (que serían un trabajo de Sísifo si no supiera uno que el modo de librarse es aburrir aún más de lo que uno se aburre).

Las cosas —por humildad sin duda— callan la voz delante de Mamá. El jarrito panzudo y el muñeco sin brazo no le envían esa ofrenda tan tierna y casi perceptible a los sentidos que da ganas de tocarlos y al mismo tiempo da pena. Mamá no es amiga de las cosas y falta, por eso, convicción en sus acciones menudas; y esa sonrisa de justificación y gozo que acompaña los gestos de María, sólo se le ve cuando arregla flores o da la última mano a un aparador lleno de dulces —objetos dignos de ella. En días especiales, cuando el público ante quien hay que presentarse lo merece, Mamá



arregla y peina a Rosi y a Monsi con sus propias manos. Lo hace con devoción, en comunión íntima con la calidad del traje vaporoso y el pelo de seda; pero sin alegría: con pasión, con una furia de celo que puede llegar a exteriorizarse en un cachete. Entonces está Mamá oficiando en uno de sus ritos, siempre algo pavorosos, y uno se halla también sumido en el culto de sus dioses incomprensibles. Mamá tiene sus ritos; todo el mundo los tiene. Pero, ¿son ritos tradicionales? Las relaciones de Mamá con la tradición no están muy claras; con Dios tampoco. Siempre, naturalmente, ha ido a misa y ha salido con velo temprano por la mañana alguna vez, como es costumbre. Y cuando, un par de veces al año, María, fascinada por la única pasión que es capaz de hacerle descuidar sus deberes, va al teatro por la noche, Mamá, con un poco más de prisa, también le pone a uno de rodillas. Pero el gobierno de la vida religiosa de Monsi ha sido hasta ahora de la incumbencia de María para lo cotidiano, de la de Mamá Ignacia para el mes de María y las novenas. El número y el rigor de las obligaciones a que Mamá está sometida en ese aspecto se desconoce. En cuanto a la tradición... como sobre Mamá descansa todo, también descansa la tradición y ella al fin y al cabo la mantiene; pero parece que sea sin mucho respeto. Del revuelo de la falda airosa de Mamá se diría que sopla siempre un airecillo de novedad. Si le peina a uno, lo más probable es que alguna tirantez extraña le avise que el lazo no descansa en el sitio de rigor; periódicamente hace variar el rumbo del paseo; deja caer sobre el mármol del tocador un puñado de bigudillos de nuevo modelo y da orden de que se enrosque el pelo de otro modo. (Variaciones efímeras, porque la roca de la voluntad de perduración que es María, se deja lamer y ocultar por la ola de un momento, pero se mantiene firme: “Esto no lo he visto nunca” es la respuesta que suena invariablemente en los labios de María cuando Mamá entra en acción y que indica que acaba de soplar el vientecillo.) El horario y el orden de las lecciones que da Mamá ahora (más allá de la lectura y los palotes, María no pudo ir) fluctúa continuamente. Los postres de cocina evolucionan y presentan mutaciones en sabor y aspecto a cada nueva aparición sobre la mesa. Y no es mucho si se piensa que, sólo con mover la punta del dedo meñique, Mamá podría hacer, si quisiera, que se desayunara uno por la noche.

Podría uno creer que hasta los cambios de humor que en Mamá con tanta facilidad se producen son una forma de esa negación de la inmovilidad. Podría uno creer que sirve a una tradición que consiste precisamente en variar (y esta idea, que quizá la niña nunca tuvo, le parece clara a la viajera acostada junto a la fuente, que conoce la historia de su madre). Dentro de Mamá, en todo caso, alrededor de quien todo gira, se oculta, como en otras divinidades, extrañamente entrelazada con las fuerzas benévolas que conservan, una voluntad de destrucción. Y quién dirá si, en la divinidad y en ella, esa facultad de aniquilar y de barrer no guarda relación con su función más alta, que sigue siendo la de soltar sobre la tierra las aguas de la absolución y del olvido.

Porque eso eres aún ante todo: —¡Amparo!— falda graciosa que ondulas en la playa como la bandera de una nación fuerte. Junto a tus pliegues caminan sin temor tus hijas, entre tanta señora parlanchina y tanto señor con barba que debiera intimidar; seguras como el súbdito extranjero que, en un país revuelto, vé anclado en el puerto el acorazado de su patria; seguras bajo los ojos alegres que resuelven los monstruos (aunque muy seguro no sea que en un rincón, lejos de esos ojos, los monstruos no vuelvan a componerse y, realmente, respiren). Digámoslo, no obstante, al final: Mamá, signo del esfumarse dichoso, es, a veces, si no llamada a personalidad y vida inmediata, cuando menos promesa de personalidad y vida. A veces, un momento, un segundo, se para a distancia, le mira a uno de arriba abajo. Sonríe desde las mejillas que son para los ojos de seis años como peonías nebulosas, y en aquel instante sabe uno que es guapa. La mirada tiene una chispa pícara y otra de conmiseración. “Algún día —dicen las chispas—, algún día... Todo esto de ahora no es más que una broma. Eres de mi raza, acuérdate. Crecerás...”

Crecerás. Desde ahora un elemento nuevo va a entrar en tu vida: el Tiempo. O, si quieres, se vuelve río el tiempo, que antes era lago. Por el lago flotabas tú en redondo. A veces veías a tu lado un escollito que araña o una flor y sabías que, de vez en cuando, volverían a estar allí. Pero eran los mismos. El limbo es la edad sin esperanza, la esperanza es la hija del tiempo. No sabías que existieran años o estaciones venideras. Decía María, redundante: “Es hora de bajar abajo.” Tú, no sabías qué era hora. Todo el recurrente mundo, el ayer como el mañana, era presente. La corriente te sacará ahora del remanso, poco a poco, y al fin te arrastrará al país donde el presente no existe.

## IV

A L principio de esta edad más lúcida —en la ribera del golfo intermedio: al principio de esa edad más despejada y en el momento en que si hay que ser exacto (y pedante) tendremos que decir que despierta la conciencia, colocamos el amanecer de ese otro componente de la vida psíquica que, sin razón muy clara, lleva el mismo nombre. Quizá no sea precisamente un amanecer: Bien y mal son en la historia del alma dos de las cosas más viejas. Disfrazadas con palabras distintas: “Feo, eso no se hace”, “Guapa; pobrecita”, aparecieron en el léxico de la primera infancia. Bajo forma de muecas de aprobación o de amenaza y de algún ligerísimo cachete, se instalaron en el alma mucho antes que el lenguaje. Pero nadie, Fuente, nadie nos dirá —porque esas cosas se han perdido— si las muecas de aprobación y la zurruta enseñaron algo o fueron solamente un dedo que vino a tañer una campanilla, allí en el fondo ya dispuesta. No, Fuente: cómo nacieron el bien y el mal, tampoco lo sabemos.

Estaban ahí, eso sí, y en actividad casi continua, mucho antes del episodio de que nos toca hablar ahora. La niña tenía que avergonzarse cada día un considerable número de veces y, en algunas ocasiones, también la alababan. Pero lo que solía decir la conciencia era sencillamente: “Ahora tienes que estar avergonzada porque has caído en desgracia”, “Ahora eres un paria”, y la relación, entre aquel acto, tan simpático de cometer, que uno había cometido y el juicio ético que llegaba de fuera, en general parecía arbitraria. Verdadero dolor de corazón no lo encontramos hasta este momento, que colocamos al borde de la edad más clara en que se despabila la otra conciencia.

Lo situamos un poco a capricho. En realidad, el episodio debió ser anterior a esa edad en que la niña va a cumplir seis años. Hay señales que lo indican. Pero la memoria, al salvar ese episodio, no le ha asignado fecha. Sólo se sabe que sucedió cuando se habitaba ya en el cuarto de atrás, pero en una época en que del cuarto de la parte de delante aún se guardaba recuerdo. ¿Cinco años? Seguramente es más atrás. ¿Cuatro años? ¿Cuatro años y medio?...

Era en el cuarto de atrás. Lo ocupaban, además de las camas de María y las niñas, las cunas grandes de las muñecas de pañales. Disponía uno de una serie de muñecas de buen tamaño, cada uno de las suyas, pero no jugaba uno mucho con ellas. Las sacaba y les servía de merendar cuando traían a jugar a alguna niña y, como a las niñas forasteras, no sabía uno qué decirles. Se las manejaba con torpeza, como la madre primeriza al crío recién nacido. Alguna tarde que era más larga que otra, intentaba uno con Rosi una mísera comedia de lavado o de visitas. Monsi ha jugado muy poco con las muñecas. Las de pañales eran especialmente engorrosas; si las había uno desnudado se exigía que se las volviera a vestir: era difícil y no se acababa nunca; —tener el niño gordito en casa para manejarlo no hubiera sido tan divertido, al

fin y al cabo. Las muñecas tenían derecho a estar decentemente vestidas y abrigadas y sabía uno que el decoro de la casa exigía que María les hiciese punto ruso en la ropa. Pero nada más. Si acaso tomaba Monsi a alguna en brazos un buen rato y la miraba de hito en hito, no estaba jugando a ser Mamá, jugaba a ser muñeca; estaba procurando tragarse la esencia de los seres que tienen demasiado pelo y la cara de barniz.

Una muñeca le había gustado una vez y no era suya. Era de Andrea. Andrea en aquel tiempo casi no existía, pero la muñeca había dejado recuerdos: Una cara muy inocente, sin pretensiones. Más rubia que ninguna, increíblemente rubia, aunque el pelo era de veras. El cuerpo sin articulaciones, flexible y suave al tacto —cabritilla y serrín. No se parecía a ninguna, era una muñeca extranjera o una muñeca anticuada. Mamá, indudablemente, la consideraba inferior a las recién llegadas que lo movían todo. Pero era muy suavita.

Con las muñecas de talla normal no se juega; pero hay también otros seres pequeñitos y se juega con ellos. Todo lo diminuto inspira ternura, invita a ser tocado y mimado, sea una holandesa de china, sea una cafeterita de palo. Todo lo diminuto excita esa cuerda interna de inventiva que hasta ahora, quizá, sólo ha sabido vibrar y dar sonidos solitarios, pero que empieza ya a desprender y entrecruzar melodías. Los muñecos chiquitos no tienen aún historia: Los acerca uno a distintos objetos, se contemplan y se estudian las reacciones mutuas de las secretas fuerzas y cualidades. Algunas desprenden un rudimento de emoción. Se enternece uno ante ciertos ademanes. Se absorben —clave de desarrollos futuros— las situaciones elementales de que esos seres pequeñitos son capaces. Si consigue uno introducir algunos granos de harina entre los dientes casi invisibles, se siente más robusto, y ablandado al mismo tiempo, como después de una buena acción.

Ahora han llegado unos muñecos nuevos, más liliputienses que todo lo que se conoció hasta hoy. Apenas se ven y, sin embargo, mueven los bracitos. Vienen dentro de un huevo. Monsi no ha visto nunca cómo salen los pollitos del huevo, pero que de un cascarón pueda salir un ser humano es una idea deliciosa. El muñeco cabe dentro de una flor, puede navegar, como Tumbelina, en una hoja de rosa. Pertenece a un orden tan sobrenatural que Monsi quizá no esté muy segura de que algún día no le nazcan alas o no crezca.

Y una tarde, al irlo a sacar de su huevo-cunita, descubre uno el percance. El muñeco tiene en la cabeza una mancha oscura que cubre la mitad de la frente y un ojo y parte de la mejilla. En ese mismo lugar, que la mancha ennegrece, está un poco abollado. ¿Cómo puede ser eso? Al muñeco no le ha ocurrido nada. ¿Estaría la mancha ahí desde el principio? ¿Por qué, entonces, le abre a uno Dios los ojos para esos hechos que debiera seguir ignorando? Parece cosa de magia, venganza de un hada enemiga. En todo caso, la desfiguración es inadmisibile, le duele a Monsi como en su carne. En un juguete grande, la avería no tendría la misma importancia, a veces por los desperfectos mismos se les toma cariño. Pero, ¿quién no sabe que la esencia

de esos seres tan enanos es la perfección? Monsi sufre. No sólo en su instinto de propiedad sino en el amor que por el niño del huevo sentía. No quiere que sepa que está desfigurado. No se lo dice, lo acuesta con mucho cariño. Tampoco a los demás les dice nada, y no es premeditación sino que pesares de esa hondura se callan. Pero sufre. Aquello no se puede admitir.

Y, pronto, nace la idea del remedio. No se sabe, el recuerdo no lo dice, si fué madurada o brotó de la ocasión. Pero desde luego, no fué un impulso brusco, una locura rápida. Se ve uno con los dos huevos en la mano, que la casualidad ha puesto a su alcance en un momento en que está sola en un rincón. Vacilante aún y consciente de la gravedad del gesto, aunque no, tal vez, de todas sus consecuencias. Y al fin lo hace, con una oscura sombra de drama y de valentía en el alma. Ya está. El muñeco abollado ha pasado del huevo color de rosa de Monsi al huevo azul celeste de Rosi. Con esta acción, Monsi no le ha traspasado a Rosi el cuidado de su hijo mutilado — eso sería una solución tan insatisfactoria como la de dividir en dos el niño sano, a estilo de Salomón. No: El niño que ahora está en el huevo color de rosa es *el mismo* de antes; es el hijo de Monsi. Y está sano.

Pero en este mundo los efectos de una acción, no son nunca previsibles. El niño que está en el huevo azul no quiere dejar de ser hijo del todo y sigue tirando de las entrañas de uno, más triste por haber sido negado. Y tampoco pudo uno imaginar la reacción de Rosi. Se daba por descontado que se lamentaría, que habría alguna investigación. Pero, ¿acaso no había aparecido herido el muñeco en el huevo de Monsi de modo igualmente misterioso, igualmente injustificado? Lo mismo, piensa Monsi, le hubiera podido suceder a ella, le ha dado un empujoncito al azar, lo ha corrido un poco más allá. (Como cuando un objeto se le viene a uno encima y uno pone la mano y lo rechaza.) Y lo hizo por su niño.

Pero Rosi abrió el huevo, miró el muñeco, dijo “¡Oh!” solamente, y se quedó parada. Lo puso en la palma de la mano, y alargó la mano nada más hacia María y se quedó parada. Y dobló un poco, con mansedumbre, la cabeza. Entonces, dentro de Monsi, ocurrió una especie de cataclismo: la traspasó la espada de un dolor insufrible que nunca había sentido, ni sabía que se pudiera sentir. Se acercó sin ruido a Rosi con el huevo rosa en la mano y le dijo en voz baja “—Ten...” Quería dárselo y quería ahora, además, recoger a su niño enfermo. Pero Rosi no lo quiso tomar.

Resultó al cabo que el asunto no terminó como era de esperar. María contó el incidente y al día siguiente hubo otro huevo celeste con un muñeco nuevo. A Monsi no se le había ocurrido que otro muñeco se pudiera pedir, ni siquiera que uno igual se pudiera encontrar. María recogió el ejemplar herido en su necrópolis; fué un mal momento, y luego, en seguida, no pensó uno más en él, porque los muertos son fáciles de olvidar. Pero en aquella espada en las entrañas sí que se pensó; o, mejor dicho, se procuraba no pensar porque daba miedo.

Cuando Monsi era ya mayorcita, Mamá solía contar, muy divertida, una historia

parecida. Las niñas habían recibido cada una de su abuelo un duro para gastarlo en la feria. Era en Sitges: Monsi tenía los dos duros en la mano y jugaba con ellos. Uno se le escapó y rodó debajo de un mueble, a una profundidad que a Monsi le debió parecer cavernosa. “—Oh!, dijo Monsi, levantándose desconsolada, el duro de Rosi se ha perdido.” Como Monsi es lista para estudiar y tiene a veces en los ojos una luz pícara, Mamá se figura que ha sido siempre muy viva.

Mamá se equivoca. La historia del duro no ha dejado recuerdo en Monsi. Cuando la oye sonríe, porque conoce el modo de juzgar de las personas mayores y las deja uno que se entretengan. Ella sabe que no puede ser. Por alguna de esas señales que los ojos de los mayores no ven, o por el movimiento de las manos, debió uno conocer, honradamente, que la moneda que se fugaba era el duro de Rosi. Desde el episodio del muñeco, Monsi ha sido de una probidad exagerada. Jamás ha hecho trampa en la lotería ni en la mona, no le ha disimulado a nadie su derecho. Cuando ha repartido, siempre se ha quedado con la peor parte. Mamá se equivoca. La aventura del duro pudo ser anterior a la del muñeco; pero entonces se hubiera producido aquel cataclismo, la hubiera traspasado aquella punzada. Y ese otro cataclismo no existió. Sabe que no. No sólo porque parece improbable que no lo recordara, sino porque en la vida, en cada orden de cosas, las grandes crisis no ocurren más que una vez.

## V

¿Y nada más queda de esta época? Sí; aún algo más.

Suele suceder a la hora de la merienda, generalmente en invierno, mejor aún en otoño; cuando a esa hora los cristales están apagados pero entra aún una luz que no es triste. En la mesita, junto a las tazas y platillos de verdad, están los de juguete. Alguno que no es de juguete tal vez esté en el suelo. María unta el pan, reparte las galletas. Regaña alguna vez, como conviene. Si hace frío, arde una estufilla de gas. La chimenea de mármol es de adorno, no puede arder, pero su vecindad es amable y ampara. Los rizos de Rosi descienden hasta los platos. Hay otra persona presente pero no se la ve. No se le habla directamente, se habla de ella, sin embargo, sin cesar, — hace ya tiempo que es como de la familia. E indirectamente se le puede uno dirigir: “¿Le pregunto esto a Trotty? ¿Trotty se atrevería?” Circula de acá para allá, nunca se está quieto. Y Monsi, con todo, tiene al mismo tiempo la mano sobre él y le siente bien suyo. Porque de debajo de estas pastas de cartón rojo no es del todo cierto, al fin y al cabo, que pueda salir.

Y entonces sucede. El mundo deja de ser rutina y trabajo para estar vivo. No ocurre nada especial. No es que la vida se transforme, es que llega a ser. De repente ha salido uno del mar de lo inútil, ha puesto pié —¿en qué?

... Es ahora cuando, sin esfuerzo, está uno vivo. Esto es vivir. Esto es vida.

## SEGUNDA PARTE

### I

COMO se ve en la historia de los pueblos, que, a menudo, un gran cataclismo separa los tiempos legendarios de las primeras épocas de que quedan relatos fidedignos; o como ocurre cuando una catástrofe se lleva y se traga una cultura primitiva, a la que sucede en seguida otra superior; así, cuando germina en la vida de Monsi esa edad más clara, cae el diluvio sobre el paisaje anterior del que sólo habrán de sobresalir algunas cumbres en la memoria anegada. Se abre un golfo inmenso y Monsi, como la tribu que se vió reducida a la tripulación desvalida del arca, casi tiene la impresión de volver a nacer. Ese diluvio es una enfermedad.

O varias enfermedades. El diluvio no se ha limitado a anegar un paisaje. Ha arrastrado a una persona. Ha traído, también, a otra.

Sitges, 1906: Siesta forzosa con los ojos abiertos en el cuarto donde los colchones huelen a paja y a armario. Paredes de cal desnuda; en la rendija del balcón un maullido de gato esquelético y un rayo de sol forastero. Despertar sudoroso, estación angustiosa ante el espejo, bucles en candela, trajecito que pincha. Paseo de la peor clase: aburridas adelfas, caras vagas de niños en caravana. Por fin, el helado con barquillos de las seis. Y entonces puede uno arrugarse, saltar desde la baranda y rodar por la arena, siempre con otros niños que cara, la verdad, tampoco tienen mucha.

Sitges, 1906: Traje de baño pringoso que escuece, sombrero de caballo que ciega. Agua vista de reajo, que podría hacer ilusión si mostrara más liberalmente sus reflejos y no atacara tan a traición. Forcejeo y espumas. En pugna con un resto de apetito por la pastelería de arena mojada, cada vez mayor viscosidad y peso en el traje, más escozor y más arena en todos los rincones del cuerpo. Luego se va uno, el castillo se queda a medio hacer, todo era inútil —ilusión y tormento. Mañana se volverá a empezar de buen humor.

*Encantos dudosos de Sitges:* La misa, a que en la ciudad no se tiene aún derecho. Fresca obscuridad y destellos de oro. Rosario diminuto —digno, pues, de ternura. Se va en grupo: ni a la ida ni a la vuelta puede haber regaños y le tratan a uno como si hubiese hecho algo bueno. Agua bendita, que huele muy bien. Si se la alarga uno a Mamá, la recibe con respeto. Dura un poco demasiado.

La punta, blanca punta. Una serie incontable de escalones que brillan como



azúcar. Ganas de lamer. Se sube o se baja, Dios sabe hacia dónde. Escala de Jacob. También un poco larga. Unos bancos con vista muy simpáticos; no es costumbre sentarse. En la esquina de la escalera, la plataforma redonda, robusta y airosa como una atalaya. Todo alrededor, una inmensidad de materia de luz, de profundidad, de claridad. Presentimiento de los amores que vienen por mar. Pero se puede uno caer.

Y abajo del todo, el embarcadero. Entre la losa y la barquilla que casi siempre hay atracada, asoma el mar la cabeza como un bicho que quiere jugar. Salta la olita y se vuelve a esconder, escupe, provoca. Invita. Pero saltar desde la losa, cubierta de verdina, a la barca que no quiere estarse quieta es inconcebible. Horror. Si un día, desde la barca, le invitan a uno de verdad, hay que chillar.

Y el piso de arriba: Cascabeles de las bolas de billar. Si fueran para uno, le gustaría. Biblioteca: una vista graciosa y abierta de la Punta y las barcas, todo pequeño. Un ambiente de escopetas y sables en las paredes (sin riqueza) que no se llega a entender, pero que dice algo. Y la escalera del terrado, caracol sin baranda, no muy peligroso si se agarra uno a la pared y con olor a brujas y a hermana Ana.

El piso de arriba no es para uno, se está allí de cumplido: la mesa de la biblioteca lo avisa con un antipático olor a barniz. Y el billar suele estar guardado por señores barbudos, amigos del abuelo. Señores que son todo espesor de materia opaca, sin esencias en los ojos.

*Gozos ciertos de Sitges:* Mamá Ignacia. Se transforma al llegar aquí. Más limpia con su traje de percal, más infantil. Más en contacto con esa continuidad de las cosas que es el mundo de María y Monsi no sabe aún que nombre tiene. Y revestida de otra dignidad; porque, al fin y al cabo, aunque Mamá siempre se meta en todo, aquí es ella el ama.

Verla desayunar es ya un gozo. Sola a primera hora: Hule moteado de verde que no puede manchar (¡y el mundo huele a limpio!); un plato de higos chumbos, otro de higos negros. Jícara de chocolate. Vaso de leche. “Llonguet” y bizcochos de plantilla (siempre se recoge alguno).

A uno, francamente, no le dan tanto. Son comidas bonitas. Se mira sin seria codicia. El chocolate a la española cree uno que le gusta; pero el estómago es un ser rutinario y quizás se pondría triste si se lo dieran a esta hora, quitándole su café con leche. Y los chumbos parecen de crema, pero saben a ensalada. Vuelve uno la espalda y le da un lametón a su pan con miel.

La casa, el ala de la casa en que aquí vive Mamá Ignacia, la dignifica también. El distribuidor redondo, como un saloncito, que mira al jardín (le llaman patio porque está empedrado con cemento). Tres puertas, como un pisito. Las puertas no pertenecen todas a Mamá Ignacia, pero es lo mismo; lo que no es de ella es de su hijo o su marido. El aire salado disipa esa mezcla ingrata e impúdica (aunque está uno acostumbrado) de tufillos orgánicos que se acurruca en las estancias de la ciudad que Mamá Ignacia ocupa. El cuarto, azul de mar, blanco de cal, rechaza todo intento de quererlo convertir en cubil de secretos de degradación y muerte. Los muebles,

sencillos, comprensibles a la primera mirada, dicen algo también. Quizá valiera la pena de detenerse un momento sobre las relaciones de Monsi con los muebles de la casa de Sitges. ¿Cabe la noción de que un mueble es antiguo, cuando el único acontecimiento histórico de que se tiene noticia es el desembarco de los cartagineses? Parece sin embargo seguro, que Monsi, desde antes del diluvio, poseía noción de que estos muebles vivían entre las paredes encaladas de Sitges por derecho propio, no por adopción y aventura como los del “piso de arriba” y el “piso de abajo”. Casi está fuera de duda que sabía que eran más viejos que los de casa, pero sin exceso y sin solemnidad.

Es un ajuar hecho para otro tiempo u otras costumbres. (Por eso, aunque la casa dignifique a Mamá Ignacia, adaptarse a este ambiente es, cada año, un poco doloroso). El altarcito de Mamá Ignacia y la imagen y las siemprevivas y las azucenas de trapo son casi iguales a los de la ciudad; pero aquí parecen más humanos y, al mismo tiempo, más puros. El rosario (largo, largo, largo, como todos los menesteres de los mayores que no tienen idea de lo que dura el tiempo y no les duelen las rodillas) se adorna con la piedad de un rayo de sol y con un concurso imponente de criadas, séquito combinado de dos o tres familias. Y además del séquito de criadas, Mamá lo acompaña —Mamá, turris eburnea, consolatrix afflictorum.

*Otros gozos de Sitges:* La vuelta de las barcas, la cesta del pescado —plata en fusión de las sardinas; el pulpo de cristal lechoso, monstruo muy real pero muy muerto; salmonetes de coral y de nácar. Se tocan con los ojos, tocarlos con las manos quizá no quisiera uno.

El comedor: El trovador de la vidriera mantiene erecta en el alma de Monsi toda la literatura que ya posee. Todo alrededor de la figura hay un tesoro casi de verdad. Tres filas de topacios, de zafiros, de rubíes redondos, gordos como el puño. Se pueden pasar minutos imaginando que bajaran de su sitio y los metiera uno dentro de un cofre. La chimenea tiene una campana grande con sitio debajo para todos los cuentos del mundo. La larga mesa de roble despatarrada la enlaza con el trovador por medio de unos herrajes floridos llenos de poesía. El arco que divide la estancia prosigue las mismas ideas. Más allá del arco hay una profusión de muebles de junco. Quizá representen una degradación, pero son alegres. Hay también unos estantes con cortinillas verdes y *panneaux* incrustados. Las incrustaciones son de perfiles de ninfas de agua, con nenúfares y cabelleras retorcidas. Los perfiles son bobos, las cabelleras repelen como serpientes. La materia opaca, la frívola estilización no le hablan al alma como el trovador, que además tiene una fisionomía humana y honrada. Las ninfas —como toda su casta— son de corazón engañoso; si se investiga en sus entrañas salen a la luz juegos incompletos de baraja y de damas, cigarrillos rotos, revistas deshojadas —desorden, vulgaridad y polvo.

Y luego las ventanas del comedor. Las dos largas, deliciosas ventanas con poyetes anchos en que se puede uno sentar. Se lleva uno un cojín o un taburete. Lo coloca en el rincón, más allá de la apertura, resguardado por la barandilla y la pared. Es como

una casita. La gente que entra en el comedor no se acerca a molestar. Los que van por la acera sonrían con graciosa consideración; pero no se detienen y le pasan a uno por debajo, con la cabeza a ras de la rodilla. Allí en la ventana tiene uno clara noción de pertenecer a una aristocracia. Pasó una vez una mujer con las cestas y le tiró un pescadito. Aún estaba vivo.

En ese Sitges de 1906 tiene lugar el cataclismo. La memoria no dice muy bien como principia. Mamá estaba enferma, pero, en esta casa en donde no es omnipotente, en este entrar y salir de gente por todas las puertas y de rayos de sol desconocidos por todas las rendijas, aquí donde pertenece uno más a la calle que a la casa, no se notaba mucho. Luego, tal vez —no es del todo seguro— enfermó Rosi y se la llevaron del cuarto e hizo mucho más raro. La idea de la ausencia debió durar muy poco. En seguida cayó uno malo también, no se sabe cómo, y ya no hubo nada.

Nada, sino lo que ha quedado de otras enfermedades menos graves. Un malestar general, un malestar de base que no llega a ser muy serio porque no hay con qué sentirlo. Una pesadilla sorda, envuelta en nubes; una lucha —no desesperada— por sentirse mejor, o quizá por sentirse del todo mal. Como un dormir a medias, como un dormir continuo menos la paz. Y al fin se despierta uno.

¿Se despierta de veras? ¿Quién se despierta? Un día, sin saber cómo, el cuarto está ahí, con sus muebles que pertenecen a la fauna de Sitges y hablan la lengua de Sitges, con su rayo de sol forastero que hoy parece menos forastero. Ahí están el altarcito de la Purísima y las azucenas de trapo, la lamparita delante con la tacita de la mariposa colgando como un rubí. Es el cuarto de Mamá Ignacia, pero no piensa uno: es su cuarto. Es un cuarto nada más, ahora es de uno.

Ahora se siente uno bien, pero sin ganas de moverse ningunas. La cama es hoy por hoy casa y jardín suficientes para este cuerpo pequeño. Es casi una barca, casi un río, se deja uno fluir y mecer. Es el mundo circundante más adecuado que se ha conocido desde que se está en el mundo.

Desde el fondo de una larga distancia, empiezan a dejarse ver caras que entran y salen siguiendo un ritmo desconocido. Desconocido e indiferente. Papá y María con regularidad, pero en visita rápida. Una vez por la mañana, Mamá Ignacia que besa y se va. De tarde en tarde el abuelo, que no pasa el dintel, mira apoyado en el dintel, mueve la cabeza, pasa y repasa en agitado caminar delante de la puerta y desaparece. Pero, sobre todo, Adoración —la cocinera— y Anita, la doncella entrada en años. Sobre todo Anita que se pasa horas y horas inmóvil, sentada en una silla, mirando, sin nada qué hacer.

Todo lo encuentra uno natural. Natural y sin sentido. Esas caras son de Papá, son de María, de Adoración. Pero no dicen nada. No tienen pasado, no tienen promesas, no tienen chispas de esencias en los ojos. Entre esas caras impersonales acaba uno, sin embargo, por elegir una. La elige para su cariño y es la de Anita. ¿Quizá porque, en estos días, es la única que se atreve a reír? ¿Quizá porque trae la comida, la

comida buena, ese primer objeto del mundo que vuelve a apetecer; o porque está allí siempre? La memoria no conserva indicio de ningún motivo de esa clase. Fué como si, por un acto de libertad absoluta (semejante a aquel por el que se ha supuesto que cada “yo” es capaz de elegir su carácter inteligible del que será luego responsable), algo que está dentro de uno, para ser lo que antes fueron Mamá y María, hubiese elegido a Anita. A Anita, la doncella escuchimizada y vieja, viscosamente adulatora y zalamera, a quien Monsi aborrecía antes de la enfermedad y que había costado regaños, cuando se permitía traer el seso frito y Monsi de su mano no lo quería tomar.

Y la amistad crece. Y le besan y le rebesan a uno. Más que amistad, es casi un idilio. Cuando María logra escaparse un momento y se acerca a traer ella misma la bandeja con ojos entre contentos y llorosos (porque, ocurra lo que ocurra, se llore lo que se llore, su niña principal se ha salvado), Monsi grita: “¡Que me lo dé Anita!” y María se pone encarnada y las lágrimas le ruedan ahora de verdad, pero Monsi no las vé. A veces María insulta a Anita, como si creyera que le hubiese dado a su niña un bebedizo; pero Anita, transfigurada por el amor de Monsi, lo toma a bien y se desvive.

En los meses y los años siguientes, Monsi ha de oír contar muchas veces esa historia de su enajenación y de los celos de María. La oye contar como una broma, se ríe ella también. Ya, a los siete años, Monsi entiende perfectamente que aquello era parte de la enfermedad, una especie de burla de la enfermedad. Sólo María no entiende. Cuando se habla de eso se pone otra vez muy seria, los ojos le echan chispas. Si se lo hacen notar, se ríe una vez por compromiso, luego empieza a contar todas las infidelidades de Anita de que Mamá no se enteró.

¡Pobre Anita! Ya el flujo de la popularidad se retira, pronto volverá a caer en aquella situación de semi-tolerancia y semi-aversión general que es la que le pertenece por derecho propio. Poco a poco, Monsi vuelve a Papá y a María, y casi añora no sé qué calor si oye la palabra Mamá. Pero ¿cómo vuelve? María siente un día enternecida que los bracitos la retienen; pero aunque Monsi sabe de nuevo que Papá y María son algo, son mucho, no sabe lo que son. Lo que fueron es dudoso que lo vuelva a saber en largo tiempo, antes del día en que, con una cabeza casi adulta, sea capaz de excavaciones de arqueólogo del sentimiento. Ya el cuarto se ha compuesto una fisionomía (algo aburrida), ya sabe uno de memoria, con todo detalle, la tierna topografía, llena de bultitos, de la cama. Aprende uno otra vez a Papá y a María, luego a todos los demás. Los aprende uno muy deprisa, como si, de una vida anterior, trajese disposición adquirida para ese conocimiento. Pero ha de volverlos a aprender. El diluvio se ha tragado el pasado. Entre las cosas para siempre sepultadas, están las facciones de Rosi.

Rosi ya no está. Se fué. Se ha marchado a ese país que se llama la muerte que nadie le ha dicho a uno cómo es pero que no le hace a uno falta que se lo expliquen. Cuando, dejando atrás la fase del sillón con almohadas, Monsi empieza a levantarse

de veras y a corretear por la casa, Rosi no está. En su lugar hay un ser nuevo, pequeñito y oscuro, casi todo él ropa blanca, que no tiene de humano más que los pelos. Si: es un nene. No se parece en nada al niño que en otro tiempo hubiera uno querido pellizcar. Todo el tiempo lo lavan y le ponen polvos.

“Antes” —el ser llorón e incongruente— ¿estuvo ya ahí en algún momento? No es cosa muy segura. Pero Rosi estaba. A medida que va uno de acá para allá y toca más cosas y reconoce más rincones, crecen el recuerdo y el hueco. Monsi tarda varios días en preguntar. María le contesta, con los ojos arrasados en lágrimas, que Rosi aún está en cama. Monsi quizá no se lo crea del todo; Mamá está todavía un poco enferma y continuamente están pidiendo cosas para ella. Pero todo es tan raro y tan vago, está tan despistada, —aún no ha vuelto del todo a nacer. No hay razón para que sea nada ahora como cree uno que antes fué. Apenas añora a Mamá.

Cuando empieza uno a estar casi completamente adaptado a ese nuevo universo de María y el nene, Mamá reaparece. Bata de franela, impresión general de blandura que hasta entonces nunca se había notado. Es ella quien da la noticia, porque, por auténtico que sea su dolor, está en su genio querer que las cosas sentimentales se hagan en regla. Cuando Monsi ve a Mamá reaparecer, y en toda la familia nota un cambio, un aire que significa: “Ahora todo está en orden”, siente que aquello no puede quedar más tiempo así. Valientemente, se acerca a preguntar a Mamá después de comer —una mano en su rodilla, mirándola casi severa: “¿Dónde está Rosi?”

Rosi se ha muerto. Está ahora en el cielo, se ha vuelto un ángel. Monsi siente como un desgarró, una especie de agujero que se abre dentro de uno y por el que conviene no mirar. Tal vez tenga, sin saberlo, ganas de echar una lágrima; pero la sensación de piel mojada con que le han llenado la cara no tiene sentido, ni relación con el acontecimiento; la segunda parte de la explicación, francamente, tampoco. Es sano repetirse que Rosi está contenta, como pretenden las personas mayores que, en general, casi todo lo saben. Nada más. Monsi no intenta un solo instante figurársela con ese disfraz de ángel que da una idea de alas pegadas con tafetán como el bigote de gato. El niño del pesebre y los pastores son una cosa humana, el cielo está muy lejos. Una vez se ha cumplido con él, tampoco, la verdad, tiene mucho sentido. Hay ese agujero que se ha abierto dentro de uno y es por allí por donde Rosi se ha ido. Conviene no mirar, no se debe mirar. Es una de esas cosas que todavía no son para uno. Casi un pecado, un mal pensamiento, como la mano o la idea del niño.

Antes se eran siempre dos. Ahora solo se es uno. El recuerdo vacilante se manifiesta sobre todo como un hueco. Antes se eran dos y todo resultaba más fácil. Todo se repartía, ahora caen sobre uno toda la atención y todo el esfuerzo. ¿Qué esfuerzo? Monsi no lo sabe, ni es capaz de preguntárselo; jamás, en apariencia, se ha esforzado menos. Se deja ir, en estos meses de otoño en Sitges. Pero, de algún modo, la vida pesa en las manos. Hay una exigencia en el aire que se refiere a ella y que ya no es solo la de que obedezca y no se manche. Y hay un pequeño esfuerzo, constante,

inefable pero perceptible, un trabajo de creación más tenso para mantener vivo no sé qué mundo de lujo, que enfunda el otro que es feo, y darle sentido a lo que naturalmente lo tenía cuando se eran dos.

El hueco ¿de quién? Tampoco eso se lo pregunta uno a los seis años. Monsi no piensa en Rosi —antes espantaría la triste idea si supiera espantar ideas y si hubiera idea que espantar. Pero, ¿qué idea va a tener si no se acuerda? Solo una sombra que, durante algún tiempo, la sigue como cosida a sus gestos, desprendiendo un poco de obscuridad. El día en que se pregunte: —El hueco, ¿de quién? Ya no encontrará más que esa sombra, o una nubecilla rosada y morena, de algún modo muy mansa y suave, una maraña musgosa de rizos entre la castaña y la caoba. Y el vestidito rosa, hermano gemelo del vestidito azul de la fotografía del sillón. Ese pliegue de labios, esa pupila de terciopelo de los retratos, los aprende uno en papel, no son cosa viva. Pero la memoria dirá también que hubo en otro tiempo un ser dos que era como ser uno, sólo que con menos esfuerzo; y que esa ausencia de recuerdos salientes y de cicatrices quiere decir que Rosi era muy buena.

Todo el mundo habla ahora de lo buena que era Rosi. Todo lo daba. Demasiado buena para vivir. Monsi, al oírlo, se sonroja y se entristece. Casi tiene la culpa de la muerte de Rosi, porque si hubiera sabido ser mejor, seguramente quien se hubiera muerto sería ella.

... Y Monsi duerme ya otra vez en su cuarto desde hace mucho tiempo. Ya aborrece otra vez a Anita —doblemente por haberse dejado untar con sus besos. María la lleva a la playa con el nene que ha de ir en brazos porque aquí no tiene coche, y explica orgullosa a las pescadoras del barrio y a los veraneantes rezagados que, aunque es la otra niña la que se ha muerto, ésta, que tuvo las calenturas en la cabeza, estuvo mucho más mala. La playa está ancha, vacía, quizá más sucia de papeles y cañas. Monsi sigue lánguida. Durante todo el otoño es un ser vacilante, una Eva insuficientemente adulta que, aún un poco dormida, abre los ojos y lo encuentra todo hecho. Pero cuando, dentro de muy pocos meses, acabe de salir de esa perezosa crisálida, lo que habrá salido será una clase de bicho más movido y perfecto que el que un día hizo la rosca y cayó en letargo. Las alas de Psique están aquí. Papá puede ya estar seguro de que Monsi ha nacido. Ha nacido y va a crecer de prisa. Lo que ha de reedificarse se edificará al vuelo y se seguirá recogiendo cuanto esté a mano para ir construyendo más y más. Ese ser nuevo, ese ser que se sabe y que no perderá ya nunca el hilo de sí mismo, nace —sin dejar de tener gestos tranquilos, ojos asombrados— con manos mucho más ávidas para la vida. Aunque Mamá Ignacia haya de suspirar el próximo invierno que esta niña se está volviendo casi tan buena como la otra (y María, al oírlo, eche fuego por los ojos), no se morirá, no es de las

que se mueren. Este ser, tan blando aún y tan dócil, apetece. Se sabe principalmente como deseo y organización de deseos, y uno de los deseos dominantes es justamente saber —aunque quizá no la aritmética. Y, alrededor, la exigencia que late en el ambiente dice: Aprende, crece. El círculo de familia se le abre, los mayores se le acercan. Y piden que uno se acerque: Crece, están diciendo, cambia. Salgamos de la era de los niños chicos, seamos ahora una familia nueva —olvidemos...

Cuando a fin de Octubre regresan a casa en tren, dice María: “Ya se ve Barcelona...”. No es la primera vez, seguramente, que Monsi oye esa palabra y la nota. Pero hoy piensa: “Eso es Barcelona. Yo vivo en Barcelona”.

## II

¿CASUALIDAD? ¿Compensación que la Providencia envía por ese esfuerzo y ese hueco de ser en casa uno solo? ¿O es obedeciendo, como la flor, a la ley de la hora, que aparece ahí por primera vez, al principio de la edad más clara (como una estatua graciosa que alumbra y señala la entrada de una avenida) esa forma no adulta pero ya acabada, tan clara ya como puede ser una sombra: —Sombra de los Ojos Oscuros, pasajero eterno, sonrisa de los mil antifaces, invariable sonrisa; tú, serpiente huidiza, arcángel, “dunkle der violinen”, brisa y sirocco de la vida— tu ya, o tu por fin, Amor?

Sombra condenada luego tanto tiempo a huir por laberintos, a ser rastro, a lo sumo, de un aroma tenso: sólo un poco de niebla y de chispas sonriendo bajo un antifaz que dobla corriendo la esquina, —hoy, favor o reclamo del destino, a la entrada del camino nuevo estás casi entera, casi quieta a la vista. Los ojos son de verdad oscuros y la mano que sostiene la diminuta antorcha quizá sea más honrada que otras manos que la recogerán en la carrera. Con todo, es una sombra; no más clara de lo que las sombras pueden ser.

Fué aquel verano mismo, ¿antes del golfo, cuando Rosi aún vivía (y entonces hubiera uno estado distraído y separado de Rosi desde antes de la muerte), o después, en la playa pálida y semi-desierta de a principios de otoño, en esa playa inofensiva sin baños ni grupos, por dónde pasea uno en paz por primera vez? ¿O al año siguiente, aunque se había ya crecido tanto? La memoria no contesta. Recuerda un amasar y tapetear de pasteles de arena más sabrosos que de costumbre, y la delicia de volar y ensancharse en el anónimo de los juegos nocturnos. No, en otoño no pudo ser (a menos que el idilio durara dos veranos). Salían todos los niños a reunirse y a jugar en la arena después de cenar.

Los niños no son más que eso: niños con quienes uno juega. Si apenas tuvieron cara de día, de noche no tienen ninguna. La playa está negra como el cielo. Por el cielo corren estrellas y caen; y corren y caen por la arena delantalitos blancos. Hace poco que se han inventado esos juegos nocturnos: La playa es tierna; puede uno tropezar mil veces sin hacerse daño. Sin hacerse daño, confiada, casi con gracia; en todo caso, sin que nadie lo vea. Flotando en esa confianza, liberado por la obscuridad del propio cuerpo y de la personalidad ajena, se brinca más ligero de acá para allá, casi se vuela. Monsi no es de las más diestras. Le ha gustado, como a todo el mundo, saltar el poyo de la playa, pero con prudencia. Pero este verano, en la arena, corre muy bien. Corren, vuelan, se esconden detrás de las barcas. Y si alguna vez la gallinita conserva la venda demasiado rato, hay una persona dispuesta a ser torpe a tiempo, o, en juegos de perseguir, a dar el quite; mejor: hay una mano, muy poco



mayor que la propia, que en un momento dado tira hábilmente de uno o, discreta, ofrece equilibrio. Él tiene cara: tanta cara como puede tener una persona querida y tanta como una persona puede tener por aquel tiempo. Tiene, en todo caso, dos ojos muy grandes y negros y muy llenos de chispas que, en los encuentros con los farolillos de proa, manan (sabor rebajado pero genuino) unas gotas de las mieles mejores de la vida. Tiene una fisionomía especial, que en la memoria ha quedado: De serenidad viril y de paciencia un poco perpleja. Tiene además un nombre; un nombre completo con apellido. Se llama Gabriel Carles.

Amor pequeñito de los seis años. Amor de sabor auténtico y graduación baja plantado a la entrada del camino por donde solo encontrará uno luego los fantasmas de la imaginación y sus caprichos contrahechos: tienes el cuerpecillo chapado, carucha varonil, antes de tiempo, el gesto tranquilo, la sonrisa honrada. No solo eres casi real, tú que estás haciendo de ángel anunciador de la mentira, sino que, en el reino de la insensatez, casi fuiste una cosa sensata. Sin juegos ni apagones, sostienes con firmeza la diminuta antorcha. Tu mano segura está atenta a salvar de un mal paso y a devolver el equilibrio. Es probable que ninguna mano masculina vuelva a hacer otro tanto.

Mientras se piensa, la memoria se aclara. No, en otoño no pudo ser. Hubo un día de fuegos artificiales. Los fuegos son parte de la Fiesta Mayor. La Fiesta Mayor es en verano.

Monsi aborrece los fuegos; todo disparo, todo ruido fuerte la sacude dolorosamente. Suplicando un poco, suele conseguir quedarse en casa, y, aún después de acostada, esconde la cabeza en el embozo para no oír. Si hoy va tan decidida, lo que la mueve no es el deseo de pasar unas horas con el amigo, sino una forma embrionaria de aquella angustia de las fiestas a donde él va y uno no.

Los frunces del trajecito de gasa crujen con dignidad y gracia cuando Monsi se desliza, pinchándose las piernas, entre los respaldos de las sillas de palo y las rodillas de la gente. Ese llenar de sillas ásperas, que dejarán rastros de basura, espacios que eran puros y libres, ese cambiarlo todo un día, sólo para una fiesta que es como una mentira, es una cosa que suele herirle a uno en su fibra más limpia. Monsi se reconcilia con las sillas al oír crujir contra los barrotes el vestido blanco y recibir de las manos de Gabriel el programa. Monsi sabe que ella es una niña bien vestida, porque Mamá tiene más gusto que las otras señoras. Sin saber porqué, hubiera preferido esta noche bucles menos hechos, un peinado más tierno; pero, si así la ha puesto su madre, sabe que, a su modo, tiene que estar bien. Hay que pasar rozando las piernas de Gabriel: una sensación de confianza bastante simpática (quizá un poco íntima): pero luego, por razones de familia, él queda sentado en la silla de delante. Los cohetes vuelan —nuevos ricos del cielo que desplazan a las estrellas. Monsi zambulle la cabeza y se tapa los oídos— quién sabe si con coquetería. Él se vuelve,

entre apiadado y divertido, le sonríe con su sonrisa de paciencia y le regala barquillos.

Y Monsi no pronuncia interiormente la palabra “enamorado”. La habr a visto en los cuentos. Aplicada a la vida, quizá no la conozca. Piensa: “Esto es lo que debiera ser. Así está bien. Es esto. Es él.”

— D onde estar as ahora, Gabriel Carles, qué habr a sido de ti?  A quién le ha dado apoyo en este mundo tu mano firme, o a quién has engañado con tu sonrisa honrada?

### III

Monsi, obedeciendo al silencioso mandato, se pone a crecer muy deprisa. A una velocidad vertiginosa. Desde aquel tiempo, para siempre perdido, en que hubo de aprender el espacio y el tiempo, nunca, seguramente, ha crecido con esa rapidez. Pasados los dos primeros meses morosos de después de la enfermedad, por todos los poros se absorbe. Pero, aunque ese crecer y aprender tiene lugar en una edad despierta, aunque viva uno alerta, abiertos los ojos de curiosidad de los retratos, y asista a todos los instantes de su propia vida, el cómo y el cuándo de las adquisiciones nuevas quedan tan escondidos como los de aquel tiempo en que la mano iba errante por el aire detrás del sonido de un cascabel.

¿En qué momento supo uno que París no es sólo un punto en el mapa, sino una ciudad viva, y se formó en uno la primera idea de su topografía y de su ambiente — tan exacta que la realidad, llegado el día, al completarla, no la desbarató? ¿Cuándo, al París infantil y Segundo Imperio de *Quel Amour d'Enfant*, a las cabras de los Campos Eliseos y al estanque de las Tullerías, se sustituyó el París de “avant-guerre” (Madame de Noailles en retrato de la Gándara, Colette, Mistinguett, Henri de Fouquières) que, a una edad que no tiene idea del pecado, da un sonido que más tarde, en las canciones de café-concierto, se reconocerá? Y ¿cuándo se hizo la síntesis de las dos imágenes, con desprendimiento de una serie de menudas palpitaciones de inquietud que son un saludo a la complejidad? Inabarcable, escurridiza complejidad de la vida. La memoria sobre esto no dice nada, porque no lo ha sabido nunca. ¿En qué momento las fechas de la historia se vistieron de trajes y versos? ¿En qué año empezaron los siglos a tener ojos, llenos también, con chispas y sentido? Porque es eso lo que en el mundo importa, no saber cómo se plantea una regla de tres, o el nombre que se les da a los términos de una frase que, sin nombre, manejaba uno al dedillo. (Si bien la idea de dificultad vencida y la de conocimiento canónico que aproxima a los adultos le añade un grano de sal al problema y Monsi es buena estudiante.)

París, Tullerías, André de Fouquières, Colette, Sarah, Réjane, Polaire (caras sobre un papel pero con esencias); Moscú, Kremlin, Faraones, Guerra de Secesión, Microbios y Dinosaurios, Botticelli y Van Eyk, Vals Boston y Czerny, joyas del quinientos, brocados del setecientos. Ciudad natal acotada por zonas. Itinerarios. Catedral, olor de belenes; Rambla, flores y libros, enjambre; Ensanche, seguridad aburrida, barriadas, fealdad casi inmencionable. Lúgubre chirrido del tranvía al torcer en Craywinkel tras un desierto de desmontes; Sarriá, tristeza reclusa de otro género de vida herético, escisión en tribus de lo que debiera ser fraternidad. Francés de Sevigné, francés de Lamartine, preceptos de gramática, preceptos de retórica. Sin hablar de las formas y relieves que, hace poco, con un redondel y dos palitos quedaban suficientemente expresados y que ahora, a medida que el lápiz y la mente

se agilizan, echan flor de detalle por todas partes. Lluvia apretada sobre ti, conciencia recién nacida, lluvia de notas, de calidades, que no se sabe muy bien quién la envía, ni por qué estás tú debajo para recibirla. Y tú, en vez de anegarte, derecha y esponjada, cada día echas más ramas y más hojas y los nombres que en tu corteza se graben ahora no habrá mano de años o lustro que los pueda borrar.

El mundo llega en gran parte a través de las revistas, de los libros de estampas. Entre los siete y los diez años, libros de pintores edición Laffite, álbums de Rackahm o Boutet de Monvel, *Fémína*, *Vie Heureuse*, *L'Illustration Française*; pero también le compran a uno *Mon Journal* y otra revista para niños que viene en un sobre y, además de lectura, trae sorpresas. En el año que sigue a la muerte de Rosi le compran a uno muchas cosas. Le comprarían muchas más, sólo con que abriera la boca y dijera: “Me gusta...” Casi no se atreve uno a mirar nada, por temor a que se lo ofrezcan. Seis años de regla monástica han disciplinado hasta la raíz las apetencias, y, además, la delicadeza para ofrecer de Papá —que es quién puede— contagia una delicadeza de rehusar. Monsi no se aprovecha. Ni siquiera dará satisfacción al anhelo viejo de probar las tortas crudas y los “Matós” tiesos de harina de las lecherías de barrio, que hasta en las escasas ocasiones propicias han sido siempre descartados por Mamá o María con el implacable decreto: “¡Qué porquería!” Los dulces de pastelería no han consolado nunca a Monsi del todo de ese sabor inaccesible. Y a los siete u ocho años empieza uno a discernir que el gusto de las tortas crudas no es sólo el sabor de una pasta, sino el de un estilo de vida; y el juicio “¡Porquería!” parece especialmente inadecuado cuando se aplica a la aventura.

Como si la vida hubiera escuchado ese imperativo del aire, y de los ojos de Papá, que dice: “¡Adelante! ¡Cambia!” (o, como si en virtud de una armonía pre-establecida, hubiera estado reservando sus transformaciones para el instante preciso en que Monsi estuviese dispuesta a crecer) al gran diluvio suceden otros acontecimientos, las circunstancias varían y nuevas figuras aparecen en escena. Tanta actividad espiritual como para captar París o la Edad Media ha debido ser precisa para responder y adaptarse a las nuevas situaciones; pero Monsi tampoco ha sentido el esfuerzo. Tan imperceptible le ha sido que, salvo esos hechos señalados y rotundos que los anales de familia se encargan de registrar en letras gordas, a ninguno de los pasos que ha dado le podría poner fecha. También aquí ha sucedido todo como si el cambio, en vez de llegar de fuera, hubiese crecido insensiblemente dentro de ella.

“¡Cambia!” Seguramente, para Papá también los tiempos han cambiado, pero nunca tanto como para Monsi. Las puertas del cuarto de los niños se han abierto y Monsi ha salido de esa especie de gineceo. Ese es el acontecimiento fundamental de los tiempos y, por eso mismo, el que pasa más desapercibido. Antes, salvo quizás en Sitges, María, Rosi y Monsi, con apariciones de Mamá, formaban como una casa dentro de la casa. Los pasillos, las habitaciones de delante, eran al cuarto de los niños lo que la ciudad es a la vivienda. La puerta de entrada, el contacto de la primera

alfombra, apenas tenían más sentido que el de las murallas de la ciudad antigua, que el viajero de regreso franquea sintiéndose dentro de ella seguro.

Si en el crecer de aquel tiempo no es fácil discernir los anillos de los años, las formas exteriores de la vida, siquiera, a modo de estaciones señalan épocas y su cambio —como el de las estaciones inexacto en fechas e imperceptible en su avance— puede ahora contemplarse a distancia.

Hay, en primer término, la época en que Andrea no formaba aún parte de la vida. Extraña morfología de las familias cuando mucha abundancia de espacio lo permite. El cuarto de las niñas no es en aquella casa el único gineceo. Junto al comedor, en un departamento compuesto de tocador, alcoba y cuarto-gabinete, habitan Mamá Rosa y Andrea. Algún día se asombrará Monsi de haber podido ignorar, a ninguna edad, hasta tal punto —no solo en sus almas, sino en sus cuerpos— a las personas que vivían bajo su techo. Pero así era. En lo que a Andrea se refiere, al menos. Mamá Rosa poseía cierta cantidad de existencia —limitada a determinadas horas y, aunque imponente, sin importancia ni transcendencia. Si actividades de desayuno y misa la arrancaban por la mañana de su cuarto, eso ocurría en horas tempranas en que Monsi no andaba por el mundo. El mundo estaba vacío de Mamá Rosa cuando, más enamorado y sonriente el estómago que ante las restantes comidas del día, comparecía uno en el comedor. No se sabía dónde comía Mamá Rosa por la noche, porque Monsi no cenaba en la mesa. A mediodía presidía el almuerzo, impecablemente compuesta, elegante a su modo. Decía —generalmente en francés— cosas que Monsi no entendía y, aunque sonreía a menudo (y Monsi se daba cuenta de que era rindiendo tributo a la obligación de que la vida sea amena, religión de la casa que tal vez ella había fundado), su presencia pesaba como la de una divinidad celosa y llena de mandamientos, de los cuales el primero fuera: “No adorarás a otro Dios más que a mí.” Pero, ese peso, Monsi lo aprecia solamente como una cualidad inofensiva de Mamá Rosa, o por simpatía. No teme nada de ella. Los rayos que caen de ese Sinaí, otras cumbres más altas los recogen. Las complicaciones de la jerarquía, ponen a Monsi a salvo de ese poder exigente.

Nunca ha visto uno a Mamá Rosa sentada en el sillón del comedor aguardando a que venga el arroz. Al tímido golpe dado en las hojas con un aviso de que “La señora está servida”, se abren las puertas como al encenderse las candilejas se levanta un telón y, apenas encorvada, aparece Mamá Rosa, con majestad de reina de tragedia. Apurado el café, Mamá Rosa se levanta y vuelve a internarse en su aposento. Se descorre una nube. Mamá tarda un rato en recuperar su dignidad: trina y se despereza como un pájaro al salir el sol. Papá, que estuvo tenso y sumiso, devuelve su atención a Mamá y a las niñas (ahora es una sola). Queda también (a punto ya de hundirse) el recuerdo de un pasado en que le conducían a uno al anochecer, a hora fija, hasta el interior del cuarto fortaleza. Le cambiaban a uno el delantal y le lavaban las manos, pero no llegaban a vendarle los ojos. El cuarto estaba más acolchado de cortinas,

fietros y alfombras que el resto de la casa. La alcoba era imponente, los sillones de terciopelo. Sin embargo, en el corazón de su reducto tupido, Mamá Rosa no irradiaba mandamientos. En el sillón parecía más pequeñita: Una ancianita sin malicia y sin muchas fuerzas que le escuchaba a uno con infinita paciencia deletrear en francés del revés. Al terminar, sacaba uno la lengua y le ponían encima otra de chocolate. Sí, de gato.

En esa época de después del diluvio, hace ya tiempo que Monsi no va por la noche al cuarto fortificado —quizá porque se la considera ya suficientemente afrancesada. No recibe la lengua de gato, ni la caricia de despedida que estaba, no se sabe cómo, teñida de una especie de conmiseración. Mamá Rosa es solo ese Rey de Reyes, fatigado por olvidadas victorias, que a hora fija sale del palacio-santuario para prestarse a un breve contacto con su pueblo. Pero, ahora que anda uno más suelto por la casa, ve uno abrirse algunas veces la puerta prohibida para dar paso a Papá. Mamá Rosa existe. Andrea no existe aún ni poco ni mucho.

A eso de las cinco de la tarde, hora en que suele uno estar recogido en alguna tarea, se oye a veces un golpe fuerte de la puerta de entrada. Siguen otros choques menores de chanclos despedidos y carpetas que se caen. Los pasos conocidos podrán a veces andar errantes por el comedor un momento; el paliducho y casi extranjero fantasma quizá asome inquieto por el resquicio de una cortina. Inmediatamente sale una voz del recinto secreto: “Andrea...”; y el ser ligero y ruidoso, que pudiera uno creer que fuese independiente, corre a reintegrarse a su encierro. En rara ocasión, cuando se ha levantado uno muy temprano o se ha retrasado Andrea, encuentra uno en el comedor vacío, sentado a la mesa en una esquina y sorbiendo con prisa nerviosa el tazón muy respetable de café con leche (la pila exagerada de galletas y tostadas quedará, en cambio, casi intacta), ese duendecillo extraño, todo él ojos verdosos, con el resto de la cara reducido a un esquema. Para su edad y su categoría comprende uno que es muy pequeñita. Tiene un pelito tan ralo y tan lacio que debiera darle el aspecto humilde; pero no hay humildad en su fisionomía. La expresión no podría llamarse pícara, ni maliciosa, ni propiamente rebelde. La presión del labio esquemático tiene, no obstante, a su modo, un pliegue maligno. Los gatitos flacos que van por los tejados tienen esa mirada —no tan sabia. Monsi, que no se mira al espejo ni sabe cómo es, se da cuenta, sin embargo, de que este ser es de otra raza. Su incorpórea movilidad le inspira respeto. La tercera galleta ha desaparecido. Sin previo gesto que lo avise, sin dar un beso, el geniecillo brinca de lado y, con la cartera en las manos, desaparece. Sólo un geniecillo del mal que se sienta de canto en la esquina de la mesa media docena de veces al año. Andrea no existe. Teóricamente, sabe uno que va al colegio. Teóricamente, sabe uno que es su hermana.

Monsi no va al colegio, aunque en esta época de después del diluvio tendría ya edad. Pero Monsi es propiedad de Papá, y Andrea es propiedad de Mamá Rosa. La mamá de Andrea se murió y Papá se volvió a casar. De esas cosas, de esas complicaciones e irregularidades de la vida en algunas familias, se tiene noticia muy

temprano. La primera vez que a Monsi se le dijo algo del asunto fué en voz baja. No diremos que tuviera la impresión de que fuese aquello una deshonra para la familia, pero sí una especie de calamidad. Ella misma siente la idea como un estorbo. Las cosas deben ser claras: un padre, una madre y los niños, ya está bien. Que las complicaciones no sean puramente de orden intelectual y lógico (o del orden material por cuya causa refunfunan a veces las criadas), que los cuartos-reducto y las hermanas fantasma puedan significar dificultades más tristes, eso a Monsi no se le ocurre. Esta es la estructura, no del todo simétrica, de una familia en la que Papá se casó primero otra vez.

Pero hasta en ese cambio hay transición. En la época inmediata a la desaparición de Rosi, empieza a dejarse ver Andrea más a menudo. Recuerda uno como rodaba por el comedor con frecuencia, después del colegio, y cogía pan de la cesta. Probablemente a escondidas, porque si picar entre comidas para nadie es lícito, a Andrea casi todo le está prohibido. A veces llega a adentrarse en los cuartos donde Monsi estudia o juega. Algunos domingos la ve uno sentada a la mesa —la mesa de Mamá Ignacia y “el Abuelo” dónde se come los días de guardar. Su presencia crea un revuelo de quitar espinas y preparar tortillas especiales. Es un ser de alimentación complicada. Se moriría, seguramente, como los canarios, si tragase comida inadecuada. Pero ha debido ganar algo en independencia, puesto que está allí, desgajada de Mamá Rosa. A la mesa “de arriba”, también se sienta en días de convalecencia o de asueto. Antes las convalecencias no existían: las enfermedades — numerosas— transcurrían íntegras detrás de los muros del reducto. Por la noche, aún siguen sirviéndole en bandeja un huevo claro, a las siete, en esta época en que Monsi cena triunfalmente con Papá y Mamá.

El recuerdo más claro que se conserva de la Andrea de esos tiempos la sitúa en el comedor, de pie junto al trinchante. Lleva un traje gris, de velo de religiosa, con pliegues y calados; el pelito echado hacia atrás y atado en un rabito. Ha crecido algo, casi todo en piernas. Ha adquirido las proporciones de la infancia que termina. La cara es menos esquemática, pero aún hay muy poca. El color, término medio entre el limón y el café con leche claro. La boca parece menos maligna y más triste, pero los ojos miran duro. Todo ello aún muy quebradizo e impalpable.

Esto es el primer año después de la muerte de Rosi, cuando de repente ha subido uno tanto de valor. Ha desaparecido aquel indefinible menosprecio que, en la condición del niño, iba unida al mimo. ¡Sé como nosotros! ¡Crece! Ha crecido muchísimo. Cuando, aquel invierno, hay que ponerle inyecciones (“pierde fosfatos” y la palabra tiene un sonido alarmante, como si se desangrara, pero no cabe amenaza grave en un asunto en que toma carta Papá), Monsi se avergüenza de que cada pinchazo sea remunerado con un regalito. ¿Acaso no sabe uno que aquello es preciso y ha de soportarse? Casi se atrevería uno a decir, a los pocos días, que no tiene ya mucho miedo, si no fuera porque podría entonces descuidarse Papá, que ahora va con tanto tiento para no hacer daño.

Es igual. Haría falta heroísmo para rechazar el pequeño obsequio que ameniza la vida en una época en que la vida, no se sabe por qué, reclama alimento diario. Eso no quita que, si no hubiera obsequio, Monsi mordería el pañuelo con la misma buena fé y procuraría, con la misma intensidad, ser buena. Tiene uno ya toda esa dignidad y ese buen sentido —aparte de que, por temperamento, quizá no encuentra uno gran alivio en aullar.

Toma uno el libro o el juguete que corona el final de una caja y sonrío, agradecida y confusa. Los ojos que por entonces tienen una tendencia a decir siempre: “¿Por qué?”, repiten, “¿por qué?”, un poco más claro. No tiene ya tres años. En la época del traje de gato, Monsi pasó la difteria y hubo luego que pintarle la garganta todos los días con un líquido. En la campanilla, o por ahí cerca, tenía Papá que pintar un gatito, un pajarillo o un galápago. Se hacían primero los modelos en un papel, y Monsi elegía. Para distraerla del lanzazo, Mamá saca ahora a relucir esa vieja historia y Monsi se acuerda. Se acuerda del gusto del líquido, que no era nada malo. Se ve uno de lejos, muy pequeño. Mira con cierta nostalgia, como si en aquel tiempo en que Rosi estaba ahí hubieran sido todos, realmente, muy felices. Tiene ya un pasado. Es ya mayor.

Mayor. Durante un año o más, casi a diario, sale por la mañana con Mamá. La ciudad, que hasta entonces se componía de la casa, el paseo y los caminos adyacentes (más algunas excursiones al Parque, como cosa distante y exótica, y otra, una vez por temporada, complicada y fatigosa, a casa del zapatero), se desdobra y se abre ante los ojos como un mapa. Se entera uno de que tiene una estructura, y aprende sus combinaciones secretas. La excursión a casa del zapatero, además de fatigosa, era invariablemente ingrata. Había que oír como se daba orden de que le hicieran a uno zapatos rectos para que no anduviera con las puntas para dentro. El zapatero obeso se arrodillaba, preocupado y gruñía; le tocaba a uno las puntas de los dedos. Y los pies de Monsi, que se manifestaban todo el resto del año como aptos y alegres, pasaban de repente a ser una especie de enfermedad. Solo a la salida, con todo aquello a la espalda, podía uno disfrutar un poco viendo país nuevo (el zapatero vivía en la Barcelona antigua) y Mamá compraba caramelos y los pies, devueltos a la salud, saltaban a su alrededor como cabritos.

La excursión al Parque, que en fechas excepcionales era susceptible de transformarse en expedición al Tibidabo o al jardinero de la calle Craywinckel, no valía mucho más: estaba sobrecargada de tranvías. Monsi tiene clasificado el tranvía —el tranvía de barrio—, como el más abominable de los lugares conocidos. Se compone de las tres cosas peores del mundo: Sordidez, suciedad y gente que empuja y no tiene luces en los ojos. Hay un público que, en vez de poner la imaginación en movimiento, la detiene en seco. Ese público, cosa curiosa, si se codea uno con él por las calles, no produce el mismo efecto. Es posible que a Monsi le guste el arrabal, pero el tranvía de barrio no le gusta. Desde hace algún tiempo, sin que ella lo sepa,



cada vez que su imaginación se para un rato tiene la sensación de la muerte. Demasiado tranvía, demasiada muerte. Lo que se ve al llegar, francamente, no vale la pena. Los parterres, inútilmente complicados, como alfombras de salón, desprenden más aburrimiento que alivio, las distancias son largas, los ojos nostálgicos de la gacela y el oso dan un poco de angustia. En el Tibidabo, florece una arquitectura deprimente. El jardín de la calle de Craywinckel, con tantos ramos espesos, tantas plantas que no han acabado de crecer, es un oasis; pero no dura nada. Demasiado tranvía. Y ese barranco horrible, inquietante para la inteligencia porque no es campo ni ciudad. Qué triste, triste, vacío chirría el tranvía al tomar la vuelta. Qué lejos se siente uno de su casa —de la única, verdadera— de los rincones tapizados de estampas de su corazón.

Las excursiones al Parque y al Tibidabo perduran aún en esta nueva era y, como antiguamente, por delicadeza y fatalismo sigue uno haciendo ver que le gustan. (No muy bien. Mamá sacude a veces el hombro de Monsi arrancada a las visiones del cuarto de jugar y riñe: “¡Esta niña, que no se divierte con nada!”) Pero las visitas al casco antiguo han variado ahora de fisionomía por completo. El diseño de la ciudad que lleva ahora Monsi en la cabeza se parece a esos mapas muy viejos que hoy vemos imitados en los frescos murales de las agencias de turismo. Cada calle está señalada con su producción: Grabados y estampas y filas de natas como magnolias; pastelería; pliegos azules, agendas de lujo y lacre de color (compendio delicioso de riqueza material y espiritual). Porcelanas. Muñecas distinguidas. Como a lo largo de un camino seco aparece de cuando en cuando el grupo de árboles que rodea una fuente, en las calles áridas florece de trecho en trecho, para refrigerio del alma, un escaparate substancioso o un claustro gótico. Cada calle está cotizada. La de Fontanella muy bajo, a pesar de Llibre y Serra. Por todas partes se abren allí cavernas atestadas de oscuros paños que huelen a tinieblas y a esclavitud (la de los oficiantes) y que, de modo incomprensible, atraen a Mamá, la encantan, la retienen más tiempo del que Monsi puede aguantar sin desfallecer. Pero la Puerta del Ángel, iluminada por los reflejos de la tienda de papeles pintados y por la vecindad de la Plaza del Pino y el espíritu de los musgos de Santa Lucía, casi merece su nombre.

Y como Mamá este invierno, esta primavera aún, suele encontrarse cansada, la excursión mañanera casi todos los días se hace en coche de punto... No hay distancias. La ciudad, cuando la atraviesa uno así, un poco en alto, arrastrado por un ritmo, fluye como una música. Lo que, si perdurara unos instantes, sería aburrido se transfigura cuando discurre rápido —nota sólo en el canto. Desde un coche, se ve la vida un poco como la ve Dios. La Rambla en coche: Caras y más caras. Caras y espaldas, escorzos, reflejos. Reflejos de esencias, de lunas, de ideas, de ramas. En la banqueta, las flores de la semana acurrucadas junto al rollo de periódicos (¡Alimento! ¡alimento! a la media hora de salir, el alma está ya tan hambrienta); bajo los dedos, el contacto —misterio todavía— de los objetos del sobre-sorpresa; en los labios el gusto de la torta de manzana que por estas regiones se cría (aunque esté envuelta también

aún). En todo el cuerpo, ese manso vaivén de barca o de habanera. Y la Rambla (flores y pájaros, revistas de colores más alegres que banderas) responde sin cesar:... “¡Alimento, alimento!” Sentido por todas partes, de las calles de las tiendas, de los signos de un tiempo complicado que entra con tanta facilidad por los sentidos porque es el tuyo. Eso que el coche corta como el agua de un río quizá sea ya la vida unidad, la vida metafísica; pero lo que está en los labios son, claros y detallados, los sabores particulares de los días, el gusto a pan de la dulce vida.

Bien vale esto alguna visita a las cavernas de la calle de Fontanella; o el encierro, aún más vacío, de la espera en casa de la sombrerera, agigantada por la incertidumbre de si la cortina que invita a pasar se alzarán dentro de un segundo o dentro de un año.

En el coche, Mamá y Monsi empiezan a ser lo que nunca han sido hasta ahora y lo que quizá sólo excepcionalmente puedan nunca ser: amigas. Mamá, en el coche, pierde su condición de Diosa. ¿Estará perdiéndola del todo? Francamente, no. Cuando Monsi, a principios de verano se cae un día en el baño redondo con un sombrero nuevo, aún tiembla como herida del rayo. Apenas acierta a explicarse la mansedumbre con que Juno acepta el percance, porque no ha penetrado del todo el sentido de esta época de indulgencia.

En el coche Mamá y Monsi son amigas. Sin confidencias ni muchas palabras: la amistad verdadera empieza siempre por alguna cosa compartida en silencio. Mamá, en el coche, abandona toda actitud de autoridad o dignidad. (En el coche, entiéndase; en una tienda la recobra.) La nariz casi se acorta al adaptarse a su nueva función de husmear en el aire mil objetos agradables. El cuerpo desprende una satisfacción de sí mismo casi tangible. E, incongruentemente, a veces el ceño se fija y rueda a traición una lágrima que Mamá enjuga con dificultad e impaciencia bajo el velillo de lunares.

Esa Mamá del coche, extraña mezcla de Afrodita, de gato y de niño impetuoso, apasionado y desvalido, es un ser intermitente, pero un ser amigo: de un tamaño adecuado para la amistad. Un ser no omnisciente, sólo inteligente —inteligente e inteligible, con apetitos y motivos que empieza uno a comprender, a veces como lo que se comparte, otras como lo que se cataloga. Algunas de las ocupaciones y preocupaciones de Mamá en su otro papel de divinidad se revelan también en esas excursiones mañaneras. No son muy extrañas. Los dioses llevan el mundo de su mano, y el mundo está compuesto de hombres. Han de cuidarse los dioses de cosas humanas. Los dulces y el queso no nacen espontáneamente sobre la mesa, ni siquiera las flores. Cuando hay que cambiar la tapicería de un sofá, Mamá no hace aparecer tela o tapicero de un golpe de varilla. Todo hay que irlo a buscar, y la palabra buscar tiene más de una vez su auténtico sentido. ¡Hay cosas que no se encuentran! Cuando Mamá ha rechazado las vajillas del tercer almacén, Monsi no deja de sentir cierta inquietud de si existirán en el mundo platos en que ellos puedan comer. Los artículos de vestir son los más huidizos. Monsi se dá cuenta de que en la cabeza de Mamá existe la noción de un sombrero ideal, lo que más tarde en la vida podría llamarse la

idea platónica de un sombrero, y que la idea se resiste a encarnarse en este mundo imperfecto. ¿Será éste? ¿Será ese otro que en la mano de la modista parece un sueño azul? Ésas son las primeras ilusiones de la inocencia. Puesto en la cabeza, el sombrero se clava por tres sitios como una corona de espinas, y aunque Mamá tal vez ignoraría ese detalle, lo descarta con un gesto de la mano: la caída de las alas no le ha gustado. Otro y otro, Monsi tiene los pelitos —ahora muy cortos— erizados. La modista le pasa la mano por la cara. ¿Por qué continúa Mamá aferrada a su apasionada búsqueda? Monsi ha entendido ya que el sombrero ideal no está en ninguna parte. Se halla dispuesta a aceptar con mansedumbre los defectos y hasta las espinas de su sombrero —como mañana quizá los del amor. Pero Mamá persiste hasta que se le acaban el tiempo y las fuerzas —como otras perseguirán su doloroso sueño hasta la muerte. La única diferencia es que, cuando ha acabado de perseguir, Mamá se queda tan contenta.

Mamá se queda contenta y ella y Monsi, al fin, muy bien vestidas. Por buen gusto, que no por dinero, son las dos una de las parejas mamá-niña mejor arregladas que se pasean por la ciudad. Esta verdad está ya siendo imbuida en la mente de Monsi en la misma forma fluida en que penetraron antes otras del mismo orden; y es una verdad, al parecer, importante, aunque a Monsi no le interese. (¿No le interesa? Sola, no hubiese conocido esa especie de ambición. Sentado el hecho, es una de las seguridades agradables en que su timidez se apoya al dar los primeros pasos por la vida.) Quizá sea curioso hacer notar que Monsi comprende muy bien lo que se entiende por el valor elegancia, aunque sea incapaz de distinguir si un traje es elegante o no. Tal como, en abstracto, la entiende, la elegancia ocupa en su sistema de valores una posición exactamente inversa de la que está obligado a suponerle un perito en estimativa: En lugar de apetecerla mucho y respetarla poco, ella la respeta mucho y no la apetece. Hay algún trajecito delicado, de materia preciosa (valor suntuario más que estético) que sabe que se dignifica uno al vestirlo. Monsi lo lleva con respeto y humildad, como más tarde, cuando se lo confíen en una procesión de Fiesta Mayor, llevará el estandarte de la Virgen.

¿Respeto sin apetecer? Quizás apetece en abstracto, aunque los objetos aún no tienen. Y mucho, mucho más abajo, en otras capas, entre lo que aún es informe y oscuro y mucho más auténtico, hay otra Monsi que sabe que el apetito de elegancia es una cosa muy poco divina. Hay una, ciertamente, que mañana apetece. Desde luego, esa divinidad que en el coche consiente ser amiga, sabe uno ya que es una divinidad pagana. No es sabiduría y justicia perfecta, no se basta del todo a sí misma. El mundo no se desprende de ella como el aliento. Pero aún le quedan los atributos olímpicos: majestad y estatura superiores a las de los mortales, conocimiento de casi todo lo que es: y el poder absoluto y arbitrario, sólo compartido con algunos individuos de su próxima familia, como el esposo o el padre.

Casi una amiga. Deja ver aspectos humanos que no son degradantes como la aparición en zapatillas. Ese ingenuo husmear el aire; cuando nada la irrita, un tono

natural y liso, de igual a igual; ante la floración de bibelots de un escaparate, la misma exclamación de apetencia que exhalan las entrañas de Monsi. Aquella antigua chispa de promesa aparece en los ojos de Mamá con más frecuencia cuando se está en el coche. De promesa y casi de complicidad. La mirada se detiene más tiempo, complacida: está saludando en su hija la aparición de los caracteres de la especie. Monsi, que ya se acerca a los ocho años, está siendo iniciada en el saber esotérico de la feminidad.

Y alguna vez dice Mamá: “Iremos a otra tienda por las zapatillas, porque si tienen la suela un poco menos gruesa, tu padre dirá que se le van a romper. Los caballeros son así”. Y Monsi se sonríe.

Amigas. Como nunca habían sido. Pero, cuando, al llegar a casa, Mamá se deja caer en la butaca verde del comedor, vencida por algún eco de la enfermedad pasada que aún resuena en sus entrañas, Monsi no siente tentación de trepar hasta sus piernas —la amistad no se expresa por el contacto. Es Papá quien, confundiendo tal vez cansancio y pesar, le acaricia a uno el pelo y le dice en voz baja que vaya a darle un beso a su madre. Sabe uno lo que quiere decir: no precisamente que te acerques y dejes un beso, sino que hundas la cabeza en alguna parte, hombro o seno; que roces y te incrustes y estés ahí, mimando, haciéndote mimar. Monsi va, se sienta en el brazo del sillón y, si la invitan, en la falda. No le disgusta que le hagan fiestas, sólo respira a gusto cuando en la buena voluntad del universo para con ella no hay nubes. Pero siente, como si estuviera en brazos de María, que la intimidad es excesiva, enemiga de la independencia, levemente indecorosa. Si Papá ha seguido observando, habrá notado con pena cierta tiesura —no; no tanto: reserva, abandono insuficiente. Papá, ¿qué le vamos a hacer? Tu hija, por fin, ha nacido. Se ha desprendido del cuerpo de su madre.

## IV

**A**L comienzo de la nueva era, vimos, alumbrando la entrada del camino, una estatua pequeña y forzada del amor. Haría bonito, por razón de simetría, completar el paisaje con otra avenida paralela que tuviese a la entrada un Ángel del Señor. La verdad vale más que la simetría y Dios no es conquista de esa época. Lo que vemos amanecer después del Diluvio no es Dios en persona, sino el comienzo de las relaciones —algo así como diplomáticas— con Dios. Con los agentes y servidores de Dios.

Como Marco Polo, como los jesuitas en tierra china compraban productos, enviaban regalos y hasta rendían homenaje a un soberano cuyo territorio habían pisado, pero cuya faz no habían visto, Monsi se encuentra ahora acatando los preceptos, implorando la amistad de un emperador aún más lejano. El camino que conduce a Él no es una avenida, sino, hoy por hoy, senda somera a través de una espesura que deja pasar pocos rayos de luz —y que a veces amenaza.

Ni muy a menudo ni mucho. El aspecto del país es severo, pero los habitantes son mansos. Para prepararse a su primera confesión, Monsi fué unos meses al catecismo de las Reparadoras. El primer día iba, naturalmente, un poco asustada. En las frías, inmaculadas estancias, todo el mundo hablaba en voz baja. Los bellos fantasmas blancos cruzaban sin ruido sobre las losas de mármol cuadriculado de negro. Nítidas, resplandecientes losas de convento que por sí solas hablan de prohibición. Los fantasmas iban y venían como patinando sobre hielo, regresaban, cuchicheaban con Mamá. El que conducía las negociaciones le dió a Monsi el crucifijo a besar y le acarició tímidamente la cabeza, con un gesto de gacela compasiva.

Cuando volvió al segundo día, con menos ceremonia, la llevaron a la capilla dónde, en un rincón, un grupo de niñas, tranquilas como en su propia casa, ocupaban los bancos frente a un sacerdote sin muchas chispas en los ojos —fisionomía borrosa pero llena de paciencia. Y no pasó nada. Le pusieron una lección de catecismo muy pequeña y muy fácil. Uno, naturalmente, sabía las Virtudes Teologales y hasta los Mandamientos (no tan bien, porque se olvidan). Ahora se aprenden las Bienaventuranzas —no hay de qué asustarse. Monsi se sabe siempre la lección; aunque se alce muy débil, la voz no se equivoca. Pero no llega a tomarle gusto al ambiente. No se emboha como otras compañeras con la familiaridad del Niño Jesús, de los candelabros y las flores plateadas. (“¡Sacrilégio! ¿No lo ven? ¡Son feos!” clama aquella voz interior, implacable como la conciencia). Le gusta recibir un escapulario bien bordado, pero le falta el instinto del chisme piadoso. Quizá se familiarizara más si viniese María a buscarla todas las tardes. Pero Mamá siente, al parecer, atracción por este ambiente aristocrático; o cree que su presencia puede extender protección, alcanzar no sé qué ventajas para Monsi, hasta frente a la divina autoridad.

Y cuando está, hacia ella se deslizan las madres de larga cola —esbeltos cisnes, blancos pavos reales del jardín del paraíso. Cuchichean, se inclinan, solicitan; y herméticas, aéreas, compungidas se alejan, con los párpados caídos sobre el secreto de su encierro. Y vuelve la aprensión de que haya de realizarse en uno alguna transformación formidable: Aprensión quizá de que hubiera de estar produciéndose y no se produzca.

Pero es todo muy sencillo. Lo que aquí dispensa el sacerdote es sobre todo claridad. La religión pasa a ser sistema y logos antes de que se hubiera enterado de que era misterio. Al principio, al principio fueron el ídolo y el amuleto, pero en seguida ha venido el Verbo. Aunque no haya habido, propiamente, una era de sombra, sin duda se da uno cuenta de que pudo haberla, puesto que pone uno el pie con tanta satisfacción en lo organizado. Le piden a uno que no ponga en duda el misterio de la Santísima Trinidad. Nunca se le ocurrió dudar y posiblemente a los siete años los seres unos y trinos no están en contradicción con la experiencia (¿lo están acaso alguna vez?) Pero aunque misterio hubiera, son misterios útiles, necesarios. Aquí están para explicar.

La preparación a la confesión propiamente dicha es el episodio más interesante de esta empresa. También el más triste. En realidad, los preceptos y distinciones los tiene uno muy aprendidos, se los enseñaron ya antes el instinto y la vida. La casuística de la moral casera es más fina y complicada que la del padre. Pero sobre las transgresiones a la moral familiar no pesan nubes tan sombrías. Dentro de las paredes de la capilla, todos los pecados tienen fea cara. Hay pecados veniales, pero no se sabe muy bien dónde empiezan los mortales —por lo menos a uno no se lo aclaran; sin duda para no alentar. Si de buena fé se olvida uno de acusarse de una falta, no incurre en castigo; pero hay que poner tanto cuidado en evitar el olvido que no parece posible que pueda uno olvidarse con tranquilidad. Ha puesto uno la paz de su alma en manos de una potencia meticulosa que no hay medio de saber si tiene el corazón menos exigente que las palabras.

Dice el padre: “Sexto Mandamiento...” Solo el título. No lo lee en voz alta como los demás. Tras breve pausa: “Habréis de preguntaros si no habéis tenido nunca malos pensamientos”.

El corazón de Monsi da una punzada oscura, semejante a la de un absceso. La mano de debajo del sofá, ¿era un mal pensamiento? ¿era una visión maligna? de las apariciones del demonio, ¿se tiene uno que acusar? Esto es dudoso; pero aquellas malas intenciones respecto al niño, eso está segura, muy a pesar suyo, de que eran lo que el padre llamaría malos pensamientos. Y está segura también de que no habrá fuerza humana capaz de hacerle explicar al padre esa historia —al padre precisamente, con quien el contacto prolongado ha ido estableciendo una camaradería respetuosa, del tipo más anodino. Acude en su socorro la idea de que ese pecado es anterior a la edad de la razón. Se recomienda, ciertamente, que confiesen las culpas antiguas, la razón no se ingiere por la boca con la torta del cumpleaños. Pero esta

historia es muy vieja, de pecados de los tres años nadie ha hablado jamás. A los tres años se es un ángel. (Extraña impresión; si se mira hacia atrás le parece a uno que es después cuando se ha vuelto un poco más ángel.) Sí, todo eso es muy viejo, las malas ideas no han dejado rastro, no comprende uno ya siquiera como le venían. Monsi decide un día (pisando sobre la punzada como sobre una serpiente) que no lo dirá.

¿Adoración? ¿Rosario? ¿Qué es esa bandada de figuras blancas que devuelve la memoria? La Adoración, seguramente: el Rosario no requiere incienso. ¿Es ilusión de la memoria, o veía uno realmente el espectáculo, con Mamá, desde la altura —desde el coro? Era la Adoración, a no ser que las monjas rezaran el rosario después que las niñas. Sólo recuerda uno haber visto aquello un par de veces.

En un momento dado (pero es la memoria, la caprichosa memoria quien lo dice) acudían, como de entre bastidores, monjas por todas partes, dibujando con sus entradas las figuras de un ballet místico. Una nube de incienso las envuelve —¿o será la nube del pasado? No son pavos blancos, son gaviotas; o, si son cisnes, es el blanco tropel de un parque hermético en el que cada hierba es un secreto. Durante un instante, Monsi está a punto de entender algo, algo que es la ley de estas evoluciones cándidas y la tradición de esta cárcel gozosa. Movida por un impulso de reverencia —si bien consciente de que el gesto no es del todo adecuado, de que es una evasión —, alza los ojos hacía el objeto de su culto particular. Transfigurada, por el velo de incienso y de cirios, la mezquina talla resplandece en el centro de un jardín encendido de flores vivas y muertas. Dios el padre, bondadoso, incomprensivo y autoritario como el Abuelo, no atrae. El Amor llagado, pendiente del leño, todavía inspira más pavor que ternura. Una figura ha crecido en estos meses, se ha alzado por los aires llena de gracia. Viene a llenar un hueco, a reemplazar la divinidad que han roído los años. (Juno no ha sido sólo puesta en duda como realidad, sino superada como idea.) Maravillosa divinidad, respetuosa, tanto como respetada. Reina sin arrogancia que sabe guardar las distancias —que por llanto tiene cristal y por símbolo la torre de marfil. Tú, piedad sin aleaciones, consuelo sin contactos —Jungfrau, Mutter, Königin.

Cuando llega el día y la decisión ha de ser definitiva, un escrúpulo más fuerte se retuerce dentro de Monsi y tiende a expulsar hacia fuera la historia del niño. Es muy lejana, Monsi no pellizcaría ya a nadie. Pero se acuerda. Se acuerda muy bien. Y cada recuerdo que vuelve quizá sea un mal pensamiento. No es pecado el mal pensamiento en que uno no se complace, pero se recomienda decirlo. Y aunque no fuese necesario. Un no sé qué, vivo no se sabe cómo, dentro de esa blandura de cobardía y retroceso que es Monsi; un no sé qué muy débil que intenta abrirse paso como la lanza de una hierba entre la tierra floja y la hojarasca del año pasado, dice: “Sólo cumple quien hace lo más difícil.” Dice: “Toda cobardía es, de por sí, pecado”. Dice: “El cobarde no tiene derecho a implorar perdón”.

Y, mientras, distraída, le enumera al padre todo aquello que sabe que no importa, está atenta dentro de sí a una especie de parto pequeño, a los esfuerzos intermitentes de expulsión de la conciencia; al momento, también, en que podrá intercalar esa confesión sin interrumpir al padre que pregunta. Y llega el final:

—¿Algo más? —dice el padre. No le ve uno la cara. Casi ha olvidado uno quién es.

—Una vez, cuando era más pequeña —la vocecita tímida se alza con esa vibración más cristalina que siempre es difícil saber si es heroísmo o proximidad del llanto— había un niño más pequeño que yo. Me daba coraje. Siempre tenía ganas de hacerle daño.

Ha caído, tal vez, en culpable sutilidad. ¿Qué más hay, sin embargo? ¿Qué más sabría decir? Casi aguarda, con la tormenta que va a caerle encima, iluminación sobre lo que tiene que añadir.

—¡Ah! —dice el padre—, no estaba bien. Pero eras muy pequeña. ¿Le pegabas de verdad?

—No, padre.

—Bien. No le hagas nunca daño a nadie. ¿Nada más?

Es difícil precisar cómo se saben esas cosas: A Monsi le parece, como si lo estuviera viendo, que el padre allá adentro, en la obscuridad, se ha sonreído. Y siente una cosa nueva, una impresión muy rara. Como de futilidad de la vida.



## V

Y con tanto crecer, con tanto echar por todas partes hojas nuevas que son minúsculos espejos del mundo —extraño hasta qué punto siguen las raíces ancladas en la profundidad de la rutina. ¿O diremos la tradición? Cada vida es tradición para sí misma. Invitad a Monsi a un “arlequín” con “cuartos” en la Horchatería. Apreciará, no sólo el sabor de la fresa helada, sino el lujo de lo excepcional, y el vaivén de los coches que se paran o se alejan, y la carga que sueltan de trajes ligeros y solemnes y aquel sentirse intimidado y distinguido a la vez. Pero, si os olvidáis de llevarla después a la Granja de en frente a tomar un vaso de leche, su estómago se sentirá huérfano, su alma abandonada: ¡No le habéis dado de merendar! Ir al teatro (al teatro, porque el circo es uno de esos suplicios que tiene uno que hacer ver que agradece) sigue siendo una gran ilusión capaz solamente de desprender esas decepciones pequeñas —muy pequeñas— que ya empieza uno a saber que son el descuento que sobre todo goce se cobra la vida. Pero el teatro no sólo con esas decepciones se paga. A la vuelta, en las negras calles vacías dónde los faroles brillan como estrellas venidas a menos, la noche suena a hueco cuando pasa el coche solitario que conduce hacia su cena impaciente a otro retrasado. Ésta es la hora que no es para uno, la hora en que un niño debe estar acostado o cenando. El ruido de esos cascos sobre los adoquines es para oírlo desde la cama. ¡Se ha pasado la hora!

No hay alma de anciano tan yerta, tan desposeída de porvenir y esperanza como el alma de Monsi cuando la hora se pasó. Sólo la casa se alza —pero a cuántos, cuántos cientos de pasos— lejos, como un refugio —refugio, no ilusión. El corazón acosado aspira a ella como al cielo —pero un cielo un poco degradado, porque la cena a esta hora no es la de siempre, y a lo mejor han empezado ya. Y si María, en el camino, se ha reunido a alguna otra niñera y se para a despedirse, agravando el mal, es una Monsi desconocida, hosca, amarga, desconsiderada, la que tira de la manga para imponer su derecho: ¡María, la hora se pasa!

Hasta el cuarto nuevo. Tan alegre, tan encantador, blanco de arriba abajo, parece imposible que todo ese trabajo, todo ese gasto se haya hecho para Monsi. La cama que era de Rosi; un armario que ha dibujado Papá, una consola en otro tiempo de ébano que, anticipando modas futuras, brilla ahora inmaculadamente laqueada. Cretona en las sillas, alfombra de flores. Y una luz con la que se podría leer en la cama si no estuviese prohibido. Para mirarlo, un encanto. Cuando hay que vivirlo... aunque María esté al lado (cierra la puerta por la noche, cuando el niño llora, pero Monsi no lo sabe)... el ave que cambia de pluma, el insecto al dejar la crisálida deben conocer esa angustia.

Pero lo bonito es suave de genio y muy pronto se amansa.

Muy enterrado —hay que cavar con sumo cuidado en la arena para descubrir sus restos dispersos— puede hallarse otro recuerdo de la época del catecismo. Lo citamos porque estuvimos hace poco hablando de valor. Es el de una función de teatro.

Brotó como por encanto. Monsi, tal vez porque dicen que vive un poco en babia, no se enteró de nada hasta última hora. Es cosa de las niñas mayores, las de Primera Comunión. De las pequeñas, una sola trabaja. Un jueves, de repente, hay que vestirse elegante y presentarse allí con Mamá. En el locutorio grande han armado un tablado, con cortinas que se alzan a mano por delante. Muchas sillas, y un montón de gente en pie, atropellándolas. Muchas sonrisas, muchos empujones. Hay en el ambiente ese gozo de ser muchos que Monsi no entiende. Las niñas van de acá para allá, se llaman, se hacen señas. Las voces se les han puesto agudas. Están radiantes como si les pareciese un triunfo enseñar que tienen Mamá. Aunque la suya es, seguramente, la más digna de enseñarse, Monsi la suelta tan pronto como la ve entrar en conversación y va sin ruido a sentarse en su silla, en las filas, aún casi vacías, de las niñas del catecismo.

La función está bien, pero no es como el teatro pagado. No parece, por buena voluntad que se ponga, que haya medio de llegar a creerse que aquello sea de verdad. Primero hay cuadros vivos y un coro de ángeles. Los ángeles llevan alas sujetas con cintas (pasa un recuerdo ingrato) y sueltan por las narices risitas pavas. La función tiene dos cuadros. Sería mejor que las niñas hablaran como en su casa. La tira de papel de oro que lleva Tarciso en el borde de la batita rosa, seguramente estará muy en su lugar, puesto que ha de ser santo; pero, aunque calza sandalias, dentro de las sandalias lleva calcetines. No importa, la acción avanza —y, oh calcetín, ¿dónde está tu ironía? De repente, sin esfuerzo alguno, Monsi se halla cautiva en la acción. Cautiva rebelde. Ahora quisiera no creer, mientras la arrastra, nadadora impotente, el desarrollo angustioso del drama.

Monsi, que conocía el Rey que Rabió y la Viejecita, está asistiendo por primera vez a la representación de una obra de tesis. No es más que un niño, un niño como tú. Por voluntad ajena, por obra de las circunstancias, sobre las espaldas de un niño puede llover un día la opción radical. Dios sólo te pide hoy que no hagas esto, que hagas aquello. Podría haber un día en que te lo pidiera todo. En la vida pueden llegar momentos en que haya de negarse o darse por entero. Tú también, que ahora eres una niña. No es probable, hay que creer que no será, pero acabas de entrever que podría ocurrir. Es hoy cuando lo entrevés, aunque antes de ahora habías leído ya historias de sacrificio. Tal vez porque Tarciso es esa niña conocida.

## VI

Los años de paz no tienen historia, salvo la del desarrollo cultural de los pueblos; pero, al terminar ese año tranquilo —pocos meses después del aniversario de la muerte de Rosi— ocurre otro acontecimiento señalado, apenas menos rico en consecuencias. Otra muerte. Mamá Rosa.

Ya otras veces se había quedado encerrada una o dos semanas y Papá pasaba ratos muy largos en su cuarto. Otras veces había uno visto circular de mano en mano la jeringuilla, había sonado ese timbre imperioso. Ahora las criadas han andado un poco más aturcidas y se ha visto pasar ese objeto ominoso, hasta ahora desconocido: el balón de oxígeno. Esto es todo.

A Monsi no se le ha abierto dentro un agujero, ni ha respirado ráfaga de tragedia. Mamá Rosa, en vida, se parecía ya tanto a la muerte. Ver a Papá con la cara demudada, los ojos enrojecidos, deja el mundo, claro está, un poco fuera de quicio. Breve temblor de tierra —no muy fuerte. Ahora es Mamá quien dice, menos púdicamente que él: “Vé a darle un beso a Papá que está triste”. Y Monsi se acerca, muy convencida de que está de sobras y de que comete una indiscreción.

¿Está Papá triste? La idea de un padre triste, —que es, como quien dice, una clave de bóveda carcomida— es alarmante. Pero, pasados los primeros días, Papá es el mismo de antes: dice las mismas cosas, gasta —con decente reserva— las mismas bromas. Sólo a veces, callado, se le sorprende esa mirada extraña desorientada. Si Monsi tuviera que describirla con palabras, diría que parece que a Papá se le haya pasado la hora.

Y después de esa pausa, esa calma chicha que representan los días de respeto y aquellos en que aún desazona la mirada vacante de Papá, una cosa así como una brisa se levanta y empieza a soplar sobre la vida de la familia Sureda.

Es como si se hubiese escapado un vientecillo suave que alguien, hasta entonces, tenía encerrado en su cueva. La gente parece que alce la cabeza, se enderece, sonría, como en fin de Marzo, cuando el aire empieza a oler de otro modo; como en verano, después de un día de bochorno, cuando cambia el tiempo. Muy discretamente se sonríen, con un matiz de remordimiento. La brisa empuja con sus alas tantas novedades que al cabo hasta Monsi, que tiene arraigada la creencia de que en el mundo todo es fijo, o cae a su hora como la hoja del árbol, ha de acabar por darse cuenta de que vive en una época de evolución y libertad.

Cambios en las personas. Cambios en las cosas. Bajo ese soplo fresco que por la vida cruza, la casa florece. Florece literalmente la salita con alfombras y cortinas que son como prados, forros de muebles de color de capullo. Le brotan, como yemas, algunos mueblecitos menudos. El cuarto de Mamá rejuvenece con una *chaise longue* nueva de cojines y una colcha alegre. Sólo el salón grande de recibo, que fué de

Mamá Rosa, permanece intacto —adusto y un poco polvoriento siempre, como si se acordara. Monsi se dice que Mamá pierde el tiempo cuando intenta seducirlo colgándole cucuruchos de seda antigua con flores.

El cuarto nuevo de Monsi fué como un brote temprano de esa floración. Ahora traen también a Andrea a la parte de atrás, a otra habitación que está a la izquierda del cuarto grande donde duerme María con el nene; y en el reducto gabinete-alcoba que ocupó Mamá Rosa nace la estancia más inesperada de la casa: el cuarto de estudio.

Mamá Rosa acumulaba en sus dominios tanto mueble que, salvo las mesas, casi todo ha salido de lo que ella deja; y, al principio, Andrea mira ese santuario profanado con ceñuda nostalgia. Pero Monsi lo encuentra delicioso; no sabía que hubiese cuartos de estudio. Lo que fué alcoba, tapizado por las librerías de Mamá Rosa, forma una especie de biblioteca; ocupan el centro otro estante giratorio y la esfera terrestre. La esterilla clavada de junco (jovial especie de suelo que tampoco se había visto antes) reviste, de amarillo, el gabinete entero. Mesas, pupitres, tinteros, reglas y plumas —tan simpáticos cuando se dan en abundancia: Orden obligatorio. Junto al balcón, una butaca gemela de la del comedor, para que lea Monsi en sus horas de recreo (porque Andrea aún se refugia en su cuarto para leer, como en una madriguera). En la pared hay mapas grandes que, para el grado en que uno está ya, son ingenuos, pero que vienen bien para que, entre repaso y repaso, no se olvide dónde cae exactamente el golfo de Lepanto. Desde el primer instante en que Monsi ve dos dedos de sol acariciar las trenzas de la estera, mientras otro, el índice, se alargaba hasta señalar el rosa graso de “berlingot” de Austria (un error del cartólogo que no ha caído en la cuenta de que Austria es un país amarillo leonado), sabe que nació para amar el estudio. Y para que ese amor no se torne complaciente consigo mismo, esporádico, blando, contemplativo más que activo; para que tenga esa gota de ácido y esa punta de espina de lo que se realiza —de lo que exige y empuja, sujeta y sostiene— ácida también e ingrávida como las verdades del espíritu, en el vestido y en la carne casi toda ella esquinas como la geometría, aparece muy a punto Doña Laura.

## VII

CON la muerte de su abuela, Andrea ha dejado de ir al colegio. Ya no es un habitante de la tierra incógnita. Un poco incógnita aún ella misma, ha pasado definitivamente a ser parte de la vida. Como a Papá, se le ve por aquel tiempo una curiosa expresión, entre desorientada y renaciente; en ella mucho más acentuada: casi la de quien saliendo de una cueva, se quedara ciego y no supiese aún si la luz le es grata. Expresión más triste, más asombrada —y desde luego mucho más adusta— que la de aquel retrato de Monsi a los dos años y medio, cuando aún lo tenía todo por aprender. Y, sin embargo, es lo cierto que en nadie como en Andrea produce el vientecillo de primavera efectos tan vistosos y palpables. En el fondo de los ojos, quizá se quede congelado para siempre un adversario, o sencillamente, un forastero. (¿Se queda congelado o se vuelve a congelar? Monsi cree guardar recuerdo de una Andrea sin sombras que duró más de un año; pero no se sabe si el estado de inocencia pertenecía a Andrea o a Monsi.) Andrea, con todo, cambia, en los meses que siguen a la muerte de Mamá Rosa, del modo más espectacular.

Los ojos —verdes sin transparencia como el agua revuelta— podrán enseñar muy en lo hondo la vegetación moteada del rencor. A veces brincará de ellos, como un delfín, un rayo de ira. Pero mucho más a la vista que la ira, el rencor y la nostalgia, en ellos hay ahora otras cosas: Aplicación, apetencia de vida. Altanera a menudo, tímida a ratos, en el seno de lo que aún es para ella, al fin y al cabo, una familia nueva, desarrolla una actitud nueva también, para la que Monsi no tiene nombre y que nosotros llamaríamos —¡quizá!— seguridad. Hoy no llega aún a ser autoridad. Durante ese primer año, los descubrimientos de Andrea, las sorpresas de su Vida Nueva, han debido ser preponderantemente agradables. Si quisiera pretender que el vientecillo benéfico no ha soplado por su alma, su cuerpo la desmentiría. Ha crecido —¡Dios mío, cómo ha crecido! Apenas tuvo tiempo Monsi de pensar: “Ahora “hay” Andrea”, y se encontró con una Andrea absolutamente distinta al lado, otra hermana recién acabada de nacer. Del diablillo veloz e impalpable no queda nada. Esta Andrea que va a estudiar con Monsi será una mujer recia, de pechos altos, con buena estatura y cabeza pequeña, los ojos grandes, la boca delgada. Solo conserva el color, aquel color delicadamente bilioso, de membrillo temprano.

Se desvanece, como por arte de magia, la Andrea de Mamá Rosa. Reaparecerá mucho más tarde, en el fondo de las cajas de retratos, convertida en leyenda: Ese ser todo ojos y un trocito de boca que, hasta en la muerte de la fotografía, se mantiene inquieto y móvil (pelitos pegados a la cara para no restar nada a la mirada de travesura sin alegría), pero que, liberado por el fotógrafo de su tristonera materia acitronada y de su perpetua fugacidad, se revela de repente al análisis como increíblemente bonito.

La hermana sólida de Monsi no tendrá mucho que ver con el diablillo olvidado.

Aquella perversidad de la mirada —admirable y fantástica a una edad en que no tenía objeto— se ha degradado un poco al aplicarse a antipatías vulgares. Como una fuente mágica, capaz de obrar prodigios, que en el llano hubiese sido humillada a moler trigo y hacer girar turbinas.

La aparición de Andrea en La Vida —lo que significa que ella, de su colegio, ha desaparecido— determina el momento en que se juzga que Monsi debe ser uncida definitivamente al trabajo. Primero es doña Carmen —facciones alargadas, bellos ojos, palidez trágica y modales mansos. Las asignaturas, en sus manos, muy mansas también. Hay ahora algunas más, pero de tal inocencia que no se nota el paso de la enseñanza de Mamá a la disciplina escolar. Monsi ha estudiado siempre su lección con la mejor fe. Cuando despiden a doña Carmen, le sorprende oír decir que le faltaba autoridad.

Y ahora es doña Laura. En la época en que, terminadas las vacaciones, hubiese debido reaparecer el desmayado fatalismo de doña Carmen, le llaman a uno a la salita y allí, posada muy en el borde de una de las butacas recién florecidas con tanto primor como el pájaro en la rama, está doña Laura. ¿Qué clase de pájaro? Oscuro y picudo. El pico no es amarillo, sino marcadamente encarnado. Es infinitamente más fea que doña Carmen, que a ratos era casi guapa.

No se sabe si es joven o vieja. Mira tan seria y tan digna que Monsi se siente muy humilde, comprendiendo que al tomarlas a Andrea y a ella doña Laura hará un gran favor. Severidad, ese es el signo de doña Laura. Monsi no la tiene delante por primera vez: La ha entrevisto en casa de unas amigas de Sitges adonde a veces la llevaban a jugar. La ha oído alabar. Por su severidad. Mamá sabrá por qué ha creído preciso importar toda esta severidad para uso de su obediente hija. Doña Laura examina a Andrea y a Monsi (de pie, intimidadas, en ese instante muy fraternalmente unidas) como un general a sus tropas; más exactamente, como un sargento a sus hombres en ese instante antes de la revista en que un botón dudoso es una catástrofe. En el pecho, como condecoración, lleva la insignia de la Orden Terciaria.

Casi un favor, no cabe duda. La hora de la lección ha de ser discutida, con mutuas concesiones. Cuando al fin se ha llegado a un acuerdo, doña Laura se pone en pie y, durante un momento, la expresión cambia. Si es la de un general, será de general contento —de general victorioso. Monsi se fija en que le caen los pliegues de la falda con la misma entereza geométrica que los de los personajes de Van Eyk. Hubiera uno creído que si alguien quisiera disfrazarse de dama de la Edad Media, no encontraría modista o tela que dieran de sí esos godets triangulares. Y ahí está doña Laura, con una falda milagrosa hecha a medida de su alma. Se pone en pie con salto de ave. ¡Oh extraña ave! Tan malencarada que podría dejar caer del pico un “Never More”. Pero “nunca más” solo se lo dice a cierto infantilismo, a algunas frivolidades que la falda geométrica y encaracolada barre imperativamente a cientos de kilómetros a su

alrededor. Extraña ave.

Cuando se acerca, primorosa como un mirlo, a despedirse de las alumnas recién conquistadas con un cogotazo (o un espaldarazo), arroja por los ojos un rayo casi tierno, y otro, no menos raro, que casi es irónico, o al menos humorístico. Y aún más, aún mucho más: despide algunas chispas del entusiasmo vital de María: Fe y gozo en lo que se está tocando. Toque de clarín del alma activa que saluda y agradece los regalos de este mundo —aunque para doña Laura los regalos de este mundo hayan sido únicamente el trabajo intelectual y el servicio de Dios.

Ingrávida y tiesa, se va, arrastrando la falda rizada como una pila bautismal un triste y espeluznado hilito blanco. Monsi lo ve y se queda avergonzada. Con solo mirar a la inmaculada doña Laura ha comprendido que un hilito es un objeto demasiado próximo a la basura para que su existencia en un suelo pueda tener excusa.

Cuando Andrea y Monsi inauguran el cuarto de estudio bajo la autoridad de doña Laura, llevan casi un año en compañía y son ya bastante hermanas. Juntas han tomado lección con doña Carmen (Andrea, educada en colegio de Monjas, apenas sabe más que Monsi) y juntas han salido a paseo con María. Al principio, quizá estuvieron un poco de visita: sólo empezaron a tener qué decirse cuando la nueva vida dejó de ser nueva y dispusieron de un pasado común. La conversación de Andrea es, así y todo, esporádica; tiene días comunicativos y días herméticos. Pero en conjunto se han llevado muy bien. Monsi no tiene preferencias respecto a este sitio o esa silla o a lapiceros azules o rojos. Hasta cierto punto, sigue viendo en Andrea el ser irreal a cuya naturaleza el capricho le cuadra. Andrea debió descubrir con satisfacción que las hermanas están hechas de sustancia maleable.

La fraternidad verdadera empieza ahora, con el ingreso en el cuarto de estudio recién puesto, con el paso de Monsi a otra edad aún más adulta que le abre el acceso a tantas cosas —no solo al estudio de la Historia Natural, sino a provisiones de papel, al uso ilimitado de los colores de acuarela y a todos los libros permitidos, que han sido transplantados a los estantes de la alcoba. La fraternidad de Andrea y Monsi es obra en parte de esos estantes con cristales. Ya no les faltarán nunca temas de conversación. Quién hizo bien, quién hizo mal; si cabía otro desenlace, si las dos últimas páginas son cortas o están de más. A pesar de lo que uno calla. A pesar de aquel último punto de emoción que es inefable e indecoroso. (Ya sin él siente uno que estas conversaciones son impúdicas.)

Poseen ya, indivisible, una vida particular para las dos solas. Como en otro tiempo Rosi y Monsi, componen, dentro de la familia, un orden social que tiene sus aspiraciones y reivindicaciones (el traslado ilegal del recreo de las cinco y media a las cuatro y media, que no permite merendar en paz; la orden de no ir solas delante en el paseo). Si Andrea, con distinguida vaguedad, con no sé qué ponzoñosa melancolía, tiende a veces a mezclarlas con otras más imprecisas y revolucionarias (que apuntan,

por ejemplo, en apariencia, a Adora, la cocinera, pero siente uno que alcanzan más arriba), Monsi escucha, diríamos, con precaución; no sin alarma, pero seducida por el cuchicheo que extiende a cumbres a donde no se sabía que alcanzasen los distinguos del bien y del mal. Descubrir grietas en lo que pareció siempre impecable, es un modo de perder la inocencia, y perder la inocencia es pecado. Pero es saber. Dejarse arrastrar a tomar un momento el tinte de otra alma, es un poco vil; hace retroceder a la época de los trajes de gato que enturbiaban la personalidad, despierta el problema de ser uno mismo, le deja a uno con un pedazo de alma que le ha crecido y con el que no sabe uno que hacer. Pero es imposible ignorar que no cabe prescindir de la experiencia ajena. Leve náusea, culpabilidad, curiosidad, vanidad, docilidad, como cuando a un niño le ofrecen un cigarrillo. Las confianzas demoledoras y sus efectos cesan al pisar el umbral de la casa. En cuanto aparecen las maderas rubias del comedor y suena la voz de Mamá, la opinión de Andrea pierde el peso, como un leño sumergido en agua. Pero la unión sigue creciendo. La fraternidad llega por fin a tal punto que se empiezan a pelear.

Con doña Carmen, la lección era por la tarde; con doña Laura es a las nueve de la mañana: eso por sí solo marca ya nueva época. Por la mañana, el orden del cuarto de estudio reluce de júbilo espiritual. La cabeza también está en orden, todas las preocupaciones del día anterior guardadas, la mente despejada y limpia para los problemas que el día irá presentando. Los primeros sólo son de aritmética. Igualmente puntuales, bien fregadas, tirantes de pelo aparecen la maestra por una puerta, y la alumna por otra. Doña Laura dispensa el cogotazo. La piel rasposa, roja, abierta, que jamás veló sombra de polvos (polvos y polvo son demasiado sinónimos) se exhibe feliz y como orgullosa, al sol mañanero y exhala, como la flor su aroma, un olor a jabón fuerte. Las facciones a medio desbastar se las componen para producir una sonrisa de lo más sutil: ironía y ánimo luminoso; connivencia secreta con el trabajo y su bien encuadrada materia; y hasta cierta púdica coquetería frente a la visitación angélica del ejercicio intelectual.

Monsi sabe, si no a los ocho años, ya a los diez, qué aureola rodea aquel bello nombre. Ha visto a Laura retratada en *La Vie Heureuse* —aunque, posiblemente, retratos modernos de una persona muerta no sean muy de fiar. Y no encuentra que el pico encarnado y algo espeso de doña Laura profane la aureola.

Si se llamara Beatriz, le parecería aún mejor. Monsi posee una noción como innata de lo que era la poesía de aquella época. Beatriz era Teología. Doña Laura es Teología (primeras sutilezas sobre la doctrina antes de la Primera Comunión). Es también Lógica, Matemáticas y toda especie de contento espiritual. La revelación de lo que es el universo desencarnado de la inteligencia pura no la tuvo Monsi ante el primer teorema euclidiano, sino frente al escolástico escarolado de las faldas de doña Laura (ribeteado por un fleco de felpilla que, si llega a impregnarse



irremediablemente de barro de herejía se puede desgajar). También, quizá, frente a sus ojos sin esperanza ni miedo.

A pesar de su “*aspetto pensoso*”, de su “*animo lieto*”, a Laura precisamente, doña Laura no se parece. Con su *pourpoint* de sarga sellado por la orden terciaria y su nariz rugosa tal vez se parece a Petrarca. No se sabe que doña Laura crea en ningún poeta, fuera de Verdaguer —a lo sumo parece empezar a vislumbrar que Maragall es su profeta. Pero es tan claro como la luz del sol que, si se le ocurriera alguna vez —por necesidad diremos— ponerse a hacer versos, doña Laura petrarquizaría.

Clavadas en la pared con cuatro chinches doradas, están las tablas de la ley. Ninguna de las rutinas rituales que han regido a Monsi hasta ahora fué comparable con ésta. De nueve a siete y media, está reglamentado cada cuarto de hora, estudio o juego. Y no es rutina pasiva, salvo a la hora de sacarla de la cama, en que María la arrastra suavemente por los piés. Ha de ser la voluntad propia quien le desprenda a uno de la tarea agradable o del último bocado de croissant y de Dickens y le apreste para la faena ingrata de apretar teclas. Para cumplir el programa sin distracción ni retraso, hay que vivir alerta. (No se ha pensado nunca en lo que ocurriría si no se cumpliera, pero sería, indudablemente, salir de la roca del honor *escarpée et sans bords*). Alerta como si saliera uno de una ducha fría y le pincharan en todos los poros alfileres que no hicieran daño. “Corre; date prisa. No te laves así que te enfrías. ¿Qué se cree esa niña, que puedo pasarle el delantal con el brazo doblado? Estate quieta, son menos cuarto y la raya ha salido mal”. Esas son ahora las conversaciones matutinas de María con Monsi. Sólo en caso de acontecimiento extraordinario despilfarrará un segundo en decir que Mamá Ignacia ha hecho seña por la galería de que el canario se ha muerto esta noche, o que Isabel, la niña rubia del jardincito interior de las glicinas, tiene el sarampión. En el paseo habla Andrea, y María, que no la puede ver, se calla, mientras Monsi presta un oído desasosegado a aquellos reticentes lamentos e intenta amalgamarlos en su cabeza con la creencia ortodoxa de que todo está bien. Después de cenar, Monsi tiene derecho a poner un rato sus lápices sobre la mesa y a escuchar a Papá cuando lee en voz alta. María, cuando por fin la recoge a la hora límite, la acuesta de prisa, escrupulosamente, y es raro que consienta algún jaleo y vuelva una y otra vez a poner paz, y a dejar que la hagan “reírse de rabia”. Si Monsi se desprendió del cuerpo de su madre, María de la vida de su niña se está desprendiendo (quizá provisionalmente: puede volver su día cuando el nene haya crecido y Monsi salga del cuarto de estudio, como antes salió del cuarto de los niños). A media tarde, tiene a veces Monsi que llegarse a la parte de atrás, a buscar un pañuelo o a lavar una mancha de tinta. Encuentra a María cosiendo, muy quieta, con los ojos bajos. Tiene un aspecto no triste o humilde, pero como reducido, contenido. Miguel, el nene, ha salido tan pacífico. Entonces va Monsi, movida no sabe de qué, derecho a sentársele en las piernas —no de costado, sino de frente, a horcajadas. La saluda con la nariz, como los salvajes y luego, de una vez, le echa los brazos al

cuello, deja caer sobre la cara y los hombros —como nunca hubiera hecho antes— todo un firmamento de besos. Y María dice: “¡Estate quieta! ¡Estate quieta, bobita, que me haces cosquillas!”

La palabra “ducha fría” trae nuevos recuerdos. ¿Cómo hubo tiempo, en aquellos años, para tantas cosas? Como del sombrero de un prestidigitador, empieza uno a sacar —más y más, y siempre queda algo. Estudios, gimnasia vulgar y rítmica, el curso de música en la Academia que reemplazó la lección a domicilio, el catecismo, el paseo, la ducha. La ducha, experimento extraño que merece una pausa. El gimnasio tenía sus terrores, pero una vez quedó bien establecido que era uno la peor, se convirtió en rutina casi confortable. Muy diferente, la ducha (¿qué cruel opinión médica la impuso?) no puede eludirse y acostumbrarse no es posible. Aún después de varias sesiones, cuando han perdido horror la vergüenza de mostrarse desnuda y el azote del chorro caliente, le tiemblan a Monsi las manos, mientras se desviste en una celda que huele a cárcel y a caucho. A ese instante en que el monitorio chorro caliente se transforma en chorro helado, no se acostumbrará jamás. Gime cuando el látigo de hielo la acomete y la aniquila, arrebatándole el aliento. Y, no obstante... es como la lucha con el ángel, como el ataque de un Dios. Si por un lado te derrota y te destruye, te comunica, por otro, su propia fuerza. Y al cabo de un minuto, pecho a pecho contra el Dios-huracán, aunque el cuerpo tiemble como hoja entre las hojas, bajo el desmayo, bajo la retirada, empieza a correrle por los miembros aquel vigor que se supone que ha venido aquí a buscar. Cerrados los ojos, inutilizadas las manos, sin embargo resiste. Frente al dueño poderoso, poco a poco, se va irguiendo. Respiras. Eres una cosa desgajada que vibra dentro del huracán. Un momento más y ¿podría la angustia convertirse en delicia? El chorro se detiene.

A los treinta, a los cuarenta años, ¿cuánto tiempo haría falta para reponerse de un choque así? Habría que concederle horas enteras al reposo, si no quería uno destrozarse los nervios. Al cabo de diez minutos, Monsi trota al sol, a toda prisa, llevando por cuerpo un animalillo feliz. Susto ante la ducha, ante el profesor de violín demasiado célebre. Mademoiselle que está esperando. Correr al curso, volver, seguir estudiando. Y cada día trae su carga de emociones. El mundo sorprende aún, le es bien fácil asustar. Pasa el susto, pasa la emoción, pasas tú, y cada hora halla un ser intacto que de nuevo emprende la carrera. Tus minutos no son tuyos. Ni tiempo para blanduras, ni para mirarse, por dentro o por fuera. Ni para ordenar —alma o cajones. “Absorbe, absorbe”, dice la hora. Crece como un arbolillo redondo, todo lleno de hojas que bullen y que, hoy por hoy, no permiten ver las ramas.

Este esfuerzo apenas es esfuerzo. Mientras tú no te niegues a moverte con la hora, la hora, que otros han ideado y perfeccionado hasta el minuto, anda por tí. Tener prisa es que le falte a uno el tiempo. María viste, María lo tiene siempre todo preparado. Administrado por manos ajenas, el tiempo, a Monsi, nunca le falta.

Tantas cosas la convocan y la distraen que nosotros nos distraemos también, y olvidamos que, al hablar de Andrea, quisimos, a renglón seguido, hablar de Ignacio. En el ballet de la conciencia, ¿qué director le eligió al fin para un primer papel, qué batuta le señaló la entrada? A sabiendas mentimos. La vida no es un ballet, rara vez se planta de un brinco un ser tan real en mitad del escenario. La presencia de Ignacio debió crecer como las demás —como una planta.

En el espacio de poco más de un año, le nacieron a Monsi tres hermanos: uno chiquitín y dos mayores y el nacimiento de todos ellos pasó igualmente desapercibido. Tal como nunca podrá saber si a Miguel el nene le vió alguna vez antes de estar enferma, tampoco logrará recordar si antes del diluvio Ignacio poseía ya alguna especie de corporeidad. De la época y de la forma de su aparición, los anales internos refieren menos que de otro acontecimiento cualquiera; hay que recurrir, como los arqueólogos y los paleontólogos a suposiciones y al “termino ante quem” o “post quem”. Investigación y lógica indican que la aparición de Ignacio entre los grandes mamíferos de la fauna doméstica tuvo lugar poco después del fallecimiento de Mamá Rosa y como consecuencia del cambio de clima que siguió

Por aquel tiempo sin duda, cuando la estrella de Mamá ascendía al zenit, se estableció la costumbre de que Ignacio cenara en el “piso de arriba” cada noche. Sólo tiene un año más que Andrea, y le es tan superior como si fuese diez años más viejo. Es un ser casi adulto, vestido como un hombre desde hace lo menos seis meses, bien peinado. En esa época está muy lleno de colegio y estudios; pero el desdén por las niñas (las de casa) queda anegado, en esa atenta cortesía que Papá, con una especie de genialidad innata, difunde sin esfuerzo a su alrededor; en cierta veneración también, sin duda que a Ignacio le inspira la alfombrada cultura del “piso de arriba”. Cuando pasen meses —o años— Monsi tendrá a veces ideas románticas respecto a Ignacio y a Andrea. Es curioso pensar que, aunque viven como hermanos, en realidad no son ni parientes. Hay cosas —cosas de su edad— de que pueden hablar entre sí mejor que con Monsi. Mas es lo cierto que, si alguien hay ante quien Andrea esté dispuesta a enseñar la enigmática malignidad de su antiguo ser —ahora latente— y los relámpagos amarillos de su mar encrespado... es Ignacio. No importa. La biblioteca entera de Monsi afirma que los jóvenes que se han criado juntos sin ser parientes se casan. Y si Monsi piensa en sus propias relaciones con Andrea, ha de reconocer que las disputas unen más que las finezas.

Esa idea romántica es intermitente. (A veces no es romántica ni poco ni mucho, sólo confortable como una garantía de que el ambiente familiar esté constituido de una vez para siempre y no haya de sufrir cambios). Días hay en que la palabra escrita suena como un oráculo: La hora vendrá en que se traspase el umbral de lo novelesco y todos los libros se hagan carne. Pero otros días, con una mente ágil, Monsi observa y absorbe lo que tiene enfrente, y los libros, en vez de profecías, le parecen anales de

una edad de oro, hoy desvanecida y quizá fabulosa. En esos días es difícil no darse cuenta de que Ignacio y Andrea tienen tendencia a exasperarse mutuamente, como perro y gato.

Papá suele animar a los niños a que hablen de sus estudios. Ignacio no se hace de rogar. Monsi escucha “como Brunilda escuchaba a Wotan”. A veces se estremece a la idea de que hubiera podido nacer chico, obligada a encararse con álgebra y latín. ¿Qué ocurre si se nace chico y resulta que esas cosas no las puede una aprender? Como en un trasatlántico que se va a pique y le dan a uno orden de saltar al agua y no es capaz. Verdad que Mamá habla a veces de incluir el latín en el programa de las chicas. Pero es para una época indeterminada, tan vaga como aquella en que los libros se volverán carne. Por entonces, quizá Dios, que según dice doña Laura, proporciona las fuerzas a las cargas, habrá querido alargarle a uno la memoria y abrirle el entendimiento. Las palabras de Mamá suenan a una de esas amenazas que se recrea (como Dios) en colgarle a uno sobre la cabeza, pero que nunca se cumplen. Ignacio, en todo caso, batalla con el gigante del latín desde los once años.

Tiene mucho que estudiar, se levanta muy temprano. Se recoge pronto y, si hay lectura familiar después de la cena, no la escucha. A ese mundo de la poesía, de que Papá tiene la clave, no pertenece. Sabe, en cambio exponer prácticamente en el patio de Sitges las reglas de los juegos de pelota y del marro. No muy interesantes, pero hay otras cosas. Vienen del colegio también: Bromas, adivinanzas, pasatiempos que nadie tiene derecho a ignorar si pretende estar “a la page”. Llega un día un *puzzle* chiquitito, de madera recortada pintada a cuadros. Se saca de la caja y no hay quien lo vuelva a meter. Como Ignacio se lo lleva cuando se marcha, Mamá se apiada de Monsi y se lo hace copiar. Durante una semana, se van las horas libres en darle vuelta a los pedazos, y hasta mientras está uno ocupado le ruedan a uno las combinaciones por la mente como una tonada pegajosa. Las tres cabezas (la de Andrea es la más clara, la de Ignacio la más oscura) se inclinan, los alientos se mezclan. No las divide una gota de vanidad, ni de esa animación fingida con que intenta uno, cuando no está solo, levantar el tono de la vida. En silencio una mano se alarga, imperiosa y tímida. Ansiosa, casi furtivamente mueve veloz uno de los tarugos. Con medios tan humildes teje la mano de la Providencia los grandes y firmes afectos de este mundo.

Otro recuerdo. Una de las formas más curiosas del recuerdo. Al pensar en Ignacio, desde el fondo de las aguas, un objeto sumergido lanza un reflejo, sólo un reflejo y se escurre cuando la mano quiere asirlo. Hubo un tiempo en que, sin ser verano, todos los niños (todos, Rosi aún estaba) vivieron juntos; y era en un jardín. Sabe uno por tradición, como se puede decir antes de excavar: “Aquí estuvo Troya”, que era en la calle de Pomarets. Por deducción, comprende uno que era en primavera, porque la glicina estaba en flor. Pero el recuerdo que ha quedado huele a otoño, porque el jardín era húmedo.

El jardín era pobre en vegetación y en inventiva. Irradiaba una mezcla de angustia

—por ser lóbrego— y de finísima dicha. Pertenecía al reino de la poesía pura. En él vivieron los niños unidos —confundidos— en un interminable juego de encantamientos y caballerías. Terminó aquella época, de que alguna convalecencia debió ser origen. Andrea e Ignacio, por caminos hoy incomprensibles, se alejaron de nuevo hacia la irrealidad.

Fué también el tiempo de los conejos de Indias. Trajeron tres, se ignora cómo tuvo lugar aquella invasión. Se sienta uno al sol, en el último peldaño de la escalinata con su conejo en la falda, lo toca de cuando en cuando, y es bastante. Al cabo de un rato, el conejo ha esparcido por toda la falda de Monsi (un percal rojo con topito blanco, lo ve uno muy bien) gran cantidad de arroz sequito y negro. Monsi lo sacude con tiento y no le da mucho asco. Pero a Mamá sí. A favor del revuelo producido por el regreso a la calle de Lauria, los conejos desaparecen. Lágrimas breves.

El recuerdo queda flotando en la corriente del tiempo, como una isla sin puentes ni vados.

## VIII

**C**OMIDA de Pascuas en “el piso de abajo”. Pescado y marisco en abundancia y confusión: Ostras (juguete que se come, tenedorcito de dos picos; un poco de impresión, luego están estupendas). Bouillabaise (muy apreciable), percebes (horribles), salmonetes enormes inadecuadamente fritos. Hay también gran abundancia de cosas de cerdo y de cosas en vinagre —todas incomedibles porque pican. Y el pavo y el capón gigantes, generalmente de regalo (el abuelo andaluz es magistrado) que, por un proceso solo de ella conocido Pepa ha logrado hacer rebeldes al acero. El Abuelo empuña el trinchante. Por último, nueva confusión abrumadora de todas las variaciones del polvorón, la almendra y la avellana. En una cabecera está Mamá Ignacia, haciendo bolitas de pan. Los ocho años de Monsi asisten al banquete fastuoso y bárbaro un poco en el mismo estado de ánimo que el jefe militar europeo invitado por un moro notable.

Con el capón aparece el champagne. Afortunadamente, Ignacio sabe descorchar sin ruido. Alrededor del cuello de vidrio, anuda una servilleta. La emoción sube de un grado; parece que la botella quisiera morder. Muy despacito, con el gesto sinuoso de un comadrón, la sonrisa falsamente blanda del médico, Ignacio va tirando del tapón. Monsi, tensa como un pueblo que aguardase el primer cañonazo enemigo, no le quita la vista de encima y se estremece al pensar que de todo ese trabajo es ella la causa. En este instante, no quiere a nadie tanto como a Ignacio. Mamá Ignacia aprovecha el momento de emoción para volver a dejar en la batea un mazapán que ha mordido. ¡Pin! dice la botella. El ambiente se despeja, como en el teatro cuando el asesino envaina el cuchillo. Sólo Ignacio no está contento. Hace un ademán de impotencia que intenta ser risueño, como el médico cuando el niño ha salido vivo, pero arañado. Al fin y al cabo se ha oído.

Lo natural sería volverse ahora arriba, donde tendría uno tantas cosas que hacer. La etiqueta exige que siga uno deambulando más de una hora por las salas del piso de Mamá Ignacia dónde las alfombras huelen a gato. “¿Qué esperan? entona la clara trompeta del abuelo, si ya cuando los Cartagineses...” La cultura del abuelo andaluz no es diluible y asimilable como la de Papá. Incomedible, como sus entremeses de vinagre y de cerdo. Papá, que tanto sabe, no parece tener gran cosa que decir. Escucha muy cariñoso, con una sonrisa como si le fueran a retratar. Ignacio hace circular el estereoscopio con las últimas fotos. ¿Es uno tan feo? Visión anticipada de un mundo freudiano, en el que cada ser querido llevara dentro a un depravado. “¡No! Si los mismos romanos...” Monsi se escabulle hacia la puerta. La sigue su primo Ángel. Primo segundo, pero que en días solemnes no falta a comer. Mamá Ignacia alarga el pié y le obliga a tropezar; es su modo de detener a la gente:

—Ángel, ¿qué te van a traer los Reyes?

—No creo ya en Reyes —contesta el primo Ángel con una voz que es nasal y es

viril. (A pesar de la rapidez del impacto, Monsi tiene tiempo de entender por qué no le van a traer nada y por qué ha dado esa respuesta)— . No tengo ya dos años. — Subiendo la espalda un poco redonda, echa hacia atrás la cabeza con un gesto que no es de su edad.

—Idiota —gime Mamá Ignacia furiosa.

Sacudida eléctrica, desde luego; impresión de que Ángel ha pecado, ha cometido un sacrilegio. Vaga melancolía tal vez de verdades sacadas a luz que estaban mejor escondidas. Pero saber, ¿sabía uno? Así se sabe, con certeza latente, que el amigo traiciona, que el amor engaña. Y basta que alguien un día murmure la palabra ofensiva, para que en el pecho brote la evidencia.

Una gota de vergüenza por la comedia que este año ellos harán, y ella tendrá que hacer, sabiendo tal vez que no se engañan mutuamente. Faltarán este año en los paquetes unas gotas de azul nocturno y el polvillo de estrellas. Monsi no dará ya tantos botes de impaciencia, ni obligará a María a ir a despertar a Mamá; porque al fin y al cabo, si es Mamá quien regala, justo es que regale a la hora que se le antoje. Pero, ¿pena? Desaparece aquel escalofrío de cuando se despertaba uno a media noche y había ruido en la calle, y a veces unos pasos solapados, tan extraños que casi parecen desmentir a Ángel. Aprende uno el agradecimiento en toda su ternura. Y ya no habrá miedo de encontrar carbón. En esta época que sigue a la edad oscura, hay en Monsi un gran apetito de seguridad.

Y sobre todo: La espina fina y honda que en este instante sobrecoge el alma es la de pensar que han obligado a Ángel a decir en voz alta que su madre no puede comprarle regalos. Monsi, aunque no crea, seguirá teniendo juguetes.

¿Juguetes? Libros, álbums, colores, algunos juegos, más tarde raquetas. Objetos de uso personal, objetos de cuero, objetos de adorno. Pocas veces volverá a haber en el balcón muñecas rabilargas, estólicas Melisendas ufanas de sus crines rubias. Ya no habrá lavadero de zinc ni cocina que se pueda encender. Pero todavía habrá algunos juguetes.

Serán objetos menudos, de esos que siempre tuvieron y aún tienen el poder de cautivar el corazón. Lamparitas enanas, juegos de té, cosas de comer para la casa de muñecas; carritos que son casi un bibelot. Y las muñecas de porcelana. Son de dos clases: las de quince centímetros de estatura, con pelo natural y carne preciosa, que María viste con retazos de nansú, y las que apenas alcanzan a los cinco centímetros y vienen disfrazadas con trajes de todos los países del mundo. Los muñecos pequeños son seres de excepción. Doña Laura no se enfada si encuentra a una pareja de napolitanos haciendo guardia junto al tintero, siempre que las manos resistan la tentación de hacerles escalar el Vesubio durante la lección de geografía. Papá se ha resignado a que aniden en el centro de flores y claven los pies en los panecillos. Están por todas partes; son como los duendes o los dioses penates de la casa. Pedir arcas de

Noé o granjas de Nüremberg, a Monsi le daría vergüenza. Pero, despertando el entusiasmo de Mamá por algunas de las más graciosas, es fácil inducirla a que se las compre a Miguel, y al fin y al cabo dá lo mismo.

La casa de muñecas, que estuvo en auge cuando Rosi vivía, hace tiempo que ha quedado olvidada. Las menudencias que encaprichan a Monsi no se destinan a su ajuar. Componen, con las muñecas de porcelana de quince centímetros, lo que podríamos llamar el material de contemplación. Las muñecas chiquitinas y los animales de palo usurpados a Miguel tienen una existencia más activa. Monsi no les está tan tiernamente unida como a aquel muñeco microscópico de mal recuerdo, hijo de Leda, por cuyo amor cometió el único crimen de su vida. Pero están en cambio dotados de vitalidad muy superior, son, en mucho mayor grado, los hijos de su alma. Las muñecas de quince centímetros no son hijas de sus sueños: pertenecen al mundo exterior.

Se las contempla. Están ante Monsi como a veces la mujer ante el deseo carnal y egoísta del hombre. Tienen esa carne, ese pelo que parece vivo, —y toda otra vida les sobra. Las resigue uno un poco con el dedo, las acuesta, las levanta. Es un placer en sí, cerrado, sin relación con ninguna otra cosa, que crezca sobre una cabeza tan pequeña una cabellera tan robusta, y en los ojos esa floración, como tropical, de las pestañas. El alma se entera de que puede haber delicia en ver correrse y descorrerse unos ojos muy límpidos. Pero el alma no sabe aún si los ojos debieran ser los de un niño, o los de un hombre, o los de uno mismo ante el espejo. Las muñecas de porcelana, antes que el desnudo en el arte, le enteran a uno de que la forma humana está llena de gracia.

Contemplar... Hay otros estilos de contemplación. Al quinqué diminuto está unida la idea de una humanidad inocente, primorosa por dentro y por fuera como los puntos rusos de María. Los pasteles de cartón dicen aún mucho más.

En los libros ilustrados, Monsi ve con frecuencia pasteles mil veces más apetitosos que los de verdad. Emanan de ellos una sensación inefable de confort y de hogar. *L'heure du thé fumant* está ya allí —tácitamente expresada— más alegre. Pero los dulces dibujados tienen más sentido, no mayor realidad que los de la confitería.

Aquí están los pasteles de cartón, en platos del tamaño de una perra gorda. La corteza es más fuerte que la de ningún pastel “vivo”, más dorada. Los puntos tostados están más tostados. Los relieves son más seguros, los detalles más precisos. Sobre una torta, cada confite disfruta su propia existencia, independiente y dichosamente esférica. Los colores, vivos y tiernos, se elevan aislados, contento cada uno de ser lo que es, sin mezcla malsana, sin confusiones turbadoras. Los pasteles de cartón se palpan como si los ojos fueran manos. Y dicen:

—“Podría haber un mundo en el que cada cosa viviera así, contenta con su suerte, circunscrita en su propio contorno, en el que cada cosa llamara, pero no gritara



ninguna. En el que cada objeto no muy gracioso se alzara a la belleza por el sistema extraño y sencillo de ser más fuerte lo que es, —un mundo con más relieve, más detalle que este confuso que Dios creó. El aire muy quieto, pero tan límpido como en una mañana de Marzo barrida por el mistral. Un paisaje sin elipsis de sombras en que las hojas de los árboles se contarán por números discretos.” Tres años más y Monsi encontrará este mundo, un poco amordazado en los italianos por la figura humana, en Breughel y en la pintura prerrafaelista.

Contemplar, sin embargo, ya no es o rara vez aquella unión con la cualidad pura: un vidriado profundo, un grumo de lana al sol; y las cosas se han distanciado de Monsi en el mismo grado en que han adquirido la facultad de engendrar mundos. Aún se puede, ante un fragmento de materia perfecta sentir un gozo rápido y ágil —pero el pote redondo de la sala ya no se agarra a las entrañas; angustia y enternecimiento sólo regresarían si alguien intentase hacerle daño.

Tres cosas llevan el mismo nombre que no se parecen en nada: Invocar al azar, competir en destreza y vencer la realidad con la imaginación. De esas tres pasiones, solo la tercera hace un papel en la vida de Monsi.

Tenían, cuando Rosi aún vivía, una cocinita de gas. Una vez la encendieron, vinieron las primas, Monsi no entendió muy bien el objeto de hacer uno mismo tortillas de veras, pudiendo hacerlas Juana en la cocina mucho mejor y sin quemarse los dedos. Y el juego solitario de la imaginación con un muñeco, por aquel tiempo era aún cosa muy primitiva, semejante a la fusión con el jarro. Si duraba tiempo, podía dejarle a uno agotado, con un poso turbio de tristeza. Cabe decir que es ahora cuando Monsi está aprendiendo a jugar.

Las muñecas enanas de los trajes regionales trepan y descienden cordilleras infatigablemente, exploran cañadas. Dios las hizo para vivir en el mundo —en un mundo sumamente agitado. Mas su destino no es explorar precisamente. Llevan vidas apasionadas que sacude el amor y, a menudo, la guerra. Huyen ante la ambición o los celos, persiguen a un asesino o a un ingrato. El enemigo las acribilla con flechas. Pero, ellas, no por eso se sienten desgraciadas: son la raza autóctona de las islas de la Intensidad.

Una de las misiones que —por encima de aquellas menores y accidentales de avisar la traición o llevar una misiva al prisionero— incumben a las muñecas pequeñas, es la de ramificar y prolongar las lecturas de Monsi. Las lecturas en que ocurren cosas, porque las de tipo esencialmente sentimental no condescienden a encarnarse en cuerpos materiales. (Al menos en cuerpos de porcelana; posteriormente hemos de ver al juego dar aún un paso más. Antes de terminar, llegará, como una revista de gran espectáculo, a una especie de apoteosis. En la vida de Monsi, las muñecas de papel tienen historia aparte.) Walter Scott y Fennimore Cooper son un clima adecuado para las muñecas de porcelana. Y encarnan, además, las creaciones

originales de Monsi: Sentada ante una hoja en blanco no se le ocurriría nada, pero una muñeca alza los brazos, se escurre dentro de un cajón, y un drama se impone. No pueden, en cambio, hacer el papel de la pobre Nell, ni el más adulto aún de Roxana; y, sin embargo, también esas historias piden continuación. En este mundo, dónde todo dura demasiado, solo los libros terminan demasiado pronto. Siempre se quedan cortos de mil posibilidades. Monsi, que a los diez años ha leído no poco, entiende que esa parquedad es una de las reglas del arte. Saber escribir es aparentemente saber dejar con hambre. Y hay que reconocer que una novela con varios finales a elegir sería un libro muy raro. Pero entiende aún mejor que un libro es sólo un tema sobre el que cada cabeza modula sus variaciones.

Monsi desgrana las suyas. Se cuenta cuentos en el paseo los días que Andrea está hermética. Sin apoyo ninguno en el mundo, les faltaría un poco de sustancia. Reclaman un rudimento de raíz en la experiencia o la entraña. Y el juego, que se ha transformado ya en tantas cosas, se acomoda a las exigencias de hoy. Da de sí otra metamorfosis y —mediante algunos cruces— después de varias formas intermedias en las que Monsi, como en los sueños, es a la vez ella misma y otra persona, produce una variedad nueva: el Amor.

Ahí está. La rama más alta, el fruto maduro, el producto super-evolucionado del arte del juego. ¿En qué se parece ese juego solitario a aquella estatua bajita, de materia viva, que tal vez, hace muchos meses, lo engendró? En nada, salvo en esos ojos oscuros y llenos de chispas, que debe haber heredado de él.

Se parece, si acaso, a una larga sierpe de cara cambiante, que fluyera como un río: un solo Amor, pero no uno y el mismo. Y si no es siempre el mismo, no es por causa de las facciones variables que lleva furtivamente impresas en la cara. Esas facciones, hasta Monsi quizás se da cuenta de que podrían suprimirse. De que sólo están ahí —accesorias— porque no es uno capaz de contentarse con la espera: porque al impulso que dice que es preciso enamorarse no sabe uno plantar cara y contestar resueltamente: “Cuando se pueda.”

¿Qué pie de explorador lograría seguir esos caminos sin perderse? Es ésta la época en que Monsi empieza a no tener cuerpo. Por dentro es una muchacha rubia, muy esbelta y erguida. Si alza la cabeza del libro mientras María la está peinando, si por la calle se ve de refilón en una luna, no se reconoce. Aquello es a lo sumo lo que se sienta en la mesa a las horas de comer, con las ideas muy en orden y las manos muy lavadas. La fotografía le parece un arte mucho más embustero que la literatura. Si miramos algunos de sus retratos de esa época, casi hemos de darle la razón.

Mas he aquí lo que es tan delicado y tan difícil: ¿Cree Monsi de veras en la muchacha rubia? Se figura que los demás pueden verla, con la cabecita de trenzas invertida dentro de la pupila, ¿o que tal vez no sea del todo imprescindible que, con los ojos de la carne, la vean? ¿Estamos siquiera seguros de que sepa la diferencia entre creer y no creer —la importancia de distinguir entre una cosa y otra? ¿O piensa

que el amor pertenece por esencia al reino de lo imaginario y que las jovencitas imaginarias son las únicas que pueden acercarse a él? El amor es también una cosa en la que no se sabe si debe uno creer o no creer.

Ya Monsi no se acuerda de que fué una vez verdadero, aunque pequeñito: presencia en vez de sueños. Y fué además tan sencillo. Una cosa así, quizá puede existir, ¿pero quién la quisiera?

¿Podría existir aún? Quién sabe. La vida de Monsi tiene dos fases periódicas. Durante el invierno es, desde el punto de vista de sus relaciones con gente joven, conventual. En verano, Monsi entra en contacto con chicos de su edad y con otros mayores. Son los mayores los que le interesan, —la razón de esto no es muy clara porque la conversación de los mayores no es más inteligente que la de los pequeños, sino al revés. Para gustarle a una Monsi de nueve años, es preciso, sin embargo, tener siquiera quince; y a Monsi, inocente y redondita, de los quince para arriba no se sabe que nadie la haya mirado jamás.

Ella mira a los mayores, y en realidad no le gustan mucho tampoco. Lo que hacen, lo que de ellos se cuenta, carece de interés. Pero, en alguna ocasión, uno de ellos tiene un gesto de bondad, o de duda; los ojos dan de sí una chispa —una siquiera de esas chispas con sentido para las que Monsi vive aún tan despierta como si fuese un aparato receptor especial. Y Monsi le entrega —no, no le entrega, le dedica su amor.

La juventud, en Sitges, está repartida en grupos, por edades. De acercarse al elegido, Monsi al fin y al cabo no tiene tan gran ocasión. Con todo, el sistema de vida de verano amplía y diversifica los contactos: el amor de verano posee un mínimo de realidad (de soporte material queremos decir). El amor de invierno es enteramente metafísico.

Al final de Septiembre, la separación ocasiona un momento de dolor. Por esa época, Monsi ha renunciado ya generalmente a devanar y desenredar explicaciones complicadas que justifiquen que esa figura y ese nombre (mientras dura el amor, él no es más que eso: su pasado de persona conocida se ha borrado) no se aproximen, no hablen ni digan. Todo llega; los textos enseñan que sufrir desdeñes al principio es lo más corriente. Además, de una persona que de verdad existe, que está ahí mismo, puede uno aceptar no ser querido: aún queda algo. Queda algo, y, todo se vuelve favor. A la realidad, por instinto, le pide uno menos; por instinto se sabe que es avara, pero que compensa su avaricia con otras gracias. Su reino no es la infinitud, sino la densidad. A fines de verano, suele existir, por lo tanto, un equilibrio feliz. Y a veces sucede que el amor vuelve a su casa en el mismo tren que Monsi y, durante la breve vida de familia que en el vagón se entabla, la trata con amistad y confianza. Desplazará, a lo mejor, tres maletas, para alejar el peligro de que se le desmoronen a ella encima y, todavía, al sentarse después a su lado se reirá. Romántica y deliciosa separación, en el momento en que el porvenir se descorre. No importa. Con el primer

efluvio de alcanfor de las alfombras desplegadas, Monsi siente que ocurre una transformación en su amor. Se vuelve lejano, otoñal. Naftalina y pimienta son el olor de la nostalgia. El amor de verano se vuelve más tierno, más especulativo. Parece un instante querer evolucionar hacia otras formas que no le pertenecen. Tres días aún y el cambio de vida, la disciplina, el desprecio de doña Laura por la felicidad despiertan a Monsi de su personalidad hechizada. Dentro de un mes, cuando se encuentre por la calle al amor de verano, devuelto a su condición natural de persona conocida, sentirá vergüenza, honda vergüenza —y una náusea extraña, una melancolía que obliga a sacudir la cabeza respirando aire limpio y a apretar el paso sobre el suelo movedizo de un mundo encenagado. La náusea es de esa presencia que dejó uno adherirse a su alma y que ahora sabe que le era ajena; la vergüenza, por un pecado que en la mente de Monsi aún no tiene nombre, y que aún no entiende, pero que, sin embargo, la sonroja. Es el pecado de los pecados, el pecado contra la autenticidad, el verdadero pecado contra el Espíritu.

Qué fácil la vida si los pecados no fueran vicios: El de Monsi regresa antes de que lleve en la ciudad un mes y medio; pero en su vida claustral ya sólo puede cometerlo con un desconocido. El desconocido no tiene dieciocho años, no es nunca, siquiera, un muchacho. Es el hombre hecho que, en un tranvía o una tienda, ha alzado una mirada suficientemente obscura, suficientemente provista de chispas y de preocupación. Monsi no sabe que existan otros motivos de amargura que el amor y la soledad. Toda fisonomía triste es romántica y está solicitando amor. (¿Y quién se atreverá a decir que se equivoque?) La faz de la serpiente cambia. La cara (muy vaga, pero reconocible a cualquier distancia) del hombre del tranvía, le durará quizá un par de semanas; si el encuentro se repite, puede servir un mes o dos. Durante esos dos meses, el desconocido hará, naturalmente, muchas cosas: Salvará a Monsi, la perderá y la llorará; se morirá él, resucitará y la volverá a encontrar. Sufrirá cambios de carácter. Tantas cosas hará que se gastará con el uso. Palidecerá y se irá desvaneciendo. No por imposible, morirá, sino por delgado; a fuerza de ser manoseado, hasta para fantasma se queda demasiado fino. Otro hereda el amor. El mismo amor. No, no del todo el mismo. La mirada obscura, siempre igual a sí misma, sumergida en el doble anónimo de la gente sólo pasa por la calle y de la incógnita vida adulta, no tiene virtud para hacer brotar la planta evolucionada de un amor individual. Pero otra figura que, por los caminos de la letra impresa, habrá cruzado la vida de Monsi, siendo ligeramente más persona, la tendrá un poco. Y sobre todo, el amor a secas, el amor teórico, por sí mismo evoluciona según su propia ley y las influencias del clima. A Madame de Ségur sigue Madame Coulomb. A Staël, Scott y Dickens. A Dickens Rostand, Lamartine, Musset. Y el amor cada vez tiene más órganos y más mundo circundante, y son, mundo y órganos, cada vez más finos.

Cuando el fantasma de papel y de humo se ha gastado del todo y la sierpe ha echado nueva piel, Monsi, aunque no tiene la más mínima idea de lo que le sea

posible hacer a un hombre para aproximarse a una mujer de quien se enamora en la calle —y sí en cambio una noción muy clara de las dificultades que separan de todo lo que no es inmediato por naturaleza, de todo lo que se desea; aunque, por lo tanto sea mucho más fácil justificar la inacción del Amor de Invierno que la del Amor de Verano—, Monsi se da cuenta de que aquel hombre tampoco la quería. Lo sabe sin duda posible, porque Aquél ha vuelto a caer dentro del mundo real, y en el mundo real no se quiere. La vergüenza no es tan profunda como después del amor de verano; la confusión entre sueño y realidad fué menor. Pero cada uno de esos desengaños sin pena añade una gota al poso de amargura que se va formando dentro del alma. No es amargura contra el amor (si algún día se lo encontrara vivo, sería una entidad completamente nueva); sólo amargura contra lo fingido que le tiene a uno tan bien acerrojado.

El amor de invierno es mucho más tierno, más entregado que el amor de verano, que consiste sobre todo en una continua impresión de presencia (y en Sitges, con las puertas de la casa abiertas de par en par y todo bicho viviente colándose por ellas a todas horas, no está uno, realmente, resguardado un solo instante de una aparición), con todas las compresiones y paralizaciones que la presencia ajena ejerce, y sólo, de cuando en cuando, arriba en la biblioteca, un latido fuerte del corazón, una oleada fugaz de amor al mundo que dice: “Quiero”. El amor de invierno conoce la larga entrega por la mirada, frente a frente; le está permitido pasar suavemente los dedos por el cabello y llorar apoyado en un regazo. Muchachas interiores no se ven y menos se tocan. Pero, si fuese posible, si el desconocido mirara o siguiera, nos figuramos que Monsi se asustaría. Y si, después de mucho mirar, hallándose un día a su lado entre muchedumbre apretada, buscara una mano, a Monsi horrorizada le parecería seguramente un vampiro. Hemos visto a Monsi vacilar ante la idea de si puede el amor dejar de ser teórico, pero que haya besos que no sean teóricos no se le ha ocurrido jamás. El Amor, ese Amor que se empeña en existir aunque sea sin motivo, Monsi sabe que es estar tenso y un poco sombrío. Amor es estar tenso, vivo hasta la última partícula de ese polvo sensible que somos, es dejar de ser cobarde y dar por dentro un sonido como de violoncelo. Las calamidades que en los libros acompañan a los enamorados no le parece que estén añadidas arbitrariamente para adorno: es difícil imaginar que esa planta pueda crecer en terreno alegre. Hay que estar tenso y un poquito oscuro, y al mismo tiempo luminoso. Como un Rembrandt. Y eso es la felicidad. El estado perfecto del alma y nada más.

—Digan lo que digan, —piensa la Viajera—, “Al principio fué el Amor”.

En esa larga, larga —larga y aburrida cadena de los amores sin rostro que ocupa los inviernos anteriores al solemne verano de 1911 (el año siete, el ocho, el nueve, el diez, el once mismo)— hay dos eslabones de color distinto, que resaltan como remiendos sobre la piel de la serpiente. Son los dos únicos amores de invierno dignos

de mención.

Uno de ellos fué un amor como los de verano. Un amor para todo el mundo, un traje hecho; —pero colocado sobre una persona viva, una persona a quién se trata y se ve. Él es el profesor de violín. Un día Monsi se vió arrancada a las escalas que ejecutaba pensando en otra cosa y enfrentada con aquella asombrosa caja de madera que no veía uno por qué medio ni por qué motivo hubiera de sonar. Pero —justa con la justicia— no se quejó; acaba de escapar a otra calamidad peor. El Rector de la Universidad (o el Ministro, o quien quiera que sea que decreta esas cosas) había ordenado en otoño que todos los estudiantes oficiales usaran un distintivo. Era una boina de terciopelo fruncido. Ignacio, ahora en preparatorio, le llevaba. Mamá copió el modelo, se lo probó a Monsi y empezó a hablar de bachillerato. Por fortuna los estudiantes se negaron a ponerse la boina, hicieron huelga y Monsi continuó bajo el régimen de presunta severidad de doña Laura.

El profesor de violín había sido escogido de acuerdo con la moda del tiempo, que aconsejaba que se empezara con el mejor maestro. A los veintiocho años, era un concertista un poco demasiado notorio para escuchar con paciencia los rascados de Monsi sobre el metal de la cuarta y la histérica fragilidad de la prima. Era un hombre menudo, —el nervioso de acero—, con la cara contraída, una expresión graciosa y un genio muy malo. La ira irrumpía en él como el vendaval en un cuarto cuando fallan los pestillos. Monsi aprendió de Brull el *amo et odio*. Amor y odio no iban literalmente a la misma persona. Amaba al artista, odiaba al maestro, que cuando se ponía a chillar parecía de escuela; pero *excruciabat* muy de veras cuando le entraba por un oído el chaparrón, por el otro el rechinar de las cuerdas, igualmente irascibles. Con el perpetuo contrapunto de la personalidad irascible y la atrayente, fué un amor polifónico, de voces desencadenadas y ritmos truncados.

Pero es error creer que el amor pueda indefinidamente alimentarse de castigo. Monsi, a esa edad prudente que no combina aún las heridas del corazón con las del amor propio, optó pronto por enamorarse de otra cosa. Novedad de aquel amor fué sin embargo la de sentir sobre los dedos la mano del ser querido. El profesor tenía que corregir la posición. Como no era un bruto en esos momentos tenía gestos suaves.

El dato de la iniciación al violín señala que ese amor tuvo su fecha en el invierno de 1910 a 1911. Por cierta madurez del conocimiento que requería, el otro no pudo precederle de mucho. A la viajera que escucha correr el agua, no le extrañaría demasiado que hubieran sido simultáneos.

Tampoco ese otro amor señalado iba a una fisonomía enigmática. Y ése no fué vestido hecho, sino amor a medida, adecuado exactamente a la figura que había de cubrir, modelado a su gusto y conveniencia. Y de esa figura se sabía todo: carácter, antipatías, tics, líos de familia y hasta la hora de acostarse y de comer. A lo sumo se falseaba la imagen (como la de cualquier otro ser amado) suponiéndole una

capacidad de afecto superior a la real. Y sin exagerar; Monsi sabía que el amor, con aquel hombre, tenía que parecerse al sacrificio. Excepcionalmente, tratándose de un cariño temprano, fué un amor de esos en que los defectos no se ignoran, sino que relucen. Fugitivamente, para dejarlo luego escapar, se aprendió el olvido de uno mismo, el dar más de lo que se recibe. Comprendió el orgullo de inmolarsse. Durante todo un invierno, que pudo ser el de los nueve a los diez años, o el de los diez a los once, Monsi estuvo enamorada de Napoleón.

## IX

**A**TENCIÓN —dice doña Laura—. Aún has de tomar otra medida. ¿A ver cuál es?

Y Monsi se extiende delante de ella, tan inmaculada y vacía de representaciones no demostrables como la hoja de papel “marca mayor” que, con mediana limpieza, va llenando el compás de arquitos y puntos.

Amor, ¿dónde estás? Con la entrada de doña Laura en la vida le ha llegado a Monsi conciencia de un hecho que antes ya existía, pero no se notaba tanto: la vida está dividida en compartimientos estancos. El alma se pasea de uno a otro, como aquellos reyes antiguos que tenían muchos palacios.

Penoso sería vivir junto a Papá, Mamá, doña Laura o María ocultando continuamente el panorama interior, como a veces se oculta el pecado pequeño o el temor que preocupa un día entero. En realidad, ocurre todo de modo mucho más sencillo. Las compuertas de los compartimientos automáticamente se cierran al contacto de la influencia ajena. La vanidad, tan amable, de comparar con Mamá muestras de tela, los goces indolentes del coche y del último vals boston con cubierta en colores, se evaporan delante de doña Laura para dar lugar a esa atmósfera, enrarecida y sana como la de las alturas, en que sólo prosperan el aprender y el realizar. Realizar según mandato determinada tarea que doña Laura parece saber que es la que le ha impuesto a uno Dios. Junto a doña Laura, ni el cuerpo ni el alma pesan.

—Basta, basta —dice doña Laura—. Menos imaginación. No apartarse del libro.

Pero Papá qué diría si, como cosecha de la crianza esmerada que se molesta en pagar, le ofrecieran un ciprés podado por las tijeras de doña Laura —un jardín de conos y prismas, sin claro-oscuro ni espejos de agua. Sí; Papá le tiene a uno grabado en la cabeza la idea de que una mujer que no sabe resolver un problema de regla de interés es un borrico; pero mucho más que la cifra exacta de la altura del Guarisankar, aprecia una cita recordada a tiempo; un comentario imprevisto aún más. El compartimiento de Papá es el más adornado; hacia él muchas puertas se entreabren. No todas, —no a fondo.

—Cuidado —dice doña Laura—; esa regla derecha. Primor. Amor, ¿dónde estás? Aquí se dejó atrás el mundo con sus pompas; aquí está uno —entérate— a salvo. El amor es, en esta época, un sentimiento intermitente. Al sonido de la voz ajena, cae la compuerta y en su compartimiento se queda encerrado. Mamá frunciría el entrecejo si supiera qué ser tan santamente pobre, tan desdeñoso de sombreros y bolsitos bordados es uno junto a doña Laura. No conviene que lo sepa porque los bolsitos hacen falta. Pero, de todos los compartimientos, el más recóndito es el del amor.

Siempre supo uno, desde el primer atisbo, desde el primer día (pero, ¿hubo un primer día?) que el amor era un sentimiento inconfesable. ¿Por qué se atrevía uno a



probarlo antes de tiempo? ¿Por su parentesco con la falsedad? Las cosas irreales, si están escritas, son un libro y arte; pero, si sólo se piensan, son mentiras. Las muñecas de porcelana se pueden tocar; por eso lo que les pasa no es mentira del todo. Las pampas de alfombra, hasta cierto punto, existen. O no será la irrealidad —¿será esa nota obscura, lo que hace que el amor sea incompatible con la claridad que ha de reinar en las familias, y entre todas las gentes que juegan juntas los menesteres de que haya un mundo? Extraño Amor: Rey prisionero, paria omnipotente. Más aún que Mamá (aunque sea ella quien con una frase imprudente, le infle a uno, a veces, de ilusiones de adorno) parece Papá inclinarse a reconocerle tácitamente su derecho a la vida. Pero ese derecho quizá se reduce a la necesidad de que haya tomos de verso. Ignacio es la única persona conocida que tiene tendencia a enamorarse en voz alta, (alta pero vestida de frivolidades que son eufemismos). Cae sobre él un diluvio de bromas, y las ingravidas bromas de Papá van entre ellas. Al parecer, eso de buscar novia de carne y hueso es una faena que sólo se debe emprender con humorismo. Hay... hay instantes, momentos de una conversación en que parece que Papá olfatee que pueda, en alguna época imprecisa, deslizarse en la vida de sus hijas un amor, y que ellas no lo acojan con toda la graciosa ironía que fuera menester. Y en esos momentos, la actitud de Papá quizá no sea de condena y negación estricta, pero a través de su infinita reserva, está diciendo repugnancia e inquietud.

—“Un cuadro con todos los mamíferos es bastante para una vez —dice doña Laura—. Pero no me contento con que el texto esté bien: las llaves limpias.” Afuera se oyen rondar los pasos de María que espera, nerviosa como un caballo de carreras, el momento de acabarse la lección. Dentro de media hora, Monsi deambulará con paso medido, por el paseo donde las hojas caen... Andrea a su lado, a quien adivina cargada de electricidad gemela y que por eso, en tales horas, repele un poco. Y la cabeza se le irá llenando de crujiente hojarasca con la que la tolerante mano de Papá (lo siente uno; lo sabe) haría si pudiese un auto de fe.

La personalidad se divide en compartimientos estancos. Pero hay elementos —tenues y de gran tendencia a la expansión, como los gases— que vuelan por encima de los compartimientos, se introducen por las rendijas, allá donde no hacen falta. O quien sabe si no será más cierto decir que se desprenden, como productos de reacción, de las retortas de aquellos compartimientos precisamente donde se están elaborando las combinaciones químicas que los desdeñan. Mientras doña Laura intenta reducir el alma de Monsi a la humildad y la obediencia, se eleva por los aires un vaporcillo —tónico como el oxígeno— que tal vez de las propias manipulaciones de doña Laura se haya engendrado. Es ese gas llamado orgullo.

Doña Laura quiere que Monsi sea agradecida, que honre debidamente padre y madre. Le hace observar que los padres de las otras discípulas no tienen la misma ilimitada tendencia a comprarles libros, y cuadernos de los buenos. Las otras niñas no suelen tener cuarto de estudio, trabajan en un rincón del comedor o en una leonera

mal equipada. Su padre no traduce especialmente para ellas, del francés, libros de texto (para ellas no; no les hace falta; para doña Laura).

Doña Laura es justa. Cuando ha hecho a fondo ante Mamá la crítica de los defectos de Monsi: Inquietud de imaginación y a veces de manos, incapacidad para la labor de aguja y para dibujar estrellas poligonales sin rabo, pone la mano en el hombro de la alumna y añade, con solemnidad aún mayor, que buena voluntad no le falta y que niña que aprenda más deprisa no ha visto ninguna. Y Monsi tiene ideas propias sobre la importancia en la vida de la labor de aguja y las estrellas poligonales.

Doña Laura es verídica. Si entra Mamá a decir algo y viene muy elegante porque es día de visitas, contestando a algo que ha quedado prendido en los ojos de Monsi, dice doña Laura cuando se ha ido, objetiva y exacta como si enunciase el dato de un problema: “Sí; tu mamá tiene muy buen gusto”. Inmediatamente baja los ojos como si en los datos de un problema pudiese haber algo que ofenda el pudor.

Doña Laura es humilde —combina al menos la humildad cristiana con la dignidad del maestro y del justo. Cuando al cruzar el recibidor se detiene ante la estufa, no finge, como Mademoiselle, hacerlo por casualidad o por juego. Ni pretenderá que la mañana esté especialmente cruda. Reconoce que la mayor parte de sus horas de invierno transcurren bajo el signo del frío. Soportarlo es parte de su tarea y en su casa hace frío también. Monsi se entera de que, al terminar la primera década del siglo XX, la mayor parte de las casas españolas no se calientan en invierno, y que la estufa pertenece al credo extranjero de Mamá Rosa. Con cierta frecuencia —la suficiente tal vez para probarse a sí misma que no teme a las pompas de este mundo y las mira sin envidia cara a cara— doña Laura, al pasar por el comedor forrado de madera, expresa su cortés y frígido aprecio hacia una habitación tan hospitalaria, dejando entrever que no condena un poco de lujo cuando está estrictamente relacionado con la intimidad.

Desde la edad más tierna, Monsi ha venido absorbiendo de manera difusa la idea de que su familia, es original, distinta de las demás, seguramente mejor. La confirmación de la noticia le llega de los labios verídicos de doña Laura. No le viene mal a Monsi una provisión de baloncitos de oxígeno. Personalmente, tiene tendencia a avergonzarse ante lo que no se le parece. Si viviera entre animales como Adán y Eva, se avergonzaría de ser persona. Pero las bondades de Papá y Mamá no son discutibles; si a alguien son distintos, solo pueden ser superiores. La familia como conjunto es admirable. Y las moléculas de Monsi flotan de acá para allá, impelidas por la energía cinética de su orgullo a perpetuos choques con la masa de su humildad.

## X

AÑOS de relativa paz, años tranquilos. Años en que cosas y seres dejan de fluir a capricho y revelan el sentido que se mantiene intacto a través del perpetuo variar. Años en que el dibujo, la geometría y la gramática enseñan estructura y el solfeo avisa que hasta en lo más impalpable habita la forma. Años en que los mensajes dejan de ser mudos. Edad específica de la razón en que la definición es aún dios, en que se deshace el concepto ingenuo para rehacer con él el sabio. Le enseñan a uno como se pesan los astros y como se pesan las acciones. Años en que, tan ignorante todavía, y tan poco capaz de entenderse y de elegirse, tiene uno al menos la certeza de que otros saben y se ocupan de ponerle a uno en orden. Para como va el mundo, años tranquilos.

¿Años tranquilos? Si un piececito de Monsi se siente alegre e inicia la cocecita infantil a la lata de sardinas abandonada en la acera, María la sujeta violentamente por el brazo, ahogando un grito. Si, junto al poste del tranvía, en el hueco de un árbol, hay un montón de papeles, es preciso ir a esperar a la parada siguiente. Si la mujer del pueblo que camina dos pasos delante lleva un paquete envuelto en un pañuelo, y el paquete le pesa y lo maneja con precaución, María dobla la esquina y se aleja por una calle lateral. Cada día, a una hora u otra, se oye un lejano estampido —inofensivo— diluido en aire. María sólo levanta la cabeza y dice: “¿Dónde habrá sido?” Cuando todavía vivía Rosi, estando las dos una vez con María en el circo, se presentó Papá de repente a buscarlas y María se asustó. “Había sido” muy cerca de allí. Monsi no se asustó: la bomba era un fenómeno natural y diario y no se había visto nunca que le hiciera daño a nadie. Sólo la histórica del Liceo y, ya en tiempos de Monsi, la del Rey. De la consternación de aquel día de bodas; de la desafortunada carrera de los vendedores del *Noticiero* ante las tristes, las vacías ventanas del crepúsculo, se acuerda uno bien. Pero era en Madrid, estaba en los periódicos que son como la historia o la leyenda. En los periódicos y en la historia pasan cosas; en la vida no.

De la época más antigua, de aquella tan, tan remota de que sólo se han salvado vestigios de vegetación flotando sobre las aguas, le llega a uno el recuerdo de un rumor oceánico que decía: rusos, japoneses, acorazados. Muchos acorazados; debían estar a la orden del día. Ahora el mundo discurre en aburridísima paz.

Hay un terremoto en Mesina —también histórico. El Titanic se va a pique; pero si se subiera uno en un barco, el barco, naturalmente, no se hundiría. Monsi alza los ojos del cuaderno de historia y mira a doña Laura con nostalgia:

—¿No es triste —dice— haber nacido en una época en que ya no pasa nada?

## TERCERA PARTE

### I

EN el fondo del valle salta el torrente. El agua corre entre las losas y las peñas salientes, con un lujo de embalses, de remansos y rápidos. La vertiente es fragosa y fresca, la selva la ocupa en parte. Hasta la misma orilla descende una vegetación extraña de altas hierbas y helechos gigantes, de plantas con espinas como dardos, con flores del tamaño de la faz humana. En los huecos de algunas rocas, se ven lechos de musgo que podrán, si es preciso, servir de cama. ¿Será posible alcanzarlos? No hay rastro de vereda en la pendiente abrupta; pobre del que rueda por el peñascal o se desplome dentro del agua furiosa. Si se llega al rellano de musgo, habrá medio, seguramente, de apuntalar la tienda en los salientes de piedra. ¿Y luego? El paso es muy difícil. ¿Se arriesgará uno a embarcar más allá de los rápidos? Pasados los saltos, se encajona el torrente entre dos lienzos de roca. Árboles de treinta metros asoman por encima sus raíces colgantes. Cruzan sus ramas. ¿Quién se adentra por el túnel en una balsa mal atada? ¿Qué lluvia de flechas no puede llover del techo de follaje? Mientras los viajeros consideran la idea, un saurio gigante aparece en la orilla, sobre una de las losas relucientes. Susto. El brusco movimiento de retroceso hace perder pie a uno de los viajeros que rueda la cuesta. Es una suerte que quede colgado de un arbusto. Abajo, en el remanso, nada un horrible crustáceo, remando con negras patas siniestras.

Peligro, traición perpetua de la bella Naturaleza embustera. Embriaguez también. Qué aliento irremplazable se desprende de tí, tierra virgen, que transforma la vida. Colgada la vida de un hilo a cada instante, cada instante un esfuerzo para mantenerla a flote, pero qué tesoro de aroma y de espacio cada instante. Existir ágilmente. Cada instante en sí mismo un fin. La empresa que hizo emprender el camino está olvidada...

No; no hemos saltado diez años y con ellos el Océano. ¿Es esto una lectura, un paraje soñado? Tampoco. Se huele y se toca. Para sumirse en él basta hacer en tren un trayecto de hora y media y tener cinco centímetros de estatura.

Eso basta. El vuelo aislado de la imaginación no bastaría. Hasta el sueño necesita un estribo dónde afirmar el pie. De papel impreso o de esperanza; y a falta de eso,

estos cuerpos diminutos que sienten en su carne dura, y transmiten, las sacudidas del suelo desigual y del miedo.

Pero el espectáculo se detiene en seco. Monsi recoge un puñado de personajes. Se acuesta en el suelo. Finge pereza. Revuelve los muñecos en la falda. Alguien se acerca, pero no muy de prisa y, en vista de que hay tiempo, Monsi reúne con precaución la tribu enana y, en el fondo de la bolsa de labor, la esconde como un vicio.

—¿Jugabas? —dice el que llega. (Nunca una aventura permanece del todo secreta.)

—No. Tengo calor.

—Hace calor —suspira él—. Papá le ha dicho a Quimet que acabe de llenar la alberca. ¿Vendrás a vernos bañar?

—Sí.

—¿No te quieres bañar?

—No.

—Tienes miedo —dice él sin desprecio ni ternura. El tono más objetivo del mundo.

Tiene los ojos de un amarillo parduzco. El pelo rapado le viste el cráneo con una sombra de color más indeciso aún. Su esmirriada carne gris pertenece al orden zoológico que María clasifica en la familia de los “gusarapos”. Monsi ha intentado enamorarse de él, pero no ha podido. Cuando, al segundo día, Arturo habló bajito, en un tono de voz insinuante, el corazón de Monsi dió un aviso: “¡Alerta! ¡Ocasión!” Fué imposible. El cuerpecillo de lombriz de tierra es lo de menos: esta lombriz, en un momento dado, se convierte en alambre, se vuelve casi pájaro. Trepa a los árboles, da una vuelta en el trapecio, tres saltos mortales en el suelo. Lo que le digan. Lo que le digan, eso es lo malo. Lo que diga Carola, lo que diga Monsi (que casi no dice nada). Lo que diga su padre o lo que ordene la ocasión. Si pasa junto al matorral de zarzas ha de coger moras, aunque se pinche. Si sus hermanos saltan el arroyo, salta por otro sitio más difícil. Si nadie tiene una idea, sólo es un gusarapillo enroscado. Luego saldrá disparado como un juguete mecánico. Sus acciones no tienen sentido. Los ojos tampoco. La voz insinuante y el gesto dócil sólo quieren decir que, dentro de aquel mono atrevido, hay una gota de esencia de niña.

Se enamora uno, pues, de Juan que le lleva a uno ocho años y reúne las condiciones de un amor de verano. En los ojos, pasea algunas luces, no del todo civilizadas pero cariñosas. De la hermosa boca mulata y del corpachón indolente y gimnasta desciende hacia el mundo cálido buen humor. Ahora está en pie, en el borde de la alberca. Don Antonio dirige el baño con la imponente majestad que proviene, no de una actitud olímpica, sino de una ilimitada capacidad para enfadarse. Saltos, brazadas, todo está reglamentado. Arturo, boca abajo, abre y encoge los miembros como una araña. Adentro, afuera, una, dos, diez veces. Carola, demasiado alta y

morena para gusarapo, nerviosa y toda ella alambre, chorrea lastimosamente por las trenzas, y tiembla, como una yegua antes de la carrera, de deseo del agua y temor del padre. Bien quisiera Don Antonio gobernar las zambullidas y los saltos de Juan; pero se estrella contra una capacidad para no asustarse de magnitud idéntica a la suya para gritar. Y si tiembla un poco la capa de gelatina que viste superficialmente al Hércules niño, es sólo de risa interior.

Éste es un amor muy manso, benigno; casi un amor de conveniencia. El corazón tiene sus tradiciones: cuando hay otra cosa a mano, no se recurre al rey Ricardo o al señor que bajó del tren en Granollers; negarse a la cara más próxima, casi sería un desaire. Éste es un amor de compromiso, todo es de rigor, todo está en regla. El corazón tiene horror al vacío. Llevarlo hueco es un estado semejante al de hallarse en ayunas. Este amor es perfectamente regular: no se dicen nada; —aunque la comunidad veraniega sea tan reducida, la juventud aquí como en Sitges, está dividida en niños y mayores. Y Juan, desde que Monsi gritó cuando hizo ver que la quería tirar al agua, sabe que es de esas gallinas a quien hay que dejar en paz. Pero, al cabo del día, Monsi habrá recibido su parte —no despreciable— de miradas joviales empapadas de bondad animal. El corazón es ya experto, sabe jugar. Está convenido que ellos pueden, lo mismo que uno, contentarse con distancia, aunque la emprendedora naturaleza masculina garantice que, algún día, la pasión desbordará. Está convenido que la gracia del amor florece tras larga temporada de silencio y desdén.

Está en el borde de la alberca y se seca los rizos con una toalla a cuyo amparo, sin provocar la cólera olímpica, le es posible reír. Hay comodidad —tranquilidad— en la seguridad de verse mañana y tarde. Hay un elemento de saciedad que, en otras circunstancias, sólo la voluntad de él podría proporcionar. ¿Es esa saciedad lo que desprecia? Falta el elemento romántico de la sorpresa y la huida. No, francamente, sería exagerar mucho pretender que esa figura, casi siempre presente, casi nunca altanera, signifique, como el paisaje que la rodea, una anunciación. Tan cerca, está muy lejos. Es sólo el puñado de lastre en el corazón que se necesita para navegar con pleno equilibrio por el torrente encajonado, en la piragua que acechan los saurios.

Porque, aunque haya que reducir la anchura del torrente hasta hacerlo caber en el arco de las piernas de Monsi, aunque las peñas puedan ser utilizadas para espantar perros forasteros, no deja de ser cierto que (¿modestamente? ¿fantásticamente?) ha cambiado el horizonte. Siempre quisiera uno creer que las grandes revelaciones fuesen sorpresas generosas, se abrieran de una vez; en realidad los grandes milagros de la vida tienen todos su preparación, casi su aprendizaje. Los anuncia primero el deseo, luego hacen un tímido ensayo de poner pie en la tierra bajo un disfraz sencillo.

Aunque el mundo siga viviendo en paz y corran “años tranquilos”, en la vida de Monsi han empezado a pasar cosas. No mucho. Se ha salido del ritmo invariable Barcelona-Sitges, Sitges-Barcelona. Están aquí porque Papá hace un puente y en

verano le es molesto ir y venir. Nadie ponderó a Clades como una maravilla: sus vagos atractivos fueron alabados como por consuelo. Pero no hace falta consuelo por verse arrancado a las viñas, las adelfas y la arena pegajosa de Sitges.

Llegó y había tres cosas: el paisaje, los animales y los Gorgui. La masía también. Para subir al piso principal, había que pasar por la cocina del “masover”. Estaba limpiísima, pero a Monsi se le antojó sucia porque olía a cuadra. El orgullo dió algunas punzadas al pensar que, junto a la villa endomingada, del otro lado de la verja, ellos y los colonos vivirían, al fin y al cabo, bajo un mismo techo. Se mordió los labios al adentrarse en la ahumada ignominia bajo la inspección impertinente y muda de los niños Gorgui —se los mordió con paciencia; sabe ya que en la urdimbre de la vida entran una gran cantidad de hilos de humillación. Pero luego, cuando conoció bien a los colonos y se hubo hecho amiga de Eugenia y daba con ella de comer a los bichos, pasar por la cocina era lo que le gustaba más. Penetraba uno en el antro de una voz que casi se adivinaba que era la de la tierra. La hubiese uno entendido mejor si se hubiese atrevido a pararse y a mirar todos los pucheros, y las herramientas puestas en pie. Pero no se sabía si les gustaba que les vieran guisar y comer.

Saluda uno, pues, al pasar, una confusión de caras serias, de objetos no urbanos y de codiciado olor a escudella. Saluda al techo, colgado de maíz como si fuera siempre fiesta. Pasa, y Dick, el perdiguero de los ojos dorados, se levanta y sale con ella.

En frente tiembla la cortina de álamos como la propia luz de la mañana; y realmente, casi se oye un instante en el aire la voz del ángel de las cosechas.

Arriba, el piso principal era rústico con un acento señorial. Había camas incrustadas como en Sitges, un comedor infinito con alacenas que guardaban olor a comestibles de familias raras, difíciles de situar. Había encima de una cómoda, bajo fanales, dos ramos de cera y conchas; en el cuarto de Monsi, grabados románticos con el ojo de la Providencia mirando entre nubes desde un triángulo.

Un pasillo pasa por delante de la puerta del cuarto de Mamá y lleva a la solana. Cuadrada, encaladas de rosas las arcadas. Entre las arcadas corre sincero el viento. Hay una vista blanda sobre un mundo contento y vario. La solana de Clades es la primera aparición de las opciones que continuamente ofrece el mundo. Mamá está allí tan bien y tan fresca. Pero quedarse hubiese sido renunciar a leer bajo el Fresno. Cómo debían pasarse las mañanas en Clades quedó siempre sin resolver como queda sin resolver en qué hubiese uno debido emplear la vida.

¿El paisaje? Era más bien confuso. Al salir del pueblo, grande y tranquilo, más rural, más severo que cuanto antes se hubiera conocido, se cruzaba la riera. Una riera como otra cualquiera, salvo que tiene dos brazos. Arena, charcos grandes. En las orillas de las pozas, crece la planta saponaria que tiene flores color de rosa, pálidas y, como las del alelí, siempre mustias. En los rincones de caña y juncos, las pozas

intentan hablar de un país de aguas verdes y ninfas con pelo de hierbas; pero, antes de que hayan dicho mucho, les tapa la boca la col, que asoma la cabeza desde el surco en cuanto cambia de postura el sauce.

Después de la riera la alameda. El uso descubrió que era muy larga y honda, uniformemente tapizada de trébol. Verde y muy florida (nostalgia). Pero trébol al fin y al cabo. Y por lindero la vía del tren. Al atardecer, hasta la misma vía del tren — que hay que seguir— llega un aliento húmedo, entre las traviesas danza un enjambre de sapos microscópicos. Es triste. Pero es profundo.

Como lindero la vía del tren. Luego el camino, el patio, la masía, el jardín del chalet, el bosque cercado. A la derecha el prado y, en el hoyo, las moreras del tennis. El fresno lo domina, enjaulado en su banco de piedra; de su copa inquieta caen orugas verdes, erizadas de púas, incrustadas de turquesas. Pasado el Fresno, sigue el camino particular hasta la carretera. De este paisaje humanizado, la mayor sorpresa de Clades, nadie habló. Esa riqueza de vida patriarcal, esa abundancia, ese parentesco con *Les Malheurs de Sophie*.

El prado que desciende hasta el tennis —nada de trébol; césped auténtico— es una especie de lujo también. Único en la comarca, no se sabe de dónde ha venido. Lo puso ahí la acequia. Paralela al camino que va de la vía del tren a la casa, canta la acequia. Gorjeo artístico, civilizado —regular como un ejercicio. Su voz es parte del paisaje de Clades. Voz de trabajo, de ganar dinero. Pero insistente, pero nostálgica. Anunciación.

El resto un poco informe. Los eternos cerros de robles se suceden sin sentido. Ni largos horizontes ni perfiles claros. Detrás de cada colina aparece otra igual, en distinta postura. Robles, retama, enebro. Pero hay un punto en que el pinar se encajona y se ensancha, y tiene amplios caminos arenosos, y en otoño nacen los “rovellons” que huelen a musgo.

Hay también otro prado, en un hontanar, tan pequeño que por su tamaño apenas merece el nombre. Es de hierba alta; una fuente escondida lo encenaga sin ruido. Le llaman el Robledal —no se sabe por qué puesto que lo pueblan álamos en un país en que todo son robles. El lugar huele a Garcilaso. A fines de Julio lo siegan. Cuando el heno está seco, llenan con él una carreta. Monsi, Carola y Arturo la cabalgan, mitad Reyes Magos, mitad aldeanos de égloga.



## II

Los animales... El paisaje en Clades es animal más que vegetal. En el patio saltan los perros. Dick, sensible y joven, le sigue a uno los pasos con las patas, y con los ojos el menor pensamiento. Saltan los perros, bulle el gallinero detrás de la tela metálica; en las jaulas llenas de verde, mastican los conejos como una cría de gusanos de seda. La oscura puerta de la izquierda exhala un mugido; se acerca otra pareja con paso tardo, llevándose religiosamente a sí misma, arrastrando el arado invertido o la carreta, erizada como ellos de astas. Hay más de cincuenta gallinas y a casi todas las conoce uno por la pinta. Reciben, según las horas, col y grano —como alternan los niños la papilla y la leche. Las cluecas están adentro, no se las puede tocar. Pero, de cuando en cuando, es lícito ponerse un conejo en las piernas, como en los tiempos del Jardín de Pomarets y el Mago Merlín. Con mucho cuidado vuelve uno a colocarlo en su jaula, que se abre por arriba lo mismo que una trampa. Mastican con los ojos fijos, como si comer fuese una tarea a destajo. Son tantos que no podrían jugar ni moverse. Y todo eso cría y se reproduce aún continuamente. Los intersticios de las jaulas se llenan de conejillos diminutos, los huevos se abren y salen de dentro aquellos copos de felicidad. La gracia misma parece haberlos engendrado. Y no tienen miedo. Con Miguel, sobre todo, se toman libertades —quizá porque, absorto en temor y maravilla, no mueve un pelo cuando los tiene encima. Y otros, y otros más. Papá retrata a Miguel cubierto de pollos. Otros aún. Cuando a una serie le apunta en el ala la primera pluma y en la pata el primer asomo de desgarbo, ya la próxima picotea el cascarón. Miguel, en cuclillas, se asfixia, se estrangula, nace con ellos. Sale la cabeza, la gallina ayuda: Ya están ahí puñadito de masa pringosa a punto para el rebozo y la sartén, y un instante después —oh milagro— pelusa de sol. Eugenia hace una seña, entreabre la puerta del establo y en medio está la ternerilla.

El establo no es lugar desagradable. Su fuerte olor es a verdad recia —no sórdida. Para la ternerilla, sin embargo, es un sitio inadecuado. Inmaculada, tierna y primorosa, inocente, está sobre las pajas casi tan fuera de lugar como un niño sagrado. Es extraño pensar que haya de crecer para convertirse en un animal de morros duros, que haya de echar espuma y llevar el yugo; o, de un saco informe, manar leche inagotable, rumiando aburrimiento. Casi quisiera uno, como los marajás que se enamoran de una chiquilla pobre, mandarla al colegio.

Está ahí, blanca, inocente, rodeada de pajas como de una aureola: suscitando, no obstante, con su presencia, pensamientos no del todo blancos. Aunque a Monsi le haya explicado María mil veces como era la caja de madera —igual que las de turrón — en que vino al mundo, y las cintas y los regalos que traía (y hasta vió una vez la almohadita), sería aventurado suponer que a los nueve años pueda uno estar convencido de que a los niños los dejan los ángeles en el balcón. Hace ya tiempo que Monsi cesó de ilusionarse con la simpática sorpresa que tuvo un día la feliz

ocurrencia de darle a sus padres. Pero en tales cosas no suele ser preciso pensar. En la época en que Miguel llegó a casa, yacía Monsi sumida en sopor más espeso que el que Dios le infundió a Adán cuando hubo de arrancarle la costilla. Nunca le llevan a uno a visitar niños que tengan menos de dos meses. La Historia —texto escolar o artículo de revista— tiene a veces una palabra imprudente, pero veloz y fácil de enterrar. Prácticamente, esos asuntos no existían.

La ternera existe. Es evidente que no la trajeron los ángeles. Las caricias y felicitaciones que Eugenia dirige a la madre son de por sí elocuentes: la propia cría, temblorosa y lánguida, parece estar diciendo que ha atravesado alguna prueba. Durante unos instantes, el tufo de establo, de sano, pasa a ser turbio y Monsi, asustada, se pregunta qué dirá Mamá y se permite juzgar a Eugenia que no hizo bien en traerla aquí. Pero le lanza una mirada y Eugenia, colorada y rubia, seria con jovialidad, es la antítesis de la malicia y del pecado. Y Monsi no tiene curiosidades morbosas. Bien regulada para la eliminación, su alma posee, para expulsar o disolver ciertos problemas, la misma capacidad de olvido —lealtad e higiene— que aplica el creyente a las cuestiones sin respuesta. A la segunda visita, la ternera es ya un ser completamente terrenal, arraigado en la vida clara: ha roto el contacto con los inmundos poderes del trasmundo. En todo caso, ahí está, en pie ya sobre sus patitas tan delicadas y flexibles, inmaculada su piel blanca, inmaculada la gracia de sus gestos que no se ha manchado en los malos caminos por dónde ha venido. Saca, para mamar o para lamerse, una lengua grande y color de rosa que parece un juguete. Dice: “¿Soy yo acaso la hija del Erebo? ¿De qué te asustas? Si manos demoníacas rigen los destinos, los hombres no las ven. En el mundo todo es sencillo.”

¿Las personas? El automático Arturo y Juan, impenetrable como la sencillez. Dolly, dos años más que Andrea, nerviosa y tímida; Carola, nerviosa e incomunicativa, pero tímida no: secreta y capaz quizá de astucia femenina; pero disciplinada —juegos masculinos como un muchacho. Y la propia doña Blanca, criolla lánguida, y el propio don Antonio, castellano, quijotesco e iracundo, que no se sabe cómo está afincado aquí. ¿Han dejado algo? Aunque se desvanezcan, casi sin dejar rastro, a los diez días de no verlos, durante ese verano estuvieron muy vivos — la familia Gorgui tiene poco que ver con la materia de que se hacen los sueños. ¿Qué dejaron?

Tuvieron su papel en el mensaje. Sin ser del todo amigos, anunciaban la amistad. Han hecho presente y casi real la vida en grupo —en grupo en el campo. Por encima de los rituales contactos de Sitges, han enseñado la ocupación compartida, la broma vieja, el recuerdo común. En el seno de esa comunidad saltarina, Monsi se halla siempre en estado de inferioridad (es aún redondita), pero nunca se ha sentido humillada. Fuera de la célula Ella-Carola-Arturo, no se le ha dado importancia, pero ha tenido su puesto indisputable. Con su peculiar modo de ser, ha sido admitida y respetada. No se la ha oprimido. Los ásperos Gorgui, a su modo, enseñan la bondad.

Un punto de afinidad más en la química de las almas, un hilo menos de espesor en la túnica de indiferencia y desgarró que viste a esa tribu desatentada y...

No ha sido aún. Los Gorgui, especie avalente, sólo piden y regalan holgura. No se ha hecho sino vislumbrar.

Trepano por el cerro espinoso, entre madroño, enebro y aliaga, camino del castillo de Palafox; blandiendo contra el viento, con brío de Walkiria, el vientre carolingio y jadeando un poco el pecho frondoso; empeñada a fondo en la faena de propulsar senda arriba tobillos y ancas; con una pamea pastoral en la cabeza, que fué de Monsi; con una guirnalda de margaritas y violetas de trapo en la copa de la pamea, que fué de Madame Estebanell; con un mechón entre amarillento y gris y grasiento colgando por detrás sobre el encajillo del cuello (también grasiento y gris); en la mano el en-tout-cas verdoso, en la cara, por ondas alternas, la combatividad de una heroína de la Independencia y el despertar de la virgen inocente; con una exclamación lírica en los labios, dulcemente anticuada, y algún girón de gasa flotando en pos de ella, como la estela de su alma; en este paisaje, en donde Monsi conoció un estilo de vida próximo a la Bibliothéque Rose, elegimos presentar a Mademoiselle Bertaud: Mademoiselle Bertaud, profesora de lengua francesa, institución tradicional y considerada amiga a quien Papá, por muy sutilmente que sonría, no sabe aún hablar sin un indefinible respeto de alumno.

En los acontecimientos de la vida de Monsi, poco o ningún influjo ha tenido Mlle. Bertaud, ni tendrá. Pero esto es una historia del alma. ¿Qué le debe el alma de Monsi a Mlle. Bertaud? ¿Qué ha aprendido de ella, queremos decir? (que le debe agradecimiento por mucho afecto y mucha solicitud es harto evidente). Le debe ante todo la labor de abeja que realiza, yendo y viniendo entre la colmena que es Monsi y la floración de la inteligencia de Papá. La influencia de Papá nutre el alma de Monsi, pero los gustos y las ideas de Papá en estado puro no son aún alimento asimilable. O han de ser administrados en cantidades mínimas. Mlle. Bertaud mascullea el polen, lo adoba con la saliva propia y elabora una miel muy adecuada para llenar este recipiente que es aún cera, o a lo sumo impersonal tarrito de cristal. El papel del ensayista, divulgador de teorías difíciles, lo realiza Mademoiselle Jeanne para todo lo que es punto de vista básico, convenciones y gracias del sentimiento. Lo hace con sutilezas de sofista y de poeta. De las profundidades densas de la literatura y de la historia —quizá para ella misma no del todo accesibles— Mlle. Bertaud sabe extraer el humanismo de los nueve años. En labios de la matemática doña Laura, la historia no es vida; el siglo XIV carecía de perspectiva histórica. Mlle. Jeanne es ochocentista cien por cien. Su sentimiento del pasado tal vez no sea fiel, pero es muy pintoresco. Entre los textos modernos de Papá, encuentra siempre medio de deslizarse —y él no se lo impide— esos manuales deliciosos en que se entera uno de que el arzobispo de Reims llamó a Clovis “Fiero sicambrio” y de que el barquero llevaba a César y a su fortuna. Pero, si el sentir de Mademoiselle es romántico, su bagaje espiritual no lo es.

Por sus dictados, pasan mezclados con Eugénie de Guérin, Sevigné, “Rodrigue as-tu du coeur?” y hasta, a veces, St. Simon. Posee los conocimientos bibliográficos que permiten procurarse esas antologías en que una muchacha de familia *lettrée* aprende a citar, con prontitud idéntica, “Le petit Savoyard” o “Tu l’as voulu George Dandin”. La saliva con que mastica Mademoiselle —Mamá también a veces— estos alimentos es hija de su esencia y quizá tenga sobre algunas materias un efecto degradante. No importa. Las inteligencias más altas no son las que educan mejor.

¿Qué más enseña? Enseña que, no sólo puede uno reírse de lo que quiere (María o Miguel), sino sonreírse de lo que respeta. Entre la veneración y la sonrisa, Señora, no hay más que un paso. Por ese paso estrecho avanzan los afectos de este mundo, danzando sobre la cuerda floja.

Imposible no sonreír cuando los martes, después de almorzar en familia, Mlle. Jeanne entona bostons ardientes, llevando el compás con su acorazada abundancia; —cuando, con modestia y malicia, consciente hasta las puntas de los dedos de los privilegios de gracia de la mujer francesa, hace girar su mole para mostrar de costado el efecto del *petit coup de griffe* que le propinó al último legado de Madame Estebanell (no muy nuevo, pero tan poco mugriento al recibirlo como después de tres días de contacto con los dedos de Mlle. Jeanne). Pero, en el año setenta y uno, Mademoiselle salió de Alsacia para no dejar de ser francesa. En la patria adoptiva en dónde Dios le deparó trabajo, desde que murió la madre a quien mantenía, ha vivido en un cuarto de convento atestado de fotos, animosa, optimista, iracunda —santa y decente ira de Dios—, dispensando y recibiendo los mil obsequios menudos que son la única alegría de su alma.

No hay comprensión sin humor, análisis sin ironía. Sonreír es entender. Quien se alivia del respeto puede medir y comparar. Mademoiselle es el primer objeto venerable que cae de lleno bajo la crítica de Monsi (Doña Laura y su mundo geométrico son objeto de respeto integral; María no se sabe si fué nunca respetada, pero la identificación con María es demasiado completa para llamarse crítica). Crítica: primer rasguño en la fe, primer paso hacia el conocimiento. Con los escombros de la seguridad, construye uno las torres del discernimiento que la adolescencia, luego, forrará de marfil.

Las cosas sólo pueden ser medidas mediante unidades de la misma naturaleza. La unidad natural de comparación es, para Mlle. Bertaud, doña Laura. Como ella, tiene Mademoiselle el rostro hecho de materia rugosa y roja, distinta de la que suele observarse en las mejillas de las demás mujeres. Pero estropajo y jabón de lejía mantienen la porosidad de doña Laura impecablemente fregada, como losas relucientes de cocina; el cutis de Mademoiselle combina los aceites naturales con un algún vago intento de suavizar artificialmente la “couperose”, y en ocasiones especiales se la ve empolvarse las narices con una borla diminuta y muy negra. Ambas despliegan al viento una vida heroica: gozo en su esfuerzo solitario y desprecio de los bienes mundanales (atemperado por cierto instinto feudal que inclina

a mirar con afecto las casas aristocráticas dónde la vida es patriarcal, la sangre bien azul: si hay que servir, sirvamos a aquel cuyo servicio honra). Pero doña Laura, aunque tal vez encuentre más buena, por marquesa, a una marquesa buena, no la encontrará guapa si es fea. Si de la familia de una alumna hubo que recibir, en cierta ocasión, agravio o desaire, ni ansiará ni evitará relatarlo: referirá el asunto, si en la conversación surge naturalmente. Lo expondrá con una veracidad que es acto de humildad hacia Dios que le eligió su destino. Lo dirá un poco seria, por respeto a la propia dignidad; quizá con una gota convencional de dolor —porque una maestra está obligada a manifestar un mínimo de reprobación ante los errores de conducta. Contará esto, y contará los sustos y humillaciones que haya sufrido en un intento de conseguir trabajo interesante o promoción en un cargo. Y luego volverá a la lección y tendrá, durante un rato, una mirada de paladín alegre —quién sabe si levemente divertida. Como si dijera: “Estas son tus tretas, ¡oh vida! Y juega uno a hurtar el alma cuando embistes”.

Doña Laura no frecuenta como amiga las casas de sus alumnas; se mantiene a estelar distancia, sin duda porque la intimidad con que la recibirían sería sólo una apariencia de igualdad. Si asiste a la boda de una alumna favorita, se despedirá pronto, y alabará luego con una palabra casta y parca, la belleza de la novia; pero los sandwiches no los alabará. En su despojada vida, se mueve por anchos espacios desnudos que no intenta adornar con baratijas. Monsi ha visto las dos viviendas: Doña Laura habita, en la calle de la Princesa, el último piso de una casa cuya hermosa fachada la sorprendió. Bajo el terrado, a esas alturas en que la escalera ha dejado de ser de mármol, habitaciones muy grandes, suelos como las mejillas de doña Laura. Camas como las de Clades, algún armario rústico pero antiguo y, en el cuarto de estar, sillas de costura del tipo más sencillo. Espacio por todas partes, espacios desnudos, como en los conventos y, como en los conventos, cuadros de la Virgen en la pared. Pero no hay, como en los conventos, flores de trapo.

En un convento de verdad, y viejo, en la cumbre de una escalera color de calamocho que se retuerce como si ascendiera a una torre, en el fondo de un desván inmenso, entarimado de sucias tablas sin encerar; entre un cuarto de trastos y otro cerrado con llave que guarda la provisión de aceite, Mademoiselle ocupa dos estancias minúsculas en las que podría morirse cualquier noche sin que su voz se hiciera oír. Una vez dentro, es difícil recordar que en el desván o en ninguna otra parte del mundo exista el espacio vacío. Mesa, piano, secreter, maceteros; toneladas de romanzas hechas trizas; toneladas de figurines antiguos y revistas heredadas. Plantas artificiales, daguerrotipos, cubrelibros, tarjeteros, bomboneras; cajones de cartas, quinqués y, donde aún caben, los objetos de arte de confección casera. Mademoiselle pinta a la acuarela, pirograba, repuja, borda y tiñe al óleo bolitas de arcilla. Los resultados se apiñan en los estantes, se empujan y se apretujan sin cortesía unos a otros, como la población de una ciudad cuando va a la Feria. La habitación de Mademoiselle Jeanne se parece a una almoneda. Es un museo de

recuerdos de honores ilusorios, de amistades que no fueron amistad del todo, de encuentros que la otra persona olvidó en el acto; quizá de un amor que no fué tampoco un amor.

En el desván polvoriento y vacío, Mademoiselle reúne una vez al año a sus alumnas y a sus madres. Olvidadas las menudas afrentas que refirió con coraje escondido y cornelianos refinamientos de puntillo, instala, sobre un baúl y un columpio de tablas a las invitadas que rechaza el gabinete, apenas capaz de digerir sus propios muebles.

Las sirve té claro en tazas muy finas desparejadas y pastas que son como las de todo el mundo sólo que un poco más secas —no se sabe por qué, puesto que no se tiene noticia de que vendan en ninguna parte pastas de rebaja. Monsi ve cerca a Carmen Sert, su competidora para el primer puesto de dictado y se divierte bastante.

Mademoiselle Jeanne en ese cuartito ahíto que sólo parece propicio a la inmovilidad, desarrolla su actividad implacable de Judío Errante del tiempo. Por supuesto, son aquí ocupaciones sedentarias. Ninguna de sus amistades ignora que Mademoiselle ha perfeccionado el arte de armonizar, desde su silla, cuatro ocupaciones a la vez. Durante la hora del día que el común de los mortales reserva para la nutrición únicamente, Mademoiselle come, lee, hace punto de media y toma un baño de piés.

Monsi se imagina que, en la cocina resplandeciente, de dónde se evaporó desde hace rato el rastro de la presencia impura que acudió durante unas horas a limpiar, doña Laura, ángel casero y feo (extraño figurársela con delantal), alza tapaderas, sazona y aliña con pulcra distancia, con matemática economía de gestos. Para ella y su padre, servirá el cocido con el ademán de un Chardin. Almorzará en el comedor, con primor severo. Durante veinte minutos, gozará en la obediencia, atendiendo todas las manías de un padre a quien no se sabe si venera mucho. Terminados los 20 minutos, pasará con exactitud de metrónomo a otra faena. Y no hay interés ni entusiasmo, ni calor de brasero capaces de demorar un segundo su aparición en la primera casa de la tarde —a esa hora en que, despeinada, jadeante, perdiendo el ovillo y las revistas que tiene que devolver, Mademoiselle se precipita hacia el tranvía, a tiempo de llegar solamente con veinte minutos de retraso.

Doña Laura es abiertamente autonomista, veladamente separatista y no sabe bien por qué. Durante los últimos años, el sentimiento regional se le ha vuelto sentimiento nacional. Hay que anotarlo, porque es éste el primer encuentro de Monsi con un problema grave.

En 1910, las maestras regionalistas son aún una minoría. El separatismo de doña Laura es un síntoma, si no precisamente de alta cultura, de aspiraciones a un grado de intelectualidad elevado; pues es por ahí por dónde a esa casi hija del pueblo el regionalismo ha podido venirle. Indica también que esa casi hija del pueblo tiene el corazón burgués. En el separatismo de doña Laura se aventaja tal vez algo más que el

sentimiento patrio. Abre paso a una vena oculta de combatividad. Palabra inexacta. Doña Laura no ha llegado aún a ser tan santa que pueda prescindir de toda ambición terrenal. En el mundo hay que desear algo y, como instaurar el reino de Dios en breve plazo no parece posible, aspira uno a instaurar el de la Generalidad. Doña Laura, que segó de su horizonte cariños ilusorios y bienes inalcanzables, cree en las venturas de un cambio político.

Monsi no entiende mucho. Algo adivina. Y ve que doña Laura lleva su separatismo con delicada elegancia. De una exposición de arte popular, de una fundación acertada, dice con ojos de madre joven y austera: “Así se hace”. Cuando en Historia ha de explicar antiguas revueltas, endereza el cuello con una gracia pura, dice modesta, sonriendo a su certeza: “¡Oh! Nosotros teníamos razón”. Pisa con cuidado en esta casa en que la familia no es catalana; pero en otra, en que el padre, falto de ambiente entre su gente femenina, quizá se acerque a comentar con ella una noticia, pisará igualmente ligero. Ni entusiasmo ni enfados están autorizados a alterar su voz y su paso.

Mademoiselle ha sufrido sin duda de los alemanes de modo más actual que doña Laura de los “castellanos”. Por eso quizá su emoción es menos comedida. Les odia. Están fuera de la ley de la cortesía. No viajará sola en un compartimiento con un prusiano, segura de que al llegar la noche sufriría insulto su madura virginidad. Al rozar ese tema, para no manchar sin duda su personalidad cotidiana (voluntaria o auténtica) abandona el vocabulario de Racine y la picardía de Sedaine. Emplea palabras adecuadas al asunto. Schubert se salva a veces. Beethoven ya no y Fausto va al infierno con el resto. Mademoiselle ha visto llorar en Mülhause a muchas Gretchen, para creer en su redención.

Y claro, cuando doña Laura pasa una tarde con sus compañeras —celadoras de un mismo ropero, alumnas de un mismo cursillo— solo comunica con ojos radiantes: “El trabajo adelantó”. Mademoiselle Jeanne, cuando va a Francia y se reúne una tarde con sus amigas a hacer punto para los niños pobres (en lugar de hacerlo, como aquí, para los niños ricos) escribe que la reunión fué muy notable, porque estaban presentes Zenaide B... que es institutriz en casa de una Montmorency, y Adela F... que es secretaria de la asociación coral de Bourges, directamente colocada bajo el patronato de Monseigneur; y dará a entender que la conversación fué un prodigio de ingenio. Y, sí: es cierto, todas las comparaciones salen a favor de doña Laura. Doña Laura sale intacta de cualquier comparación: es perfecta hasta en sus insuficiencias —todo lo perfecto es limitado. Mas nadie piensa que Monsi a los nueve años no entiende ya que hay una gracia en ser de arcilla. Piense. Cuando se ceba en la familia la gripe, Mademoiselle dedica el tiempo de la lección a hacerle a uno compañía. Aunque, cuando se está enfermo, se vuelve uno muy raro y lo quiere todo muy pulcro a su alrededor, siempre se termina encantada con la visita. Mademoiselle juega a las damas con afán de ganar, lee con deleite, en voz alta, libros de adolescente; goza

pidiéndoles cosas a las muchachas. Pero ¿qué sucedería si viniera más de un minuto doña Laura (que sólo en caso de urgente necesidad se ofrecería)? Ángel doméstico, con su sola presencia invalidaría el encanto de la blandura —lo único bueno de una enfermedad. La enfermedad saldría de su clima natural de irrealidad y pereza y, en un cuarto aséptico, se enderezaría aplicadamente hacia la pureza de la salud. Cada hora de inmovilidad le acercaría a uno al desprendimiento, cada medicina a la salvación de su alma. Papá se asomaría a aquel aposento de la perfección vacío de humanidades, como si el alma se hubiese ya salvado. Y quién sabe si el enfermo, disuadido de perseverar en las miserias corporales, en vez de emplear el esfuerzo de una voluntad sin vacaciones hacia la convalecencia, no optaría por morirse del todo...

Esos libros que a Mademoiselle le gusta leer en voz alta, a menudo los ha prestado o regalado ella misma. Es Mademoiselle quien, solapadamente, en forma de obsequios de cumpleaños o premios de fin de curso, introduce en la vida de Monsi esa clase de libros en que la cenicienta de un *manoir* de Bretaña le roba el novio a una prima rica imperiosa (o la castellana rica despidió al suyo, destrozándole el alma, para hacer feliz a una prima pobre). En vano lucha Papá paladinamente por mantener la imaginación de sus hijas incontaminada: Mademoiselle es astuta y considera esa clase de formación tan imprescindible como la instrucción religiosa. (La viajera que en las proximidades del año cincuenta mira hacia atrás está por darle la razón). Monsi recibe los libros con desconfianza, los lee con asiduidad y asco, como quien chupa el vigésimo caramelo. De cuando en cuando, una escena la vence. Y por más que haga, por más que en voz alta se burle según canon, queda enriquecida la provisión de temas que devanar, silenciosamente, por el paseo. Y de temas, también, que proponer al destino.

Como un cohete, sin dejar rastro, se desvanecen los Gorgui por el aire. Queda el recuerdo de la ternerita, el calor de los polluelos en la mejilla y en la mano. Queda el tibio y secreto animal, la corriente común que le riega a uno y a ellos y riega las cosechas. Pero esta semilla prosperará más tarde. La vegetación más fuerte de la montaña —que es cosa algo distinta— de momento la va a ahogar.

Van en Septiembre a esa excursión al castillo de Palafox. Muchos cerros, espesos de pinchos. Las piernas se aburren. Luego el castillo hace olvidar los arañazos. Quisiera uno quedarse a dormir.

Mucho más próximas, aunque todavía azules, de repente imponentes, se alzan despejadas las montañas. Como se saluda despreocupadamente a un bello semblante, mañana olvidado, que cinco años más tarde absorberá, súbitamente, la vida, Monsi sonríe con simpatía a ese perfil de piedra sin haber que ha de ser la forma de su alma: “Aquello es Matagalls”, dice Ignacio, que siempre lo sabe todo. “Ésas son las Agudas.”



El verano que siguió al de Clades hubo cambios en el mundo de Sitges. Aparecieron dos niñas nuevas —gemelas, rizos negros, origen sur-americano, que por alguna razón estaban en relación de amistad íntima con una de las familias de la colonia antigua. Con una familia que era además principal en Barcelona. (Esto lo sabía Monsi por intuición directa del mensaje de fisionomías y gestos, sin haberlo oído decir, ni tener noticia de que existiera en los periódicos eso que se llama “Notas de Sociedad”). Las niñas gemelas pertenecían a ese tipo de mujer que tiene el don de sembrar a su alrededor animación y barullo (a veces en provecho ajeno). Tenían bien pisados sus trece años, la niña de la familia amiga también. La raza dispersa conocida por el nombre de “Los pequeños” se congregó de pronto en tribu. Se conglomeró y se subdividió. Aparecieron tres chicos de entre catorce y quince —guapos los tres— que tal vez habían estado allí el verano anterior, pero no habían tenido importancia. Correspondió cada uno de ellos en suerte a una de las tres niñas mayores. La palabra “novios” no se pronunciaba, pero su esencia estaba en el aire.

Hubo una sección de pequeños-mayores y otra de pequeños-pequeños. La sección de pequeños era sólo un coro que rodeaba a los héroes de tragedia; pero raras corrientes empezaron a sacudirla y al cabo cada niña encontró pareja. Monsi también, aunque no la buscaba. Era un niño de su edad, un niño muy bueno, de una familia muy fina. Tenía una cara sonrosada, la mirada vacante y fiel, paciencia infinita. Monsi lo aborrecía y casi no se alegró de bailar el cotillón con un lazo de seda y crisantemos de papel en el hombro. Si por casualidad le tocaba a ella elegir pareja, él aguardaba ansioso, comiéndosela con los ojos. Monsi debió acordarse alguna vez de la Sombra de los Ojos Oscuros, que tenía facha viril. Aquel niño tenía nombre de niña: se llamaba Trinidad. Su madre le compraba dulces a Monsi para animarla a que le hiciera compañía.

Monsi conocía de toda la vida a la niña de la familia pudiente. Por virtud del viejo lazo, disfrutó, aquel verano en que tres años se convirtieron de pronto en inmensa distancia, de una situación excepcional. Circulaba entre grandes y chicos y, cuando alguna de las tres parejas se iba a quedar sola (o si estaba de monos y necesitaba para la conversación un tercero) se llamaba a Monsi, a cuyo lado se deslizaba luego Trinidad como una sombra. Ella también, entre los chicos mayores, había elegido su amor —no del todo sin esperanza porque las relaciones de las tres niñas eran tormentosas y variables— no del todo fijo porque se bifurcaba con los caminos que abría la esperanza. En general, *él* solía ser Carlos Regás, el más derecho, el más altivo; pero había también el rubio Jaime, pelado al cero, y Perico, moreno y rizado. Si Carlos tenía el noble atractivo de la esquividad, Jaime ofrecía las ventajas de un genio manejable y Perico las de un corazón universalmente cariñoso.

Fueron un par de meses extraños. Monsi iba de unos a otros como el paje favorito y enamorado de una comedia de Shakespeare, toda discreteos y cambios vertiginosos. Cuando uno de los mayores reñía con su pareja, iba a buscar en Monsi desahogo y buenas palabras. Cuando le quitaban la pareja, la sacaba a bailar —porque aquel año

bailaron mucho los niños. Baile y juegos de salón, y cambiante esperanza, y caricia y prestigio de la intriga de ajena —para languidecer no quedó tiempo. Sumida en una corriente picante de burbujas doradas, sólo de tarde en tarde viene una punzada a avisarle lo que le falta. No les envidia a las niñas los largos, amanerados cuchicheos. Sólo quisiera poder pensar de alguien que lo mereciera: “Está por mí” y que él también lo pensara en secreto.

Sabe que es pequeña y está conforme con serlo. En sus menesteres va adquiriendo soltura. Una amiga de Mamá comenta en voz alta que siempre la ve hacer, entre los demás, las paces, y que ella no se pelea con nadie. Qué chica más complaciente. Monsi se sonroja.

Se ha de sonrojar mucho más una semana después. Vuelven a casa a cenar, es obscuro. Monsi va andando tranquilamente en familia. Treinta segundos apenas que se separó de sus amigos y ya no hay nada en el mundo más que noche, olor de mar y de brea y en el fondo, en La Punta, amargura de faroles turbios que llega de su pasado más hondo.

Y se alza la voz de Mamá —en aquel tono tan risueño, tan melodioso, tan manso, que anuncia siempre segunda intención:

—Monsi, ¿es cierto lo que se dice por ahí? Figúrate que Nieves pretendía la otra noche en el Pabellón que en el grupo de los pequeños este año todo son parejas y que casi cada niña tiene novio.

Sacudida. El mundo se pone aún más obscuro. El sonrojo cae violentamente sobre ella. Es la misma vergüenza que si tuviera dieciséis años y acabaran de encontrar a un hombre en su cuarto. Todo aquel juego en que era tan divertido intervenir se ha transmutado de repente. Dentro de la palma de la mano, la manzana de oro se convierte en sapo. Vergüenza, contaminación, furtivos reptiles. Eran novios.

—Nieves —continúa Mamá con inflexión de voz más vacilante y preocupada— me aconseja que te aparte del grupo...

“Sí, piensa Monsi, apártame. Puesto que no supiste protegerme, apártame. Puesto que ya no he de poder hablar a ninguno de ellos sin vergüenza.” Sin embargo, la vacilación preocupada de la voz de Mamá la tranquiliza un poco. Como si Mamá no fuera infalible, o el pecado no fuera tan cierto.

—Pero —dice Mamá— quedan ya pocos días, ¿y supongo que tú no tienes novio?...

—¡No! —contesta Monsi con cierta cólera. ¡Novio! ¡Trinidad! La voz es tan desdeñosa que Mamá recobra como por encanto el buen humor—. “No”, prosigue, y recobra su andar indolente y superior: “No; me lo figuraba. Procura apartarte un poco de Anita y las gemelas... por lo que de ellas se dice. Eso me basta.”

Eso te basta. Eso se dice pronto. Pero lo que queda de verano, el grupo manchado por el que habrá que manejarse escabulléndose como un traidor —todo está hecho trizas. Y ella misma... No ha tenido novio —pero Trinidad todo el día a su lado, los dulces con que su madre la soborna. Elenita, su mejor amiga, rubia y modosa siempre

cosida a Ernesto, ¿serían novios? Y aquel mangonear y llevar y traer a los chicos —a veces con las manos.

“¿Me tendré que confesar?, piensa. No. ¿Qué iba a confesar? Si eran novios, yo no lo sabía. Y tener novio, ¿es pecado?”

Con cierto rencor mira la espalda de Mamá a quien ha dejado tomar la delantera. Porque la conciencia no reprocha nada claro y al mismo tiempo se siente deshonrada. (“¿A qué viene esto ahora? No me has protegido”). Deshonrada, ¿porque es temprano, únicamente?, ¿por haber puesto las manos antes de tiempo en lo que no es de uno —como si robara para su cuarto flores que hubieran venido para el salón? ¿o sólo porque el velo que cubre las cosas de la imaginación se ha desgarrado, porque lo irreal ha sido rozado por labios? ¿Es la ignominia —como a los tres años— de no poder echar cerrojos sobre la propia intimidad? No del todo; este pudor es menos decente. Siente uno la tensión del lazo que une inextricablemente vergüenza y amor.

Al día siguiente, la vida del grupo tiene gusto a piedras. No resulta, con todo, tan difícil obedecer como se temió. La voz de alerta ha debido cundir por otras casas y, no sin ocultas risitas, una compostura general impera en las conversaciones. Cuando empieza a aflojar, ya se va uno. Pero hace ya días que, despierta de su hechizo, Titania ha visto sobre los hombros de Carlos el altivo la cabeza de burro, y aquel año tarda mucho en prender el Amor de Invierno.

Otro invierno de paz. Más tranquilo tal vez que ninguno. Monsi crece en vida de familia como se crece en saber, está cada vez más iniciada, ya no es del todo una niña. Sabría, si fuera preciso, encargarse ella misma los dulces de un día de fiesta, cada especialidad en el lugar debido, poner flores, adornar una torta de cumpleaños. Lleva en el alma el culto de las cien mil y una tradiciones domésticas, en la punta de la lengua el sabor peculiar de ese grupo que “ellos” componen y que está integrado, tanto como por seres humanos, por costumbres y por el olor y el color de los muebles. Tiene conciencia de las virtudes que corresponden a una persona de su raza. Pero aunque la noción de grupo sea tan fuerte, los individuos se afirman. Si ciertos órganos del alma absorben los jugos de un humus milenario, otros beben como luz del sol la presencia del más próximo prójimo. Ya no hay nada en torno que no sea un carácter. Papá y Mamá, con una parte de su personalidad envuelta aún en densas nubes, presentan grandes extensiones iluminadas a la exploración. La vida de familia, como un *cake* de frutas, tiene un gusto de conjunto y sabores individuales. Otro invierno tranquilo, con el comedor de arrimaderos cobrizos, el cuarto de estudio, las humanas letras. El profesor de violín ha perdido prestigio. Le va uno a oír, sin embargo, con orgullo; asombrada de que aquel junco que se cimbreaba apasionadamente y a quien la gente aplaude sea en la propia vida algo más que una idea. Y, si alguna novedad quisiéramos señalar en ese invierno en que Monsi cumple los 11 años, tendríamos que elegir la música. O las muñecas de papel. (Pero no hacen

sino empezar; y hemos de hablar de ellas más tarde.)

Del concierto, le gustaba salir por la noche (“la hora” aún tenía tendencia a pasarse después de un espectáculo de tarde; pero salir después de cenar es tonificante y alegre); ponerse el collar de coral de Mamá y el traje de *foulard* celeste en pleno invierno; y tomar un coche. Le gustaba la sala extraña, brillante de mosaicos, y ver la cara de las personas que fueron amigas de papá y mamá cuando eran jóvenes y las muchachas de quienes habla Ignacio. Todo muy tranquila y libre de espíritu. De visita en el mundo de las personas mayores en el que no cuenta uno aún, y basta con saber sonreír y saludar con gracia y compostura a un señor de pelo cano.

Le gusta, cuando aparecen los músicos, ese silencio reverente del público que siempre hace esperar que pueda ocurrir un milagro. Luego la música empieza y milagro rara vez hay. Se pierde el hilo. ¿Podría uno seguirlo, poniendo mucha atención? No vale la pena. Pero, de cuando en cuando, el inútil rumor hace pausa, suena un adagio y el aire se transmuta, el alma da aquella punzada de oro, duele sin dolor como en sueños —flota uno sin cuerpo mientras una voz feliz le habla al oído. ¿Qué dice la voz? Dice la verdad absoluta y la palabra que ha estado uno esperando, la que colma todas las ansias del corazón. Pero se despierta uno y no puede acordarse de lo que la voz ha dicho.

Pero en la primavera de 1911, como una lengua que creía uno estar estudiando inútilmente y en la que un día, de repente, las palabras empiezan por sí mismas a ordenarse en sentido, la sintaxis de la música —veladamente aún— elige revelarse. Ya no se pierde el hilo tan a menudo, aunque a decir verdad lo suelta uno muchas veces, distraído, para seguir los pensamientos que él mismo hizo nacer. Monsi empieza a distinguir. Beethoven —sólo le conoce en la orquesta— la aburre. La complace —sin quitarle el aliento— la lógica infalible de Bach. Hay otra cosa que sí quita el aliento. No se le lleva a uno flotando deshecho como los adagios. Al primer grito de las trompetas, todas las fibras del cuerpo responden. Todo lo que tiene uno de brío (y todo lo que no tiene) acude a la superficie de la piel. Las cosas del mundo alzan la cabeza, como hojas sedientas bajo la lluvia. Pasan, sobre el bosque del mundo, la lluvia y el vendaval feliz. El reino de lo absurdo, de lo heroico e inalcanzable se hizo carne. Tenlo. Una mano gigante lo ha sacado de la nada y lo presenta: “Mira. Existe.” Papá encoge los hombros con un gesto de duda: Tanto barullo... un poco largo. Pero los ojos de su hija relucen. Él, quizá siente por primera vez que se hace viejo.

Y quizá se equivoca. Aunque Monsi entienda también por instinto a Ravel (o al menos su ruido, que es como un juguete), no es quizá la modernidad lo que se estremece en ella cuando pasa desbocada por los aires, la cabalgata: Es la infancia. Está en su casa en este mundo de pinos y anillos y enanos y llagas de amor.

Años de paz... Ciudad florida girando en torno a un coche; estera rubia trenzada

con sol de la inteligencia, maderas pelirrojas del comedor, Rostand, Botticelli, Polaire, Rotschild, Fouquières, Dourakine, Pickwick, Ivanhoe. Amor y doña Laura. “Rodrigue as-tu du coeur?” Tortas con velas, regalos para Mamá. La Gandara, Madame de Noailles, Tiziano, Miguel Angel. Humedades tristes de Clades a la hora en que en la vía del tren saltan los sapos. Y la ternera sobre unas pajas. Y Wagner.

Tantas cosas... Los años debieron volar. No: fueron muy lentos. Posiblemente, Monsi está en una época en que se *sabe* que ha de llegar a ser mujer, pero no se lo cree (aunque, al mismo tiempo, no tenga idea clara de las razones que le impiden ser mujer desde ahora). Creerlo o no creerlo, lo mismo da. El día de ponerse de largo está tan lejos que parece que tenga que cansarse uno de ir por el mundo, hora por hora, antes de llegar. Cada día es un extenso recorrido, cargado de estaciones que no se pueden evitar, de aventuras, no siempre gratas, que salen al paso por sorpresa. El mundo se está haciendo, punto por punto. El agua que mana de esa fuente, viajera, corre de prisa. Pero ¿cuántas gotas pasan por segundo? Si tuvieras que contarlas una por una, ¿cuánto tiempo echarías?

## CUARTA PARTE

### I

HACIA esa época, que es la de sus retratos más alegres, de ojos más pícaros, la viajera mira sin alegría —sin simpatía casi. No rinde el sonido lleno y franco de los tiempos en que se pasaba la hora y los jarros vidriados eran como personas.

La viajera ha dejado atrás la juventud y ya no se avergüenza de haber sido infancia. Sabe que a los diez años se piensa y que no es edad de tener ideas propias, ni siquiera las de Papá. Pero ese ser intensamente colonizado por la mentalidad de Mamá y Mademoiselle no es del todo ella misma. Ese producto de una educación demasiado excelente es humilde con sus superiores, y hasta con el destino; pero frente a los alemanes, a la gente atrasada o de mal gusto, está excesivamente seguro de certezas que no son suyas.

Y ese ser contento y ocupado tal vez envía, a través de los años, un soplo de desocupación y tristeza. En su reclusión de invierno la han nutrido admirablemente, y Papá ha irradiado las vitaminas del alma. Pero nunca ha tenido ocasión de probar sus fuerzas, y no ha conquistado nada. Algunas simpatías en el curso de solfeo, pero sin ocasión de afianzarlas. Con los mayores ha reído. Locuras no ha hecho ninguna.

Ha soñado mucho —a una edad que, para ella al menos, no era ya del todo la del sueño. La sierpe de las mil caras no fué una cosa viva como Trotty, fresca como las plantas. Mezclada con los recuerdos le envía a la viajera su nota oscura, pero también un sabor dulzón y borroso, un poco agrio, que es el de los alimentos cuando se empiezan a pasar.

## II

LA tradición habla de una Edad de Oro, una época contenida en sí misma, de corazones alegres sin horizontes de ansia; y en la historia de Monsi hay una edad de oro. Habría que situarla en los veranos de 1911 y 1912.

No pertenece por lo tanto a la prehistoria, sino a un tiempo en que la crónica de la memoria —superficial, si se quiere, vacía de consideraciones profundas es detallada ya y precisa— cargada de retratos que revelan una intuición segura de los caracteres. (La historia filosófica y evolucionada de edades más adultas no producirá retratos de ese vigor). Si se piensa además que Monsi tiene ya la sensibilidad a punto para gozar de todo lo bueno, pero no se ha asomado aún siquiera al hastío; que todas las instituciones de su vida son sólidas, pero que ha nacido ya el examen, podría uno pensar que edad dorada fué solamente un Siglo de Oro. No sería cierto. En los siglos de oro, el arte era joven, pero el hombre era viejo. Los hombres tenían fe en sus empresas, pero desconfiaban unos de otros y recibían saetas de los siete pecados capitales. Los veranos 1911-1912 fueron una auténtica edad de oro en que los cuerpos eran ágiles y las artes —que más tarde crecieron en el terreno de la infelicidad y a su vez lo abonaron— vivían aplicadas y alegres, libres de la maldición de engendrar con dolor el espíritu y de producir pan.

Mamá anuncia siempre esas cosas con cierta prosopopeya. Pero, después del preámbulo y de la fiesta en el pelo y la sonrisa encantada como si el mundo y la casa de A... los hubiese hecho ella, lo que viene a decir es esto:

—Chicos, alégrense. Papá ha hablado con doña Elvira. Van ustedes a ir a A... este verano.

La noticia no es una novedad del todo; durante un par de meses ha estado en el aire. El nombre de A... y el de los Salt no han sido nunca desconocidos. Andrea estuvo allí con Mamá Rosa cuando era pequeña. Otras personas han estado también. Ese año el piso está vacío, el médico ha dicho: “Montaña”, y ellos van. Monsi, sin embargo, no se figuraba que esto fuera a ocurrir. A... pertenece al orden de cosas que nunca se creyó que fuesen para uno.

Al oír la noticia, Ignacio y Andrea levantan la cabeza. Ignacio y Andrea, dos personas; no, como en otra era, meros objetos de la naturaleza cuyas esquinas se han explorado. Las almas, como los cuerpos, son unidades encerradas en sí mismas. No son del todo penetrables, pero enseñan el color de la piel y dejan transparentar una red de motivos. En ese sentido, Ignacio es más persona que Andrea. En Andrea se dan soluciones de continuidad, domina un elemento oscuro —eso que se llama “saltos de humor”. Hay algo dentro de ella que es como un volcán. No se sabe cuándo entrará en erupción ni por qué, pero es seguro que, periódicamente, echará fuego. (No arrasa nada; es un espectáculo de orden estético, más bien simpático.) No importa. Andrea, que fué duendecillo maligno, correligionaria de cultos esotéricos,

desahogo de ocultos instintos de rencor y ese ser tan útil que le envidia a uno sus collares y sus lápices y a quien puede uno envidiar los suyos, hoy es una persona. Si además es un poco volcán, sospecha uno que los volcanes tienen también sentido.

Ignacio y Andrea levantan la cabeza. Ignacio sin gran interés: atado a sus padres no ha de pasar en A... muchos días. Y es posible que la soledad de A... no le atraiga. “Sale” ahora, como dice Papá con palabra afrancesada, ha hecho amistad con las familias de algunos compañeros, ha reanudado relaciones de su padre. En un ambiente de obsequios de flores y de etiqueta, mantiene (lícitamente) con una porción de muchachas esas relaciones sin nombre que existían en Sitges, el último año, en el grupo de los niños.

Andrea escucha de otro modo —con una mirada de avidez y recelo. Es la mirada de un ser insuficientemente domesticado aún. Pero ¿quién dice que en el fondo de Monsi no haya también otra gota de recelo? Sólo que es un recelo muy manso y civilizado —sin enemistad. Por instinto vuelve los ojos al álbum que tenía abierto en las rodillas, a esa riqueza sin contactos ni engaño. Se trata seguramente de una noticia muy buena, que es mejor, sin embargo, dejar digerir antes de asimilarla del todo. Vuelve a su lámina. Hace ya mucho tiempo que perdió en gran parte aquella capacidad de contemplación casi erótica ante el lomo vidriado de un jarro o el cuero de la tapa de un libro. Mira uno la lámina, no obstante, y el mundo cambia. La lámina es un mundo cerrado, donde cabelleras, carne y tejidos son de otra sustancia y el tiempo queda prendido en un gesto feliz. A su alrededor, el mundo grande cambia también. Se vuelve más claro porque alguien ha pintado este azul.

Monsi tiene gran tendencia a contestarle a la vida, como la Virgen de la lámina: —Hágase en mí según tu voluntad.

Le gusta a Mamá que las cosas se aprecien. Habrá larga ocasión de hablar de A... De desear y entusiasmarse. De admirarse. De espantarse un poco (Schreckliches Anbeginn). A... se eleva por la imaginación cada vez más. Cumbres de dos mil metros (la mitad, por desgracia, del pico de Aneto; de todos modos, vertiginoso), hierba legítima, bosques de hoja caduca, fresas silvestres —será como el extranjero en casa. Y la casa tan bonita, que nadie sabe explicar. Y los Salt. Papá y Mamá, a los chicos, apenas los conocen. A través de algunas palabras, Monsi entiende que no son gente corriente. Mamá espera que los Salt le gustarán.

Eso es lo grave. Pasará uno una especie de examen, quedará uno descalificado a los propios ojos si no consigue agradar. Contra los Salt no estará uno defendido por la relativa esquividad de Papá. Estarán siempre entre Monsi y la montaña y le robarán el espacio en que el alma se ensancha. Será como una faena. ¡Bah! quién sabe. Piensa uno en las caras de las criadas nuevas que, al principio, son como piedras en un colchón y luego se disuelven muy deprisa.

Pero, como la vida se da tan gran arte para convertirlo todo en preocupaciones



menudas y caseras, el deseo de la belleza, el temor ante la amistad, van volviéndose al correr las semanas una cuestión de alpargatas cerradas y abriguitos de punto, de trajes de percal y aparatos de acetileno. De ayudar a Mamá, que al principio intenta obligarla y se descorazona pronto al verla tan amarilla. Y por último coche de estación, facturaciones y un ferrocarril con olor a carbón como otro verano cualquiera.

Como otro cualquiera, no. Pasadas las primeras estaciones, el radio de los picnics invernales, las colinas crecen y se arraciman, como un bosque de cerros. Ola tras ola, un mar de pinos. No redondos, como en Clades. Espeluznados, vaporosos, sobre cada copa un nimbo dorado. Corre, muy hundido, un torrente espumoso y verde como agua marina. En el nimbo cobrizo de esos cerros podría sonar cobre de trompetas. Paisaje de Walkyrias. Pero, paisaje triste, paisaje monótono. No apetece uno vivir aquí. ¿Llama Mamá prados a ese trocito junto al agua?

—No; A... está aún lejos. A... es distinto. Lugar altivo, antes de entregarse le hará a uno pasar por diversas pruebas... entre otras el desierto. Cada vez menos árboles — y de pronto un paisaje horrible. Hierba calcinada y líquenes. Losas de pizarra como tortugas gigantes. Y la montaña ¿dónde se ha ido? Dios mío, es aquí donde se baja.

Lo mismo que cuando uno se angustia al leer el capítulo triste de una novela que ya se sabe que ha de acabar bien, Monsi contempla desazonada la montaña fugitiva. Ahí está, dibujando de un solo trazo en el cielo su mole imponente, esa sierra azul-violeta que, antes de ahora, había enseñado a retazos su perfil. Pero tan lejos.

En dos horas, apenas se alcanzará otra vez la región de los pinos. Está aguardándoles un coche simpático, híbrido de landó urbano y carretela campesina. El aire se llena de cascabeles, el alma también. Increíblemente pronto el paisaje se anima. ¿Qué hay en esas lomas rojizas —solo encinas aún— para que su línea, su arranque, digan ya osadía? Cada masía bermeja es un nido de águila. ¡Pero no son ya encinas! A la derecha ya no lo son. Y, solo y perdido como un pájaro que se cayó del nido, en la orilla del bosque se ha posado un pinabeto pequeñito. Qué hondos y sinuosos los cauces, qué altivos los álamos. Y por fin, asombroso y tierno y comestible para el alma, ese verde desconocido de la hoja hacinada que en primavera nace y en otoño se muere y que no han regado mangueras sino las copiosas tormentas de Dios. Un poco flacuchos y encogidos aún, descienden hacia uno de los castaños. Y otros que todavía no tienen nombre. Otro abeto, y otro, un poco más grandes, —postes y centinelas que indican el camino. Frigor. El arroyo es casi tan ancho como un río y bulle. Las olas del paisaje se agitan, se encrespan. Se entrecruzan. Aquello tan alto, ¿es un convento, una fortaleza? Frigor, bosque, altura. Encrucijadas; y todo un lado del paisaje aún triste. Paisaje de guerrillas y de Guerra Carlista. A cada paso, a la entrada de una senda, hay una cruz.

No, ¿quién se acuerda ya? Ahora ya no es paisaje de guerra, es el país de las corzas y las hadas. ¿Qué ha ocurrido? Cambia el mundo, la vida cambia. El mundo es todo hojas. Sonríe entero, sin un resquicio para el mal. Cae sobre uno como una

cascada, chorreando infinita invención. Barrancos, gargantas —arcas de un tesoro vegetal que quisieras contar hoja por hoja; senderos que nunca seguirás; primor de las innumerables formas que componen un solo temblor. El álamo blanco está de pie como un jefe entre los álamos negros que suenan como arpas. Los cerros siguen como un cortejo, se cierran como un santuario, se abren como la primavera. Y cuando se está en lo más hondo del templo, se descorre un momento la cortina y aparece esa presencia que es como la de Dios, pero más humana, y distinta al mismo tiempo de todo lo humano. Santa faz de las cumbres que hoy te es dado mirar cara a cara.

¿Y qué es esa voz que llena todo el ámbito del aire, que no tiene fin ni principio, que barre el último gramo de peso que al pasado le pudiera quedar, y al futuro? ¿Qué es esa voz, más tierna que la música, que llega del fondo de una amistad más antigua que la memoria; que acude, como mañana acudirá el amor —ay, mucho más piadosa — a una cita acordada antes de que viera uno la luz?

Es la canción de la inocencia del mundo, la mina del cristal de los ritmos, es el Evangelio de una salvación sin dolor, la voz de la serenidad humana —es el agua que corre.

Y después, ¡oh paisajes, lo más tangible y seguro que existe, diría uno, lo más inmutable; traidores e inestables, en realidad, como el carácter ajeno, como el propio, como la vida! Un par de vueltas más y Monsi se encuentra frente a una iglesia, a la entrada de un valle arenoso plantado de patatas. Y la sierra, no se sabe cómo, está otra vez más lejos.

### III

EN pie, con los hombros un poco subidos —no por falta de ejercicio y aire libre, ciertamente, sino porque es ese el gesto que expresa atesoramiento y defensa del íntimo ser— el muchacho está mirando cómo se vacía la tartana. (La carretela semi-señorial no pudo subir hasta aquí; hubo que desembarcar en el pueblo y apretujarse dentro de esa tartana, en hacinamiento bastante vil.) Es un muchacho que tiene, él también, experiencia de esos estados de ánimo, mitad espera ilusionada, mitad retroceso. Su madre se halla ya junto al estribo, recibiendo a los inquilinos. Dentro de unos instantes, cuando todos estén abajo, sobre sus pies, con la ropa en orden y los maletines en la mano, tendrá él que acercarse. Le quedan dos o tres minutos y con relativa sangre fría (porque, a última hora, ¿qué espera uno nunca de nada?) los emplea en observar. En momentos como éste, la fisonomía más bien inmóvil de Cosme Salt tiene una expresión algo extraña: levemente cruel e iluminada, y un poco obtusa.

Conoce vagamente a ese hombre que, en primavera, contrató con su madre el piso de alquiler. De vista, le conoce aún algo más. Es, si no una relación, pariente o amigo de personas con quienes Cosme está relacionado. Le ha visto tonificar, con una sola palabra inteligente, el ambiente irrespirable de una visita de Pascua: le ha sentido pasar, delicada sombra de alivio, por las salas y los corredores de una casa lúgubre a donde, cuando era pequeño, le enviaban a jugar. Le tiene por un hombre de buen gusto, seguramente un poco artista. Inteligencia y eso que los ingleses llaman *information* no faltan en casa de Salt precisamente. De una y otra cosa, es posible que Cosme piense que hasta al nuevo inquilino se le podría regalar algo. Se espera, en cambio, que él regale otra cosa. No muy fácil de expresar. La gracia del gesto que dignifica las acciones de cada día, el don de vivificar. El arte de vivir, que en 1911 tiende uno a creer que sólo puede poseer en su sazón quien ha pasado la mocedad del otro lado del Pirineo.

Se espera inteligencia, por supuesto. Y el hombre inteligente y dignificador de la vida tiene hijas, una de ellas mayor. No es extraño que este muchacho que, por timidez propia y severidad ajena, tiene escasa ocasión de andar entre mujeres jóvenes, asista al desembarco con temor e ilusión. Pero ahora baja la muchacha del coche y no le gusta. La había visto por la calle con el padre y sabía que era una mujer a quien muchísima gente llamaría guapa y a quien nunca podría llamar él guapa con entera sinceridad. Mas ¿qué falta hace tanta sinceridad inútil? Belleza teórica es suficiente para prender, mediante presencia, el amor. O si no el amor, un juego de esperanzas que consuele la imaginación pasajera. O una de esas seguras promesas de salud, bellas sin llamas, en que aún cree. Pero ahora la muchacha baja y no le gusta. Le basta ver ese rayo árido de los ojos grises y sabe que entre él y ella no puede nunca llegar a haber nada que merezca el nombre de intimidad. No será ella

quien le dispense seguridad en este mundo —por eso vuelve a sentirse seguro. La ilusión retorna al padre, ganancia sin pérdida posible. Y queda la otra chica.

Pero es una niña. Alta y derecha y, si se quiere, esbelta. Pero robusta como los niños sanos. Nada de esas cabelleras o esas fragilidades que en la niña sitúan ya a la mujer. Y, en este momento, tiene el aspecto iracundo.

Le miran, le pasan por encima los ojos con desdén soberano, casi con aversión. Desdén rabioso del ser obligado a mostrar en público su pena y su vergüenza. No es tan mayor que sepa contener las lágrimas, pero ya no es bastante pequeña para disponer del desprecio estoico de los niños hacia quienes les miran sufrir. Pasan los ojos arrasados, anulando en su camino a Cosme Salt, mientras la niña vuelve la cara para fingirse una soledad imposible. Cosme sonrío. Del disgusto infantil, quizá. O de otra cosa. Ocupados en la faena de negar, los ojos de la hermana menor afirman. Las chispas de furia van haciendo prender en las cosas que alcanzan todas las luces de la vida. El muchacho sonrío, porque es pequeña.

Papá abre la ventana y dice: —Mira, Monsi.

En el pueblo, dónde la montaña parecía tan lejos —sobre todo si había que ir a ella cruzando las patatas— Monsi sufrió primero el disgusto de oír decir que la casa no estaba en la falda maternal de la gran mole, sino en frente, del otro lado del valle. Siguió el venir a menos de descender del coche y hacinarse en la tartana —como a veces la vida, para sumirle a uno en ignominia y abatimiento completos, a un desastre del corazón hace suceder una catástrofe económica que lo envenena. La tartana se encajonó por un camino de carros. Le dijeron a Monsi una palabra de ánimo: “¿No ves los castaños?”. Los veía. Apenas más altos que ella, y sólo de un lado del camino. Del otro, hasta el final, se empeñaron en seguirla las encinas. El camino es hondo, polvoriento, aunque sea un polvo encarnado. Camino y tartana, nada más, por todas partes. Entre la montaña y ella hay un enorme trecho de terrones de tierra, de cuesta triste y de amor herido.

Por fin sale uno de debajo del toldo. ¿Bonito? Pero, qué puede importarle a ella esa vista de innumerables telones, la gracia preocupada del camino, sinuoso como si siguiera a un río, las angélicas nieves tan, tan lejos. Ella quería aquel caudal de hojas azogadas, aquella voz de la felicidad en sus oídos. Salió, y lo que vió fué esa vista y en primer término un campo sembrado y colinas pardas, con los eternos robles. Luego el jardín de cedros, sin flores —de cedros que, al fin y al cabo, son pinos. Del otro lado del jardín hay un campo segado, primero de una serie que debe descender hasta las patatas del valle. El valle, siquiera, no se ve. Lo ocultan los rastrojos más próximos, como el antepecho del anfiteatro oculta la platea cuando se está en segunda fila. Entre tantas caras nuevas, apenas distingue uno, encima, igualmente hostiles, los rostros de las cumbres. A la derecha, el bosque de castaños alarga tímidamente una lengua hasta el borde del jardín. Por verdes que tengan las hojas son enclenques y civilizados. Son incapaces de aquella invención, inagotable como el agua. ¡Por qué se

la enseñaron, si no era para ella! Por primera vez en su vida, se atreve a aguantar la mirada de Papá, cuando con los ojos le dirige un reproche, y a volver la cara con orgullo cuando hace un gesto de consuelo.

“Mira”, dice Papá. ¡Extraños, extraños paisajes que, como la felicidad, se ofrecen y se retiran, llaman y huyen! Pronto, Monsi, conocerá a éste con todos sus perfiles y todos sus humores, que componen una sola cara. Suficientemente, le conocerá, y tiernamente y no del todo; siempre quedará una sima o una hondura inaccesible, siempre una poza para el misterio.

Pero hoy no sabe aún que las montañas a veces se acercan y a veces miran heladas, retraídas muy lejos en sí mismas. Y esa está aquí ahora. Casi en el mismo patio. (Lindo, lindo patio: balcón de madera, glicina en el balcón, surtidor con voz de pájaro.) Está casi en la mano: un cambio de luz ha ahuecado como un vellón cada castaño. Descansa como un inmenso animal que invita a pasarle la mano por el lomo, un gran vellocino de oros verdes que asaeta el sol. Pero, al mismo tiempo que un animal, o un rebaño, es esa presencia materna de ancha falda, esa mirada que no se cansa uno de aguantar, más cariñosa que la de todos los seres humanos. Y en torno a las cimas flota aquella cosa que está entrando ya dentro de uno y variando la materia misma de la vida: un aire más tenue que el de la tierra llana, pero más visible: el aire intacto que no está hecho para que la gente lo use.

Papá señala de qué modo los cerros rodean el valle y vienen en busca de la casa. Salvo los domingos al ir a misa, no habrá patatas. ¿Dónde encontrar la mirada bastante humilde, cómo iluminar bastante la sonrisa para compensar la injusticia de una hora? Bah, sabe uno bien que, si los ojos brillan, ya ha agradecido uno bastante. Para gozar de esta nueva vida, es indispensable, al parecer, recibir sobre los hombros, como una bendición o un sacramento, un trajecito limpio de percal. Con su blanco frescor sobre la piel, Monsi pone tímidamente el pie sobre el primer peldaño de la escalera, que es de roble, y desciende hacia la iniciación.

En el patio, donde el surtidor escupe y chirría, encuentra (quizá no del todo por casualidad) a Mercedes Salt. “¿Quiere Monsi ver la casa?” No quiere decir su casa por dentro, eso exigiría un grado mayor de intimidad. El jardín y la vista, la casa de los colonos sobre todo: las gallinas, el cerdo, el pajar, los conejos.

Después de Clades es difícil maravillarse a Monsi con conejos. Los “masovers” de aquí le han parecido pobres y tristes, pero la idea de visitarles es grata. Un gallinero o un establo es más socorrido para la conversación que un jardín sin flores o un bosque enclenque. Procura uno aparentar que no ha visto una mata de col en la vida y lanza con timidez los primeros hilos de esa telaraña de “frivolité” que es una conversación.

Mercedes maneja la lanzadera correctamente. Aquí están los conejos, la huerta, la alberca. La clueca detrás de esa puerta. Se le nota un poco la aplicación. El hermano, de lejos, las mira pasar. Saluda con buena sonrisa, entre impasible y ávida, e inmediatamente se esconde un poco más entre los árboles. Monsi se da cuenta de que

los Salt son también un poco tímidos. (¿Desde cuándo piensa Monsi en sí como tímida?, en Sitges no lo era.) No se le ocurre que haya en ello promesa de afinidad. Piensa que hacerse amigos será así aún más difícil.

Mercedes es simpática; a esa buena voluntad suave no cabe calificarla de otro modo. Monsi no sabe si es guapa. Todavía ve chispas en lugar de facciones. Como “persona” Mercedes no puede aún ser clasificada. Por primera vez, se halla uno frente a un ser que no se cierra y no se niega, pero que en el primer encuentro tampoco se da. Que, de por sí, quizá sea manso y un poco subterráneo. Difícil de clasificar. Ni aires ni mañas de muchacha casadera. Se parece a las chicas que sólo van a misa, pero lleva un traje de percal rosa gracioso y muy alegre, y continuamente siente uno en ella la presencia de un elemento que no salta a la vista y no se sabe en qué consiste.

Después de la masía el camino, los dos caminos y el bosquecito sin malicia. Son menos propicios al comentario. Mercedes tiene que toser de vez en cuando.

Monsi dice: “¡Oh...!”

Porque en un hueco, al torcer el sendero, se ha abierto (estos paisajes de montaña están hechos de un modo tan raro), allí cerca, allí mismo, una espesura demasiado complicada en topografía para ser analizada, pero que indudablemente es parte o es réplica de aquel mundo feliz de la subida. Doble y espesa fila de álamos dibuja una espina dorsal, señala una dirección; pero el punto álgido de la abundancia, el lugar dónde todo se apiña como en una fiesta de la humedad, está más lejos, al pie de las laderas altas.

“¿No es lejos, verdad?”, dice Monsi con temor. “No, no es muy lejos.” “¿Pero demasiado lejos para ir todos los días?” “No; todos los días no se va.” La voz de Mercedes dice respeto soñador. Monsi piensa que debe ser muy lejos.

“Aquella es la cruz de Matagalls, aquello San Segismundo y a la izquierda Coll Pregón.” Mercedes sigue hablando sin exceso ni prisa, con paciencia. Ella también se está esforzando. Tiene cara de buena, es simpática. Quizá sea peor. De los antipáticos se aísla uno sin remordimiento. Sí; estorbarán un poco.

... Y de este lado, esas son las Guillerías. De los picos del Pirineo, no, no sabe los nombres. Esa planta es sauco. Fresas hay: un poco escondidas, hay que buscar muy bien. ¿La casa? Sí, debe ser antigua, pero no ha sido siempre como ahora. Su padre la hizo arreglar.

Mercedes sigue hablando con paciencia. Habla y, tal como en el cine, mientras suena una voz, insensiblemente una escena se esfuma, otra escena se forma, al rumor del hablar de Mercedes muere una época, la vida nueva nace. Tres horas para ir a Matagalls, Las Agudas es más duro aún. No, a ella tampoco le cunden las labores. A la misma puerta, desde Agosto, vienen ya a vender caza... Y de repente han desaparecido la muchacha del traje rosa y la cara indecisa, el hermano del porte austero que no debía ser molestado. En su lugar están Cosme y Mercedes, tan

respirables como el aire, tan asimilados como la propia carne; perfectos (no, perfectos no: según las normas, encantadoramente llenos de defectos; perfectos sólo para los usos del corazón), radiantemente necesarios. Necesarios porque ya siempre le harán a uno falta, y de otro modo también, que Monsi no sabe pensar pero que siente: un poco como es necesario Dios en la prueba de San Anselmo. Están ahí, llenando un hueco que existía sin que uno se hubiese enterado (como los miopes, que hasta que les ponen gafas no saben que no ven). Están ahí, cambiando (con ayuda del paisaje y de ese aire ligero) el pesimismo fundamental infantil que decía: “Lo que está verdaderamente bien no existe” en optimismo adolescente que afirma: “Lo que es hermoso, en alguna parte ha de existir”.

A ver, si no. ¿Quién hubiera creído que hubiese casas como ésta para vivir? Apenas las había pintadas. Las revistas, en casa, son siempre francesas. Ve uno a los escritores y a las condesas retratados en salones Luis XVI con bomboneras y espejos —menos ingratos a la vista, claro, que el nogal sin estilo del salón de casa— quizá menos hospitalarios que la salita con su cruce de estirpes y su alfombra de prado. Sólo de vez en cuando, en los grabados ingleses de una edición de lujo o de un magazine hojeado en librería, se vislumbró este mundo: arcaico sin arrogancia y lleno de gracia hospitalaria; interiores simpáticos como las personas que han leído, muebles que casi tienen “sentido”. El mundo de las cosas reales le había acostumbrado a uno a pensar que mobiliario y fealdad eran sinónimos. El esfuerzo hacia una belleza moderna, un lujo agradable, como el del comedor rubio de casa, cabía aún dentro de lo real: esto ya no. Sin embargo, está aquí. No falta nada. Los cuadros de botánica, la *toile de Jouy* antigua, los canapés de enea diminutos, las cortinillas blancas rizadas. Arriba la cama de Mercedes desaparece entre volantes de nansú. Abajo una fauna monstruosa de animales de hierro invade los mármoles de las cómodas grandes y las consolas enanas. No se sabe de dónde vino todo ello: todo huele a auténtico. Y entre ese aroma de autenticidad, encima de las velas auténticas, que por la noche se encienden de veras para socorrer al farol de acetileno, cuelgan sobre el piano los dos ojos más auténticos del mundo. Relucen como carbones encendidos, junto al morro de león, en la oscura tricromía. Dicen y enseñan por sí solos un dolor y una alegría que está uno seguro de no alcanzar en la vida. No deben caber, como la sabiduría misma de Dios, en el alma pequeña que Dios le hizo a uno.

La amistad ¿cómo nació? Parece que estuviese en el aire o en la fruta del tiempo, que con ellos se respirara o se comiera. Parecía haber llovido de fuera, uno no hizo nada. No hubo revelación, no hubo instante precioso en que la simpatía nace. El día que vió uno que el libro que Cosme paseaba debajo del brazo era en griego, se empezó a vislumbrar la esencia de los Salt y del mundo en que el azar le había a uno metido. Pero, de momento, toda idea de intimidad pareció alejarse. Los primeros días se iba de paseo del lado del Pirineo, o del otro lado solo muy cerca, hasta el hoyo de

M... Y era ya muy bonito, con hontanares en los que de pronto se mojaba uno los piés y una variedad inagotable, a todas alturas, de follaje de todas clases. Esto son hayas, esto es un fresno. Cosme se acerca a Papá y le habla. Le habla (teniendo en cuenta el libro griego) con sorprendente respeto. Este es el camino de Font de Llops, estos roscos son roscos especiales que hacen en el pueblo, los hacen muy bien. Y antes de ocho días tiene uno delante a Cosme y a Mercedes, queridos, próximos, y admirables —tan admirables que no se sabe cómo es posible que den un poco de lástima.

Cuando se vive en una casa que parece un dibujo, pasea uno a Esquilo debajo del brazo, sabe uno el nombre de todas las plantas y todos los pájaros y puede trepar a cualquier montaña por el atajo y sin atajo, parece que a una persona no le quede ya en el mundo nada más que desear. Monsi estaría dispuesta a creer que todo lo que se lleva a cabo en casa de los Salt es rito sagrado digno del lindo templo. Pero una autoridad aún más alta —la de los dioses magnos y especialmente la de Mamá— insinúa, sin quizá expresarse muy claramente (porque nunca son claros los oráculos) que en una porción de cosas la estirpe Sureda le lleva ventaja a la estirpe Salt. En la elegancia de la vida íntima, ante todo. Los Salt son un poco antiguos. (Se entera uno de una vez, sólo por el acento que acompaña a las palabras, de que es posible, viviendo en 1911, pertenecer a otra época, y de que ser antiguo es un valor negativo.) Doña Elvira, por ser antigua, no consiente que se haga esto o aquello. Ahora bien, resulta que Cosme y Mercedes están un poco contaminados (por contagio), pero en su esencia misma y por gusto no lo son. Le dan a uno a entender que ellos aspiran a otra cosa (no se ha averiguado aún bien a qué). Son un poco como cautivos de cuento, y al mismo tiempo son seres por naturaleza desvalidos, incapaces de auxiliarse a sí mismos y de romper cautiverios o hechizos. Por eso dan lástima.

El poder que los tiene hechizados ¿es femenino? La madre es violenta y enérgica. No tan enérgica, quizá, como a Monsi le parece, porque su violencia se asemeja a la desesperación —desesperación de las mujeres viudas que se enfrentan con problemas que les vienen grandes. Su violencia la levanta en vilo sobre la indecisión. Tan suaves de genio, tan respetuosos y simpáticos, Cosme y Mercedes no logran impedir el frecuente clamor ni las profecías lúgubres. Pero esa maga inspirada y dolorida no es la única fuerza que se empeña en uncir a trabajos serviles a los hijos ariélicos. Doña Elvira, abandonada a sí misma, quién sabe si se hubiera avenido a dejar bogar a los patos que incubó. A su vez está circunvenida por una serie de encantadores, de autoridad indirecta, y prestigio inmenso, que habitan otros castillos repartidos por la montaña. Ellos le recuerdan sin cesar, con amonestación y ejemplo, los deberes de su casta, que al parecer consisten en algo así como cuidar del tesoro de los Nibelungos y —si es posible— aumentarlo.

Con todo, si Monsi se atreviese a sentir por sí misma, y si a los once años intentara uno formular algo, creemos que diría que no le parece que ese hambre esencial (bastante enmascarada por la docilidad) que se divisa en los ojos de Cosme



fuera saciable mediante alguna cosa que doña Elvira le pudiese dar.

Esta imagen de Nibelungos no es de la Monsi de aquel tiempo. No ignora a los Nibelungos, sin embargo; acaban de entrar en su vida. Mercedes, cuando va al campo, tiene tendencia a figurarse, como uno, que el encinar viejo es la selva de Ivanhoe y el hayedal redondo de V..., el bosque de Pelléas (decorado del *Opéra Comique*; reproducción en colores de *Je Sais Tout*). Pero el sistema de referencias de Mercedes (que de pronto, como si descendiera el Espíritu Santo, pasa a ser el de su alumna) es mucho más complicado, y además es exacto. De repente se ha hallado uno entre seres que saben, no sólo cuanto hubiese uno querido saber, sino lo que no sospechaba que hubiese de ser sabido. Desde Cordelia a Rienzi, desde Esquilo a Schubert, cuantas cosas que fueron nombres, presentimientos, se han hecho carne de detalle, viven junto a uno, quizás no como presencias inmediatas, pero como ausentes queridos cuya huella está aún en el aire. Sus facciones, sus almas, son a veces un poco borrosas, como las de las personas mayores, pero resplandecen de calidades. Y a veces son claros y elementales como lo perfecto.

Y cuando Cosme, en momentos de entusiasmo, alza la voz para leer, tropezando un poco: “*Vaghe stelle de l’Orsa...*” —qué extraña sensación la de sentir tan claro que todo un mundo cabe en un sonido nuevo (aunque el italiano casi no se entiende).

Cordelia, Otelo, Mignon, Isolda y Melisenda, Dante vivo, Andrómaca, Ruskin, Leopardi y los ojos de dolor de Beethoven ardiendo sobre el piano. Y esos dibujos de revistas alemanas, con princesas graves, de pecho amplio y cara estrecha, en dónde, sin nombre ni palabras, Hebbel está presente. El ritmo de aprender se ha acelerado de un modo fabuloso. Ahora se avanza por segundos. Pero, menos que nunca, siente Monsi el impacto del aire universal que surca raudo el alma. Siente, a lo sumo, un tónico escalofrío, como si se estuviera bañando en la poza de la Riera Mayor, bajo la peña de Loreley, en el sitio en dónde los reflejos son más tupidos. El baño de veras, Mamá, por supuesto, no se lo deja a uno tomar.

Se levanta a las ocho. Ni en invierno ni en verano le consienten que sea un minuto más tarde. Hay que lavarse la cara hasta sacarse lustre y María la peina con el pelo tirante y dos moñitos de trenza. Al sumergirse en el traje de piqué blanco, se le ocurre preguntarse —nunca le había sucedido— si ese talle medio y la falda de frunces no serán un poco bobos ahora que ha crecido tanto. Luego se olvida, y su cuerpo vuelve a serle ajeno.

A las nueve Mercedes la está esperando, con las facciones —de por sí algo borrosas— enmarañadas por el sueño. La hora de violín no pesa. Mercedes acompaña al piano todos los ejercicios y en algún momento bosteza con discreción, pero las facciones trabadas permiten creer que es sueño. No es exigente. Cierra pronto el método y abre las piezas. Tocan todas las que no se tiene permiso aún de aprender; los lieder que Mercedes tenía en el atril los prueban también. Se divierten. Mercedes

toca, naturalmente, muchísimo mejor, pero el violín es un instrumento interesante. Para terminar, el aria de la “Suite en re”, muy bien estudiada bajo los improperios de Brull. A Brull no le gusta como toca Monsi, pero a Cosme sí. Aparece en el marco de la puerta y sonrío. Dos años de esfuerzos quedan pagados.

El día se abre ante uno, como un libro, a las diez, cuando se cierra el piano. Afuera hay un aire que alegra los pulmones y le hace cosquillas al alma. Un aire que es como la apariencia sensible de la felicidad. Se mira y todo es perfecto. Perfección. Seguridad. Sabe uno que esto que ahora tiene, y que no sabía que existía, es lo que siempre le estuvo haciendo falta. Maravilla de la amistad. Los exigentes afectos caseros ofrecen su consuelo mezclado con disgustos. La amistad está siempre ahí, idéntica a sí misma, respaldando con una sonrisa. La vida, entiende uno al fin, es intercambio. La familia más animada necesita importar algunas chispas; pero, hasta ahora, lo que venía de fuera nunca había sido muy bueno. Y hace falta ese percutir gracioso de dedos ajenos que arranque de uno sonidos, y ese espejo de la amistad, alzado en alto, que enseña de uno la imagen bonita.

Al salir de la clase de música, Mercedes suele ir hablando. Va explicando alguna sombra que Beethoven o Schubert ha despertado en ella. Si Cosme no rueda por el monte de paseo matutino, estará leyendo medio oculto, en un rincón apartado: cabe esperar de él una palabra, una seña entre afectuosa y esquiva, y nada más. Mercedes se guardará muy bien de ir a estorbarle, porque a esta hora se supone que estudia. Estudia dos carreras, una útil, otra de letras. No pierde años, porque aprende tan fácil, pero siempre queda algo para Septiembre. El mundo, a esa hora, está aquí más intacto que en cualquier otra parte. El Pirineo brilla de contento espiritual. Hacia las once el jardín se va poblando —aparecen todos los actores y todas las comparsas. Bordan las señoras —menos doña Elvira, que una inextinguible inquietud por lo que ocurre en las profundidades de su casa mantiene en continuo ir y venir. La conversación es general. Monsi habla poco y casi siempre con las chicas. Aparte de Andrea y Mercedes, hay otras, no muy jóvenes, no muy guapas, no muy listas, las chicas del segundo piso de alquiler. Listas o tontas, hacen su papel. Un papel de cojinete absorbe-choque, como si estando solos los Salt y los Sureda, la fricción espiritual pudiera ser demasiado viva y casi dolorosa. Desgastadora, al menos. Monsi escucha. La conversación no le había parecido nunca una edificación tan perfecta. Ni aún en aquel equilibrio de paz de las veladas familiares alrededor de la lámpara. Ve todo lo que Papá y Mamá aportan a ella, en humor, en agilidad mundana y hasta en información dentro de sus dominios especiales. Pero el vigor nutritivo viene del otro lado. Con ternura reconoce uno esa superioridad de Cosme y Mercedes. (Y qué bien responden, con ingenuidad y deseo, a ese tono más alegre que, al decir de Mamá, no es el suyo.) Sí; es difícil compaginar con tales progresos del alma la idea de que los Salt puedan ser un poco antiguos. Sobre todo cuando al pasar por el zaguán de los

pisos de alquiler, le echa uno una mirada al despacho de Cosme, que está allí en la planta baja y que con su alegre prerrafaelismo y su busto policromado hace huir avergonzados el recuerdo de la chimenea de Sitges y el tesoro del trovador.

Cuando Monsi se dió cuenta de todo lo que prometía la vida en A..., decidió no enamorarse de Cosme para que preocupaciones inútiles no le empañaran la felicidad. Sin embargo, notó a los pocos días, casi antes de que la amistad hubiese acabado de bajar del cielo, que cuando Cosme entraba en el jardín, ella sentía un repeluzno pequeño en la espalda, como si fuese a ocurrir algo. No le sorprendió mucho: se daba muy bien cuenta de que el amor es una especie de planta parásita que por fuerza tiene que agarrarse, como la yedra, a lo que tiene a mano. Pero se preocupó algo. Hasta entonces, nunca había visto combinarse el amor y la amistad, y presentía que el amor a una persona con quien se tiene confianza debe ser fecundo en desastres. Además, enamorarse de lo comprensible y lo querido, ¿no era un poco antinatural?

Pero los sentimientos, como cualquier otra cosa viva, tienen un extraño poder de adaptarse a las situaciones y de dar de sí formas nuevas cuando es preciso; y el corazón de Monsi resolvió por sí solo el problema, sin darle el menor trabajo. En lugar de un Cosme, hubo dos: uno para el mundo real que en A... se había vuelto tan delicioso, y otro para uso en el mundo interior. Había el Cosme que leía *Le Ricordanze* con rara mezcla de timidez y certidumbre; que dió tres días en el despacho un curso de literatura griega a cinco alumnas bostezantes y una alumna absorta; que discutía con Papá con una nota filial en la voz tan justa y tan graciosa; que sentado en el poyete, con las rodillas abrazadas, meditaba y exponía la excursión del día siguiente, como un general su plan de batalla; y que, llegada la hora, se orientaba moviendo la cabeza como si oliera el viento. Había el Cosme que quería plantar azaleas en el bosque. Interés y alegría para cada momento, pero, para el amor, poco aprovechable. De modo que ahora hay otro Cosme que sólo se presenta cuando el verdadero está ausente o, siquiera, unos pasos más atrás. Ese Cosme no es cazador sin liebres ni poeta sin versos. Francamente, no se ocupa mucho de versos ni de liebres. Se ocupa de salvar a Monsi cuando la acosa un jabalí, o cuando hay otra guerra carlista. Al cabo de algún tiempo, hace también otras cosas: Cae enfermo y en la agonía manda llamar a Monsi. Tiene que marcharse por fuerza al extranjero y escribe una carta desesperada. Pero sobre todo se acerca, ronda solamente y se acerca, demacrado el semblante como si estuviese malo, mirando a Monsi con ojos de indefinida angustia. Angustia y hambre, una cara como la que Silvio Pellico pudo tener en la cárcel. El corazón, en realidad, no ha inventado un Cosme nuevo, no ha montado todo un “Cosme por dentro” distinto del otro que (en parte) es conocido. Éste sólo es un Cosme que hace cosas que él no podría hacer. Tiene que hacerlas, para poder ser el Dueño, la Autoridad del alma. Cosme cumple el rito de un modo imaginario —a los once años sabe uno que no es preciso que todas las cosas sean realidad. Pero a los once años, justamente, no confunde uno los dos reinos. Si el

jabalí apareciera, Monsi correría a ponerse detrás de Papá.

Y quizá fuese injusta. Es posible que Cosme, pasado su primer respingo de nervioso, fuese capaz de habérselas con un jabalí. Monsi, a él, sin embargo, no le pide hazañas: tiene bastante con las de su doble. Apenas cabe preguntarse si algo, muy en el fondo, no cree que, si Cosme llegara a enamorarse de ella en el mundo de veras, con un amor triste y punzante como el olor de la tierra labrada cuando sale la luna, no llegaría de paso a ser capaz de firmeza y de acciones audaces. Pues, si eso ocurriera, a su naturaleza individual habría venido a sumarse, desde fuera, otra naturaleza: la eterna, la invariable del enamorado. Pero sería entonces preciso que el oscuro y punzante Amor abstracto se hubiese hecho real. Y el Amor, arco tendido entre dos reinos, ¿a cuál de los dos reinos pertenece?

## IV

Aquí el agua ya no murmura. Desde su cauce hondo y estrecho, canta y llama. Sobre el agua, las ramas se cruzan. Una profusión de helechos, de musgos, de raíces que caen como el agua. El camino es pista de hierba o es piedra picada (el polvo no es de *este* mundo). Los árboles se entretejen. Si se para uno a mirar, son el haya, el castaño, el fresno y el avellano; la acacia silvestre, el nogal: sabe uno ya sus nombres. Todos juntos, son el espesor.

Ahora eres tú el explorador; ahora eres tú el muñeco que bajaba hasta el fondo de la cañada por las rocas húmedas. El sol alegra con luces las ramas, el suelo no. Aquí dice cada hoja: “Todo está intacto, acabado de crear”. Los pájaros casi no se asustan, las mariposas le nublan a uno la cara como mosquitos. La fresa se ofrece a la mano, las piedras tienen fundas de musgo. Un mundo sin pecado original. Por el aire flota una palabra que tú aún no entiendes: Virginidad.

De repente, el espesor se descorre: He aquí la cima, mirada y presencia. Pero, aligerada por la luz de la mañana, no tiene en los ojos la honda y paciente sabiduría de otras horas. También desconoce, inocente, el peso de vivir. No es piedad paternal, es un ángel: es como tú misma en la beatitud. Y el camino —ancho, liso, verde, pintado de flores— trepa por el bosque translúcido y joven como si fuese la senda del Paraíso.

Lo más extraño que Monsi aprende de los Salt es que la mayor parte de los versos modernos que conoce “no sirven”. O si se quiere: tienen su gracia como los objetos de bisutería; pero, puestos al lado de la joya auténtica, pierden sentido, pertenecen a otro mundo. Y no se entiende cual pueda ser ese mundo, puesto que el de la poesía es el de las joyas de verdad.

La cosa es rara, puesto que los versos modernos que no son del todo poesía, se parecen como dos gotas de agua a los versos antiguos que sí que lo son. Pero lo más raro es que Monsi, apenas ha visto un poco y de lejos el reflejo de las piedras finas, les da la razón a los Salt. Les da la razón y descubre además una cosa sorprendente: Al lado de la poesía saturada de lejanos fantasmas que realiza todo lo que uno esperaba de ella, hay otra que realiza lo que nunca se esperó y que de algún modo secreto dice: Esto eres tú.

Ve muy poco los reflejos de esas joyas. Como los diamantes corpóreos, no las deben usar las niñas. En lengua vernácula, hay, sin embargo, poetas de ese tipo con anchas zonas no vedadas. Por desgracia, el catalán literario le es a Monsi tan poco comprensible como el italiano.

Son escasos los reflejos. Pero suficientes para encender en las facciones del mundo una fisionomía más fina.

Se levanta el campamento. Cosme, en pie a algunos pasos del grupo, mira fijo las

laderas que tiene en frente: las crestas y el ancho regazo en que la montaña tiene recogida su abundancia, su lujo mayor de humedad y hacinamiento verde. Cosme gira despacio los ojos y el cuello. Está pensando el camino.

A su lado, olvidada de la propia existencia, Monsi le sigue la vista e intenta adivinarle el pensamiento. No por amor. No por amor a él. ¿A dónde? Hay tantos caminos. Además de los trillados, y de los que Mercedes conoce, tantos por donde sólo él sabe pasar. ¿Qué paseo podría abarcarlos todos? Monsi mira a la montaña. Allí están los senderos y los hontanares inagotables que nunca llegará a pisar. Pero dentro de Cosme están también. Están en él presentes. La montaña y Cosme, en cierto modo, son una misma cosa. Monsi está de pie junto a la piedra en que se ha subido Cosme: modesta y tensa como un perro. Pero no humilde como el can. Ni humilde ni orgullosa: olvidada de sí. Como el neófito junto al iniciado en el momento en que algún gran misterio se cumple. Y está fuera, por completo, de esa otra corriente paralela del tiempo en que podría ser Cosme una sombra enamorada y lívida. Esto es la verdad.

Alguien tuvo la idea de hacer unos juegos florales en broma. Papá emborronó un discurso muy gracioso y dieron a Monsi la Flor Natural. Ella sabía que no la merecía y que aquello era una gloria grotesca. Pero también sabía que el premio no se dirigía a su inocente imitación del Romancero; que saludaba en ella una precocidad, una aptitud. Sabía —y eso valía más— que en el obsequio Cosme andaba secretamente de por medio y que el gesto de abdicación en su favor era un gesto cariñoso.

No se había vuelto persona mayor, pero se había vuelto importante. Grande no; importante de otro modo. El frutal que uno mismo plantó no da tanta sombra como el nogal centenario, pero recibe más afecto. Sabía que en esta fiesta de la amistad que era el verano en A... las chicas del otro piso y Mamá sólo hacían de comparsas; poco a poco se da cuenta de que la relación de su tribu con Mercedes y Cosme está principalmente prendida en Papá y en ella. Se acostumbra a oír decir que se parece a los ángeles de Botticelli (ángeles: pero son chicos), a que se espera con interés que acabe de aprender la pieza nueva. Percibe uno en los Salt, como en casa años atrás —mezclada aquí con cierta complacencia en que sea uno niña, inferior, inocente— una exigencia que dice: “Crece”. Pero por viva que sea la atención de los Salt (en los ojos de Cosme pone a veces esa chispa que en él es cruel) el amor, francamente, es muy otra cosa.

## V

MAS, cuando se vuelve, ya anochecido, del paseo (del modesto paseo cotidiano del lado del P...) los encinares, entre crepúsculo y luna, se vuelven ceniza y huelen fuerte a plantas amargas y presencia de jabalí. Y el semblante de Cosme, también color de ceniza, lívido y esfumado como los sembrados sin lindes, revestido de una niebla de angustia, deshechos los labios como los de los muertos y los de los ausentes, cobra un raro parecido con su doble. Se queda un poco atrás, avanza libre y silvestre. Angustia y tragedia no se sabe si están en él o en las colinas color de pesares, en la cruz de los fusilados de la guerra carlista y en la luna amarilla. Pueden estar fuera y dentro, como los paisajes. Parece entonces el doble vivir dentro de Cosme como los demonios (pero no es un demonio) en los endemoniados, como el gusano en la bolita parásita del roble, como una de esas figuras grabadas en la trama del papel que solo se ven al trasluz. Más accesible aún: como el reverso de una lámina. Parece que hubiese de bastar un gesto voluntario, una palabra, para que Cosme, como los seres encantados, se convirtiera en un doble más real que él. Pero de sobras sabe uno que no está en Cosme el hacer gestos y decir palabras que cambien lo que acontece.

## VI

AQUEL otoño el olor a alcanfor de las alfombras trajo algo más que despiste —auténtica privación de un bien real. No sólo de los Salt sino de aquel olor punzante que en Septiembre se había puesto a derramar la montaña. Pero la privación debe ser el estado natural del ser humano —la privación con esperanza—; tan fácilmente se acomodó Monsi a su mutilada vida de invierno cuando las tímidas, desconsoladas promesas de última hora se hubieron convertido en encuentros organizados. Pronto empezaron las chicas a verse todos los jueves, una semana en casa de los Salt, otra en casa Sureda. Nunca le faltaron a Monsi montones de cosas que decirle a Mercedes. Era la típica amistad entre adolescentes, y lo único extraño en ella que Mercedes no era ya adolescente y Monsi no lo era todavía. Tocaban, merendaban, y a veces se disfrazaban con los tesoros harapientos del cuarto de trastos. Mercedes aprendió las muñecas de papel. Una nota más tierna sonaba entre ellas ahora que, separada de Cosme, Mercedes hablaba menos de libros y decía sus pequeños problemas, de vestir y de genio materno y de confesor; y a veces (menos pequeños) de “masovers”.

Salvo quehacer, Cosme venía a buscar a su hermana. Llegaba a menudo a tiempo de merendar. Entraba y parecía que hubiese olvidado la intimidad —comedida intimidad siempre— de A... Tiene hasta cierto punto su aspecto de cumplido, es un poco el Cosme de cuando subían visitas del pueblo. A Monsi no le sorprende —a ella también en un ambiente nuevo la gente se le vuelve extraña. Y en Barcelona, los Salt que vivían en A... rodeados de belleza, están respecto a los Sureda en situación de inferioridad. Aunque el salón isabelino sea hermoso, el resto del piso es sensata fealdad.

Él ha olvidado la confianza, pero la amistad no. En los ojos, la chispa de afecto, que ríe un poco más internada que antes, tiene una calidad que casi podría llamarse de apetencia. Esa vida familiar amable, con detalles superfluos; ese entrar con libertad en una casa en que hay chicas jóvenes, se dá uno cuenta de que no es para él cosa cotidiana, —a Salt el padre le fué más fácil introducir en la vida la belleza formal de los objetos de A... que, en un hogar regido por doña Elvira, la dulzura de las costumbres gratas. Como doña Laura, Cosme no oculta que en su casa hace frío.

En esos instantes, Monsi le quiere muchísimo. Con un cariño casi perfecto, casi adulto, que quisiera dar —dar ese algo que doña Elvira no podría darle aunque quisiera y que no se sabe bien en qué consiste. (No amor —no sólo el amor de ir por un camino de la mano). Luego, olvida su amor casi adulto y casi sabio en la inquietud de sus celos ignorantes. Siempre tuvo algunos de Andrea. Tiene muchos más, ahora que a Cosme le ven poco; cualquier atención que Andrea reciba la desazona, la mención de cualquier mujer joven a quien Cosme conozca y haya visto en la semana la conturba. Y luego olvida los celos en el puro gozo (¿cómo, si no, sería preciosa la



amistad de los Salt?) de contemplar juntos las láminas de un libro viejo o una edición de lujo. Olvidan —fundidos todos ellos en el gozo de contemplar— los derechos de sus almas y el problema de sus relaciones. Ay, engañoso amor, amistad admirable ¿el límite dónde está?

Cuando iban a casa de Salt se merendaba también, pero más temprano y en ausencia de Cosme. El ambiente en sí tal vez fuera menos alegre, pero a Monsi le gustaba porque era el de ellos. Y si doña Elvira, absorta en su perpetuo gobierno, apenas se dejaba ver y hacía poco caso, tanto mejor. Menos familia y menos servidumbre en un piso igualmente amplio daban de sí todo ese espacio aislante que reclamaban, no los juegos precisamente, sino los sentimientos.

Para que Monsi pudiese alguna vez ver los reflejos de las joyas, cuando había hablado de un libro, decía Mercedes: “Ven”. Empujaba una puerta, que daba a un cuartucho dónde había un lavabo y varios chismes inútiles. Empujaba otra y estaban en la alcoba de Cosme.

Monsi se detenía sobrecogida en la puerta. Reinaba un orden casto que ella atribuía a manos femeninas —no sabía que los hombres de la especie de Cosme, a veces son desordenados, a veces son meticulosos. La cama estiradísima; cada cosa derecha y bien arrinconada. Pero, cara a la pared, un par de botas esperaban limpieza; la corbata desechada a última hora colgaba a caballo, sobre el respaldo de una silla. Los cepillos de dientes estaban a la vista en su repisa, sobre el velador había un frasco. El corazón daba un vuelco —repugnancia y enturbiada ternura. La invadía un inexpresable pavor.

¿De un regaño? Mercedes sabía lo que hacía. ¿De que se presentase Cosme de improviso? Hay sacrilegio, hay traición en penetrar en este recinto donde Cosme, que defiende tan severamente contra las realidades su pura esencia, se degrada en un ser obligado a ponerse cada mañana los calcetines, con el pelo revuelto, y susceptible de enfermar, no de mal de amores sino de pequeñas miserias. Hay también una más real y pavorosa ternura que, a la entrada de un camino desconocido, vacila y se espanta.

Porque sabe que está siendo cobarde, se aventura alguna vez hasta el centro de la habitación. Pero no lo puede resistir. Muy ocupada de su libro, algo confusa también por sentido agudo de las conveniencias, divertida, serenísima, Mercedes regresa. Monsi huye tras ella. Siente avidez por el libro pero, al cerrarse la puerta, el corazón se le va tras aquella cámara, de repente encantada, en dónde no se entra a voluntad.

Pusieron aquel invierno a Andrea de largo. Medio turno, en combinación con los Salt. Cuando Monsi vió el traje divino que a Andrea le compraron, sintió la angustia de la derrota.

Pero Andrea no volvía del Liceo muy contenta; y fué pronto evidente que los encuentros en el palco no la habían aproximado a Cosme ni un ápice. Andrea, como peligro, casi desapareció del horizonte.

Y un día, al fin, le tocó a ella —por la tarde. Físicamente algo abrumada, espiritualmente muy tranquila se asomó a aquella ciudad del “quién es quién”, a sus tajos y sus torres de terciopelo y estuco. Mercedes le enseñó a P. el poeta, y a Vilahur, el músico joven, el genio del día. En el mundo había gente interesante, estaba ahí mismo. Ella con los Salt tenía bastante.

Es la Walkiria. De un tirón, pesa realmente un poco. Pero la ocasión prodigiosa hace que se muerda uno las uñas de exaltación. El final la deja muda. Nota que, mientras Cosme responde a las objeciones de Papá, es a ella a quien está mirando, es su contento lo que intenta comprobar.

Tan amigablemente. Poco a poco siente uno que, a través de los vaivenes diarios, se va concretando bajo el pie un punto de resistencia —de certeza. No solo frente a la inseguridad del querer ajeno. Frente al sueño.

Se detiene la Viajera y se pregunta: ¿Estuvo Monsi realmente aquel invierno tan absorta en los Salt? Es aún niña; la lectura de Poe, recomendada por Cosme, le produce peores terrores nocturnos que los ladrones de María ocasionaron jamás. Cuando el corazón posee lo más preciso, consigue cierta libertad. Las semanas de la niñez son largas, dan tiempo para todo, tienen cientos de resquicios que llenar.

Los jueves que se iba a casa de los Salt, Cosme, no teniendo que recoger a nadie ni estando invitado a nada, aparecía tarde, a veces ni poco ni mucho. Éste fué durante el invierno el único motivo serio de inquietud; bastante grave —la Viajera, con toda su experiencia de mujer adulta, apenas encuentra explicación que a su ser de doce años le hubiese podido agradar.

(Salvo que su amigo anduviese con cierto cuidado en demostrar interés donde las hermanas eran dos y solo una de ellas casadera.) Piensa la Viajera que, lo mismo que funda uno la seguridad de su vida en una renta modesta, sin dejar de reservar una parte de capital para empresas más ambiciosas, Cosme, feliz de que Monsi (como promesa) existiera, aspiraba seguramente a una tensión más alta, se conmovía ante todo lo que ella no era aún, ni sería nunca. (Y quizá la Monsi de aquel tiempo lo sentía; quizá apoyaba su seguridad en la certeza de que la ambición fracasaría.) Es muy posible, aquellas noches que Cosme no aparecía, que una cabellera, un perfil de esos que hacen creer en lo increíble, tuviesen la culpa. O el vaso de cerveza que se bebe con un compañero en la tensión de la atmósfera espesa y los sueños compartidos en silencio. Pero recuerda, y tiene que reconocer que en su corazón había la misma duplicidad. Entre semana, engañaba copiosamente a Cosme con Lord Byron.

¡Con Lord Byron! Tiene otro rival infinitamente más temible. La mente de la Viajera, que ha perdido algunos compartimientos estancos, apenas acierta a imaginar cómo aquel año de la intimidad con los Salt y el amor casi real pudo ser también el de la mayor intimidad con Dios.

Había hecho la Primera Comuni3n en Mayo. La preparaci3n que, en el catecismo

de los Padres Maristas, era de dos años, se redujo a uno para cumplir las órdenes del Papa sobre la Comunión temprana. No era una orden muy grata en el ambiente levemente jansenista de la Capilla Francesa. No por eso fué menor la prisa.

La preparación era ya sólida y el Padre Bigault, menudo y tenso, primer contacto con la precisión de la inteligencia francesa y todo él acero y chispas (no solo los ojos), hubiera podido arrastrar a Monsi a cualquier profundidad de sacrificio —uno al menos lo creía. Pero la instrucción, el primer año, insistía sobre todo en los casos (ahora muy finos) de conciencia y las irrebatibles e innecesarias pruebas contra dudas que no tenía una intención de tener jamás. La época de la gran efusión quedó abreviada. El padre Bigault, además, sólo podía hablar de Eucaristía como entrega, gratitud, exaltación en el servir. Había en su ternura un toque de clarines. Tenía un pudor demasiado viril para hablar de experiencia íntima. Mas no trabajaba solo. Doña Laura decía a veces: “Si uno no tiene fuerzas, las pide y Él las da” en el mismo tono de trato directo y familiar respecto en que hubiera afirmado que Don Rosendo Abreu nunca había fallado cuando le pedían un subsidio extraordinario para el ropero. Mademoiselle hablaba sobre todo de Lourdes y de Teresita de Lisieux, pero, en el momento preciso, ofreció el *Journal de Marguerite* (el corazón de la viajera aún piensa en ese libro como en un clásico.) Y doña Laura completaba con traducciones de Reynes Monlaur. Los cuatro Evangelios, doña Laura los había regalado mucho antes.

Y el primer devocionario completo, con las admirables palabras de la liturgia. De los libros, empezando por el Suyo, viene el amor —las palabras de amor que el Padre Bigault no se atrevería a pronunciar, por su cuenta, en voz alta. Pero en qué momento supo uno manejarlas para su propio uso, adaptarlas a la propia, tímida pequeñez, eso, como los demás comienzos —como el del idioma, como el de un amor— queda en la sombra.

Como en el amor humano, el primer día no es el más dichoso. No se salva de escrúpulos y temores. (Esta vez, el recuerdo cada día más vago del niño, la sierpe de mil caras, la ternera y todas las bromas que uno no entiende, pasan juntas bajo el título de Malos Pensamientos y el Padre Baudouin, confesor excelente que no hurga en las conciencias cuando no es preciso, contesta “Oui, ma petite enfant” con tierna paciencia, como al resto de la conocida letanía.) Con los días, la confianza crece. Cuando se tiene práctica de la entrega muy pura a un semblante de facciones borrosas que no se ha visto nunca de cerca, el paso a la mística no es muy difícil. Ella, para sus años, no llega mal provista de efusión. Si sus relaciones con el Amor de los Amores no son del todo felices no es porque no tenga nada que decirle.

Pero vive con Él como una mujer que, queriendo al esposo, fuese, sin embargo, adúltera. No del todo en secreto, puesto que Él todo lo sabe; pero, sin embargo, mintiendo. Con toda firmeza se propone no pelearse más con Andrea, no guardar rencor de un regaño, no mentir. Pero creerse que no ha de tener nunca ni un pensamiento vanidoso, eso cuesta ya más trabajo; requiere un optimismo tan

exagerado que se parece a la hipocresía como una gota a otra gota de agua. A ese gran Celoso, con cualquier gesto se le engaña. Sale uno de Su Casa y charla con Andrea para ser buena, para ser cariñosa. De lo más inocente que encuentra. Pero, de repente, una palabra, una sonrisa, y ya está: tiene uno el pie en el Mundo. “No importa, diría el Padre; demora solo lo más posible. Cosas sin importancia, mientras la vida sea pura.” Pero la Vida no es pura, es la mezquina e intrincada vida. Y si fuese solo la vida; Pero hay Cosme. Es casi lo mismo y es lo opuesto. Aparecería en esa esquina, y adiós paz angélica. Se alzarían, triunfando de su Señor, los negros ángeles comediantes del alcanzar y el parecer.

—Ofrécelo a Dios —diría el Padre, si tuviese uno la desfachatez de hablarle de amor de otro modo que bajo la etiqueta de Malos Pensamientos—. Él lo santificará. No hay pecado en un cariño honrado.

¡No hay pecado, Padre, hay traición! No habría nada malo si en algunos instantes no fuese uno tan tierno, no se lo diera, no se lo prometiese todo. No se puede servir a dos señores. Quizá debiera uno decirle: “No me quieras, que tengo otros cariños. Sé que debe ser fácil: sólo hay que cortar, de una vez para siempre, un hilo; pero no lo cortaré, —no me quieras.” Va uno a la cita del Amor —qué tristeza— como a una visita de pésame, sabiendo de antemano, más o menos, cuánto va a durar. Abre uno todos los brazos de su alma y entre tanto está el mundo en la esquina, esperando en su coche.

Así siente Monsi que no sabe que hay mujeres adúlteras, y sí que en el mundo todo es adulterio. Pero vuelve, puesto que ese gran Celoso es también el gran Indulgente, y al parecer acepta que le engañen. Se prepara uno y se recoge para la entrega —dure lo que haya de durar. Y cierra uno los ojos —puesto que Él lo pide— para hacer ver que no ve que la vanidad volverá. Practica con frecuencia. Relativa frecuencia porque la comunión diaria no es aún muy corriente. Y, en todo aquello que tiene una parte exterior, roza al mundo de la acción, Monsi se deja aún guiar. Hace lo que le dicen.

## VII

LA zona del castaño quedó atrás. He aquí las hayas, la *fageda* austera y tierna. Jergón crujiente de hojas que en los hoyos se pudre con un vaho animal. Árboles radiados, bosques de estrellas con los brazos tendidos para amparar y llamar. Frondas oscuras de coníferas, de árboles viejos; frondas jóvenes —el más fino encaje de luz. De las crestas, sólo quedan unos palmos tenues de sol. Gracia del mundo, ¡soledad!

Ni temor ni duda. No hay que aplicarse ni que defenderse; no hay que hacerse amigos. No hay siquiera detalles ingratos: las patatas y el camino de carros hace tiempo que la montaña se los tragó. Llega uno como los elegidos, como el amo, aunque es extraño que a Monsi jamás se le ocurra que esas cosas que tanto quiere tengan que ser suyas alguna vez —su imaginación no va tan lejos y los niños no tienen nada.

Pero la felicidad es suya. “Estar en la gloria”, se dice, y hoy es cierto. En cuanto suena el primer arroyo, no hay recuerdo humano que pueda enturbiar la absoluta presencia. No: es el agua, el regazo, la invitación, la luz entre las hojas. Cosme solo no podría tanto. Pero también él se mueve bajo el signo de la luz. Él también es el dueño hambriento de lo que tiene, únicamente. Ágil como la felicidad. La cortedad del invierno, como si nunca hubiera existido. La reserva innata, el mosto del buen humor la agrieta por todas partes.

Y son bienes eternos. A los doce años tres meses intactos no tienen fin.

Casi es solo amistad, los primeros días. El amor vuelve a ignorarse a sí mismo — la presencia es tan alegre. Luego (exigiendo más porque más le han dado) regresa a su preocupación. No mucho; no de una manera que pueda enturbiar la dicha. Tras las cuentas rigurosas que de cada gesto le lleva, hay una amplia concesión de crédito. En discretas —supuestas— maniobras para dejar atrás a Papá, para ocupar el asiento más próximo, el rédito no es grande. Pero hay esos ojos siempre a punto; y este año nadie pensaría de Cosme que hay algo que no le dan y le hace falta.

Cuando el rapto de un entusiasmo común los confunde, es cuando menos piensa en él.

—¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos!... Doña Elvira, postrada de hinojos, alza los brazos, alza la faz descompuesta. Parece un patriarca o un profeta. Parece Catalina de Médicis pidiendo amparo y clemencia mientras la sangre de San Bartolomé corre por las calles. ¡Zas! Zambombazo. Cosme, que se ha quedado en pie, brinca sobre sus talones. ¡Santo, Santo, Santo! Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Aunque a Monsi estos truenos de montaña le dan muchísimo miedo, se olvida de que es una tormenta; están esperando que aparezca el ángel exterminador

con la espada. Van a emprender la marcha por el desierto. ¡Zas! La casa tiembla. Mercedes guiña un ojo: ha sido en la encina grande. Santo, Santo, Santo, implora Monsi aunque sabe que es imposible que Dios los quiera matar en esta casa de la felicidad. Pero ya rompe a llover. Cae la lluvia espesa de Agosto, que hace ruido a frondas. Ya sube de la tierra, como incienso, su humo y su olor fecundo. La lluvia, no el arco-iris, es la paz de Dios. Las ventanas se llenan con el murmullo de la reconciliación. Doña Elvira recoge rostro y voz, cae también en murmullo. Suspira. Los dardos de la lluvia rebotan alegres en el patio. En el borde de una pestaña rueda una lágrima, juguetona como una chispa; no por el peligro desvanecido, sino por la tierna lluvia que a las casas las hace santas. Cada trozo de pan, cada luz un tesoro, cuando chorrea la avalancha impía, la amorosa cortina. Como en un mundo antiguo en que casi no hubiera de nada. Todo es seguridad —confianza. Se estrecha el espacio. Se ensancha la vida.

La chica, desde la cocina, habla con un sonido claro —limpia de astucias y de envidia: “Señorita, ¿se ha asustado usted?” El agua entra charlando, como una visita, cuando en el fondo se abre una puerta. Y luego otra voz, de timbre distinto, más lejos en la orquesta: “Miren: aquella rama...” Y Cosme, cuando Papá dice que hay que dejar el juego e irse a cenar: “No; aún está lloviendo.”

Se ha ido a mojar por gusto. Huele a perro.

En el doble, Monsi este año piensa muy poco. No le pide ya a Cosme cosas grandes porque cree que puede empezar a pedirle cosas pequeñas. Las bromas que Mamá se permite sobre su carácter llegan a molestar. Siente uno que el cariño a un Cosme imaginario es hora ya de adaptarlo al Cosme real. Pero ese Cosme, más real que las personas más reales, que estaba presente en las botas y en la corbata desechada, a ése lo ha olvidado. Sólo recuerda lo suficiente para huir de cuantos traidores peldaños o corredores mal conocidos podrían llevar a encontrarse con él. La ternura de aquel lugar, cierta aunque asqueada (pariente de la que inspira un animalito moribundo), en presencia de él no existe.

Dos o tres veces, al ponerle un objeto silvestre en la mano, le ha dicho: “¿Te gusta?” Un poco como a un niño, pero de otra manera. Es cuando no hay nadie cerca. En el fondo de su alma, está muy convencida de que aquel año no puede ocurrir nada todavía. Tal vez porque no olvida que aún es niña. Tal vez porque la realidad en estado puro es una cosa inconcebible.

## VIII

EL jardín está en alto, domina dos vertientes. Vuelan sobre él corrientes de aire, un continuo fluir de auras. Vibran levemente, como mástiles y vergas, los árboles. El jardín parece estar apoyado en la brisa, mientras fluyen las colinas sin que cambie el horizonte. Los pasajeros se dejan mecer por la charla, se arrullan con labores de punto. De pie en la proa —entre inquieto y adormilado— Cosme vigila. El alma flota segura, hiende y avanza inmóvil entre el sol y el yodo de la felicidad, firmemente acostada sobre el viento propicio.

## QUINTA PARTE

### I

HICIERON algunas locuras. Al llegar Ignacio, salieron los cinco un día, por la montaña secreta, vestidos de vaqueros del Oeste. El mal tiempo les obligó a refugiarse en una masía. Doña Elvira, cuando se enteró, se puso furiosa.

Hicieron teatro también. En una ocasión, Cosme y Monsi a dúo, debajo de aquel árbol que ahora, Viajera, está muerto. Cuando ensayaron con trajes y Monsi se presentó con el pelo alto y el refajo de cola de doña Elvira, a Cosme le cambió la cara. No del todo sorpresa, —ni contento— ni alarma.

La tarde que hizo su papel, entrado ya Septiembre, no sólo el corazón de actriz le latía. Las hojas del árbol desaparecido caían de veras, como pedía el autor. Con cada una de ellas, le parecía a Monsi que descendía sobre sus cabezas un signo de separación y de otoño. El drama los tomaba bajo su constelación. Cuando a primeros de Octubre dijo adiós, le rodaba por el alma esa impresión de sino bello y malo.

Pero en realidad el signo de otoño no tenía sentido. Ni lo tenía la inminencia de una declaración. En Septiembre, y luego en invierno en Barcelona, sigue —como en el más vulgar *amour de tête*— coleccionando los signos menudos del favor. El bien que busca no es otro que aquel de los tiempos en que se arañaba las piernas en las sillas de la playa para ir a encontrar a Gabriel Carles cuando, una vez, el amor fué vida y se sentaba bajo el cielo lleno de cohetes, pensando con absoluta certeza: “Es esto. Es él.”

Vuelve a casa. Nada nuevo durante el otoño. Trabaja y se esfuerza en un mundo bueno. Colabora en los problemas que presenta Mamá Ignacia a Mamá. La viajera, cuando compara los retratos de aquel invierno con otros posteriores, de niña bonita, les encuentra una curiosa expresión de madurez.



## II

EN Enero empiezan a correr rumores dolorosos. El inquilino antiguo reclama el piso de A... Es su derecho, que estipuló al dejarlo, y se trata de una persona a quien doña Elvira, por razón de intereses, no puede desatender. Monsi se enteró primero por briznas de comentarios sorprendidos. Preguntó y no le ocultaron la verdad; pero Mamá se encogía de hombros y esperaba que todo se arreglaría.

Monsi se lo dijo a Mercedes, que tomó inmediatamente un aspecto muy desgraciado. “Sí, algo de eso había. Que Monsi no se preocupara.” No se preocupaba. En las cosas muy buenas es difícil creer, pero en las muy malas también. Y sabe uno que los sueños está ahí para quebrarse, pero que la realidad debe ser irrompible.

Volvió a oír hablar en casa del asunto, con un poco más de pasión. Mamá hizo algunas visitas, una de ellas al inquilino antiguo que era pariente suyo; y si volvió un poco enfadada, tanto mejor; cuando pisaba fuerte, el mundo obedecía.

El último jueves de Enero fueron a casa de Salt; Mamá vino a buscarlas. Cuando pasó la hora de irse sin que las hubiesen llamado, las tres chicas, desde el otro extremo de la casa, refluieron hacia el salón. En una de las ceremoniosas butacas verde reseda, estaba doña Elvira con el semblante enteramente descompuesto. Tan sulfurada que no acertaba a hablar. Mamá, en el borde de su silla, sólo estaba muy encarnada y terminaba, sin obstáculos, algunas frases elocuentes cuyo contenido podía resumirse en que aquello no se hacía y que doña Elvira lo habría querido. Se detuvo, aunque no en seco, al ver a las chicas. Doña Elvira se recobró lo suficiente para tomar aliento y exclamar con digna violencia:

—Y si a usted no le importa, ¿a mí qué más me da?

Mamá se acercó a Mercedes y la abrazó con cierta teatralidad. “Dile adiós” le ordenó a Monsi. Monsi y Mercedes se besaron de cualquier modo, demasiado atónitas para pensar: pero doña Elvira no se movió ni se despidió.

Mamá —*tantæ ne animis cælestibus iræ!*— se retira entre nubes casi visibles, combinando la majestad con la rapidez. La sigue con dificultad Mercedes, a quien en los ojos le empiezan a asomar lágrimas.

Es al llegar a casa, al escuchar el relato que Mamá le hace a Papá, al oír los comentarios que entre ellos se cruzan; es al recibir órdenes de saludar siempre amablemente a Mercedes y a Cosme si se los encuentra, pero de no dar ni un paso hacia ellos, si ellos no lo dan primero, cuando Monsi se da cuenta de que aquella pelea se llama ruptura.

Andrea y Monsi se retiran a sus cuartos de la parte de atrás; más exactamente al cuarto de Andrea, a su tocador. Se sienten muy cerca una de otra —unidas por el mismo disgusto y el mismo rencor hacia Mamá; y al mismo tiempo más alejadas que de costumbre (¿acaso no sabe uno que daría a Andrea, sin vacilar, por recuperar a

Cosme y a Mercedes? Y la ilusión deshecha es solitaria.) La viajera puede verse aún muy bien en la memoria, de pie ante la luna grande del tocador de Andrea; inmóvil, sin quitarse el sombrero: mirando en el espejo su figura de trece años.

¿Qué mira, ella que no sabe aún verse en el espejo? Mira esa silueta de una persona que está sola dentro de un marco. Esa soledad eres tú. Creías que formabas parte de un mundo, de un conjunto perfecto que bullía como las hojas de los árboles y te abrigaba y te acompañaba a todas partes. Todo eso se desprende y queda muy poca cosa: esa figura dentro del marco —tú.

Muy poca cosa, casi nada, cuando Cosme y Mercedes no están ahí para decir que eres mona, que eres lista, para decir, sobre todo, con los ojos, que eres algo. Eras algo que a ellos los entendía, pero tú sola no piensas nada. ¿Intentas quizá que te diga el espejo que hay en esas facciones —o en tu alma misma— alguna gracia inolvidable? Ves una niña con el pelo encrespado por la moda absurda del trezadito nocturno, con la nariz roja de lágrimas. Una niña sin arte bajo un sombrero grande y solemne, inadecuado para el dolor. Quizá la encuentres un poco grotesca —desde luego muy poca cosa.

Casi nada, y el mundo casi nada también. Por primera vez en la vida se ha vuelto arena. Otra rara transformación química ha ocurrido aún: se ha operado la síntesis de Cosme y de su doble. Al amor, al anónimo amor, que creyó uno cercano, va la nostalgia; pero también a esa presencia querida que mantenía tensas todas las horas con sus manos de hombre débil. (A Mercedes, francamente, también.) El doble no se ha esfumado del todo: de lo que él quisiera hacer depende, al fin y al cabo, la única esperanza. Pero Monsi se consideraría muy feliz si, a cambio de sacrificar el doble y sus facciones desleídas en pasión, pudiera conservar, como antes, a su lado, a Cosme que se asusta de los truenos y de las visitas. Se dió por fin la combinación del sueño absurdo y de la radiante amistad. He aquí el cariño completo. He aquí, con él, el dolor.

He aquí un dolor que la mano de Mamá (qué cruel hoy, qué poco amiga) no puede borrar con un regalo. Un dolor ante el que la otra mitad del alma no sonrío ni se queda incrédula. Éste, Monsi, piensa la viajera acostada en la hierba, es ya un dolor de mujer.

Queda saber cómo reaccionarán Cosme y Mercedes ante lo ocurrido. Duro momento siempre el que arranca un problema a las complicadas cadenas de hechos, propicias a las componendas de la mente, y pone (como un experimento de laboratorio) un cariño o un carácter a prueba de una sola acción. Cada vez que, durante la cena, el timbre suena a deshora, Monsi se estremece. No haría falta que interviniese el doble, bastaría con que Cosme fuese un poco menos Cosme para que se presentase aquí esta noche. Pero, abocado uno ya a la realidad escueta —en el momento en que la lotería se sortea— ¿quién tiene fe? Monsi casi se sorprende cuando, un par de días después, le dicen que Cosme ha escrito.

Pero ¿qué ha escrito? No que esto es inaceptable, que no puede ni debe ser y hay que arreglarlo. Nada de súplicas ni de rebelión. Testimonios de simpatía y de lealtad. Protestas de amistad invariable —cortesía quizá sencillamente. Monsi quisiera ver la carta; es la primera vez en su vida que tiene ganas de ver una cosa que ha salido de manos de alguien, de tocar lo que alguien ha tocado. Quisiera además ver lo que decía Cosme exactamente; es muy natural. Pero Papá no enseña la carta. Ha escrito que ha sido inútil tratar de convencer a su madre. Y basta, se pasa a hablar de otra cosa. Una gota más de rencor contra Papá y Mamá —Mamá, mejor dicho, que es la culpable. Después, Monsi piensa que han temido que, de puro fría, la carta a Andrea y a ella les hiciera daño.

Mírate al espejo, Monsi, como si esa superficie mágica que sabe presentarle a cada uno su retrato pudiera decirte quién eres y qué lugar ocupas en el mundo. Desconfía del mundo, Monsi, porque esta vez casi pareció que era verdad. Vuelve al cuarto de estudio a aprender tus matemáticas. Deja correr el mundo, porque si en él ocurren cosas, no son para ti. Parecía verdad pero no lo era. Para ti eran ellos el mundo, tú para ellos nada. Saben que sufres. No les importa. Acuérdate.

### III

VUELVE el alma al cuarto de estudio —vuelve del todo. Le viene un poco estrecho, como un traje que intenta uno volverse a poner después de haber crecido. Pero, estrecho y todo, abriga.

Lección a las nueve, paseo a las once, violín a las tres. Y siempre la mitad del alma ha sido eso: atender a unos quehaceres urgentes que no tienen más sentido que el de darle a uno sentido.

Es un dolor de mujer, pero es un alma de niña. Un alma que se hace y se deshace de prisa en el tiempo. O al revés, el tiempo es muy largo y ninguna pena alcanza a cubrir un trozo grande del calendario. Los primeros días la vida es arenal auténtico, pero luego vuelve a brotar la flor pequeña a los lados del camino. Bosques húmedos, adíos: Ésta es flora de terreno seco. Ofrece aquí un madroño, aquí romero; una ramita de retama o una clavelina. Se recogen y se sigue: es la vida —es la vida verdadera otra vez. Solo que más estrecha, más limitada, como si se hubiese uno arruinado.

Los primeros días Monsi esperó con ansiedad encontrarse a Mercedes y a Cosme, verles siquiera de lejos; pero Mercedes no va al paseo; realmente, no se la encontraba uno mucho por la calle. Y este año, como María, con el niño de la mano, va despacio y se cansa, Andrea y Monsi —con escándalo y rencor de María— salen con una señorita de compañía que las lleva lejos. (¿Con toda intención?, eso no se sabe.) El encuentro con Cosme, sin embargo, se produce al fin. Él se inmuta, es evidente; casi detiene el paso, pero no se acerca. “Se ha emocionado” intenta murmurar la parte del alma de Monsi que cree en el doble. “Él siempre se corta” replica el alma madura que sigue este invierno su camino estrecho. Y sigue adelante, casi con desdén. Pero luego, naturalmente, piensa en él.

¿En quién? Ya no es el Cosme de veras. Esa cara pálida, casi cenicienta, que saluda de lejos con dignidad melancólica, se parece al doble —no a Cosme. Esa silueta que ve uno pasar, un poco subidos los hombros (retraimiento y desánimo) y la cabeza (orgullo) volcada sobre ellos hacia atrás, ya no contiene al hombre que huía riendo de la presencia del notario Guasch y de sus siete hijas casaderas. Es imposible imaginársela olfateando un itinerario como los perros la liebre. ¿Es Cosme? ¿No es Cosme? Porque Monsi, en dos años, no ha aprendido sólo que huye de las visitas y que rechaza furioso las tortillas cuando les sobra una babita de huevo. De modo más misterioso se ha enterado de que Cosme es como un avaro de sentimientos: No sólo no los entrega con facilidad sino que positivamente los atesora, los colecciona. Sabe uno, además, que todos los sentimientos hacinados en Cosme tienen un color (verde oscuro agrisado, como la vista en A... del lado del Pirineo) y un aroma (pertinaz y un poco áspero, como el de los cedros de su jardín). Y, claro, ese color y ese aroma, y otra cosa aún más inefable, suenan dentro como una nota cuando pasan la cara cenicienta, los hombros subidos, y están de acuerdo con ellos. Pero es solo un

fantasma con una nota dentro. ¿Cuántos fantasmas con notas dentro han pasado antes por la calle y por tu cabeza? Eran notas falsas, ¿estás segura de afinar ahora? Quien lo sabe y qué puede importar. Monsi se da muy bien cuenta de que Cosme ha dejado de ser vida y se está convirtiendo en el Amor de Invierno...

De un invierno como otro cualquiera. Avanza uncida a disciplina y costumbre, como un caballo entre los dos palos de su carro. No, francamente, no tan triste. Mamá sigue comprando flores y *Femina*, Papá la *Illustration* y los libros de pintores. Ya el saber no se confundirá con la felicidad nunca más; será, si acaso, su sucedáneo; pero sigue uno apeteciendo el saber. Es alimento. El caballito que avanza entre los palos no pierde ese mínimo de euforia que da el estar bien nutrido.

El paisaje por donde avanza no es enteramente el mismo de los otros inviernos — de los inviernos de antes de los Salt. Papá y Mamá quedan más lejos. Aunque doña Elvira tenga el genio fuerte, no fué ella quien rompió, porque no era ella la ofendida. Mamá no llevaba razón —bastaría para saberlo oír las explicaciones, los complicados rodeos con que el asunto es referido. Quién sabe mejor que un niño que no hay tanto que contar cuando se hizo lo que se debía. Papá no tuvo la culpa. Pero el corazón injusto se queja y dice que Papá hubiera podido arreglarlo de algún modo. Y que no enseñó la carta. Papá y Mamá están un poco lejos, como Dios cuando acaba de enviar una prueba demasiado fuerte.

Andrea sigue estando más cerca y más lejos. Sabe uno que piensa en Cosme, que sabe que uno lo sabe, que sabe que uno piensa también. En esa esperanza tan equivocada (qué duda cabe que, de las dos, él prefería a Monsi) se ve uno como en una caricatura. Cuando se saluda a Cosme de lejos por la calle, no sería preciso sonrojarse si no se supiese que, al lado, otro corazón ha dado un latido idéntico. Con todo, el secreto paralelo une con hebras como telarañas, repugnantes y luminosas.

Un invierno casi igual que otro cualquiera. Dos muchachas hacendosas viven para su familia, en su casa. Sólo dos síntomas delatan el interno despiste.

Monsi deja el violín. Obligada a aprender un nuevo golpe de arco, le falta la ilusión que le hubiera dado ánimos para desgarrarse el oído en soledad. El profesor no inspira ya ningún amor, pero sus exabruptos achican más que nunca. Es tozudo como un aragonés e insiste. Durante unos días, esa cuestión del golpe de arco se le figura a Monsi un asunto sin salida. Luego cuando, inesperadamente, le dan permiso para abandonar del todo, le parece haber comprado su libertad con muy pocas lágrimas. Y, por primera vez en la vida, se mezcla el alivio con la humillación de haber defraudado. Tan cobarde, nunca había tenido aún que retroceder. No es agradable.

El otro síntoma es que Andrea y Monsi han empezado a pelearse. Es decir, le dicen a uno que se pelea; uno no lo sabía. Curioso tal vez que el invierno de 1913 señale en la vida de Monsi (¡y en la de Andrea!) el apogeo, el máximo y barroco desarrollo del juego. Saben, una y otra, manejar una caja de acuarela, Andrea

doctamente, Monsi de afición. Las figuras de las muñecas se recortan de figurines y revistas; los vestidos se pintan. Hay una colección de muñecas con trajes antiguos, acuarelados a conciencia, que representan una actividad puramente estética y erudita. Pero hay otra serie larguísima, sin cesar renovada, que tiene las raíces entretejidas con las de la vida misma de Monsi y de su hermana. No son una ni dos. Son familias, son estirpes con generaciones sucesivas, y nacimientos, y defunciones. Son una frondosidad pariente de la de esas novelas inglesas que se encabezan con un árbol genealógico. Además de matrimonios, hay divorcios, que no se llevan a cabo, imperfectamente, ante tribunales, sino mediante un acto arbitrario de la Voluntad Todopoderosa que decide que lo que fué no haya sido nunca (aunque, antes de la decisión deparadora de inocencia, esa Voluntad haya experimentado cierto placer perverso en sentir crecer dentro de una de las figuras la codicia que le robará a otra su pareja). No sólo la mujer del prójimo se codicia. Las muñecas de papel son seres vanidosos, con una voluntad de poder exacerbada. Sus apetitos suntuarios no tienen límites; Monsi y Andrea, dioses-esclavos, no dan abasto para satisfacerlos. Las tribus andan siempre a la caza de hermosos ejemplares humanos nuevos con que aumentarse y afirmarse. Las dos naciones principales —muñecas de Monsi, muñecas de Andrea— rivalizan, se disputan, firman tratados para el reparto de las bellezas de un número del *Miroir des Modes*, meses antes de la fecha en que está previsto que Mamá lo desechará. Las fiestas —bodas o saraos—, son de una complicación cada vez mayor: edificaciones de libros, tapizados, iluminación crecen en un desatinado empeño de superarse. A veces, en su papel de servidoras de las muñecas, Monsi y Andrea podrían desear —como en su fuero interno tal vez deseó el jefe de alguna despilfarradora familia romana— que viniera un Catón a imponer con rigor leyes suntuarias. Como Voluntades Todopoderosas, se cansan a veces del orgullo que alentaron y hacen caer sobre toda una tribu las tijeras de la Exterminación. Pero del orgullo en sí no se cansan y al pueblo condenado sucede otro Pueblo Elegido, gracioso y dócil primero, pronto mimado y soberbio.

Las muñecas de papel son un arte complejo que participa de la poesía, la arquitectura y el dibujo. En él tienen puestas las voluntades rivales esa ambición, ese ímpetu y ese sentimiento nacional que la vida enclaustrada no puede dar. En el invierno 1912-1913, Andrea y Monsi ponen al servicio del juego una cultura que ya no es del todo infantil. Pero hay una honda recaída en la infancia, un gran anhelo de evasión. Vuelven a entregarse a la infancia, como vuelve a su vicio el morfinómano que intentó en vano abrirse paso en el mundo.

La sinfonía del juego canta a veces el tema de las visitas, gregario y sencillo; y a veces orquesta todas las voces del alma. Andrea y Monsi, absortas en las ambiciones de sus tribus, tejiendo y destejiendo destinos, cooperando al fin y al cabo en el esplendor de la civilización de las razas gemelas, se sienten, al olvidarse de sí mismas, más confundidas que estuvieron jamás. No son ellas, son los intereses, alguna vez divididos, de una creación común los que alzan la voz en su garganta. Les

nacen, en sus empresas, opiniones. Las opiniones siguen opinando cuando las muñecas ya están guardadas. Jamás tuvieron tanta necesidad una de otra. Jamás tuvieron tanto que decirse, que discutir, que seguir discutiendo. Doña Laura, Mamá, María, todos los que las rodean empiezan a decir que Andrea y Monsi se llevan mal.

Un día, cuando Monsi está encantada peleándose con Andrea en el cuarto de estudio, muy lejos de Cosme y Mercedes, lejos de la degradación de haber dejado el violín, levantando solo un poquito la voz en defensa de los intereses del pueblo escogido, entra Mamá y, seria y bastante dramática, las manda callar. Andrea se retira ofendida, dando un portazo vergonzante. Mamá se queda y le dice a Monsi que, puesto que siempre se ha creído que tenía buen genio, es a ella a quién hay que invitar a volver en sí, a evitar rozamientos y a poner término a esta época desdichada de sus relaciones con Andrea. Si Andrea la fastidia, que se retraiga un poco y abandone estos juegos que ya no son de su edad y no conducen a nada (Monsi se queda atónita: Andrea no la molesta, y ella y las muñecas de papel son lo único que de momento conduce a algo). Papá y Mamá, le dicen, están cansados de este continuo escándalo. Han pensado en mandarlas al colegio al extranjero si la cosa no cambia.

La impresión principal que recibe Monsi al oír esta amenaza —por increíble inofensiva— es de lujo. Los colegios en el extranjero son una de las gracias superfluas de la vida. Siempre le ha oído decir a Papá que ellos no tienen dinero. A veces lo decía delante de Cosme y de Mercedes y a Monsi no le gustaba mucho.

Por la noche, Andrea está medio llorosa. Llorosa y llena de rencor. Empieza uno a darse cuenta de que, al fin y al cabo, no es hija de Mamá y de que algunas veces ha de sentirlo. Monsi y ella hablan en voz baja de esa extraña posibilidad, que ciertamente espanta, pero que tanto como a un castigo se parece a un premio.

Lo que sigue tal vez nazca de esa nostalgia común, que es temor y es deseo. O quizá de la compostura que han guardado, por miedo, los primeros días, y de haberle dado, por amor propio, un giro guasón. En Monsi, quizá sea el haberse visto con ojos ajenos. Y son los saltos del alma, también: hasta en esas cosas el espíritu sopla donde quiere. Anegada en un diluvio de divino desvío, la raza de las muñecas de papel desaparece de la superficie de la tierra. Monsi y Andrea ocupan sus manos y su ingenio en pintar algunas muñecas estériles “de museo”, en adornar cajas de madera con un pincho ardiendo (importado por Mademoiselle) y en fabricar bolsas y cucuruchos de seda antigua o que lo parezca. En los instantes libres —y, más secretamente, también en los de ocupación— son Roberto y Alicia. No se sabe muy bien de dónde han salido Roberto y Alicia, que vienen a poblar el mundo que se quedó desierto. Prolongan el diálogo de alguna pareja que fué de papel; y, en ese sentido, serían supervivientes del diluvio exterminador —pero infinitamente evolucionados, puesto que ahora son a un tiempo de tamaño natural e invisibles. Como será ya siempre la prole de sueños que esparcirán sobre la tierra.

Andrea es Alicia y Monsi es Roberto-Deucalión. No son novios: son un exasperante ejemplo de amor domesticado y degradado: dos recién casados

empalagosos. Insistente, obsesionante, el juego se cuela por todas las rendijas de la imaginación y del tiempo, sonrío con un leve rictus de locura. Asiste larvado hasta a las clases de doña Laura. Es un juego amargo; respira con un aliento negativo y diabólico, como el humor de un *diseur* de couplets azucarados y escabrosos que un defecto físico hubiese encadenado al music-hall después de haber soñado con ser divo. Pero la vida tiene extraños caminos.

Monsi y Andrea se ofrecen incansablemente en la mesa la fruta mejor y el dulce favorito; se cogen las manos; se dicen por todos los rincones ternezas ridículas. Y, trágico símbolo del sentimiento que simulan, no se dicen nada más. Ya no tienen ambiciones comunes, sólo miradas de tórtola. Papá y Mamá se encogen de hombros exasperados, pero respiran. Doña Laura olfatea algo y las aletas de las narices le palpitan como las de un caballo nervioso. Mademoiselle sonrío y tolera. Tolerando tanto que luego no sabe ya cómo atajar aquel juego invasor ni qué hacer con él. Pero, qué extraño. Después de haber dicho muchas palabras suaves, Andrea y Monsi notan que va entrando en ellas una extraña suavidad. Sus dos almas, con más cansancio que interés, están en paz mutuamente y consigo mismas. Siente, en silencio, que invisibles esas almas se inclinan una hacia otra, como cabezas que buscan apoyo. Las manos que simulan el eterno apretón bobo se dicen algo en secreto y a veces quisieran detenerse un momento más. Y aún sigue aglutinándolas, y oponiéndolas al resto del mundo, el rencor —tal vez ahora aumentado— contra Papá y Mamá que se disponían a quedarse aquí solos y tan contentos.

Pero el rencor va a esfumarse como bruma al sol. Jamás volverá a haber en la vida de Monsi ilustración tan esplendorosa del “*When Winter comes...*” A últimos de Mayo, tras un aluvión de folletos en el correo que Monsi no lograba entender, la noticia estalla. Este verano van a Suiza. No al colegio, todos. ¿Es eso creíble? Pues hay que creérselo.



## IV

PARA dos recién casados nada más oportuno que un viaje. Mientras rueda el exprés por el valle del Ródano, tras un cambio en Lyon de madrugada en que “la hora” se quería pasar un poco, Roberto y Alicia intentan aprovechar ese paisaje a lo Puvis de Chavannes para reanudar su idilio que las prisas y los baúles han atropellado un poco. Pero en los vagones extranjeros hay encuentros divertidos (a veces casi ilustres; una chica es parienta de Reinès-Monlaur) y se le quitan a uno las ganas de ponerse en ridículo. Roberto y Alicia están ya palidísimos cuando circulan de la mano entre las palomas de Ginebra. Y cuando, en el vaporcillo que cruza el lago de Brienz, Andrea intenta un gesto lánguido, Monsi dice que para ponerse lánguido hace demasiado frío.

Nada de languidez. Tensión. El lago de Brienz, es todo él niebla: una copa de humo. No se ve nada. Pero ese no ver nada es ver muchísimo. Monsi, de pie en la proa, tiritaba bajo un montón de ropa y agradece hasta el estar helada. Lleva puesto un traje de chaqueta, casi de mujer, el primero que le hacen fuera de casa. Encima, una capa impermeable, que será causa de vergüenza si Mamá se empeña en que la use este invierno en Barcelona. Pero aquí, lo que si acaso da vergüenza es no ir más raro.

Ay, viaje, brisa del optimismo, talismán del olvido. Si tienes una pena, podrá estar esperándote en casa; aquí contigo no está. No tiene pasado, ese alma que cada día vuelve a nacer, limpia de toda experiencia, a un mundo nuevo. Lo maravilloso de un viaje no es que la gente tenga otra cara, es que el aire huele de otro modo. Esperé uno los grandes paisajes, pero no esos helados, ni esos escaparates. Revelación de lo alemán, muy superior a las trenzas complicadas y las manzanas caídas de las revistas de Cosme. En Berna, tanto como las figuras policromadas de las fuentes, causó delicia el hotel recién estrenado, con los ángulos muertos de sus techos y sus terciopelos de los colores de una plantación de cirenarias.

Mas pronto, francamente, la embriaguez de las profundidades se lo traga todo. Tras el lago de Thoune idílico, el lago de Brienz, empinado y doloroso que la niebla ha convertido en espacio puro. Mañana olerá ya a selva y se desplomarán las cascadas —maravilloso artificio de la naturaleza. Mañana el olor sin fondo a humedad y pinos hará olvidar los olores discretos de la sierra catalana: aroma penitente de la encina, fragancia juvenil de castaños translúcidos y el hedor de la gran *fageda* en donde mueren humanamente las hojas.

Romanticismo, claro. Aquí no se es del todo uno mismo. Se vive de prestado en un mundo que no está hecho a la propia medida (¿o que está hecho demasiado a medida?). Pero ¡qué! si el alma entusiasmada salta de rama en rama y nadie la viene a molestar. Alma, olvida, ese es tu oficio: La tierra prometida nunca la ha visto nadie sino desde el Monte Nebo.

... Y cómo crecen atención y responsabilidad y contacto con el mundo, cuando tiene uno que habérselas con los mil imprevistos de un ambiente extranjero. A lo mejor, en una ciudad desconocida, le mandan a uno solo a hacer algún recado. La brisa que barre las penas se está llevando de paso lo que quedaba de niñez.

El primer lugar elegido es idílico, moderadamente sublime. Graderío de prados robustos. Inmensas anémonas con carnación de lujo. Hierba de una altura y un espesor inconcebibles. El fondo del valle no se ve. Del otro lado, constelaciones de cascadas desvaídas. Monsi cruza el comedor encerado calzada con clavos, en el estado de ánimo de un aprendiz de patinador, y el postre de ruibarbo tiene poco azúcar. Pero los desayunos admirables, tanto en comestibles como en paisaje reluciente.

La amatista de la tarde, con su pureza translúcida avergüenza al Montseny. Ella lo sabe, aunque tenga trece años: esto ensancha y no ahonda. Se te lleva por los aires, pero no hinca raíz. Qué importa. Ensancharse también es preciso. Y qué maravilla, estar siempre maravillado. —Y, dice la primera estrella del cielo amatista— la pureza está en todas partes.

Lugar idílico, nieves muy lejanas. Hay en la pensión un muchacho de ojos jugosos y labios espesos que se acerca a dar conversación a las chicas. A los dos días, Monsi sabe que pertenece, a pesar de los ojos, a la especie de los seres opacos, a la espesa humedad impenetrable. Pero sabe también que se le acerca —sin mucho interés— como a una muchacha. Por dentro siempre lo ha sido. Ahora se entera de que empieza a serlo por fuera, —o un animal muy parecido. La amiguita de hotel pregunta si el anillo que lleva Monsi en el anular de la mano izquierda es de novia. Las españolas se casan tan jóvenes. Mamá se muere de risa. Monsi piensa que, si este año hubiera vuelto a A..., no tendría sortija, pero llevaría algo así como un hilo invisible atado en el dedo.

El muchacho —un suizo-alemán— resultó tan inocente y sus padres tan prosaicos que el corazón de Monsi, después de un leve conato de enternecimiento, desistió de enamorarse de él. Por ese lado, lo más interesante del verano fué el hijo del pastor de Wengen. A Monsi, ya un poco *blasée* y más exigente, Wengen no le gustó. El valle, de tan bien cavado, parecía artificial, las cascadas caían despejadas y peinadas, como colas de caballo, la Jungfrau por la tarde se desleía en sorbete rosa, del modo más cursi. Jamás se vió paisaje menos misterioso. Y por todas partes hoteles de lujo; Papá no confesó que Wengen era un error, pero perdió las ganas de pasear y por la tarde escuchaba música en el *lounge* y estudiaba turistas (en Wengen el hotel más barato era aún buenísimo). Andrea y Monsi salían solas a pasear. Llegaban a un sitio en que se perdía de vista el valle y, entre pinares no sensacionales, pero despeinados al menos, un torrente manso se deshacía en mil arroyos. Antes de que enfangase con sus brazos la pradera, lo cruzaba un puentecillo. Al llegar a aquel punto, aparecía el

muchacho. Llevaba calzón corto y vendas, la camisa escotada, melena rubia. Werther en persona. Tenía que ser el hijo del pastor, porque allí cerca se alzaba la capilla. El hijo o el huésped solitario. ¿Y mal herido? Se cruzaban allí y luego a la vuelta otra vez, cerca del pueblo. Las dos pensaban —y ninguna lo decía— que al muchacho que aparecía tan regularmente también le gustaba el encuentro. Ellas pasaban con los ojos bajos, latinas y recogidas. Él nostálgicos el bastón y la frente; pero apretada la boca y la cabeza inmóvil.

Ninguna de las dos tropezó al pasar el arroyo —ni seguramente tropezar les hubiera gustado. El encuentro no se produjo. El corazón dió una punzada levísima al tomar el funicular para el descenso. En cierto modo, era una punzada de independencia (“Nunca más, nunca más servir...”). ¿Qué hubiera uno preferido en aquel momento, que le devolvieran a Cosme o que el hijo del pastor fuese Werther realmente?

Como término de un sabio itinerario que Papá discurrió y, con las chicas, hizo en parte a pie, Monsi, avezada a jornadas de un tamaño desconocido en A..., familiarizada con la flora grumosa de la alta montaña, los zig-zag de los pasos, los parches de nieve y todas las gamas del añil y el violeta que en las postales parecen embustes, desemboca en el lago de Thoune, donde el azul del agua lamiendo la terraza del hotel, después de tanta maravilla aún asombra. Un paisaje de inimaginable felicidad. En los castaños de Indias que sombrean las calles aldeanas, el final de Agosto pone a cada hoja el primer canto de oro. En el hotel hay seis hermanas holandesas, todas rosadas, redondas, firmes de cuerpo, borrosas de cara, con un ramillete de cabelleras desde el rubio canario al soberbio “auburn”. Se bañan en traje de hombre, tirándose al agua desde una tabla. Cuando salen relucen dentro del maillot negro, como focas. Dan envidia, aunque comprenda uno que el agua ha de estar muy fría. Después de ocho días perfectos, regresan hacia el Lemán, descienden sobre Montreux.

Durante un par de horas, contempla Monsi asustada las tiendas de la elegancia verdadera. En lugar de aquellos turistas que le hacían a uno avergonzarse de no ser raro, pasan faldas blancas matemáticamente plisadas, suéters en matices desconocidos del pistache y el frambuesa. Una pulcritud de tonos, de ángulos de chaquetas de flanela y alados zapatos puntiagudos. En los escaparates, jade, ámbar, lapis. Parecen haberse dado cita todas las minucias costosas del mundo. Todo es superfluo y necesario. Los hoteles son blancos como gaviotas, derraman sus terrazas floridas con una mezcla de meticulosidad alemana y de abandono, de gracia latina. Tiene uno que apartarse de un salto porque un grupo de jinetes se le echaba encima. Nunca en Barcelona se preguntó uno para qué monta la gente a caballo (¡allí nadie montaba riendo!) pero aquí la interrogación queda abierta —inquietante. Hace ya más de un año que va uno al tennis, pero aún no había visto estos cuerpos felices que corren a cumplir una obligación de alegría. Descubre con desasosiego un mundo

dentro del mundo. Superior, casi no cabe duda, y al mismo tiempo sin sentido. Como un Olimpo inútil.

Huyamos. Huyamos pronto hacia las tierras del corazón y las cosas de cada día. Ya está aquí la suave, la blanca y gris Ginebra, que se distrae de sus turistas y confunde en sus venas todas las razas y todas las intenciones. Luego el triste, triste, despistado tren del regreso. Tristes manitas de añoranza que escarban de un modo tan raro entre el estómago y el corazón. Sitges, qué feo.

Pero hay milagro. Para consuelo del regreso Dios ha deparado un huésped ilustre. Campeón de *singles*, si Dios hubiese hecho a Prats de otro modo, su ocupación, pascalianamente sentida por Monsi como de “empujar una pelotita que no sirve para nada”, no parecería de mucha monta. Pero, angélicamente labrado en oro y marfil, Prats pasea la aureola de su propio color y sus pantalones de flanela mueven un aura como la de Montreux. No hay más remedio que soñar —automáticamente, sin la menor profundidad. Sí, claro; esto sigue siendo infancia, recaída en la infancia. Pero de que la vida estuvo a punto de ser verdad, ya quién se acuerda. En el Pabellón, Prats, no le hace mucho caso: la saca a bailar, lo preciso para cumplir. Pero luego han de esperar juntos la cena: juega con ella a las damas y le enseña unos pasos de tango. Una languidez argentina se difunde por el mundo. Los boston ahora tienen una voz más ronca. Quizá no sea del todo ilusión: Este es el verano de 1913.

Vuelve a casa con un conato de Amor de invierno despistado, y seguramente está ella muy despistada también. Prats, el hijo del pastor, y aquel resto de añoranza por el paraíso perdido. El ancho mundo, hermoso sin amor, que se ha dejado entrever y se ha vuelto a escapar. Doña Laura, ya como anacrónica; el cuarto de estudio en el que es imposible volverse a encerrar del todo. Pero Cosme —más desvaído, más sombra, más tieso y tímido al saludar que nunca— pertenece ya al reino misterioso de las cosas que, por haber sido, no pueden volver. Cuando le ve venir, Monsi, al mismo tiempo que una leve sacudida —de interés aún— siente surgir en ella cierta difusa náusea conocida —la repugnancia hacia el amor que fué— hacia el falso amor. Y entiende que aquel afecto, en amistad tan verdadero, que el año pasado se volvió Amor de Invierno, allá en A... había sido ya el Amor de Verano.

Pero el mundo no ha recobrado la tensión. Como de pequeña, cuando murió Rosi, hay que buscarse cada trozo de sustento de alegría con la labor de sus manos. Siquiera le dejaran a uno en paz.

## V

**D**URANTE ese otoño, Ignacio se separa más y más del grupo de familia. No se separa exactamente. Como si la almendra que fué, en el compuesto de sabores del *cake* Sureda, hubiese germinado, hinca sus raíces en el suelo propio, pero echa ramas que se extienden y respiran en otro elemento. Ese movimiento de Ignacio hacia otras esferas existía ya el año anterior. A Monsi, que vivía sumida en los Salt, le parecía una dulce aberración y le preocupaba muy poco.

Sabe uno hace tiempo que hay gente que vá siempre por la calle con coches y caballos de lujo y que se marcha cada verano al extranjero. Y ha llegado a comprender que esa gente pertenece al género de vida que se reveló (con mucha mayor gracia, con otra naturalidad y otra maestría) en Montreux. Por debajo de ellos —y por encima de la “gente ordinaria”— ya parecía que debiera estar todo el mundo en el mismo plano, sin más distinciones que las del mérito espiritual. Ahora se entera con inquietud (inquietud intelectual: a Monsi le gustaría que todo estuviese siempre muy claro, que todo se pudiese clasificar) de los infinitos grados que llevan de un plano a otro. El mundo es inabarcable, y eso produce angustia. Hay una larga escalera que Ignacio —sin confesarlo— se entretiene en ascender y que termina en esa gente de las *charrettes* con cascabeles y los modales lubricados. Ni siquiera es una escalera de peldaños bien tallados; se parece al arco iris (¿no le llaman puente en catalán?) con sus colores en fila que se derriten unos en otros. Pero esta ascensión de Ignacio (se adivina a través de los “saludos” que Ignacio trae de una visita, que Papá la hizo en su día para olvidarla cuando se casó y se metió en casa) no tiene importancia en sí. Monsi vive tan centrada en su mundo como una almeja, la idea de cambiarlo por otro le es tan ajena como la de adquirir un estómago de rumiante. A los doce años, se empieza a saber “quien es quien”. Si en la horchatería alguna señora saluda muy atenta de lejos; si, en el Palau, B..., elegante entre los elegantes, se detiene un momento ante el palco y al separarse deja en el brazo de Papá un gesto de amistad, Monsi contempla a ese ejemplar de una fauna extranjera como al elefante del Parque —no sin respeto. Los “quienes” pueden circular cuanto gusten sin que el mundo se mueva de su asiento.

Pero se mueve, o se conmueve, cuando Azuaga, el bilbaíno, que quizá sea rico, pero aquí en Barcelona no es nadie, se aleja discretamente del lado de uno y se va a sentar junto a Mamá porque hablar con ella le resulta más fácil. Cuando Vilaseca la mira como si acabara en aquel instante de recordar que existe. Cuando Juanito Ribas con quien, en teoría y hasta en gestos, se tiene más confianza que con Cosme, se atasca en el trabajo de elaborar un trecho de conversación que responda a la presunta intimidad. En los libros, y en los tiempos inocentes de Mamá, la gente se enamoraba en un baile o en un encuentro, luego seguía, perseguía, conquistaba. Ya no. Quizá no lo hubiese sabido nunca si Ignacio no hubiera empezado a subir la escalera, porque

hay gente que queda fuera de eso; pero ahora ya no tiene remedio: Hay una vida en que la gente joven se encuentra y se habla a diario, con familiaridad —Dios mío, casi como en una feria. Se trata según normas especiales, se habla en determinada lengua. (Determinada no, ojalá la fuera.) No es *una* vida, es *la* Vida. Y a Monsi se le va a escapar, porque ninguna de esas cosas sabe cómo se hace.

Ha olvidado que hubo un tiempo, en Sitges, en que formaba parte de un grupo y, a su estilo de “pequeña”, fué celebrada y solicitada. Clades empezó a escindirla. Los Salt han cavado un tajo. Y además, aquellas relaciones con el grupo de Sitges, fueron cosa exterior. La gente las veía; dentro de uno, en el lugar donde vivía la muchacha invisible, nunca existieron. Lo que quisiera uno pedirle a una vida nueva sería un ensancharse que a la vez fuera hondo. “Recuerda también que a los que a ti te gustaban no los supiste atraer.”

Y Sitges era humano. Ni el bilbaíno, ni Vilaseca, ni siquiera Juan se expresan, salvo en presencia de Papá y Mamá, como la gente. Y aun así con esfuerzo. Pero el tema del mundo de los amigos de Ignacio y de su idioma nos llevaría demasiado lejos. Se ha acabado la historia de la infancia de Monsi. Como la viajera que en este instante escucha correr el agua, embebida en los Salt, buscamos un desenlace, y ese desenlace existe. Sobre lo demás, como la viajera, pasamos al vuelo. Sobre ese invierno en que las horas, tan buenas, de la primera noche se vieron invadidas por la presencia fascinante y humillante de los amigos de Ignacio y la paz se quebraba con la llamada del mundo exterior y la amenaza de visita. Sobre los tres o cuatro té a dónde (nunca supo por qué razones) quiso llevarla Ignacio, y por los que anduvo, infantil y aprensiva, al borde de los grupos, disimulando su desocupación; consciente, como una solterona, de sus años —catorce recién cumplidos, que no traían nada y hubieran debido traerle ya algo.

Y diremos la vergüenza que —espejo de uno mismo— daba la presencia de Andrea cuando se encontraban a Cosme por la calle. Crece esa vergüenza hasta el despego. Como si en Andrea la ausencia del poder de “gustar” fuese una enfermedad contagiosa. Como si el defecto se notara más, viéndose a las dos juntas.

Durante ese invierno de ojos clarividentes y realismo agudo (que solo dentro de muchos años le será devuelto); durante esos meses en que el amor de invierno por Prats es tan débil, tan intermitente, tan repugnante; durante ese invierno en que al principio está muy fea, con los ojos hinchados, y luego, de repente, empiezan a decirle todos los días (los mayores) que está muy mona; durante ese invierno en que hombres que ya no hacen soñar empiezan a seguirla por la calle, cuando se encuentra uno con Cosme y con sus ojos ávidos siente casi la misma esquivez que ante Andrea: “Tú también eres de la raza contaminada. Tampoco tú a la vida le sabes echar mano.”

## VI

UN poco antes de empezar la primavera, dos acontecimientos variaron el signo del invierno. Pasó otra vez el ángel de la muerte: reapareció, con disfraz más sencillo, el de la amistad.

En Febrero, el abuelo andaluz estaba en cama: era la bronquitis de todos los años. De repente los salones con olor a gato del “piso de abajo” se llenaron de agradecidos; Mamá se hizo casi invisible y tenía el semblante descompuesto. Los balones de oxígeno circularon otra vez.

No la dejaron entrar en el cuarto, salvo para decir adiós; eran las ideas extranjeras de Papá. Pasó los tres últimos días en el comedor del piso de abajo, muy decentemente recogida —no se sabe si en respeto o emoción (el abuelo había sido un personaje más que una persona y la muerte a los sesenta años quizá le parecía tan natural y fácil como el matrimonio a los veinte). Mamá Ignacia seguía desgranando solitarios en la camilla, con la sortija del demonio en el dedo, y su primo Ángel le hacía el amor. No para casarse, naturalmente; como hacen el amor los hombres a las muchachas que tienen al lado muchas horas. No era ningún síntoma, no significaba nada respecto a la Vida, a la que Ángel tampoco pertenecía.

Le hablaba de los Salt, era amigo de Cosme por causa de aquellas viejas relaciones de familia. No de lo que hacían —no hacían nunca nada nuevo: de lo que leían, de lo que decían. ¡Qué distantes parecían, qué extraños y fríos, referidos así, a través de otra mente! Pero apuntaba en su memoria los nombres de los libros. Ángel le contó el argumento de *Clara d’Ellebeuse*, que la dejó pensativa.

El lunes de Carnaval, a primera hora de la noche, murió el abuelo, y a Monsi al cabo le sorprendió: tan grave como era la pérdida y había faltado en el aire no sé qué de anunciación de dolor. Mientras Papá e Ignacio salían a cumplir las diligencias del momento y Mamá se acostaba un poco, Monsi estuvo mirando la calle, detrás de los balcones que nadie se había acordado de atrancar. Los cristales se estremecían con el sucio, infrahumano chillido de las máscaras. En un libro, un contraste gastado; pero en la vida todo es nuevo y la insolente indiferencia del mundo le apretó la garganta.

El abuelo andaluz había hecho muchos favores a gente de toda especie. Las honras fúnebres y los pésames tuvieron un aspecto de exequias semi-oficiales. Se asombraba uno de verse tan importante. *Sic transit gloria mundi*. Una semana después de aquella pompa, empezaron Ignacio y Mamá Ignacia los preparativos para trasladarse a un piso muy pequeño; y pronto fué visible por mil señas que Ignacio tenía miedo de que sus amigos y los de su padre le olvidaran.

Vilaseca y Azuaga fueron fieles, seguramente. Pero la diferencia de costumbres ponía una distancia: eran amigos —camaradas ya no. El luto, además, obligaba al recogimiento —a Monsi tanto como a Ignacio. Los muchachos venían menos por el

piso de abajo (que ahora era el “piso de enfrente”) y Monsi dejó de preocuparse de ellos.

Por aquel tiempo, tal como a los catorce años se cuenta, la amistad entre Monsi y Fina era ya vieja. No se habían hecho amigas —las hicieron. A consecuencia de un encuentro entre las familias, que desde años atrás se habían perdido de vista —mandaron a Monsi una tarde a casa de Ríes. Fina y ella se gustaron en seguida. Como algunos matrimonios *de raison*, aquella amistad elegidas por terceros salió perfectamente. En cuanto a saber y gusto, Fina no era del todo Mercedes, ni su tío Daniel, Cosme. Un sucedáneo, pero el mejor.

En primavera creció la amistad. En otra ocasión hablaremos de Fina: de sus frías ternuras, sus defensas y sus exigencias, su imaginación de pájaro feliz. Y de su tío inválido: primer drama y primer misterio que era dado contemplar de cerca y que no llegó uno a instalar en la cámara secreta, porque se dió cuenta en seguida de que en la de él no quedaba sitio libre. Cada amistad, como cada amor, tiene su estilo. Monsi, que había sido expansiva con Mercedes, le agradecía a Fina su graciosa reserva; todo ocurría —cordialísimamente— a cierta distancia. También le agradecía su prodigiosa belleza, que en la calle no se veía porque iba prodigiosamente mal arreglada.

Era un ambiente suave el de los Ríes. No lo regía doña Elvira, sino la admirable abuela de Fina. Suave y sensato. Las torres de marfil, se enfundaban allí en correctas fachadas de piedra. La Vida, que había huído a la Feria de Vanidades; regresó a casa.



## VII

UN día, al volver de paseo, Mamá la sorprende diciendo: “En tu cuarto encontrarás una carta para ti.” Raras veces tiene Monsi carta para ella sola; pero si la hay, se la ponen en la mesa, encima de la servilleta, como a todo el mundo. Al entrar en el cuarto, María le echa también una mirada extraña. La carta está encima de la mesita de noche, en pie; y Monsi se estremece, porque esa letra no la ha olvidado.

Tan bien la conoce que, antes de abrir el sobre, sabe ya lo que dice. Como lo dice. El no sabría escribir de otro modo.

“Ni él ni su hermana han estado nunca conformes con la separación que, por causa de una riña no muy razonable, les fué impuesta. Los dos siguen echando de menos la antigua amistad. ¿No sería posible volver a establecer contacto? Se ha preguntado si le estaba a él definitivamente vedada la casa de los Sureda. ¿Cree Monsi que, si se presentara, le recibirían bien? Confía en su apoyo, en que Monsi se dé cuenta de lo doloroso e inevitable que fué para sus amigos lo ocurrido; espera que en ella al menos no hallará rencor.”

María ha desaparecido discretamente. Monsi está de pie con la carta en la mano, y es como si hubiera crecido. No siente gozo, sino una rara impresión de amargura y despiste: “Las cosas ocurren, pero no en el momento en que hubieran hecho ilusión” piensa, casi con las mismas palabras de un libro que aún no ha leído. Es un pensamiento de vieja —el segundo que tiene en su vida y el primero se lo debió también a Cosme. “Ocurren”, contesta otra voz. “Aquellas ilusiones no eran ilusiones del todo”. “Ni del todo verdad”, replica en esta hora de verdades la voz verídica del corazón de Monsi. “El sueño y el mundo no andan cada uno por su lado, como tú creías. Pero tampoco coinciden en ninguna parte. Están inextricable, irremediabilmente mezclados. No se sabe si hay medio de separarlos.”

Tiene la carta en las manos y su estilo no le es desconocido: comedido, pronunciando con precaución —una inflexión hacia lo tierno, otra hacia lo tieso. Porque no se sabe como le tratará el mundo mañana, pero Cosme es un hombre que se trata con respeto a sí mismo. Podría Monsi haber recibido hace año y medio una carta de ese tono y hubiese sido aquel Cosme de los ojos ilusionados y desconfiados, de los saltos largos y la sonrisa ávida quien la hubiera escrito. Y la carta hubiese sido hermana del bosque y de la alegría. ¿O no? O frente al peso triste de las cosas reales ¿el alma se hubiera vuelto esquiva y el bosque se hubiera secado?

Tiene la carta en la mano y el hombre que la ha escrito es sólo ese fantasma que pasa por la calle con el cutis ceniciento y un mirar de hambre. Es un hombre que vendrá a verte orgulloso y encogido, desdeñando a los amigos de Ignacio y espantándose de ellos, —que se pegará a tu sombra y se forzará a murmurar en tu

oído una galantería intrincada y una cita del Tasso. Pero... el luto ha espantado las voces del mundo que Ignacio introdujo en la casa y que quizá eran realmente un poco las del demonio. La vida se ha recogido en amistad; la amistad, al parecer, puede no ser fantasma. Aquí, Monsi, tienes el puerto, —el refugio antes que haya tormenta. Humilla el corazón para que quepa por esa puerta amiga. Contesta midiendo las palabras y no serás como Andrea una chica “que no tiene éxito”, sino una de esas elegidas que nacieron ya con el pie en su destino. En un libro te parecería un destino bonito. Y en el fondo, en el fondo, bien debes saber que habría, ciertamente, instantes de fracaso, pero que el olor de aquellos cedros, el tacto de aquel aire, son de esas alegrías que pueden siempre resucitar.

Va y pone la carta en la mesa, con el corazón lleno a un tiempo de frialdad y de angustia, sintiéndose de todo el mundo un poco enemiga. Dice: “¿Qué tengo que contestar?”. Serios, algo cortados, Papá y Mamá responden: “Lo que quieras”. Pero insiste y se lo dicen, Mamá divertida, Papá con un aspecto vagamente asqueado. Monsi, aunque no hay desaprobación en las miradas, escucha con los ojos bajos, un poco escandalizada el alma, no sabe de qué. Y por la tarde, despacio y mordiendo el palillero, escribe su carta. Ya está —muy mal. Da lo mismo. Aunque sintiera de otro modo, seguramente no debería salirse hoy todavía de esa decente dignidad. Él, que no lo ignora, puede que a pesar de todo venga.

... Pero añadirías sólo una pequeña post-data (Bien sabes que yo no os he olvidado. Bien sabes que siempre os he querido mucho) y —¡qué idea tan extraña!— dentro de muy pocas semanas tendrías novio. El día que Cosme apareciera en casa tendrías derecho a mirarle de frente y risueña. Y él ¿sería entonces otro?

(El puerto, Monsi. Acabas de apartar tu barca de la orilla y de lanzarla, dando una cocecita, en mitad de la corriente.)

Jamás. Ni pensarlo. Y no es porque te costara tanto renunciar a sueños más ambiciosos (Pobre Monsi, ¿qué esperas?). Ni le parece a tu alma dócil tarea sobrehumana la de alargar la mano sin bienaventuranza. No es tampoco que muy adentro, muy quedito (¿no eres un poco iluso, Cosme, al escribir “en ti no habrá rencor”...?) haya dicho un triste tañidito de esquila: “Hoy escribe porque tiene algo que pedir. Cuando tú llorabas, nadie escribió”. Es otra cosa. Es muchísimo más...

—Cosme, quizá pueda uno casarse sin amor; pero no se casa uno con el amor muerto —menos si aún respira. Tal vez sea posible mentirle a un hombre. Pero no saber si se miente ¿cómo lo podría uno soportar?

... —Qué verdadera, qué auténtica tenías que ser ya, Monsi, piensa la Viajera, para no haber sabido prender tus sueños con alfileres en dónde se dejaban prender tan fácilmente. Es curioso que, por elegir ser verdadero, se encamine uno hacia lo falso. Pero, —hasta dónde tú sabías— escogiste la verdad.

La viajera, sin moverse del suelo, sumergió la mano en la corriente invisible.

Sintió el agua helada entre los dedos. Sonrió, —muy tiernamente.

PAULINA CRUSAT (Barcelona, 1900 - Sevilla, 1981). Creció en un ambiente muy favorable para la maduración de la vocación literaria, que sintió desde muy joven. Contrae matrimonio y fija su residencia en Sevilla. Desde allí ha hecho notar su presencia en toda España, en su doble actividad de crítico literario y novelista, que ha ejercido con excepcional intuición. Paulina Crusat, después de habernos dado una interesantísima Antología de Poetas Catalanes, publicó una novela, Mundo pequeño y fingido, y ahora su singularísima obra Aprendiz de persona. En esta novela, la capacidad de observación y evocación de Paulina Crusat es fabulosa. Con una infinita delicadeza, muy femenina, va iluminando para el lector un mundo de detalles que cautivan e impresionan hasta construir todo un relato de intensos valores psicológicos y admirable calidad literaria. En pocas ocasiones el lector encontrará un libro de esta tónica que logre prender tan profundamente y que le hunda de pleno en su líquida ternura y en su aire de sueño realizado.